



Volumen 11, Nº 2, Año 2013

Exceso

Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis





Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis

Volumen 11, Nº 2, Año 2013

ISSN 2304-5531

Publicación oficial de FEPAL
(Federación Psicoanalítica de América Latina)

Luis B. Cavia 2640 apto. 603 esq. Av. Brasil,
Montevideo, 11300, Uruguay.
revista@fepal.org

Tel: 54 2707 7342. Telefax: 54 2707 5026.

www.facebook.com/RevistaLatinoamericanadePsicoanalisis

Editores

- Mariano Horenstein (Argentina), Editor en jefe.
- Laura Verissimo de Posadas (Uruguay), Editora en jefe suplente.
- Ana Maria Andrade de Azevedo (Brasil), Editora asociada.
- Raya Angel Zonana (Brasil), Editora asociada suplente.
- Andrea Escobar Altare (Colombia), Editora asociada.

Comisión Ejecutiva: Jorge Bruce (Perú-Editor de sección *El Extranjero*), Alberto Cabral (Argentina), Gloria Gitaroff (Argentina-Editora de sección *Bitácora*), Admar Horn (Brasil), Marta Labraga de Mirza (Uruguay-Editora de sección *Ciudades Invisibles*), Sandra Lorenzon Schaffa (Brasil-Editora de sección *De memoria*), Fernando Orduz (Colombia-Editor de sección *Textual*), Lúcia Palazzo (Brasil-Editor de sección *Vértice*), Jean Marc Tauszik (Venezuela-Editor de sección *Clásica & Moderna*), Laura Verissimo de Posadas (Uruguay, editora de sección *Argumentos*), Raya Angel Zonana (Brasil-Editora de *Dossier*).

Consejo de editores regionales: César Luís de Souza Brito (SPPA), Helena Surreaux (SBPPA), Candida Holovko (SBPSP), Viviane Frankenthal (SBPRJ), Maria Arleide da Silva (SPR), Miriam Catia Bonini Codorniz (SPMS), Claudia Borensztejn (APA), Cristina Bisson (APdeBA), Eduardo Kopelman (APC), Rosa Amaro (SPM), Mabel Sapino (APR), Julia Braun (SAP), Marta Labraga de Mirza (APU), Marta Guzmán (APCH), Jorge Bruce (SPP), Carlos Gómez-Restrepo (Socolpsi), Rómulo Lander (SpdeC), Paolo Polito (AsoVeP), Julia Casamadrid (APM), Adriana Lira (APG).

Revisión de la versión en español: Andrea Escobar Altare.
Revisión de la versión en portugués: Raya Angel Zonana.

Colaboradores: Natalia Mirza (APU), Noemí Chena (APC), Iliana Horta Warchavchik (SBPSP), Raquel Plut Ajzenberg (SBPSP), Regina Weinfeld Reiss (SBPSP), Osvaldo Canosa (APA), Verónica Ester Díaz (APdeBA), Adriana Yankelevich (APdeBA), Eloá Bittencourt Nóbrega (SBPRJ), Wania Maria Coelho Ferreira Cidade (SBPRJ), Analía Wald (APA), Vivian Schwartzman (SPP), Alfredo Valencia (APM), Helena Surreaux (SBPPA).

Logística & Comercialización: Jorge Federico Gómez.

Traducción y corrección: Denise Mota, Maurício Erramuspe, Laura Verissimo de Posadas, Natalia Mirza, Analía Wald.

Diseño: Di Pascuale Estudio [www.dipascuale.com].



Federación
Psicoanalítica
de América Latina

Comisión Directiva

Presidente

Abel Mario Fainstein
(Asoc. Psic. Argentina)
Suplente: Fernando Weissmann
(Asoc. Psic. Argentina)

Secretaría General

Jeanette Dryzun
(Asoc. Psic. Argentina)
Suplente: Darío Alberto Arce
(Asoc. Psic. Argentina)

Tesorería

Liliana Tettamanti (APdeBA)

Coordinador Científico

Sergio Lewkowicz
(Soc. Psic. de Porto Alegre)
Suplente: Zelig Libermann
(Soc. Psic. de Porto Alegre)

Directora de Sede

Susana Garcia Vázquez
(Asoc. Psic. del Uruguay)
Suplente: Ana Maria Chabalgoity
(Asoc. Psic. del Uruguay)

Directora del Consejo Profesional

Amelia Jassan
(Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)
Suplente: Alexis Schreck Schuler
(Asoc. Psic. Mexicana, A.C.)

Directora de Comunidad y Cultura

Mónica Cardenal
(Asoc. Psic. de Buenos Aires)
Suplente: Nara Amália Caron
(Soc. Psic. de Porto Alegre)

Coordinador de Niños y Adolescentes

Sérgio Nick
(Soc. Bras. de Psic. do Rio de Janeiro)
Suplente: Maria Cecilia Pereira da Silva
(Soc. Brasileira de Psicanálise de São Paulo)

Director de Publicaciones

Luis Alejandro Nagy Urbina (Soc. Psic. de México, A.C.)
Suplente: Alejandro Martini Morel (Soc. Psic. de México, A.C.)

- Las opiniones de los autores de los artículos son de su exclusiva responsabilidad y no reflejan necesariamente las de los editores de la publicación. Se autoriza la reproducción citando la fuente y sólo con la autorización expresa y por escrito de los editores.
- Los editores han hecho todo lo posible para contactarse con los poseedores de los copyrights de las imágenes usadas. Si usted es responsable de alguna de las imágenes y no nos hemos puesto en contacto, por favor, comuníquese con nosotros a nuestro correo.

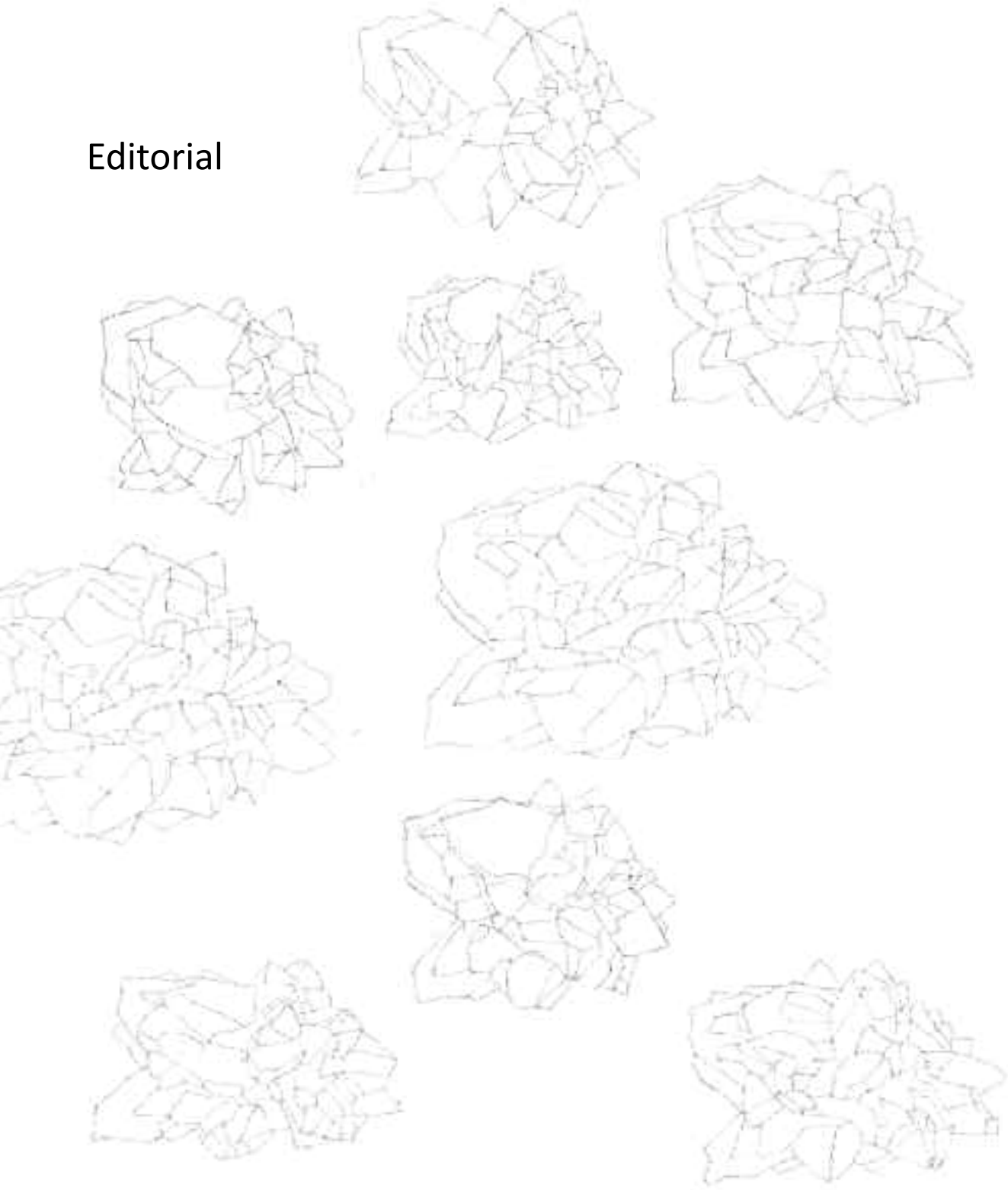
Índice

6	Editorial
7	Geografía del exceso <i>por Mariano Horenstein</i>
15	Argumentos
16	El exceso contemporáneo en el cuerpo de la mujer o <i>No toda brasileña es una cola</i> <i>por Liana Albernaz de Melo Bastos</i>
28	Cuerpos, excesos y límites. Entre la ley y el cuidado <i>por Jorge Canteros</i>
43	El analista, su paciente adolescente y la estupidez en el campo analítico <i>por Roosevelt M.S. Cassorla</i>
65	Acerca de la noción de <i>exceso</i>, su pertinencia en el psicoanálisis y los excesos de la noción de <i>exceso</i> <i>por Rodolfo Moguillansky</i>
83	Excesos: las formas actuales del malestar <i>por María Teresa Reyes</i>
97	El Extranjero
98	La imagen suplicante (narración, duración y exceso en el cine) <i>por David Oubiña</i>
107	Textual
108	Preguntas sobre el exceso <i>Entrevista a Néstor García Canclini</i>
121	Vórtice: Investigar en psicoanálisis
122	El analista investigador <i>auto-reverse</i> y el mapa de la mina <i>por Lúcia Palazzo</i>

- 130 **¿Qué enfoque de investigación para nuestro pluralismo teórico y científico? Apertura, debates y propuestas**
por Silvia Acosta y Analía Wald
- 133 **¿Qué tipos de investigación son más convenientes para el psicoanálisis? ¿Cómo articular sus aspectos observables o empíricos con sus conceptos teóricos?**
por Ricardo Bernardi
- 136 **“Sería paradójico que la investigación sea como un impuesto”**
Entrevista con Stefano Bolognini
- 140 **Contemporaneidad y psicoanálisis**
por Miguel Calmon du Pin e Almeida
- 144 **Por una investigación pluralista en psicoanálisis**
por Serge Frisch
- 148 **Psicoanálisis: Una ciencia observacional**
por Charles Hanly
- 150 **La investigación en la API: Reflexiones de un ex tesorero**
por Moisés Lemlij
- 153 **La investigación empírica y la especificidad del psicoanálisis**
por Leopold Nosek
- 157 **Notas sobre la investigación en psicoanálisis**
por Carlos Alberto Plastino
- 162 **Primera infancia. Puentes entre psicoanálisis e investigación**
por Clara Raznoszczyk Schejtman
- 165 **La crisis del psicoanálisis y el lugar de la investigación**
por Daniel Rodríguez
- 168 **Sobre investigación en psicoanálisis: refutación y propuesta**
por Marcelo Viñar
- 171 **Fuera de Campo**
- 172 **Un hallazgo-apertura en la clínica y en la técnica: el objeto analítico lúdico**
por Patricia Saks

- 189 **El asunto sexual freudiano. Punto de encuentro y divergencia entre psicoanalistas y neurociencias**
por Néstor Marcelo Toyos
- 207 **Ciudades Invisibles**
- 208 **Caracas Caracas**
por Jean Marc Tauszik
- 213 **Clásica & Moderna**
- 214 **Luisa Álvarez de Toledo: Una analista de *avant-garde***
por Susana Vinocur Fischbein
- 225 **Extramuros**
- 226 **Una contribución del psicoanálisis a la salud colectiva: Protocolo de indicadores clínicos de riesgo para el desarrollo infantil**
Por Rogério Lerner, Angela Flexa di Paolo, Nathalia Teixeira Caldas Campana, Ana Silvia de Moraes, Andrea Bianchini Tocchio e Rosa Resegue Ferreira da Silva
- 239 **Bitácora**

Editorial



Obras en esta sección: Irene Kopelman, *Meditation Piece* (serie de 30 dibujos, 24 × 24 cm, 2008).
En el marco de la muestra *Una fantasía para Allan Kaprow* y basada en las *Piezas de meditación* de Kaprow (1981), Kopelman viajó por el Desierto Blanco en Egipto, de donde finalmente eligió una piedra para llevársela a su estudio y dibujarla repetitivamente desde el mismo ángulo, día tras día, durante un mes.

Geografía del exceso

LA PSICOANALISTA ITALIANA Lorena Preta conduce desde hace años un grupo de investigación internacional llamado “Geografías del Psicoanálisis”¹. En su seno viene discutiéndose –sin caer en un engañoso relativismo cultural– la validez de las teorías y del método psicoanalítico en otras culturas, y el modo en que éstas ponen a prueba, cuestionan y a la vez enriquecen nuestras ideas fundamentales.

A lo largo de su trabajo, el “Otro” que interpela al psicoanálisis, producto de la civilización occidental, es el Oriente: Asia, los países musulmanes sobre todo. Nuestro psicoanálisis, introducido por pioneros formados en Europa y en permanente contacto con esa tradición, tiene indudablemente estrechos lazos con la misma. Pero cabe preguntarnos a la vez en qué se diferencia, en qué punto el “Lejano Occidente” que podría ser Latinoamérica para Europa, tiene marcas particulares. En caso de tenerlas, una bien podría ser la del Exceso.

En los años 60-70 del siglo pasado, la literatura escrita en Latinoamérica irrumpió en Europa a través de lo que se conoció como “el *boom*”. A la par que escritores como Gabriel García Márquez, Julio Cortázar o Mario Vargas Llosa se hacían conocidos fuera de nuestra región, se gestaba la categoría de “realismo mágico” para nombrar lo que la literatura del *boom* contaba. El llamado realismo mágico, aún habiendo tenido cuestionamientos², permitió una visibilidad internacional importante para nuestros escritores y nuestra realidad.

Pero García Márquez –la nave insignia del *boom*– señala un error inicial de apreciación: lo que para los europeos era realismo *mágico*, aquí en Latinoamérica era puro realismo, a secas. Vale la pena citarlo: “La vida cotidiana en América Latina nos demuestra que la realidad está llena de cosas extraordinarias. A este respecto suelo siempre citar al explorador norteamericano F. W. Up de Graff, que a fines del siglo pasado hizo un viaje increíble por el mundo amazónico en el que vio, entre otras cosas, un arroyo de agua hirviendo y un lugar donde la voz humana provocaba aguaceros torrenciales. En Comodoro Rivadavia, en el extremo sur de Argentina, vientos del polo se llevaron por los aires un circo entero. Al día siguiente, los pescadores sacaron en sus redes cadáveres de leones y jirafas (...) No hay en mis novelas una línea que no esté basada en la realidad”³.

1. En el sitio web de la API (<http://www.ipa.org.uk>, desplegando la solapa Reports/Geographies of Psychoanalysis) pueden leerse algunas de sus ideas y reportes del trabajo del grupo.

2. Al punto de haberse gestado otro grupo, generacionalmente posterior y llamado con ironía McOndo, que intenta correrse del halo exótico del que parece haber quedado presa la Latinoamérica del *boom*.

3. G. García Márquez, *El olor de la guayaba*. Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, Sudamericana, Bs. As., 1993, p. 25.

Esa realidad latinoamericana, en la visión extrañada de los conquistadores españoles, mostraba de qué modo estaba construida: con la misma estofa de la ficción⁴. Y ese error de apreciación, que García Márquez imputaba al racionalismo europeo, quizás se haya debido a su dificultad para percibir el Exceso que pareciera constituirnos. Si esto es válido para la América hispanohablante, se vuelve hiperbólico cuando se trata de Brasil, donde todo parece transcurrir a otra escala, *mais grande*⁵.

El *boom* latinoamericano en literatura no ha tenido un homólogo en psicoanálisis. Para bien o para mal, y a pesar de la agudeza clínica, la solvencia teórica y los aportes creativos de nuestros pioneros y maestros, no ha habido un *boom* del psicoanálisis latinoamericano *fuera* de nuestra región. Salvo esporádicas referencias debidas al azar o a la insistencia o a la lucidez y apertura de algunos (pocos) europeos, aquellos de nuestros autores que logran sortear la distancia que va de una América a otra o atravesar el Atlántico no son muy numerosos. Ni hablar de otra distancia tanto o más difícil de sortear: la de la traducción. No es raro que un analista latinoamericano lea en inglés o en francés; aunque sí lo es que colegas de otras regiones lean en español o en portugués. Por lo tanto los destinos de nuestra producción van necesariamente atados a las posibilidades de su traducción. Sobre el tema de las traducciones –no es éste el contexto para desplegarlo– nos debemos un debate, pues se juegan allí cuestiones de índole tanto económica como teórica e incluso ética. De un modo u otro, forman parte de ese muro invisible que las lenguas “mayores” traspasan mejor que las nuestras a la hora de difundir el psicoanálisis con un acento regional.

Claro que –contra una visión ingenua y folklórica– no todo es Exceso en estas tierras. Hay también un pensamiento analítico, capaz de destilar, de la frondosa atmósfera que por momentos nos embriaga, sus aceites esenciales, los articuladores que permiten hacer inteligibles la realidad de nuestra clínica, impregnada de la cultura que habitamos.

Ese contrapunto entre la exuberancia del Exceso y su destilado conceptual aparece también en la gráfica de este número de **Calibán**. Los artistas que generosamente nos acercan su trabajo no lo hacen en tanto meros ilustradores de nuestros textos. Sus obras tampoco son caprichos estéticos, apenas adornos para que cada número de nuestra revista sea atractivo, para que den ganas de tenerlo en las manos, de sentir su peso y su textura, de coleccionarlo. A su modo, los artistas que nos acompañan son también *autores* de cada número de Calibán.

Las impactantes *performances* de la guatemalteca Regina Galindo ponen en primer plano al Exceso, así como el sutil trabajo de la argentina residente en

4. “Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables” (*La soledad de América Latina*, discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, 1992, consultado el 19 de marzo de 2014 en http://www.ciudadseva.com/textos/otros/la_soledad_de_america_latina.htm).

5. Así solemos nombrar los hispanohablantes –desconocimiento de la lengua mediante– a la escala brasilera.

Amsterdam Irene Kopelman, que atraviesa casi de modo invisible la revista, muestra su reverso. Allí se *muestra* el contrapunto –al modo de Wittgenstein y su indicación de que lo que no es posible decir, mejor mostrarlo– entre el Exceso y su deconstrucción.

La gráfica se completa con el trabajo de diseño general de cada número, responsabilidad de Lucas di Pascuale, y los croquis de Daniel Villani que iluminan, a partir de fotografías icónicas de cada ciudad, la sección de crónicas.

En **Argumentos**, nuestra sección doctrinaria, cinco destacados analistas de la región efectúan la disección de la noción de Exceso. A rigor de verdad, efectúan incursiones en torno a esa noción, exploran fragmentos, escudriñan desde puntos de vista siempre singulares. Sería un exceso dar cuenta del Exceso como engañosa totalidad, entonces privilegiamos los enfoques parciales: la sexualidad femenina, el cuerpo, la crítica de los abordajes habituales del exceso, la pulsión y la ley, la adolescencia... son apenas algunos de los ángulos desde los que los autores han trabajado.

Además de las habituales, este número de **Calibán** incluye dos nuevas secciones: la primera de ellas es **Fuera de Campo**. Con ese nombre aludimos, en una revista temática –y que por ende *hace foco* en determinado tema– a aquellos temas que quedan por fuera del enfoque central pero sin embargo pueden dialogar con él. En la otra sección que incorporamos, **Extramuros**, nos ocupamos de textos que, provenientes del campo analítico, incursionen más allá de las fronteras de la clínica, o al menos de la clínica tal como se desenvuelve en nuestros consultorios. En ambas secciones incluimos esta vez artículos premiados por FEPAL.


En **El Extranjero**, el prestigioso ensayista David Oubiña despliega algunas ideas en torno al lugar del Exceso en el cine.

Siguiendo la serie que iniciamos con São Paulo y seguimos con Bogotá, en **Ciudades Invisibles** presentamos una nueva “crónica analítica”. Esta vez sobre Caracas, ciudad que pareciera condensar en este momento varias de las notas clave del Exceso latinoamericano.

En **Clásica & Moderna**, la sección donde intentamos poner a trabajar, interpelar desde nuestra contemporaneidad a los grandes clásicos latinoamericanos, incluimos una puesta a punto del pensamiento de Luisa Álvarez de Toledo.

Textual, la sección de entrevistas de nuestra revista, incluye una realizada en México al antropólogo Néstor García Canclini. El lector seguramente encontrará estimulante su pensamiento sobre la realidad latinoamericana, del que dan cuenta sus numerosos libros, y se despliega en el inteligente y ágil diálogo que publicamos. Casi como un antídoto contra nuestra propia identificación al realismo mágico, García Canclini plantea cómo leer al Exceso, definiendo tres preguntas centrales en torno al mismo: cómo es actuado, por quiénes y con qué fines.

El objetivo de esta sección, como de otras como **El Extranjero** o los *dossiers* que seguiremos publicando periódicamente, es ampliar nuestro enfoque, contaminarlo para tornarlo más eficaz. Desde la política editorial de **Calibán**, creemos que la pureza de nuestro enfoque psicoanalítico no se encuentra sólo en el deseable diálogo entre pares (por más que hablemos distintas lenguas, habitemos distintas geografías o nos orientemos por distintas teorías, tenemos puntos centrales de coincidencia que dejan inexorablemente fuera de vista ciertas cuestiones) sino también en la interpelación crítica por parte de la ciencia y la cultura.



Una piedra del desierto

La sección **Vórtice** está destinada a tocar temas presentes en el debate de los analistas de un modo ágil y a la vez coral, con textos cortos y variados que puedan abrir el campo a la reflexión y polemizar sobre temas controversiales. Fue así que en los números anteriores trabajamos sobre *Transmisión* y sobre las *Publicaciones* psicoanalíticas. En este número, la sección se ocupa de un tema que también está en el centro de las discusiones contemporáneas en nuestra disciplina, el de la *Investigación*.

Introducidos por una nota de la editora de la sección, encontrarán un estimulante mosaico de textos, algunos pertenecientes a colegas que participan activamente de los espacios de investigación dentro de la comunidad internacional y otros que no, representativos quizás de muchos que practican nuestro oficio y tienen con la investigación un vínculo menos conceptualizado, más afín en todo caso al modo en que Freud concebía la cura como un efecto por añadidura del desciframiento, tributaria de la investigación.

Algunos de los autores convocados tienen, por su posición institucional, una perspectiva de conjunto que nos pareció valiosa. Así contamos con una breve entrevista a Stefano Bolognini, presidente de API, sendos textos del ex presidente de API, Charles Hanly y de ex presidentes de FEPAL como Marcelo Viñar y Leopold Nosek, del presidente de la Federación Europea de Psicoanálisis, Serge Frisch, del ex tesorero de API, Moisés Lemlij... Ojalá esta presentación sumaria estimule al lector a leer la sección con espíritu crítico respecto a un tema álgido que está presente desde la invención del psicoanálisis.

Los dibujos de Irene Kopelman, que acompañan tanto la sección como el presente editorial, son casi un aporte más a la discusión. Quizás valga la pena contextualizar al menos una de las series⁶.

Luego de un viaje al desierto, del que retornó con varias piedras, la artista se dispuso a dibujar durante un mes, a la misma hora del día, en el mismo lugar, con los mismos instrumentos, las mismas condiciones de iluminación, la misma piedra. A la vez, iría tomando notas, en una especie de bitácora⁷, del proceso, de cómo cambiaba su dibujo, de cómo cambiaba ella misma mientras dibujaba. Quería experimentar en suma –si siempre se percibe lo mismo– cómo puede variar la percepción de un mismo objeto por parte de un mismo observador.

Viendo la serie de sus bocetos, llama la atención que *nunca* es la misma piedra la que dibuja... aunque sí sea la misma la que le hace de modelo y se mantengan férreamente las coordenadas día tras día. La artista comprueba que no dibuja *jamás* la misma piedra, y se plantea con lucidez si la observación científica no tendrá la misma precariedad que lo que sus incursiones a través del arte hacen evidente. Su trabajo pone en duda cualquier posibilidad de objetividad, a la vez que alienta en la posibilidad de conocimiento que anida en el dibujo, a su criterio “un modo de pensar”.

¿Cuánto más complejo que dar cuenta de una piedra será dar cuenta de algo vivo, móvil e inasible como un sujeto humano, (o más aún: un sujeto en

6. Se trata de *Meditation piece*, parte de la colección del Museo Reina Sofía de Madrid.

7. Puede leerse al respecto en *Mahkuzine, Journal of artistic research*, 2011, pp 17-20 o en *Art & Research, A Journal of ideas, concepts and methods*, vol 2, n. 2, 2009.

transferencia con otro)? Más todavía si quien registra no es siempre el mismo, como en el caso de la artista que dibuja y con las salvedades del caso. La investigación de lo singular nos plantea desafíos inéditos. Esperamos que este diálogo sea fecundo y nos acerque a cernir los puentes y los puntos de fractura, los modos y los modelos más aptos para dar cuenta de lo que nos ocupa a diario en nuestra clínica.

Estado de situación

Con el ejemplar de **Calibán-RLP** que el lector tiene entre manos, la revista completa los tres primeros números propuestos inicialmente luego de que se nos encomendara el relanzamiento de la Revista Latinoamericana de Psicoanálisis. Lo hace sustentada en el aliento y el trabajo de muchos colegas de la región que forman el *staff*, de quienes generosamente publican sus trabajos y de dos comisiones directivas de FEPAL. Se han publicado reseñas de los números anteriores en periódicos y revistas especializadas de distintos países; se registra un número creciente de suscripciones desde Latinoamérica y Europa y, de distintos modos, la revista de nuestra Federación va haciendo su camino.

En relativamente poco tiempo, ya sido presentada en Buenos Aires y en Montevideo, en Lima y en Córdoba, en Madrid y en México DF, en Rio de Janeiro y en São Paulo, y próximamente en Montreal. A veces en el seno de congresos o jornadas locales o internacionales donde se congregan gran cantidad de colegas; otras veces, como en Rio de Janeiro o São Paulo, en eventos organizados en conjunto con instituciones culturales (el *Museu de Arte do Rio*, MAR, y el *Museu Museo de Arte de São Paulo*, MASP), generando fecundos intercambios con otras disciplinas y contribuyendo a arraigar más a nuestra práctica y a nuestras sociedades en cada ciudad.

Seguramente un nuevo hito en su difusión será el próximo 30avo Congreso Latinoamericano de Buenos Aires, que tratará sobre *Realidades y Ficciones*. Los dos próximos números de **Calibán** estarán destinados a ese tema e incluirán –entre otras cosas– los textos centrales del Congreso. Los suscriptores podrán recibirlos con anticipación al mismo en sus domicilios.

Recibimos cada vez más trabajos de colegas de toda la región, e invitamos a seguir enviando textos, aún sabiendo que las posibilidades de publicación no siempre corresponden a nuestros deseos como editores: más allá del sesgo temático que tiene cada número y del resultado de las evaluaciones a doble ciego que se realizan sobre los textos, tenemos una fuerte limitación de espacio pues se editan actualmente sólo dos números al año. Además, siendo **Calibán** la revista oficial de FEPAL, debe publicar también los trabajos premiados bianualmente y los textos prepublicados de los congresos regionales. Tal cantidad de contenidos –saludable exceso quizás– sumado a las secciones fijas de la revista, nos deja un margen de maniobra limitado, que intentamos administrar con el mayor cuidado, atendiendo a la mayor representatividad regional posible.

Hay una frase de William Blake: “El camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría”⁸. Esta frase bien podría haber funcionado como epígrafe de este editorial que es la puerta de entrada a un nuevo número de **Calibán**. Nos ocupamos

8. El matrimonio del cielo y el infierno, Proverbios del infierno, 1790-1793.

del Exceso, no para regodearnos gozosamente en él sino para desnudar sus notas estructurales, para extraer del mismo, de sus manifestaciones clínicas, de sus expresiones en la cultura contemporánea, algún saber, algunas gotas de esa sabiduría aludida.

Sin embargo, no es por su contenido que decidimos citar este “casi epígrafe”, sino por su origen: nos fue enviado por un lector de la revista, quien sabía que nos ocuparíamos del Exceso.

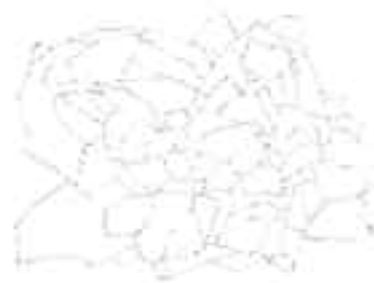
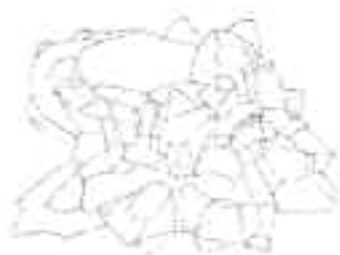
Calibán pretende ser una obra en colaboración: con los autores, por supuesto, que acercan sus fértiles miradas a través de artículos, de testimonios, de entrevistas o sugerencias de lectura.

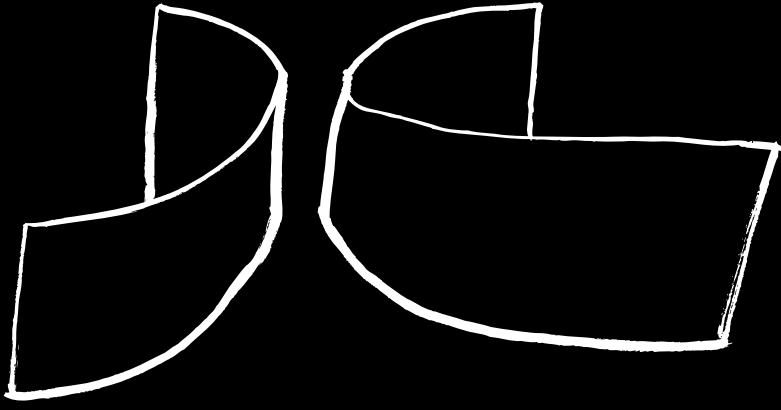
También con cada uno de los entusiastas integrantes de un equipo con quienes, desde distintos países, vamos construyendo número a número una lengua común y compartiendo los desafíos de la exigente tarea de la edición.

Pero **Calibán** también pretende ser sobre todo una obra en colaboración *con los lectores*, a los que proponemos completar por sí mismos, con sus ideas, con sus críticas, con sus observaciones y sugerencias, cada número que publiquemos. El deseo de los editores es que cada número recién salido de la imprenta sea un *manuscrito*, una pieza original y única donde cada lector deje su marca.

Mariano Horenstein
Editor en jefe *Calibán*-RLP







Argumentos

El exceso contemporáneo en el cuerpo de la mujer o *No toda brasileña es una cola* (“*Nem toda brasileira é bunda*”)

Pois minha imaginação não tem estrada. E eu não gosto mesmo de estrada. Gosto de desvio e de desver.

MANOEL DE BARROS (2012)¹

En la gigantesca publicidad de vía pública próxima a la playa de Ipanema la imagen de una mujer en bikini es la propaganda de una academia de gimnasia. El cuerpo de la mujer fotografiado es un ícono de nuestro tiempo. Pienso, mirando la playa, que “nuestra famosa *garota* no sabía” lo que estaba por venir en el siglo XXI. Inmortalizada en la música de Tom Jobim y Vinicius de Moraes, la *garota* de Ipanema, como musa, no era exactamente un cuerpo: era una “*coisa mais linda, mais cheia de graça, um doce balanço a caminho do mar*”.²

Las muchachas de Ipanema de aquella época no se corresponderían con los ideales de hoy. Sus cuerpos no eran musculosos, los senos pequeños, las cinturas finas, las bocas no se asemejaban en nada a la de Angelina Jolie. Había una diversidad entre los tipos de belleza: altas y bajas, rubias y morechas, más extrañamente mulatas o negras. A pesar del preconcepto que hacía de la belleza europea su modelo, el cuerpo femenino aceptado como lindo no estaba adherido rígidamente a una imagen.

Algunas de las lindas mujeres de entonces no pasarían por el filtro de las exigencias actuales de belleza. Marta Rocha, la eterna Miss Brasil, que perdió, en 1954, el título de Miss Universo por tener dos pulgadas de más en las caderas, hoy ni siquiera clasificaría con su cuerpo de guitarra. El cuerpo de la mujer bella y deseable ahora es otro.

Los cuerpos son construcciones sociales. Siempre estuvieron, por lo tanto, marcados por la cultura. En las mujeres, de forma más evidente: los pies deformados de las chinas, los pescuezos de las mujeres jirafas, los corsés del siglo XIX. En la producción artística occidental

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

1. “Pues mi imaginación no tiene ruta. Y no me gusta para nada la ruta. Me gusta el desvío y no ver.” (Traducción libre).

2. “Cosa más linda, más llena de gracia, un dulce balanceo camino del mar”.

podemos acompañar los cambios en los parámetros de la belleza de los cuerpos femeninos.

En el siglo XXI, la Venus de Milo sería considerada de baja estatura, su nariz merecería una cirugía plástica, sus senos deberían ser aumentados, su cabello, alisado. Las bañistas de Renoir serían vistas como obesas. Podríamos seguir con la lista. Es innecesario. Aún cuando el cuerpo del hombre también sufre los efectos del mercado –observe la corrección de los dientes de jugadores de fútbol como Ronaldo “Fenómeno”–, sus patrones no son tan cambiantes. El David de Miguel Ángel seguiría teniendo éxito en las playas brasileñas. El cuerpo femenino parece así más susceptible a las modificaciones determinadas culturalmente. ¿Por qué la cultura contemporánea ha promovido tantos y tan rápidos cambios en los cuerpos de las mujeres? ¿A qué corresponde ese exceso?

Hace 20 años no había internet, ni telefonía móvil, ni televisión por cable, ni el uso masivo y la difusión de técnicas de intervención en el cuerpo. La globalización³ promovió un cambio radical que incidió y modificó el imaginario social. En el proceso de universalización de la cultura, la singularidad tiende a desaparecer (Baudrillard, 2003).

Como construcción social, el cuerpo, particularmente el femenino, refleja esa situación. Se uniformizó, se fijó y perdió su movilidad de imagen. En una cultura heterogénea y mestiza como la brasileña, la fascinación de la cibercultura de la imagen capturó la identidad de la mujer. El imaginario fue colonizado por una especie de hiperrealismo congelado sin libido en el que no caben formas ni colores múltiples.

La identidad de la mujer se pegó a una imagen que determina la belleza de los cuerpos por la lógica de la globalización. El cuerpo de la mujer para ser reconocido como bello debe atender a patrones globalizados: cabellos lisos y rubios, sonrisas regulares y blanqueadas, uso de prótesis de silicona en los senos, pantorrillas y glúteos, barrigas musculosas, narices pequeñas y respingadas, labios carnosos. Ninguna arruga, gordura o celulitis. Pero eso no sucede gratis.

Las mujeres, en el mundo contemporáneo, pasaron a invertir en sus cuerpos –“capitales eróticos”– buscando obtener los mayores lucros posibles.⁴ Aunque no se pueda precisar cuáles son esos lucros, ellos tienen que ver con el poder de consumo, alineados con el lenguaje capitalista. Éste hace un giro perverso al atribuir valor afectivo a aquello que es mercadería. Así, una mujer puede pedirle a un hombre como “prueba de amor” una cirugía plástica para colocarse prótesis mamarias. O ella misma se lo puede regalar sintiéndose poderosa, palabra muy usada en esas situaciones. El “me lo merezco”,

3. Para Baudrillard (2003), la globalización se refiere a la tecnología, al mercado, al turismo, a la información. El que primero se globaliza es el mercado, los negocios y el intercambio de productos, el flujo permanente del dinero. Culturalmente se tiende a la promiscuidad de todos los signos y valores, o sea, la pornografía.

4. La discusión sobre la inversión que cada mujer debe hacer en su “capital erótico” para alcanzar los mayores lucros posibles fue tema del programa “Saia justa” (“Pollera apretada”, expresión que en portugués se usa para hablar de una situación incómoda), del canal de televisión GNT, del 15.08.2012. En el capitalismo todo se vuelve mercadería.

expresión empleada con frecuencia por las mujeres para un exceso de intervenciones en sus cuerpos, es una metáfora de la precariedad narcisista de esa búsqueda de la perfección: se cosifican los afectos. Cuanto más alto sea el costo financiero de las intervenciones en el cuerpo, más valorizada, dentro de ese sistema, será la mujer. El cuerpo globalizado se volvió un gran negocio. No por casualidad Brasil es, hoy, uno de los mayores consumidores mundiales de productos de belleza y el segundo país del mundo (solo detrás de Estados Unidos) en el número de cirugías plásticas estéticas.

Ese exceso de intervenciones, informaciones y exigencias generado por la cultura globalizada con enorme impacto sobre el cuerpo de la mujer permite muchas lecturas. Como psicoanalista busco entender cómo se articulan identidad, imagen, subjetividad y sexualidad femenina en la construcción del cuerpo de la mujer contemporánea y, en particular, cómo se expresa eso en la cultura brasileña.

Aunque no consigamos agotar todo lo que esas cuestiones abarcan, vamos a mapear algunos puntos.

Identidad e imagen

“La identidad no es un estado, es una búsqueda del ser que puede solamente recibir su respuesta reflejada por el objeto y por la realidad que refleja” (Green, 1983, p. 40). Es un proceso intrapsíquico anclado, necesariamente, en lo social. Cada uno de nosotros, en su singularidad, y todos nosotros, en nuestra universalidad, construimos identidades, dentro de una cultura dada, en un momento histórico dado. Eso se hace a partir de complejas redes de alteridades: no puedo ser yo sin el otro, portador de la cultura. Ese otro –semejante y diferente– con el cual nos identificamos/desidentificamos, a lo largo de toda la vida, nos hace cargar en nuestras subjetividades las dimensiones sociales-históricas. Sin las dimensiones sociales-históricas nuestras identidades se vaciarían de sentido (Souza Santos, 1999).

La cultura occidental no engendra un único modelo de identidad. Hay modelos hegemónicos que vehiculizan las creencias y los valores de las ideologías dominantes y que, al ser apropiados por una racionalidad dada, son diseminados para atender las leyes del mercado. Sin embargo, tales modelos no son estables ni cohesos porque hay, en las instituciones sociales, al lado de la racionalidad que las organiza, una dimensión imaginaria, o imaginario social (Castoriadis, 1996), que promueve la constante creación, subversión y recreación de los modelos hegemónicos.

La polisemia de las identidades, con sus múltiples interpretaciones, revela los mitos del imaginario social de una cultura dada en un tiempo histórico dado. El poder, en la tentativa de controlar esos múltiples sentidos para atender a los intereses dominantes, hace que la historia oficial presente una versión como la única verdadera. La presentación de la identidad como unívoca requiere un congelamiento de la imagen.

En el congelamiento de la imagen se vacía la multiplicidad de sentidos. Muchos se reducen a uno. La identidad unívoca es, por lo tanto, una identidad mutilada. Cuando la mujer es capturada por una única imagen, pasa a atender las leyes del mercado globalizado. Curiosamente, la mujer “poderosa”, la que tendría el poder de intervenir en su cuerpo hasta el agotamiento, se vuelve esclava de un sistema en el cual ella se aliena en la creencia de una verdad única: el cuerpo femenino presentado en una imagen globalizada.

La identidad –aquello que reconocemos como el yo– es una estructura vacía con múltiples imágenes. El sentimiento de la permanencia de la identidad se alimenta, paradójicamente, de la mutabilidad. Somos capaces de reconocernos, a lo largo de los tiempos, por ir incorporando los cambios a nosotros mismos, hasta incluso los indeseables, como el envejecimiento. Puedo decir que yo soy yo, aún cuando mi yo ya no sea el yo que yo era.

La constitución de la estructura del yo, estructura narcisista necesaria, se hace sustentada en el investimento libidinal parental a partir de un juego de espejos con la imagen: el bebé se reconoce como yo en la imagen en el espejo de un cuerpo unificado, sustentado por la mirada materna. El cuerpo reflejado es otro en la medida en que su imagen es invertida y se muestra integrada anticipando la capacidad motora del bebé (Lacan, 1949/1984). Lo que permite ese esbozo de la articulación del yo con el cuerpo es la imagen libidinizada.

Esa imagen no es por sí sola unificadora ni, tampoco, se restringe a lo visible. Se vuelve unificadora al permitir al ojo ver y verse a través del amor del cual es objeto. El “collage” de la imagen del cuerpo despedazado –el cuerpo autoerótico– y su articulación con el yo se dan a través del investimento libidinal del otro en el yo (Freud, 1914/1976). El proceso identificatorio constitutivo del yo, indisociable de la imagen del cuerpo, se extiende por toda la vida, y su riqueza consiste en la capacidad identificatoria con muchas imágenes.

Antecediendo al “collage” narcisista en el espejo, tenemos un momento primero, mítico, por cierto, del yo-cuerpo que también tiene, en las imágenes, su cuna. Las imágenes primeras –las protoidentificaciones– abastecen un fondo sobre el que las demás se configuran y reconfiguran. Las protoidentificaciones se asientan en un territorio efectivo que tiene un doble movimiento: por un lado, las pulsiones de vida, integradoras, que “unen”, por otro, la angustia primordial y sus marcas traumáticas, fragmentarias y caóticas, que dispersan. De la combinación variada y variable de esos “ingredientes” resultan infinitas mezclas, la red de protoidentificaciones que antecede al lenguaje. Por preceder al lenguaje, las protoidentificaciones no son del orden de la representación,⁵ pero –y exactamente por eso– hacen

5. Como postula Castoriadis (1999), el sujeto no es poseedor de sus representaciones, afectos e intenciones. El sujeto es flujo representativo-afectivo-intencional en el que emergió la posibilidad permanente de reflexión y en el que la espontaneidad bruta de la imaginación radical se convirtió.

con sus intensidades afectivas marcas determinadoras de las configuraciones identificatorias posteriores.

Se establece entonces una dialéctica entre el yo-cuerpo unificado investido narcisísticamente y el yo-cuerpo de las pulsiones parciales, autoerótico, fragmentario (Bastos, 1998).

La identidad, el yo, mantiene la tensión entre esos cuerpos coexistentes: ella es, paradójicamente, una y múltiple. La riqueza identitaria se alimenta de esa tensión. Sé que soy yo, sé que no me sé y sé que no soy; a veces, ni soy ni sé. Mi yo es un campo donde el malestar es semilla y raíz.

Soportar ese malestar no es tarea fácil. La ruptura y la fragmentación necesarias para la emergencia de lo nuevo traen el riesgo de la disolución del yo. Delante de esa amenaza, el yo puede pegarse a una imagen única. La identidad se adecua al modelo. La identidad deja de ser para mostrarse. La pregunta “¿quién soy?” es substituida por “¿qué soy?” Son los atributos de la imagen mostrada que pasan a propiciar la identidad al yo. El yo, para salvarse del peligro de la pérdida identitaria, adhiere a la imagen única, alienándose de sí al mostrarse por el otro. Yo soy lo que mi imagen –el otro– muestra de mí. La imagen tomada como identidad es un engaño. Engaña el yo de su malestar constitutivo (Bastos, 2002).

Hay una captura del yo por la fascinación de la trama de la imagen de la cultura mediática contemporánea. Se consumen imágenes. La imagen es un vehículo privilegiado para el consumo, ya que no demanda un proceso reflexivo, borrándose la dimensión crítica. Lo que se quiere tener son imágenes de un determinado *way of life* presentadas por los medios como sinónimo de felicidad total e irrestricta. De este modo, la imagen, en la tecnocultura, transmite el orden social contemporáneo manteniéndolo y expandiéndolo (Albuquerque & Maia, 2000).

Por otro lado, lo inadecuado del yo con una única imagen como espejo genera, por la tensión y riesgo de fragmentación, angustia y malestar. La no equivalencia del yo con un único reflejo –la asunción del yo como un campo identificatorio conflictivo– retira la identidad de una alienación del yo en la imagen. Si el sujeto fuera capaz de soportar el malestar generado por esa inadecuación, quedaría libre para circular por varias imágenes sin adherir a una única “salvadora”. Aún cuando lo social ofrece imágenes paradigmáticas, más o menos fijas, los sujetos que soportan el malestar pueden moverse con autonomía sin adherir enteramente a ellas.

Subjetividades contemporáneas

La constitución de la identidad en la articulación con la imagen expone la dimensión social de ese proceso. Proceso autopoietico: el yo es un producto histórico social y es, al mismo tiempo, productor de historia y sociedad (Morin, 1996).

La historia occidental moderna nace con la emergencia del yo, y este, al emerger, hace nacer la modernidad. La subjetividad –expresión

moderna de la individualidad– vino como derivación de esa nueva visión del mundo.

Capitalismo e individualidad se autodeterminan y se retroalimentan. Esa relación, en la contemporaneidad, se viene mostrando cada vez más problemática. El individuo es su corolario –las libertades individuales– pasaron, cada vez más, a afirmarse como valores centrales del sistema, al mismo tiempo en que el sistema buscó una modelización de bienestar y felicidad identificados con el consumo. El valor individual pasó a ser avalado por el consumo. La libertad de consumir se transformó en un imperativo, ya que los que no pueden hacerlo, dejan de existir para el sistema. Son los consumidores fallidos (Bauman, 1998). Para existir y ser reconocido, hay que tener. Solo se es teniendo y, cuanto más se tiene, más se es. Todo se hace para tener. Todo se coloca al servicio de tener. Todo, inclusive las tecnologías.

La tecnología contemporánea ha alcanzado grados de eficiencia nunca antes pensados. En el área de la salud humana, la tecnología permite la mejoría de las condiciones sanitarias, la disminución de las tasas de mortalidad infantil, diagnósticos más precisos, la cura de enfermedades antes mortales, disminución del sufrimiento, nuevas prótesis, correcciones de deficiencias, prolongación de la vida. Hoy se puede, gracias a la tecnología, vivir más y mejor. Pero, también ella, la tecnología, toma la forma de un bien a ser consumido. Nada parece escapar a la lógica del sistema. El modelo de desarrollo capitalista “transformó la subjetividad en un proceso de individualización y numeración burocráticas y subordinó la *Lebenswelt* a las exigencias de una razón tecnológica que convirtió el sujeto en objeto de sí mismo” (Souza Santos, 1999, p. 245).

El sujeto de la modernidad transitaba en un mundo en el que se buscaba el orden y la identidad: en el cual el escenario social tenía estabilidad, muchas veces rigidez y en el que había propuestas de proyectos colectivos. En la actualidad hay un desvinciamiento del orden y de la identidad con la contingencia substituyendo la estabilidad, la fragmentación en lugar de la rigidez y los proyectos individuales sobreponiéndose a los colectivos.

La configuración del sujeto contemporáneo se da dentro de un cambio paradigmático. Varios fueron los determinantes de ese cambio paradigmático, entre ellos el fulgurante desarrollo tecnológico. Una de sus consecuencias fue el dominio que ganó la imagen. Ver y ser visto –que la audiencia de los reality shows confirma– apunta a la relevancia que el reflejo tiene en lo contemporáneo.

En el mundo de la imagen el pensar es regido por el proceso primario. La representación psíquica, necesaria en el proceso de simbolización, resulta de la lógica de la castración y del deseo, ausentes en el pensar por imágenes. Hay así un cierto acriticismo respecto al bombardeo de imágenes que sufrimos. Somos impactados por ellas, o mejor, traumatizados. Hay un exceso de excitaciones que determina fragmentaciones: la velocidad transforma la vida en videoclips. El

dolor psíquico resultante del exceso traumático busca ser aplacado mediante una felicidad que no está del lado del placer, sino del gozo. De esa forma los ideales de perfección son vehiculizados, y los sujetos luchan para alcanzarlos como anestésicos poderosos. Cuando no consiguen alcanzar tales ideales, se culpan. Esa culpa no habla del sufrimiento que eventualmente causamos al otro. Dicho de otra manera, esa culpa no es depresiva. Es, antes, un imperativo superyóico que apunta a la falla individual. El sujeto está fallando al no alcanzar el ideal de perfección vehiculizado por la cultura de la imagen.

El cuerpo –que también es imagen– se vuelve el *locus* por excelencia de ese funcionamiento. Las nuevas prácticas corporales y los avances biotecnológicos surgen como maneras de taponear la culpa (persecutoria) y de buscar alcanzar los ideales de perfección.

Sexualidad femenina

El cuerpo de la mujer es falicizado de forma diferente del cuerpo del hombre. Para el hombre, la felicidad puede quedar desplazada de lo que posee: el dinero y la fama lo hacen poderoso, deseante y deseado. Los cuerpos masculinos, de alguna forma, no son enteramente recubiertos por las imágenes vehiculizadas por la cultura. Hay otros modos, más allá de sus cuerpos, de acumular “capital erótico”.

La lógica fálica no es capaz de dar cuenta de la sexualidad femenina. El cuerpo de la mujer no es todo fálico. Para Lacan (1960/1985), el significante del deseo de la madre es un significante primordial que rige la vida en la niñez y la marcará para siempre. Es ese significante enigmático el que será substituido por el significante paterno, a través de la operación estructural de la metáfora paterna que introduce la falta y posibilita la constitución del sujeto como deseante. En la niña, está la permanencia de una cierta nostalgia en relación a la madre, indicando que el corte simbólico no es total. La operación edípica deja un “resto” en el destino femenino. Al pasar por el Edipo, la niña recibe del padre (igual que el niño) una identificación viril que le da estructura como sujeto, sin embargo el padre no puede darle una identificación específicamente femenina. Esto se da porque no hay significante del sexo femenino como es el falo para el sexo masculino.

Hay un “más allá del Edipo” que reside en la especificidad de la relación madre-hija. En la mujer hay dos “capas” edípicas: una con el padre, otra con la madre, preedípica (Freud, 1931/1976), de modo que la femineidad se construye en la mujer en un movimiento de invención y creación.

Según Zalcberg (2003), por no tener un significante que la presente específicamente como mujer, una parte de ella se queda fuera del proceso de simbolización, haciéndola tener mayor proximidad con lo real. Es junto a su madre que la niña busca el recubrimiento imaginario de su falta real.

Solo cuando la niña recibe una cobertura imaginaria es que ella puede verse; esto es cuando se vuelve imagen y se sostiene de ella. Es

preciso que la mirada o la sonrisa de su madre le digan que ella existe. La niña, más que el niño, depende de una cobertura imaginaria para un cuerpo al que le falta un significante femenino.

“Frente al espejo que la madre representa para ella, la niña se pregunta: ¿Cuál es el trazo de mujer visible en esa imagen?” La imposibilidad de nombrarse del sexo femenino hace que la mujer se confronte con un espejo femenino inacabado que no refleja ningún trazo de identidad femenina. La niña tiene que confrontarse con ese aspecto particular: la imagen de lo que sería específico de la mujer es inexistente” (Zalberg, 2003, p. 150).

En la búsqueda de una imagen que represente la especificidad de la mujer, la niña intentará captar esa imagen en la mirada del Otro materno, que es su espejo. “Es del cuerpo de la madre que se desprende la imagen de un cuerpo de mujer que puede sustentar el deseo de un hombre, imagen de la cual cabe a cada hija separarse para volverse mujer” (Zalberg, 2003, p. 150).

Hay, así, un doble movimiento de conjugación entre el ideario de la contemporaneidad y lo que es propio de la sexualidad femenina. De un lado, hay una imagen globalizada de mujer vehiculizada masivamente por la cultura; por otro, en la sexualidad femenina está la búsqueda de la imagen de un cuerpo de mujer sustentada en el deseo de los hombres de la que la niña precisa separarse, realizar un luto, para individualizarse y obtener, de esa manera, consistencia para su ser.

De esa forma, se funden dos dificultades: desde el punto de vista social, la globalización borra las singularidades con su “patrón oro” para el cuerpo de la mujer; desde el punto de vista individual, el mantenimiento de la fascinación que la imagen del cuerpo de la madre carga traducida en el rechazo de la separación de la imagen del “cuerpo ideal” que el Otro sustenta. Fascinadas, así, en la imagen, las mujeres no son solo víctimas inocentes de esa tiranía.

Como psicoanalistas, sabemos del gozo que esa posición de sumisión/fascinación proporciona. La falacia narcisista de lo completo coloca a las mujeres y sus cuerpos, de modo objetivado, vaciado de subjetividad, prontos para ser consumidos como productos del mercado. Consumiendo para ser consumidas, las mujeres entran en la lógica del mercado que anuncia que, de ese modo, alcanzaremos la felicidad. Lo que vemos, mientras tanto, en nuestras clínicas, son vacíos depresivos, desiertos de soledad.

Identidad de la mujer brasileña

Buscar una identidad nacional es parte de la tradición de la cultura brasileña desde el movimiento antropofágico de la Semana de Arte Moderno, en 1922.

En 1922, Patrícia Galvão, la Pagu, tenía solo 12 años, pero pronto se volvería un personaje importante del movimiento, al aproximarse, a los 18 años, a Oswald de Andrade y Tarsila do Amaral. En 1930 se casó con Oswald, y ambos ingresaron en el Partido

Comunista Brasileño. Bonita e inteligente, escritora, crítica de arte, productora teatral, Pagu rompió con los patrones burgueses del medio de donde emergió. Fue la primera mujer presa política en Brasil. A lo largo de su vida sufrió 23 prisiones. Se separó de Oswald, se casó nuevamente. Murió a los 52 años después de una trayectoria de vida revolucionaria.

En su homenaje, Rita Lee, nuestra mayor rockera, compuso *Pagu*. Rita, fundadora del tropicalismo, hace en esa canción una crítica cáustica a la imagen de la mujer que se somete a un patrón “colonizador”. En la Semana del 22 se buscaba construir por la canibalización una identidad cultural brasileña; hoy, la afirmación cultural se da por el mantenimiento de singularidades y por la resistencia a los patrones globalizados.⁶ “*Nem toda brasileira é bunda, meu peito não é de silicone*”.⁷

Las referencias a la Pagu militante y a la Pagu musa de Rita Lee en la resistencia a la homogenización del cuerpo de la mujer brasileña me inspiran a pensar, a través del recorte psicoanalítico, la identidad cultural brasileña a través del cuerpo de la mujer. No estoy sola en esa empresa. Varios psicoanalistas se han dedicado a teorías descriptivas del proceso de constitución de las subjetividades brasileñas contemporáneas.

Algunos problemas se presentan ahí. El primero de ellos habla respecto de las dificultades metodológicas de una investigación psicoanalítica (Celes, 2000) especialmente referida a la subjetividad brasileña. En ese caso, se trata de poder pensar si hay algo universal en la identidad brasileña que, incluyendo las singularidades de cada sujeto, revele, aún así, un trazo común de nuestra cultura. O sea, ¿si el inconsciente es el objeto del psicoanálisis, hay un inconsciente específico brasileño? ¿Hay marcas identificatorias de la “brasilidad”?

Dejando cualquier pretensión de una explicación que resuelva las dificultades, tomaré la articulación de la trama identificatoria del yo –nombrada como identidad– con la imagen en la cultura brasileña. Sin querer definir al brasileño por esto o aquello, consideraré la identidad brasileña tal como ella se presenta en el discurso del sentido común.

La definición de sentido común me ofrece la ventaja de poder correlacionar imagen e identidad sin proponerme definir “brasilidad” ni abarcar todo el cosmos brasileño. Más allá de eso, puedo retomar una tradición iniciada por Freud y sustentada epistemológicamente por Fleck (1979),⁸ que es la de valorizar el sentido común por considerar que en él hay saber (Bastos, 2002).

6. “Es preciso estar atento a que la nueva exaltación de la diferencia y de la multiculturalidad implica otra forma de colonialismo cultural” (Ramirez, 1996, en cita de Orosz, 2012).

7. *Pagu*, de Rita Lee. Traducción libre: “No toda brasileña es una cola, mi pecho no es de silicona”.

8. Fleck (1979). Cabe anotar que Fleck, cuyo primer artículo data de 1927, fue redescubierto por Kuhn, en la década de 1950, y es por él mencionado en el prefacio de *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) como uno de los pensadores que influenciaron su trabajo.

El brasileño se sustenta en dos imágenes paradigmáticas: el fútbol y el carnaval (Backer, 2000).

El carnaval nos presenta en vivo y en colores la glorificación del cuerpo de la mujer brasileña. Curiosa situación: por un lado, somos el pueblo con la mayor diversidad genética. Descendemos no solo de europeos, africanos o negros, que constituyen mayoritariamente nuestro código genético, sino de pueblos orientales (la comunidad japonesa en Brasil por ejemplo es la más populosa de ese origen en el mundo, perdiendo solo con el propio Japón). Por otro lado, somos formateadas mediáticamente por la imagen de la “mujer global” que descalifica nuestras múltiples formas de ser y de existir borrando las singularidades de los grupos étnicos.

En Brasil, país de mestizaje, es frecuente que jóvenes de todos los colores alisen y tiñan sus cabellos de rubio. Son pocos los espacios en los que ese patrón no rige por completo. Negras y mulatas pueden ser apreciadas en sus bellezas (aún con una profusión de silicona en sus senos), puntualmente, en el Carnaval, en shows exóticos o como prostitutas, en una mixtura de valorización/depreciación. Ni fetiche del mestizaje ni incorporación estereotipada.

Volvemos a Pagu. Es preciso hacer una reflexión crítica. La resistencia a la homogenización de la imagen de la mujer es una postura política.

Nosotros, los psicoanalistas, por trabajar con las singularidades, tenemos en manos un precioso instrumento. Al criticar aquello que nos venden como “ideal de felicidad” a partir de una imagen de un cuerpo de mujer perfecto impuesto por la tiranía del mercado, de afuera hacia adentro, podemos restituir valor a cada una de nosotras, con nuestras historias y orígenes, con la complejidad que lo humano nos trae.

Eso implica una travesía: salirnos del lugar omnipotente del bebé maravilloso sometido a la tiranía de la imagen de la perfección narcisista, salirnos de la fascinación de la imagen del cuerpo materno, salirnos de la creencia del gozo paradisíaco para soportar la castración. Aquella que nos libera por la posibilidad de simbolizar y así contener el exceso en las mentes y en los cuerpos.

Si hay siempre un resto, que éste sea el de la femineidad, que habla tanto respecto a mujeres como a hombres.

Resumen

La autora busca comprender por qué la cultura contemporánea ha promovido tantos y tan rápidos cambios en los cuerpos de las mujeres y a qué corresponde ese exceso. Con referencia al psicoanálisis, articula identidad, imagen, subjetividad y sexualidad femenina, y trata, en particular, de su expresión en la cultura brasileña.

Descriptor: *Cuerpo, Sexualidad femenina, Cultura, Belleza, Castración, Vacío.*

Apéndice⁹

Pagu

Rita Lee

Mexo remexo na inquisição	Fama de porra louca
Só quem já morreu na fogueira	Tudo bem!
Sabe o que é ser carvão	Minha mãe é Maria Ninguém
Uh! Uh! Uh! Uh!...	Uh! Uh!...
Eu sou pau prá toda obra	Não sou atriz
Deus dá asas à minha cobra	Modelo, dançarina
Hum! Hum! Hum! Hum!	Meu buraco é mais em cima
Minha força não é bruta	Porque nem
Não sou freira	Toda feiticeira é corcunda
Nem sou puta...	Nem
Porque nem	Toda brasileira é bunda
Toda feiticeira é corcunda	Meu peito não é de silicone
Nem	Sou mais macho
Toda brasileira é bunda	Que muito homem...
Meu peito não é de silicone	Nem
Sou mais macho	Toda feiticeira é corcunda
Que muito homem	Nem
Nem	Toda brasileira é bunda
Toda feiticeira é corcunda	Meu peito não é de silicone
Nem	Sou mais macho
Toda brasileira é bunda	Que muito homem...
Meu peito não é de silicone	Ratatá! Ratatá!
Sou mais macho	Hiii! Ratatá!
Que muito homem...	Taratá! Taratá!...
Ratatá! Ratatá! Ratatá!	
Taratá! Taratá!...	
Sou rainha do meu tanque	
Sou Pagu indignada no palanque	
Hanhan! Ah! Hanran!	
Uh! Uh!	

9. Busco y rebusco en la inquisición/ solo el que murió en la hoguera/ sabe qué es ser carbón/ uh! uh! uh! uh!/ Soy palo para toda obra/ Dios da alas a mi cobra/ hum! hum! hum!/ Mi fuerza no es bruta/ no soy monja/ ni soy puta.../ Porque ni/ toda hechizera es jorobada/ ni/ toda brasileña es una cola/ Mi pecho no es de silicona/ soy más macho/ que muchos hombres/ ni/ toda hechizera es jorobada/ ni/ toda brasileña es solo una cola/ Mi pecho no es de silicona/ soy más macho/ que muchos hombres/ Ratatá! Ratatá! Ratatá! Taratá! Taratá!.../ Soy reina de mi tanque/ Soy Pagu indignada en el estrado/ Hanhan! Ah! Hanhan!/ Uh! Uh!/ fama de loca de mierda/ todo bien/ mi madre es María nadie/ uh! uh!/ No soy actriz/ modelo, bailarina/ mi agujero es más arriba/ Porque ni/ toda hechicera es jorobada/ ni/ toda brasileña es una cola/ Mi pecho no es de silicona/ soy más macho/ que muchos hombres/ ni/ toda hechicera es jorobada/ ni/ toda brasileña es solo una cola/ Mi pecho no es de silicona/ soy más macho/ que muchos hombres/ Ratatá! Ratatá! Ratatá! Taratá! Taratá!...

Cuerpos, excesos y límites. Entre la ley y el cuidado

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

NIETZSCHE, F., 1883-1885/2005

Cuando Spinoza dice: "No sabemos ni siquiera lo que puede un cuerpo", esta fórmula es casi un grito de guerra.

DELEUZE, G., 1968/1975

Introducción

¿Cómo encarar hoy esta temática: cuerpo-exceso? Es posible que muchos entiendan este sintagma como una articulación entre el *exceso del cuerpo* y la *declinación de la ley*, entre el exceso de goce, de lo pulsional y la *declinación del Nombre del Padre*. Es decir, como falla de una función que opera en la *quita de goce* para llevar a este último a su subordinación a la organización fálica. Operación de la Metáfora Paterna que conduce a la instalación del Fallo como significante de la diferencia y que pone *medida* al *exceso* del Deseo Materno. Pensamos que es esta lógica la que ha contribuido, en forma explícita o implícita, desde distintas teorizaciones psicoanalíticas, a una conceptualización del sujeto y de la sociedad contemporánea que a mi criterio requiere más reflexión, dada la importancia clínica y social que adquiere esta concepción en nuestras prácticas (Lacan, 1969-1970/1992). Tal vez más reflexión permita contar con otras propuestas generadas en un marco diferente que el del *exceso-declinación*.

La pulsión o el exceso del cuerpo

Es desde el cuerpo mismo donde parte aquello que se resiste a hacer de sí un cuerpo restringido a las funciones de adaptación. La *pulsión* es el concepto psicoanalítico que permite abordar el lugar del cuerpo como aquello que no termina de aceptar su mera operatividad en sus funciones adaptativas, para subrayar su valor de *conatus* (Spinoza, 1677/1980) hacia la satisfacción, hacia el goce propio, no

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

necesariamente cedido, siempre en tensión en algún punto con las legalidades epocales.

Tenemos presente en la teoría psicoanalítica la tensión entre *hambre y amor* o entre *trabajo y sexualidad* como uno de sus modos de darse, donde del lado de la pulsión aparece aquello que, como goce, lo “libera” de quedar absolutamente sujeto a la *necesidad* o a un estar totalmente al servicio del *trabajo* o de la *reproducción* al servicio de la especie. Así lo reconoce Freud (1908) cuando considera que la sexualidad es la vía que le permite al sujeto el camino del auto-erotismo y de la fantasía, como formas de resistencia a su adaptación a la realidad. Aquello que le “resta” al sujeto, algo del cuerpo que no está sólo destinado a la *producción* sino, como puro *gasto*, tal como lo señala Bataille (1933/1987), a la no-necesidad. Si se quiere aquello del sujeto que se resiste, hasta un punto, al *Ananké*, al *Not des Lebens*, a las *leyes de la vida* (Freud, 1895b/1913; Canteros, 1995). Es justamente con este concepto de *pulsión* con el que el psicoanálisis ha contribuido a cuestionar al *sujeto moderno*, aquél que se centra en el yo, orientado a adueñarse del mundo a través de la ciencia y de la tecnología. Contribución del psicoanálisis a la concepción del *sujeto contemporáneo* a través de golpear fuertemente sus límites identitarios en torno del yo. Creemos que es justamente la noción de *exceso* la que ha operado en esta transformación del paradigma. Lo pulsional es, como decíamos, aquel aspecto del ser que nos muestra el psicoanálisis con el cual no es posible la represión porque la pulsión ha de buscar de todos modos su satisfacción.

En la construcción de los *diques* (Freud, 1905), como se verá bien, no se trata allí de un “irse al fundamento”, como en la represión, sino de un seguir pulsando, perentorio, de un empuje hacia la satisfacción, aunque podrán darse otras *vicisitudes*, rodeos, encausamientos, y aún cesiones, sublimaciones, pero todo esto hasta un punto. Aquél que, como lo señala Freud, es en el que habrá de detenerse, como el “burro de la noria”, al que si se le quita en extremo su “cuota de placer”, como “plus de goce”, que le corresponde como “salario”, ha de parar la *producción*, bien lo saben los amos. El cuerpo, como el “burro de la noria”, en una de sus metáforas, ocupa el lugar del *esclavo*, que en la dialéctica hegeliana es el que sabe del *trabajo* y de la relación con el objeto. En ese sentido, este goce no es un extra, es lo que no entrega el sujeto en el servicio de la especie, en el servicio del trabajo.

Para Freud (1916-1917) el psicoanálisis tendrá la responsabilidad de ocupar un lugar de vigilancia, como cuidado, de este lado del hombre, de su pulsionalidad, como algo de propio derecho. No es una paga sino lo que le “resta” de lo ya cedido a lo social, al trabajo,¹ aquello que se recupera, que se sostiene, en la fantasía y en la dimensión *sexual y poética* de la vida. Dimensión del hombre que, según

1. “El hombre primordial habría convertido su trabajo en algo agradable, por así decir, tratándolo como equivalente y sustituto de la actividad sexual”. Freud (1916-1917), p. 152.

como lo relata Rorty (1989/1996), constituyó la democratización que hizo el psicoanálisis del “poeta vigoroso” de Nietzsche, al otorgarle Freud a cada hombre la capacidad de crear un sueño, una narración con su lenguaje, una posición pulsional no arrebatada que ha de participar, como “poeta vigoroso”, con un goce no empobrecido.

El Manuscrito G (Freud, 1895a/1976-1978) es uno de los primeros lugares donde Freud plantea el origen de la pulsión, aquello que se produce en el cuerpo incitado por el Otro. Verdadero grafo donde Freud localiza perfectamente cada uno de sus componentes en cuerpo y alma. Allí plantea las vicisitudes de un empobrecimiento pulsional como efecto del manejo de la libido y de sus prácticas de satisfacción, consecuencia de un quehacer sexual empobrecido por las normas epocales que condicionan esas prácticas. La melancolía o la depresión del sujeto se plantean allí no como resultado de la *renuncia al deseo*, sino por *pérdida de goce*.

Es ese empobrecimiento de la *tensión sexual* y la *voluptuosidad*, ambos componentes del empuje pulsional, lo que provoca la depresión frente a la *pérdida de la libido*. Entiendo que más allá de los distintos modos en que la sociedad actual parece encarar las condiciones de la sexualidad, no deja por eso de presentarse cierta *depresión* actual, una de las expresiones sintomáticas del sujeto contemporáneo. En el *Malestar en la cultura* Freud (1927) nos señala también los efectos de ese ceder en extremo lo pulsional.

¿No cabría hablar entonces de un “exceso” en el ceder la pulsión? Aquel recorrido de la pulsión que supone Freud en el Manuscrito G, en la relación del sujeto con el Otro, sufre un “cortocircuito”, en el que, como la masturbación de entonces, empobrece el despliegue de ese recorrido pulsional, afectado siempre por los modos insoslayables en que la cultura tiene de intervenir en cada época. Este considerar el valor de la pulsión y de cierto exceso, no se enrola, como no lo ha hecho Freud tampoco, en una *política hacia la liberación de los impulsos*.

¿Por qué consideramos la *pulsión* como lo que es capaz, a diferencia del *deseo*, de cuestionar las categorías identitarias devenidas del Lenguaje y de la Ley? ¿Se le podría atribuir también al deseo ese poder subversivo?² Lo pulsional brinda la posibilidad de movimientos que habrán de desbordar los límites de las categorías identitarias circunscribibles del ser.

No porque lo pulsional ha de producir una liberación de una identidad o esencia otra, más verdadera o reprimida, sino porque, en todo caso, genera ciertos movimientos en el sujeto que descompletan su identidad en el yo. Testimonio si se quiere de que tampoco la identidad estaba absolutamente consolidada por el Lenguaje, dado

2. “Este drama no es el accidente que se cree. *Es de esencia: pues el deseo viene del Otro, y el goce está del lado de la Cosa*. Si, el deseo apalabrador es una transacción y una defensa que mantiene el goce en su horizonte de imposibilidad; el deseo ha de plegarse a la ley gracias a la función del Padre. El deseo y la ley son una sola barrera que nos obstruye el acceso a la Cosa”. Braunstein, 2006, p.101 (El itálico es nuestro).

que éste, a su vez, permite registrar, como las palabras del sueño, en un más allá de los significantes amos, la complejidad de sus huellas, de sus identificaciones, lo que podríamos llamar con Bajtin (1978) una polifonía del sujeto. En este sentido hay una cierta coincidencia con el cuestionamiento que Derrida hace al discurso logofalofonocéntrico en el establecimiento de las categorías identitarias.

Entre el exceso de la *carne* y el exceso de la *inscripción*. El sueño de la inyección de Irma

Es un sueño intenso, como dice Lacan (1955/1995), que si no despertó a Freud fue por su valentía. Sueño donde Freud, como psicoanalista, se cuestiona su responsabilidad en la conducción de la cura, caso vecino si se quiere al que menciona en Signorelli (Freud, 1906). En ambos se alude a un psicoanálisis que estaba recién elaborando su teoría y su técnica, construyendo propuestas terapéuticas, sin tener, como los psicoanalistas actuales, una teorización y un discurso constituidos que guiaran su práctica. En esos momentos inaugurales tenían, tal vez por eso mismo, más cuestionamientos e interrogaciones sobre su responsabilidad en su quehacer.

En el análisis del sueño de la inyección de Irma aparecen dos elementos que creo permiten enmarcar esta temática, dos componentes distintos frente a los cuales habrá tanto un “límite a atravesar” como un “punto a detenerse”. Tenemos por un lado el *cuerpo* de Irma, la *carne*³ (Lacan, 1955-1956/1995), esa imagen que habrá de situarse en el límite de las formas, trayendo allí algo de la sexualidad que angustia, que interroga sobre lo que el lenguaje no alcanza a encasillar o a simbolizar. Por otro lado, las huellas, los significantes donde, desde su lugar más denso, surge el sueño, como el hongo de su miscelio (Freud, 1900). Esta parte “densa”, digamos compleja, tejido difícil de desanudar, *ombliigo* del sueño, exceso, tal vez, de significantes, de huellas, nos llama a detenernos, o tal vez, a un “ir más despacio”. ¿Hubo un exceso de autoridad en la “propuesta” terapéutica de la que Freud acusa a Irma por no haberla aceptado? No parece ser así, Freud duda, se siente responsable de su propuesta y de la salud de Irma, el motivo de su sueño lo muestra. También, dirá más adelante que su propuesta estaba equivocada, que era sólo el producto de su elaboración hasta aquel momento.

Entonces, fue el rechazo de *la histérica*, de Irma, a aquella propuesta logofalofonocéntrica, para decirlo con Derrida, la que le permitió a Freud un *saber hacer* con este rechazo. Irma (Freud, 1900), Emma (Freud, 1895b), Dora (Freud, 1901) marcaron lo que no funcionaba de aquella “propuesta”. Fueron ellas un estímulo que posibilitó la transformación y el desarrollo de la teoría. ¿Acaso será siempre la

3. “ (...) Es un descubrimiento horrible: la carne que jamás se ve, el fondo de las cosas, el revés de la cara, del rostro, los secretos por excelencia, la carne de la que todo sale, en lo más profundo del misterio, la carne sufriente, informe, cuya forma por sí misma provoca angustia. Visión de angustia, identificación de angustia, última revelación del eres esto: Eres esto, que es lo más lejano de ti, lo más informe.” Lacan, 1955-1956, pp. 258-259.

misma “taza de té” la que debe acotar y ceñir lo real? ¿Siempre ha de ser de la misma manera? ¿Irá transformándose como para dar cabida a que algo de ese reverso informe del rostro, que produce rechazo y angustia, encuentre lugar en ella?

En este sueño, creemos encontrar entonces la tensión paradigmática entre el lugar informe, excesivo, que angustia, la *cosa*, la *carne* de la que nos habla Freud (1895b) y Lacan (1955-1956/1995), lugar de lo demoníaco, de lo femenino, de lo que no tiene un nombre, de un “lugar en espera”, también de detención, y por otro un exceso de significantes, de huellas, que se expanden hasta el punto más denso, el *ombiligo* del sueño, lugar también donde habrá que detenerse, dejando al sueño perderse en su densidad sin querer aprisionarlo totalmente por nuestro saber. En ese lugar se produce entonces una doble detención. La “propuesta” de Freud no logra establecer entonces un lazo entre ambas, no puede construir allí un puente entre la “carne” y el “significante”, algo allí no se lleva bien, como podrá saberse de antemano.

El rechazo a la propuesta de Freud en torno de la cuestión planteada en el sueño nos permite advertir la necesidad de un tiempo de espera que habrá de existir siempre, más breve o más extenso, entre la “propuesta del discurso” y el de su “aceptación” o “rechazo.” Ambos habrán de entenderse siempre dentro de un contexto histórico y serán por tanto susceptibles de modificaciones.

El *cuerpo* como *carne* se resiste a que su exceso informe sea reabsorbido por las significaciones propuestas por el lenguaje. Esa *resistencia* es potencia en tanto *pulsión*, en tanto empuje aún no acotado, de una “animalidad no domesticada”.⁴ Entonces, podríamos ver la pulsión como exceso del cuerpo en la medida que de ella habrá de partir siempre el rechazo de la propuesta significativa y normativizante del Otro.

La trasgresión, un uso de los cuerpos que cuestiona los límites identitarios

Los cambios recientes en torno a las identidades sexuales, entre otras, sus concepciones y legalidades, pusieron de relieve su constitución histórica, cuyos *límites* y *excesos*, efecto de las transformaciones tecnológicas y sociales, se hicieron percibir móviles y, por lo tanto, motivo de debate.

El cuerpo ha sido destacado hoy como un constituyente fundamental en el discurso. Él marca la *presentación* y no la *representación* del sujeto en el discurso, en el sentido que habrá de señalar algo más que lo enunciado por el lenguaje, algo de su lugar de *enunciación* en el más amplio sentido. Ese lugar, que constituye cierta *corporeidad*, forma parte ineludible de la enunciación, huellas del sujeto, modos pulsionales y pasionales, aunque la comunicación se dé por Skype.

4. Expresión metafórica, dado que no se le supone a la pulsión una naturalidad fuera del Otro.

En el teatro de la crueldad, Artaud (1932) testimonia, con su obra y con su vida, la fuerza de su propuesta para atacar a la metafísica. Como hombre de teatro quiere ver transformada la actuación para que ésta no sea el testimonio de una verdad que sólo cabe representar, como algo perdido que ha de ser recuperable sólo como *representación*.⁵ Propone Artaud un teatro como vida, como *presentación*, como lo que pone en juego el cuerpo, sus fuerzas, su violencia, sus gritos, la actuación como vida, que altera siempre el lugar del público sacándolo de su rol de espectador-*voyeur*. Temática que no puede dejarnos indiferentes en cuanto al papel de la *representación* y de la *presentación* en las sesiones psicoanalíticas.

También Bataille (1933/1987), con los conceptos de *parte maldita*, *de gasto* y de *erotismo* aborda la temática de la *transgresión*,⁶ como movimiento de un ir más allá del límite, de lo instituido, de las fronteras establecidas por el Lenguaje, por la Ley. Convoca primero a un cuestionamiento del límite, y como tal, de los principios identitarios.

El *exceso* entonces golpea con violencia, en autores como Sade, Artaud y Bataille, a las diferencias delimitadas en lugares o legalidades históricas, cuestionando el establecimiento de identidades consolidadas, en el sentido de esencias estables y trascendentales.

Derrida también con muchos de sus conceptos (deconstrucción, *différance*, indecibles) no propone un borramiento de las diferencias, sino un concepto que es productor de diferencias, distintas a las denominaciones de Adán. Productor de un movimiento que deviene no tanto de la tensión entre identidades preestablecidas, sino que esta *différance* surge a partir del *ser viviente* (Cragnolini, 2005; Miller, 2002), tiempo de producción, no necesariamente de diferencias opositivas, sino diferencias capaces de ser producidas en la repetición del sujeto consigo mismo. Con el concepto de *différance* Derrida (1967) cuestiona las categorías identitarias, desborda los límites entre ellas, no para borrar diferencias, sino para permitir un movimiento productivo de diferencias constantes, aún en el sí mismo, diferencias devinientes del movimiento de la vida (diferencia y repetición) y no de cierta estabilidad del lenguaje.

En Políticas de la diferencia, Derrida se manifiesta a favor de los *movimientos de liberación* pero sólo desde el punto de vista político, ya que conceptualmente considera que estos movimientos pueden

5. "El teatro de la crueldad no es una representación. Es la vida misma en lo que ésta tiene de irrepresentable. 'He dicho, pues, 'crueldad' como habría podido decir 'vida'" (1932, IV, p. 137) (...) ¿Cómo funcionarán entonces la palabra y la escritura al desconstituir lo diáfano, queda al desnudo la carne de la palabra, su sonoridad, su entonación, su intensidad, el grito que la articulación de la lengua y de la lógica no ha enfriado del todo todavía, lo que queda de gesto oprimido en toda palabra, ese movimiento único e insustituible que la generalidad del concepto y de la repetición no han dejado de rechazar jamás." Derrida, 1967, pp. 338-343.

6. "Lo que hace difícil hablar de la prohibición no es solamente la variabilidad de sus objetos, sino el carácter ilógico que posee. Nunca, a propósito de un mismo objeto, se hace imposible una proposición opuesta. No existe prohibición que no pueda ser transgredida. Y, a menudo, la transgresión es algo admitido, o incluso prescrito." Bataille, 1933/1987, p. 46.

como *límite real* que convoca al Otro. En este sentido, el *exceso* operaría como un *acting out*, un *llamado a una contención*, a un entrar en la escena, delimitada, si se quiere, por el cuerpo del sujeto y del Otro, lo que permite el armado del fantasma. Hay *apoyatura* en el cuerpo también en el trabajo de contención del exceso, así como la hubo cuando el Otro posibilitó el “*despertar*” de las mociones de la pulsión. Es el mismo cuerpo que por esa misma vía, tal vez, logra brindar la apoyatura a los movimientos productores de los *diques* de la pulsión. Los conceptos de *transformación en lo contrario* y de *formación reactiva* nos señalan esto. Sería interesante seguir investigando la participación del cuerpo propio en ellos. Esto nos recuerda la noción de Platón “del cuerpo como cárcel del alma”.

Vemos en distintos lugares de la teoría, procesos análogos de transformación, lo vemos particularmente en *Pulsiones y destinos de la pulsión* (Freud, 1915), entre ellos en el pasaje del sadismo al masoquismo, en el cual describimos un movimiento de *repliegue*, de tiempo de espera, de la misma pulsión donde al empuje originalmente dirigido al otro le sigue en un segundo paso un movimiento, como voz media, donde esa acción vuelve sobre el mismo sujeto, al mismo cuerpo, tal como puede recorrerse también en “*Pegan a un niño*” (Freud, 1919), para luego volver a recaer sobre el yo, pero esta vez, proveniente del Otro.

La “*formación reactiva*” es un mecanismo de defensa que forma parte también de la *construcción de los diques* y también de la *formación del súper yo*, pero en éste es fundamental como apoyatura la voz del Otro, para ser dirigida a sí mismo. En el caso de los *diques*, su formación es algo devenido de la misma fuente, de la misma pulsión, pero que sufre un repliegue, y en este caso se “*apoya*” en el “*propio cuerpo*”. El Otro, también con su cuerpo, participa en esa construcción. Si se quiere es un proceso semejante a lo que nos plantea Freud en su primera teoría de la angustia, en tanto libido transformada, que recae sobre el yo, lo que sostiene una defensa. Sea derivada o no de la energía libidinal, acorde a la segunda teoría, la angustia es el uso de la reacción emocional del yo frente a una libido excesiva. En ese sentido la señal de angustia funcionaría como un proceso análogo al de los diques impidiendo avanzar más allá de ciertos límites donde esa *señal* nos detiene. El *exceso* obviamente lo encontramos cuando algo de la *señal* de angustia o de los *diques* ha sido superado.

¿Los signos del exceso, de la voluptuosidad o de la tensión sexual, provienen de una “*falta*” o de un “*exceso*” de la presencia del otro, o tal vez de ambas? Así nos lo muestra Freud en el caso de Leonardo donde la “*falta del padre*” era compensada por el “*exceso de la presencia de la madre*”, o sea, por lo que llama allí la “*violencia de las caricias de su madre*” que, según Freud (1910a), le arrebataron a Leonardo parte de su virilidad.

Experiencias, de un exceso del otro, que dejan en el sujeto un signo de tope, de un límite que no le será posible atravesar. Esto es

a formas excesivas o a déficits según los casos, pero ¿hay un “para todos”? ¿Hay un “para todo momento”?

La sociedad y el sujeto suelen no operar como un todo. Rescatamos aquí a Bataille (1961) cuando en su texto sobre el erotismo nos plantea que el mundo del sujeto y de la sociedad esta divide en dos universos, el del *trabajo*, de la *producción* y de la *adaptación*, y, otro, el de la *transgresión*, de la *fiesta*, del *exceso*.⁸ Al primero lo llama *profano*, al segundo *sagrado*. Nos dice también que no se trata sólo de dos universos sino de dos dimensiones de la vida del hombre, *tiempos de lo profano* y *tiempos de lo sagrado*, tiempos de producción y tiempos de erotismo. Todos recordaremos en esto a Bajtin (1978) cuando también él discrimina en la vida el mundo del trabajo y el mundo de la fiesta y cómo cada uno de ellos tienen lenguajes diferentes que han de predominar en distintos momentos, el momento del trabajo, el del lenguaje hegemónico y el hombre sujetado a él, y el momento de la fiesta como aquello subversivo que se apodera del mundo cotidiano y que llama *carnavalesco*, donde lo prohibido está autorizado y la expectativa es que todos participen de esas formas transgresivas. ¿No nos recuerda en esto al exceso de la producción y la entrega del hombre al trabajo en la época contemporánea, con una carga horaria intensa, para luego entregarse a ciertos goces en las diversiones en los momentos de un supuesto tiempo “libre” (after-office, fines de semana... etc.)?

Diques, bordes, excesos y continencias

Tomaremos la idea de *apuntalamiento* en Freud como “un borde”, función de un cuerpo, borde en el sentido de *límite*, entre cierto *exceso*, que hace que allí justamente el cuerpo vaya más allá de su función biológica, de su función de adaptación. Allí anidan, por ejemplo, “los ojos para *ver*” que darán lugar a los “ojos para *mirar*” (Freud, 1910b), para *espíar*, para gozar, que como exceso perturba la función adaptativa cuando, como ha dicho Freud “el amo se ha metido en amores con la cocinera”. Pero a su vez, el cuerpo brinda también esa *apoyatura* al límite de un “hasta dónde le es posible”, abierto siempre a un “ir más allá” excesivo. La figura de Láquesis, una de las Moiras, que como sabemos es la hilandera que toma las medidas, acota, estira, representa la función de un tope en “lo *real*”, en tanto leyes de la vida, *Not des Lebens*, del *Ananké* (Freud, 1913), que ningún hombre o dios puede, en tanto *límite real*, transgredir o desconocer. Entonces, en este apuntalamiento en el cuerpo, se produce esa tensión que ocurre entre este *estirar -transgredir-* y el *acotar -limitar-*: “no me

8. “La prohibición responde al trabajo, y el trabajo a la producción. Durante el tiempo profano del trabajo, la sociedad acumula recursos y el consumo se reduce a la cantidad que requiere la producción. Por excelencia, el tiempo sagrado es la fiesta (...), un levantamiento en masa de las prohibiciones; ahora bien, en tiempos de fiesta, lo que está habitualmente prohibido puede ser permitido, o incluso exigido, en toda ocasión. Hay entre el tiempo ordinario y la fiesta una subversión de los valores (...). Desde una consideración económica, la fiesta consume en su prodigalidad sin medida los recursos acumulados durante el tiempo del trabajo. Se trata en este caso de una oposición tajante”. Bataille, 1961, pp. 48-50.

da el cuero”, “el cuerpo le puso un límite”. Un límite de lo real, más allá de cuanto le exija o le solicite el Otro, más allá de la capacidad siempre desbordable que ofrezca la “taza de té” (Lacan, 1959-1960/1988).

Así se nos presenta Aquiles en la *Ilíada*, aquel que peca de *Hybris*,⁹ como llamaban los griegos a la arrogancia del que no reconoce los límites de lo real. Pero justamente fue su cuerpo el que “ofreció” su *talón* para hacer de él el paradigma del límite, el “punto preciso” donde somos vulnerables, donde todos debemos de ser alcanzados por lo que hiere nuestra omnipotencia. Pero es justamente el cuerpo, tal vez “herido” en el punto de vulnerabilidad, el que se presta a encarnar el límite. El límite transita desde lo surgido en ese lugar del cuerpo, como goces parciales, placeres preliminares, que lo lleva a un exceso, para a través de esta *experiencia*, de este ir a un cierto más allá –“crueldad” o “vida” como habría dicho Artaud (1932)–, señalarle el camino hacia una elevación, hacia la “espiritualidad”, es decir, un camino hacia lo social, lugar que será a su vez el que le otorgue *hospitalidad* al sujeto. Un *lazo social encarnado*, no tanto porque otorgue figurabilidad a este significante del *límite*, sino en tanto que es con el mismo cuerpo que se construye el límite. Ya no se trata de *Hybris*, *límite real* en tanto imposibilidad del cuerpo, sino que es en el mismo cuerpo que en su ir más allá, en su “exceso”, construye como *reacción*, un *pliegue* originado según Freud, en la misma pulsión, –punto tal vez cuestionable–, más allá de cualquier estímulo de la Educación.

Ese pliegue de la pulsión será hecho a sus expensas, una formación reactiva que formará de ahora en más un *dique* que el cuerpo en su *reacción* sostiene. Entonces es en el cuerpo donde se produce tanto el *exceso*, el movimiento pulsional, como su *acotamiento*: besos, abrazos, firmeza, caricias, ese “borde” que no se ha de construir sin el cuerpo.

¿En qué “medida” participa el Otro en la construcción de estos diques que determinan luego las reacciones del cuerpo que operan como algo que impide un ir más allá a ciertos excesos del goce? Fue la experiencia misma del exceso, vivenciada en algún momento, la que implicó el pasaje por el Otro y por el sí mismo, la que dio lugar a esa reacción. En el *asco*, en la *vergüenza*, en la *compasión*, una *reacción que* supone ya un primer acotamiento por un contacto “memorable” con el Otro (Lacan, 1959-1960/1988). Como la angustia, *señal* de un contacto hecho *límite*, hecho *bucle*, que encarnado implica un “no poder” ahora del cuerpo, que no requiere ya ser llevado a una tentación y a su contrario. Planteamos un anudamiento allí en el cuerpo, lugar donde Freud descubrió el “goce”. Una *formación reactiva* devenida transformación que se apoya a su vez en un Otro, que pone

9. “La *hibris* o *hybris* (...) es un concepto griego que puede traducirse como ‘desmesura’ y que en la actualidad alude a un orgullo o confianza en sí mismo muy exagerada, especialmente cuando se ostenta poder.” <http://es.wikipedia.org/wiki/Hibris>

un coto, un *cuidado*, no sólo con la “norma”, con un “no debes”, sino como un *límite sostenido* por el propio cuerpo del adulto al avance excesivo del sujeto en un “no puedes”.

Como nos dice Winnicott, la funciones del holding y del handling implican conductas concretas: abrazos, sostenimientos encarnados, contenciones fuertes de ser necesarias, requeridos durante toda la vida y que no son sólo enunciados de un “no debes” sino de un “no puedes”, *real* además de *simbólico*, que limita en lo real aquello que el adulto considera riesgoso. Problema no menor el de otorgarle al adulto esta capacidad y esta responsabilidad, que si no ha pasado él mismo por un *cuidado de sí* podrá usarla arbitrariamente y en exceso. Estas *operaciones de cuidado* corresponden a las del *padre real*, que considero son las *necesarias de ser sostenidas en esta época*, no dejando al sujeto solo con una libertad de elección de sus goces en tiempos tempranos, cuando aún no se pudieron constituir estos *diques*. Tiempos de constitución del sujeto, donde el Otro debe instalar, o “hacer saber” el poder del *Ananké*, siempre y cuando se pueda limitar el goce narcisista del padre, ya que sólo por amor a su hijo habrá de limitar al *his majesty the baby*, para que éste no peque de *Hybris* como Aquiles.

Para concluir

Anteponer la “Ley” al “Cuidado” puede ser un modo de responsabilizar al sujeto y de des-responsabilizar al Otro. Por eso creo que nuestra época requiere de un equilibrio entre la Ley y el Cuidado, con legislaciones, elaboraciones y prácticas de cuidado de sí, para que el Otro asuma sus funciones de cuidado social para con los sujetos y sus vulnerabilidades.

Las operaciones en la cura psicoanalítica, las intervenciones, los actos, pueden poner en juego esta tensión. Un diálogo a partir de Freud entre Winnicott y Lacan creo que enriquece mucho la manera de abordar esta tensión en la dirección de la cura. Tema que se abre a la cuestión de la responsabilidad clínica y social del psicoanálisis y de los psicoanalistas. Entonces lo que será exceso en unos puede no serlo en otros y esto no ha de ser indiferente en la escucha psicoanalítica. No podemos establecer un “para todos”, una diferenciación entre qué es exceso, o dónde está y qué es o dónde está el límite. Si quisiéramos, más allá de las variaciones, podríamos ver que hoy el planteo o el uso del “exceso” representan en nuestra época un cuestionamiento de los límites; más que nada de sus legalidades, de sus *orígenes*, cuya relación con lo real es interrogada. Nunca fue para Freud el derecho otra cosa que el efecto de aquello adquirido por la violencia, la de los vencedores (Freud, 1933) que establecía o modificaba fueros anteriores. No consideraba que esto debía ser de otro modo, pero le daba a estas legalidades establecidas más que nada un valor histórico en cuanto a su contenido, en cuanto a sus formas, reconociendo que la existencia de la cultura y del trabajo requería de

ellas. Poniendo el acento en que el hombre al necesitar del Otro para subsistir, hace de ese Otro el condicionamiento de todos sus principios morales (Freud, 1895b). Pero sobre todo advierte sobre los costos de los modos y las magnitudes que lo social reclama al sujeto.

En este sentido, muchos autores de muy diversa procedencia consideran que ciertos movimientos dados en la cultura contemporánea toman la forma de un “exceso”, sea estético, político, social, sexual, para expresar, para producir, un cuestionamiento a lo que podríamos llamar hegemonía del Lenguaje o a una cierta hipérbole de lo Simbólico, dado el poder de éstos de establecer categorizaciones, discursos, donde se establecen *límites y excesos*. Por lo tanto hay necesidad de recalcar sus orígenes históricos y por lo tanto susceptibles de ser modificados.

Dejaremos que entre ambos órdenes, el *exceso de lo pulsional* y el *límite de lo simbólico*, se sostenga una tensión que ha de ser productiva si se postula un *tiempo de demora* para un *no ceder demasiado rápido*.

Resumen

El autor propone una mirada distinta del tema que la que contrapone exceso de goce – declinación del Nombre del Padre que hace del primero una consecuencia del segundo. Considera, en cambio, que cierto exceso entendido como pulsionalidad, como fuerza de la vida y cierta declinación del Nombre del Padre, entendida como crítica a una hegemonía excesiva de lo Simbólico y del Lenguaje, permiten una recepción y una respuesta a esta cuestión diversa tanto en la clínica como en la sociedad.

Considera que la tensión intensidad-forma ha recorrido la historia y en cada época fue enfocado de distinta manera qué es o dónde está el exceso y qué es o dónde está el límite.

Los movimientos de liberación propios del paradigma social de la soberanía, de lo disciplinario, dan lugar en el paradigma de la bio-gobernabilidad actual a conductas de mostración, como llamado a un Otro epocal, que “deja morir”, que “deja caer”, y prácticas de cuidado de sí que permiten construir pliegues en los sujetos, diques a la pulsión con apoyo en el cuerpo, que el autor diferencia en su construcción y en sus efectos de la sujeción a la ley.

Descriptor: *Cuerpo, Límites, Pulsión, Transgresión, Deseo, Ley.*

Candidatos a descriptor: *Exceso, Diques.*

Abstract

The author proposes a view of this subject that differs from one that would place excess of jouissance in opposition to decline of the Name of the Father, a view that sees the former as a consequence of the latter. In contrast, he thinks that a certain excess, considered as drive and the life force, and a certain decline of the Name of the Father, considered as criticism of the excessive hegemony of the Symbolic and Language, enable our reception of and response to this different question in both clinical work and in society.

He considers that tension or intensity-form has run through history and in each period has been considered in different ways: what excess is or where it is, and what or where the limit is.

The liberation movements inherent to the social paradigm of sovereignty and the disciplinary lead in today's paradigm of bio-governability to manifestation behavior, an appeal to an Other of the period, who "lets die" and "lets fall", as well as to self-care practice that allow the construction of folds in subjects, dams against the drive, supported by the body; the author differentiates their construction and effects with respect to subjection to the law.

Keywords: *Body, Limits, Drive, Transgression, Desire, Law.*

Candidates to keyword: *Excess, Dams.*

Referencias

- Bajtin, M. (1978). *Problemas de la poética de Dostoievski*. Barcelona: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1993.
- Bataille, G. (1987). *La noción de gasto*. En *La parte maldita*. Barcelona: Icaria. (Trabajo original publicado en 1933).
- Bataille, G. (1997). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1961).
- Braunstein, N. (2006). *El goce, un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI .
- Canteros, J. (1995a). Del apremio de la vida al Ananké, o las relaciones del sujeto con el semejante. *Revista de Psicoanálisis*, APA. Tomo XLIX, nº 5-6.
- Canteros, J. (1995b). Consideraciones acerca del "Proyecto Freudiano". *Rev. Nuevas realidades*. APA. Tomo LII, nº 2.
- Cragolini, M. (2005). *Derrida, un pensador del resto*. Buenos Aires: La Cebra.
- Deleuze, G. (1975). *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona: Muchnik. (Trabajo original publicado en 1968).
- Derrida, J. (1967). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (1996). *Resistencias del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Derrida, J. & Roudinesco, É. (2001). *Y mañana, qué....* Barcelona: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002.
- Foucault, M. (2002). *Hermenéutica del sujeto*. Barcelona: Fondo de Cultura Económica de Argentina. (Trabajo original publicado en 1981-1982).
- Freud, S. (1895b). El proyecto de una psicología para neurólogo. En Freud, S., *Obras completas* (T. I). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En Freud, S., *Obras completas* (T. IV). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. En Freud, S., *Obras completas* (T. VI). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.

-
- Freud, S. (1901b). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En Freud, S., *Obras completas* (T. VII). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En Freud, S., *Obras completas* (T. VII). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1908). El creador literario y el fantaseo. En Freud, S., *Obras completas* (T. IX). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1910a). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En Freud, S., *Obras completas* (T. XI). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1910b). Trastorno psicógeno de la visión según el psicoanálisis. En Freud, S., *Obras completas* (T. XI). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1913). El motivo de la elección del cofre. En Freud, S., *Obras completas* (T. XII). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de la pulsión. En Freud, S., *Obras completas* (T. XIV). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1915-1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis. En Freud, S., *Obras completas* (T. XV). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1927). El malestar en la cultura. En Freud, S., *Obras completas* (T. XXI). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1933). ¿Por qué la guerra? En Freud, S., *Obras completas* (T. XXII). Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
-
- Freud, S. (1976-1978). Manuscrito G. melancolía. En *Cartas a Wilhem Fliess*. A.E. I Buenos Aires. (Trabajo original publicado en 1895).
-
- Miller, J.M. (2002). *Biología Lacaniana y acontecimiento del cuerpo*. Buenos Aires: Colección Diva.
-
- Lacan, J. (1995). Seminario 2. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956).
-
- Lacan, J. (1988). *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
-
- Lacan, J. (1992). *Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970).
-
- Nietzsche, F. (2005). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1883-1885).
-
- Rorty, R. (1996). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1989).
-
- Spinoza, B. (1980). *Ética*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1677).
-
- Winnicott, D. (1990). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1984).
-

El analista, su paciente adolescente y la estupidez en el campo analítico¹

Este trabajo amplía reflexiones sobre la adolescencia iniciadas en la década de 1980. En aquella ocasión se discutían aspectos del proceso de desprendimiento del adolescente buscando comprender comportamientos que simulan una simbiosis: adicción a las personas, drogas, ideologías, religiones, embarazo precoz, atracción por la muerte. También fue estudiado su opuesto, la llamada independencia precoz (pseudomadurez) (Cassorla, 1981, 1985, 1986a, 1991a, 1991b).

Esa línea de investigación derivó en el estudio del campo analítico cuando los pacientes graves confrontan al analista con defensas entreveradas de difícil acceso (Cassorla, 2000b, 2005a, 2008a, 2009, 2012a).

En este texto retomo el estudio de los entreveros en conexión con las ideas iniciales sobre las vicisitudes de la adolescencia. En particular serán discutidas situaciones en las que la capacidad de soñar y pensar del analista se encuentran embotadas. Ese embotamiento ocurre cuando la dupla analítica se aproxima a vivencias traumáticas a partir del proceso de desprendimiento del adolescente. Aprovechando la nomenclatura bioniana (Bion, 1958/1967) nombró ese embotamiento como *estupidez*.

Utilizo dos acepciones de *estupidez*, que se complementan. La primera se refiere, en el mito de Narciso, a la situación en que este se enamora de su propia imagen reflejada en el agua de un lago. La *estupidez* se revela en la incapacidad de Narciso de discernir self de objeto. Ese obstáculo en la percepción de la realidad hace, en una de las versiones del mito, que Narciso se ahogue al intentar alcanzar el objeto idealizado que él no percibe como su propia imagen.

Al trasponer la situación al campo analítico estamos en el área en el que el analista y el paciente, a través de identificaciones cruzadas, constituyen una relación fusional. Cada uno siente al otro como una prolongación de su propio self. Ambos pueden no tener conciencia de este hecho. Cuando eso ocurre, el proceso analítico permanece congelado en el área dual de fusión-confusión, aún cuando en otras áreas pueda ocurrir un desarrollo.

* Grupo de Estudios Psicanalíticos de Campinas y Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

1. Este trabajo recibió el Premio Psicoanálisis de Niños y Adolescentes – Congreso Fepal 2012, San Pablo.

La segunda acepción de estupidez remite a la nada delicada grosería de Narciso cuando rechaza el amor de la ninfa Eco. Narciso le dice a Eco que prefiere morir a recibir su amor. Podemos considerar el rechazo de Narciso como resultado del terror de entrar en contacto con el otro, esto es, con la diferenciación self-objeto. Entonces, la función de la estupidez es evitar el contacto con la realidad triangular buscando mantener la fantasía de la completitud narcisista.

La transposición de la segunda acepción al campo analítico indica situaciones donde la percepción de la realidad triangular es atacada. La amenaza de discriminación self-objeto provoca una ansiedad castrófica. Esa ansiedad es descargada, al mismo tiempo que la dupla analítica vuelve a la situación dual fusional. Cuando el paciente atribuye, con razón, esa percepción al trabajo analítico este será atacado. Ese ataque puede ser efectuado rompiendo los vínculos entre analista y paciente (Bion, 1958/1967) e intentando deformar o bloquear la capacidad de pensar del analista a través de identificaciones proyectivas masivas que lo reclutan a no pensar. Ese reclutamiento puede conectarse con factores propios del profesional. Entonces, la vuelta de la relación dual y la estupidez son precedidas por el esbozo insoportable del contacto con la realidad.

Las configuraciones implicadas en las dos acepciones oscilan en doble sentido: relación dual congelada <-> amenaza de percepción de la relación triangular. La estupidez se manifiesta, entonces, tanto en la imposibilidad de percibir la relación dual como en la imposibilidad de vivenciar la relación triangular.

El lector ciertamente está familiarizado con los modelos descriptos. Ellos remiten al trabajo con pacientes que revelan dificultades para percibir y vivir en la realidad triangular, donde self y objeto están discriminados. Entre esos pacientes se encuentran aquellos en los que predominan configuraciones borderlines, esto es, donde las distintas partes viven en un mundo de relaciones duales, mientras otras mantienen contacto con la realidad triangular. Estos pacientes no consiguieron, en determinadas áreas de su mente, elaborar situaciones edípicas, volviendo o permaneciendo en situaciones narcisistas. Por otro lado, la atracción por las situaciones narcisistas indica traumas que dificultan su elaboración.

El mito de Edipo revela situaciones similares al de Narciso. Si en este el estado inicial es la fusión indiferenciada y la triangularidad es la amenaza, en el mito edípico la triangularidad adquirida se vuelve insoportable. Por ese motivo es deshecha. Esto ocurre, por ejemplo, cuando Edipo inicia la investigación en busca del asesino de Layo. Edipo consulta a Tiresias, el adivino ciego. Ocurre un tenso y agresivo diálogo donde Tiresias intenta abrir los ojos de Edipo a la realidad². Un esbozo de su percepción amenazadora hace que Edipo se defienda efectuando violentas proyecciones dentro de Tiresias. Edipo lo acusa de estar aliado a Creonte (hermano de Yocasta) para sacarlo del

2. Este diálogo puede ser encontrado en la obra de Sófocles *Edipo rey*, teatralización del mito.

trono. De esa forma, Tiresias, el agente de la percepción amenazadora pasa a ser responsabilizado por las fantasías inconscientes de Edipo. Al proyectar en la dupla Tiresias-Creonte, esta se vuelve depositaria de los aspectos voraces, envidiosos y destructivos, liberando a la dupla Edipo-Yocasta, los reales usurpadores del trono de Layo³.

Si consideramos que los mitos pueden describir configuraciones emocionales, no nos sorprenderemos con el hecho de que Narciso y Edipo sean adolescentes. Es justamente en la adolescencia que la oscilación y confusión entre aspectos narcisistas y edípicos se presentan con intensidad.

Entonces, el psicoanalista que trata con adolescentes corre riesgos similares a los de estos mitos. El joven Narciso podrá ver al analista como una prolongación de sí mismo, una imagen en el lago. El analista corre el riesgo de identificarse con esa imagen y ver, también, al adolescente como una prolongación de sí mismo. El reflejo apasionado se revela como colusiones de idealización mutua sin que el analista perciba lo que está ocurriendo⁴.

Sabemos que el adolescente pasa por una gran turbulencia emocional (Bion, 1977/1987) fruto de la intensidad y confusión pulsional frente a un yo aún no suficientemente maduro. El conflicto consecuente se torna más complejo por el renacimiento de situaciones edípicas infantiles que se manifiestan en un cuerpo capaz de poner en acción fantasías asesinas e incestuosas. La colusión de idealización mutua intenta, de alguna forma, mantener esas fantasías bajo control al transformar una potencial relación triangular en una relación dual. Pero, la amenaza de pérdida de ese control es constante. Las fantasías edípicas provocan, de manera figurada, tempestades y tsunamis revolucionando el plácido espejo de agua que reflejaba la integridad narcisista. El joven paciente Narciso se desespera con la amenaza de desintegración de la imagen (y del self) y la consecuente percepción de que el analista es otro, no-self. Esa percepción es vivida como terriblemente traumática.

Las diferentes formas en que esas configuraciones son externalizadas en el campo analítico, sumadas a las condiciones del analista de transformarlas, nos orientan en relación a las posibles elaboraciones que están ocurriendo (o no) durante la adolescencia de determinado paciente. Cuando la dupla analítica oscila, con cierta flexibilidad, entre relaciones duales y relaciones triangulares, el analista intuye que predominan hechos de la adolescencia “normal”. Rigidez alerta al riesgo de estabilización de configuraciones borderline. Esa estabilización, sin embargo, solamente deberá ser considerada después de la disminución de la turbulencia adolescente⁵.

3. Pienso que Tiresias también estaría proyectando masivamente, en Edipo, hechos conflictivos “edípicos” propios, míticamente expuestos en su interferencia en los conflictos entre Zeus y Hera y en el asesinato de serpientes durante el acto sexual (Cassorla, 2008b, 2010b).

4. Colusiones duales, idealizadas y/o sadomasoquistas, serán llamadas, en adelante, *enactments crónicos*.

5. Gammelgaard (2010) discute profundamente el estado actual del concepto *borderline*. En Outeiral (1993) se encuentran trabajos abordando esas configuraciones en el adolescente bajo diversos enfoques teóricos.

En el área en que la simbolización está perjudicada, esto es, en el área dual o la parte psicótica de la personalidad, no será posible soñar. Elementos sin significado o con significado deteriorado o bizarro serán eliminados a través de identificaciones proyectivas. El conjunto de esos hechos puede ser llamado *no-sueños*. Los no-sueños son externalizados en el campo analítico a través de descargas de elementos que no se conectan a la red simbólica. El analista se deja penetrar por los no-sueños de su paciente y, utilizando su función alfa, les da significado. El analista transforma en sueño el no-sueño del paciente. En ese momento el paciente es introducido en la realidad triangular. Si ella no fuera soportada, el paciente revierte el sueño a un no-sueño. El analista intenta de nuevo y de nuevo y, en la mejor de las hipótesis, la propia función alfa del analista termina por ser introyectada, posibilitando que el paciente sueñe por sí mismo.

Cuando los no-sueños del paciente atacan la capacidad de pensar del analista, a veces enganchándose en aspectos propios del profesional, este también produce no-sueños. En esas situaciones el campo analítico es tomado por *no-sueños-de-a-dos*. Estos constituyen la materia prima de las colusiones duales descriptos antes. (Cassorla, 2000b, 2003, 2005a, b, 2008c).

Las ideas de sueño y no-sueño aplicadas a los mitos nos muestran que el adolescente Narciso al no-soñar no puede discriminar self de objeto. La eventual transformación de su no-sueño en sueño, por el analista (o por Eco), es revertida para no-sueño. Impedir que el analista sueñe, constituyéndose no-sueños-de-a-dos es la mejor manera de mantener la relación narcisista. El proceso analítico permanece congelado en el área en cuestión.

El joven Edipo tiene capacidad de soñar. Pero, el sueño hace que Edipo tome conciencia de hechos terribles vinculados a asesinato e incesto. Al no soportar esa percepción, Edipo revierte el sueño para no-sueño destruyendo el significado de la realidad triangular.

Recordemos que Narciso y Edipo coexisten en el mismo adolescente y la oscilación no-sueño<->sueño (con las infinitas posibilidades intermedias) es equivalente a la oscilación entre relaciones duales y triangulares y EP<->D⁷.

La colusión idealizada puede transformarse, rápidamente, en una colusión sadomasoquista y viceversa. Como la idealización no podrá ser mantenida permanentemente (al final, el analista mismo en la colusión idealizada también la frustra, por ejemplo interrumpiendo la sesión...) el paciente se resiente y pasa a atacar al analista. Este responde o se somete y el paciente hace lo mismo. La situación se repite y repite sin poder ser significada y soñada.

7. En la frontera entre las dos configuraciones el joven se asemeja a Hamlet: "Ser o no ser, esa es la cuestión". "No ser" se manifiesta como colusión narcisista y/o indiscriminación en la muerte y "ser" en penoso contacto con la realidad (Cassorla, 1997b, 2007).

falta. En las anteriores, como siempre, el mayordomo había dejado un mensaje grabado. “Katia manda avisar que no podrá ir porque...” El motivo era explicitado: “Tuvo que viajar con la madre”, “tiene consulta médica”, “salió con su padre”.

Aunque me enojara con los recados, y con el hecho de que el mayordomo estuviera entre nosotros, sentía un cambio, alguna consideración por mi persona. Antes Katia ni siquiera mandaba a que me avisaran. Faltaba mucho y, cuando comparecía, se comportaba como si nada hubiera pasado. Cuando yo investigaba los factores relacionados a las faltas de Katia decía, como si fuera obvio, que faltaba porque tenía otro compromiso. Para Katia no había por qué informar a su analista, ni antes de la falta ni después.

Katia había llegado al análisis hacía pocos meses. En las primeras sesiones me contó, reticente, hechos indicativos de un brote psicótico cuya manifestación más evidente ocurrió dos años antes, cuando se mudó para estudiar en la ciudad H. Por entonces tenía 17 años. Al mudarse a H Katia había interrumpido un análisis que inició a los siete años de edad. Me contó que, luego de cierto tiempo, su psicoanalista pasó a atender también a su madre, su padre y su hermana, en horarios distintos. Cuando la analista comenzó a contarle hechos personales, pidiéndole que mantuviera el secreto, Katia quedó confusa y luego de algunas semanas le contó el hecho a sus padres. Por ese motivo todos dejaron el tratamiento. Esas informaciones me hicieron sospechar de la intensidad de las identificaciones proyectivas cruzadas en ese núcleo familiar. Me ayudaron, también, a formular hipótesis sobre el malestar que vivió cuando la primera consulta fue acordada. Su madre me había llamado y me pidió que viera a Katia. Me dijo, claramente, que los padres preferían no hablar conmigo y que yo me entendiera directamente con ella. Ese aparente respeto por la individualidad me sorprendió positivamente.

Sin embargo, luego de las primeras entrevistas, en las que me sentí confuso con las informaciones, resolví conversar con los padres. Katia me dijo, enfáticamente, que no quería que hablara con ellos. Ella no sabía decirme cuáles eran los motivos y percibí que no admitía continuar investigando el tema. Me imaginé que, si no respetaba su pedido, ella no confiaría más en mí.

Sin darme cuenta, ya estaba envuelto en una colusión sadomasoquista en la que tanto Katia como sus padres, me paralizaban. Mi idealización inicial sobre el respeto de la familia a la individualidad se transformó en una sumisión a sus deseos. Por algún tiempo mantuve la idealización y no me di cuenta suficientemente de la sumisión. Me volví estúpido y ciego, aún cuando en otras áreas de mi mente desconfiara de que hubiera algo errado¹².

12. Luego me quedaría claro que la familia simbiotizada, al dificultar mi trabajo, se protegía del desprendimiento potencial de uno de sus miembros, esto es, de la percepción de las relaciones triangulares.

En cierto momento Katia cuenta que en una ocasión del “estrés” inició una terapia cognitiva en la ciudad H. Semanas después su madre inició una terapia con la misma persona, en otro horario. Cierta día la terapeuta dijo, durante la sesión de la madre, que Katia estaba muy enferma, psicótica. Esa información levantó el orgullo familiar y Katia fue retirada de la terapia. Curiosamente, la familia fingía ignorar que ella tomaba medicación anti-psicótica recetada por un psiquiatra.

Recuerdo que, momentáneamente, quedé shockeado con las conductas de la terapeuta y su lleva y trae. La expresividad de Katia, al contarme la “calumnia antiética” de la profesional (esa vez sin ninguna debilidad) debilitó mi capacidad analítica. Solamente al escribir la sesión percibí lo obvio: Katia me alertaba para que yo fuera cuidadoso al enfrentarla con la locura. En caso contrario la “familia real” simbiotizada rescataría a la princesita amenazada. Se repetía lo que había ocurrido con el analista anterior¹³.

Al poco tiempo descubrí que, antes de mudarse de ciudad, Katia era una niña perfecta, “buenita y obediente”. La hipótesis de que Katia intentaba desimbiotizarse de los padres, mudándose para H, se hizo evidente. El contacto brusco con la realidad triangular se manifestó en un brote psicótico, revelando el terror de aniquilamiento que sigue al desprendimiento vivido como traumático. Para evitar revivir el trauma en el campo analítico la niña “buenita”, tal vez pseudomadura (Meltzer, 1996), y la familia perfecta me reclutaban para participar de la simbiosis familiar. Entre sus poderosas armas se encontraba la identificación proyectiva masiva que, al volverme estúpido, podría de hecho bloquear mi percepción.

En determinada sesión, a partir de un lapsus revelador, descubro que Katia me estaba escondiendo una decisión importante tomada durante el análisis y que había alterado significativamente su vida. Indagada por el motivo de la omisión dio una disculpa frágil. Me sentí engañado y desconsiderado.

En ese momento, consciente de que intentaba controlar mi odio, le advertí a Katia que su omisión de informaciones volvería imposible el análisis. Mientras hablaba me sentí asustado, como que había perdido el vértice analítico. Me comportaba como un superyó moralmente condenatorio y la idea de que estaría intentando proteger la relación era distante. Como Katia permaneció indiferente, mi confusión aumentó y pasé a tener la certeza de mi estupidez.

Esperaba que Katia quedara resentida con mis observaciones. Sin embargo, luego de ese episodio el análisis adquirió características sorprendentes. Katia no faltaba más a las sesiones. Sus relatos eran más simbólicos. En ese momento me resultó aún más

13. Poco antes, escribiendo sobre los hechos indicativos del inicio del deterioro de la capacidad analítica había colocado, en primer lugar, la valorización de la realidad externa (a la que el analista no tiene acceso directo) (Cassorla, 2008d). En el episodio descrito me debilité por mis propias ideas...

claro que, en la fase anterior del análisis, gran parte del material que ella traía (y escondía) era constituido por elementos sin significado o por símbolos deteriorados (Cassorla, 2009) que habían perdido su función expresiva (Barros, 2011). Confirmaba que eran no-sueños.

En esta nueva fase Katia me mostraba cómo intentaba retomar la relación dual con su novio, buscando controlarlo. Se fueron tornando claras, tanto para mí como para ella, las vicisitudes de la oscilación entre la relación dual y las terribles consecuencias devenidas de la percepción de que el novio era otra persona. Sin embargo, en el campo analítico, Katia se comportaba como una paciente colaboradora y “buenita”. Su tentativa de inmovilizarme a través de esa supuesta colaboración me era clara.

Katia reaccionada a las fantasías o amenazas de ruptura de la relación narcisista con el novio a través de violencia, chantajes o victimización. Tenía certeza de que era víctima de la rivalidad de otra muchacha. Descubro, entonces, que Katia había “robado” el novio de su rival. En momentos en que sentía el terror de que Katia dejara de existir imaginaba que ella podría intentar suicidarse. Mi intuición se reveló correcta cuando sufrió un grave accidente condiendo embriagada, luego de una discusión con el novio. La Katia “buenita” revelaba su destructividad. También desconfiaba del aparente aprovechamiento que Katia hacía del análisis. Imaginaba algo seductor.

Luego de ese período, que duró pocas semanas, Katia volvió a faltar, ahora sin avisar. Después de tres faltas consecutivas llamo a su residencia. Quien atiende es el mayordomo que me dice que Katia está durmiendo. Pido que me llame ni bien se despierte. No pasa nada.

Otra llamada, días después, hace que el mayordomo se disculpe. No sabía de la sesión y no despertó a Katia. En esa llamada, él me cuenta espontáneamente que Katia está extraña, se encierra en su cuarto y habla poco. Se muestra solidario conmigo por las faltas de Katia al análisis e imagina que debo estar preocupado. Observo al mayordomo-madre siendo parte de la “familia real” simbiótica.

Esa percepción me hace indagar sobre padres de Katia. El mayordomo me informa que están viajando “ahora que la señora está mejor”. Termino por saber que la señora sufre de una enfermedad grave. Me siento enojado con Katia por no haberme contado. Me percibo reformulando, en mi mente, todo el proceso analítico anterior. Pido que me llamen ni bien retornen, aún siendo consciente de que Katia no quería que hablara con ellos.

Katia continuó ignorando mis mensajes. Imaginé que ella podría estar en un brote y corriendo riesgo de suicidio. Me angustiaba no tener una hipótesis sobre lo que estaba sucediendo.

En esa ocasión ocurrió un encuentro científico y me sentí inoportuno al discutir la situación con un gentil colega que conocía poco. Buscaba soñadores auxiliares para mis no-sueños.

Días después me llama la madre, sorprendida por las faltas de Katia. Acuerdo una entrevista con los padres. Pero, antes, Katia vuelve, en su horario habitual. Cuenta que está bien. Faltó porque estaba muy ocupada. Sabe que quiero hablar con sus padres y quiere saber los motivos. Le digo que hay cosas que no están claras y que sus padres podrían esclarecérme las. Dejo claro que no desistiría de verlos. Afirmo, también, que percibo su dificultad en venir a las sesiones. Mientras tergiversa le digo que su disculpa, de estar muy ocupada, no me convence.

En ese momento Katia cuenta, enojada, que vino a una sesión pero yo no estaba. Descubro que eso ocurrió un día en el que Katia sería la primera paciente porque el anterior no vendría. Me acordé que había llegado cinco minutos antes de su horario y me siento aliviado al percibir que llegué antes que ella. Katia había llegado poco antes de mí pero, percibiendo que no había llegado, se había ido. Le pregunto por qué no me esperó. Dice que, como no la estaba esperando, concluyó que no quería atenderla más.

Fue posible aprovechar ese episodio para mostrarle a Katia su odio por haberse sentido rechazada. Por eso me abandonó. El resentimiento de odio le impidió responder a mis mensajes. Katia proyectó en mí el terror de aniquilamiento vivenciado frente a la percepción de que yo era otra persona, con vida propia. Durante la conversación arriesgo un modelo fuerte. Yo, como si fuera un lacayo, debería estar siempre solícito para adivinar las necesidades y deseos de la princesa. Como yo no me comporté correctamente, la princesa me echó. Ignorando mi existencia ella lograría que sintiese el terror de no existencia que ella vivencia constantemente, pero no tiene claridad sobre el asunto. (Al no saber simbolizarlo y soñarlo ese no existir aniquilador era vivenciado terroríficamente como una cosa-en-sí). Al mismo tiempo Katia esperaba que yo, desesperado por la vivencia de no existencia, la buscara y me disculpara. Su resentimiento, sin embargo, le impedía ceder.

Durante esas interpretaciones Katia asocia con la relación que tiene con el novio. Percibe que proyecta en él su propio desamparo y necesidad vital de ser vista y considerada. Katia asocia la compulsión repetitiva con lo que está ocurriendo en el campo analítico. Ahora la dupla analítica puede soñar-de-a-dos. En determinado momento, cuando le digo que parecería que yo estaba más interesado en su análisis que ella misma, Katia suelta casi una carcajada, una risa franca como nunca le había oído. Me causa gracia y me veo riendo con ella.

Mi función analítica fue recuperada. La presencia del tercero (el lacayo que, no siendo lacayo, no estaba a la espera de la princesa) y

era, ahora, mejor. Están iniciando terapia familiar, todos juntos... Cuidadosamente sugiero que también se traten individualmente... con analistas diferentes...

Estupidez, arrogancia y curiosidad

En “El odio en la contratransferencia” Winnicott (1947/1978) plantea que, si el analista no demuestra, de alguna forma, el odio que el paciente le despertó, el paciente tampoco creará que puede despertar amor. Este trabajo anticipó la vertiente intersubjetiva del psicoanálisis contemporáneo, donde se enfatiza el hecho de que nada ocurre con uno de los miembros de la dupla analítica que no sea influenciada o inflencie al otro miembro (Baranger & Baranger, 1961-62/1969; Brown, 2011). En este texto mostré que, cuando cabe, la manifestación del odio en la contratransferencia puede deshacer colusiones duales. Aún cuando el analista parezca estúpido.

Bion (1958/1967) demostró que la presencia, en el campo analítico, de la tríada *estupidez, arrogancia y curiosidad*, aún en forma escasa, encubre y al mismo tiempo revela una catástrofe psicológica destructiva. En el texto bioniano *estupidez* tiene la acepción de lo obtuso, lo tonto. La *estupidez*, considerada en este texto, es acompañada por los otros dos elementos de la tríada durante las colusiones duales estudiadas y también cuando ellas se rompen.

El paciente manifiesta *curiosidad* al desear continuar su análisis. Ese deseo lo hace correr un riesgo considerable: no conseguir mantener la fusión fantaseada con el analista. El riesgo de retraumatización, de destrucción de la relación dual, es similar a la de Adán y Eva cuando son seducidos por la serpiente. Y de Edipo cuando consulta tanto al oráculo como a Tiresias. Y de Narciso frente a Eco¹⁵.

La fusión necesaria es acompañada de curiosidad en relación al analista. El analista es conocido a partir de su reacción a las identificaciones proyectivas que el paciente coloca dentro de él. Él frustra al paciente si no se deja reclutar y mantiene su propia mente. El paciente será expulsado del “paraíso” dual teniendo que enfrentar la realidad traumática¹⁶.

La *arrogancia* se vincula a la omnisciencia y a la evaluación moralista que substituye la percepción de la realidad por el juzgamiento condenatorio. De esa forma, indiscriminado del objeto, el paciente condena dictatorialmente todo aquello que amenaza la relación dual. Cualquier hecho que indique la existencia de otro, de la realidad triangular, será considerado omniscientemente como malo y errado.

15. La serpiente, el oráculo y Tiresias pueden ser tomados como equivalentes a la percepción edípica (Bion, 1962/1966). La toma de conciencia traumática de la realidad triangular, incluyendo la conciencia de la muerte resulta de la curiosidad desobediente (Cassorla, 2010a).

16. El paciente es expulsado del Paraíso y arrojado al Infierno. Si ese Infierno pudiera ser soñado se transformaría en Tierra, la realidad. Pero los demonios infernales y los dioses idealizados continuarán siempre asombrando. (Cassorla, 2010a).

Lo que es arrogancia para el observador es el uso legítimo de sus derechos para el paciente¹⁷.

La estupidez se vincula a las deficiencias en la capacidad de simbolizar, soñar y pensar. Se puede manifestar como omnisciencia, en colusiones duales, y/o por descargas en la amenaza de contacto con la triangularidad. La indiscriminación y deformación de la realidad y la visión condenatoria de aquello que frustra vincula la estupidez con la arrogancia.

Como vimos, el analista corre el riesgo de ser reclutado volviéndose un aspecto de la parte psicótica del paciente. Impedido de soñar el analista no se da cuenta de lo que ocurre. Se vuelve estúpido y arrogante, como el paciente. Es curioso por el simple hecho de ser analista. Con adolescentes, ese reclutamiento es potenciado por las identificaciones proyectivas cruzadas que involucran a otras personas del entorno del joven. El analista se identifica con la arrogancia y estupidez que forma parte de la simbiosis familiar. Puede, también, volverse depositario de las culpas persecutorias y depresivas cuando se imagina traumatizados al paciente y la familia al mostrarles la realidad triangular.

En “Experiencias en grupos” (1961/2001) Bion describe, de forma pionera, situaciones de ese tipo. Él nos dice que el analista no percibe que su mente está apática y que toma como realidad lo que es, en verdad, producto de identificaciones proyectivas masivas. El analista imagina que los intensos sentimientos que vivencia están enteramente justificados por la situación objetiva. Posteriormente Bion atribuirá esa apatía a la acción de la pantalla beta que provoca en el analista aquello que el paciente desea.

Joseph (1989/1992), a su vez, nos muestra elegantemente cómo el analista es reclutado a representar aspectos del paciente para mantener el status quo. Otros autores pioneros en el estudio de las identificaciones proyectivas masivas incluyen, más allá de Bion y Joseph, Grinberg, Rosenfeld, Sandler, Grotstein y Ogden. Todos muestran cómo el analista es inducido y reclutado a volverse un aspecto del paciente, tema que Ferenczi ya sugería, mucho antes¹⁸.

He llamado *enactments crónicos* a los reclutamientos mutuos que mantienen la relación dual (no-sueños-de-a-dos). Cuando la capacidad de soñar está siendo recuperada, se deshace la relación dual bruscamente emergiendo en el campo analítico como trauma atenuado. Llamo a esa situación como *enactment agudo* y envuelve un mix que incluye descargas, no-sueños siendo soñados en vivo y sueños siendo re-soñados. El término *enactment* funde dos significados: el término

17. Bion nos muestra que cuando la intolerancia a la frustración no es muy grande la personalidad desenvuelve una omnipotencia para substituir la realización de la preconcepción o de la concepción con la realización negativa. La omnisciencia pasa a substituir el aprender con la experiencia. Al mismo tiempo un superyo moralista pasa a evaluar la realidad como cierta o errada, substituyendo la idea de falso o verdadero (Bion, 1962/1966).

18. Una revisión de las ideas de esos autores se puede encontrar en Cassorla (1997a, 2008c) y Brown (2011). Y la evolución del concepto de identificación proyectiva en Spillius y O’Shaughnessy (2011).

jurídico “promulgación”, esto es, algo que tiene que ser obedecido obligatoriamente, y el término teatral “puesta en escena”¹⁹.

En el material clínico ilustrativo hay dos *enactments agudos*. El primero envuelve el siguiente conjunto: la omisión de informaciones de Katia, su lapsus revelador, el odio del analista y su hablar agresivo. El segundo, cuando Katia llega a la consulta y no encuentra al analista, la llegada apurada del analista cinco minutos antes de la sesión, su alivio al percibir que Katia no llegó y el irse intempestivo de Katia.

Teorías y conjeturas: Edipo y Katia

Las vicisitudes de la adolescencia fueron descriptas en este trabajo enfatizando la oscilación, en grados variables, entre relaciones duales y triangulares teniendo como escenario la reviviscencia de las situaciones edípicas. Enseguida abordaremos, sumariamente, la complejidad de esas situaciones en Edipo y Katia.

Como todos los adolescentes ambos se sienten invadidos por pulsiones que reactivan fantasías inconscientes y ansiedades primitivas. Como vimos, las amenazas de desestructuración se mezclan con tentativas de reestructuración del self. Mecanismos psicóticos, confusionales, persecutorios, depresivos y más primitivos se mezclan con neuróticos y tanto pueden construirse como base para patologías como propiciar elementos para reelaboraciones. La turbulencia intra-psíquica se manifiesta en la dinamización de los movimientos EP<—> D (dual <-> triangular) como los consecuentes cambios catastróficos, pero en forma dinámica con desestructuraciones que confunden al observador no atento, que toma por patología un movimiento intenso, aunque normal, que antecede reestructuraciones. Cuando no ocurre una oscilación adecuada quedamos alertas. Pero, solo después de que cesa la turbulencia adolescente podremos verificar si la rigidez se perpetuó.

Al mismo tiempo los procesos de externalización e internalización se acentúan, ocurriendo una turbulencia identificatoria, quedando más vulnerable a la introyección de objetos que refuerzan o alteren las identificaciones más arcaicas.

Podemos decir, entonces, que Edipo y Katia están ávidos de objetos, con los cuales precisan identificarse, para que su identidad adulta tenga más cohesión. Son, también, más vulnerables a su influencia. La capacidad de frustración determinará la conducta frente al objeto. Sintiendo como traumatizante las defensas narcisistas son retomadas. De esa forma, el juego proyectivo-introyectivo es efectuado de forma intensa y se considera que el trabajo principal de la adolescencia es justamente la adquisición de una identidad adulta, a través de ese interjuego de identificaciones.

Katia y Edipo viven la ruptura de la rigidez de la latencia, seguida de una confusión de identidad ligada a la re-emergencia de la severa

19. La evolución y el detalle de esas ideas puede ser encontrada en Cassorla, 2000b, 2003, 2005 a, b, 2008 a, b, c, 2009, 2012a, 2012b.

escisión interna del self, propias de los períodos pre-edípico y pre-genitales. Eso lleva a ondas de deseo genital en todas sus formas infantiles polimorfas y perversas (Meltzer, 1979).

La recuperación de aspectos de los estados perverso-polimorfos, llevando a excitaciones descoordinadas y deseo de gratificación inmediata, provoca también identificaciones proyectivas violentas. Ocurre una potenciación de los aspectos sádicos de todas las zonas, al funcionar simultáneamente, junto con una confusión proveniente de la concomitancia de fantasías diversas (Grinberg, 1976).

El resultado de esas configuraciones resulta en tentativas de desprendimiento, de desimbiotización del núcleo familiar. (Blos, 1985; Paz, 1980; Bleger, 1977; Mahler, 1982). Pero, frente a la realidad las defensas narcisistas pueden entrar en juego, constituyendo simbiosis normales (Cassorla, 1991a, b) hasta que el embate pulsional y la atracción por el objeto las superen. Eso forma parte de la elaboración del desprendimiento. Edipo y Katia estarán al mismo tiempo elaborando lutos. Por la infancia, por los padres, por el cuerpo infantil, por la bisexualidad (Aberastury, 1980) y defensas persecutorias, depresivas, melancólicas, maníacas, muchas veces manifestándose confusamente, pueden ser consideradas sobre este vértice²⁰.

La digresión teórica efectuada debe ser vista como tela de fondo de las resumidas conjeturas imaginativas con las cuales concluyo este trabajo. Son sueños de la vigilia en que imagino vicisitudes de los adolescentes Edipo y Katia.

Edipo oye chismes (fuera y dentro de su mente) de que es hijo ilegítimo. Traumatizado deja Corinto en busca de sí mismo. No tiene conciencia de lo que está haciendo pero busca discriminarse de sus padres adoptivos, que impedían que entrase en contacto con la realidad. Engañado por ellos ni siquiera fue informado de que era adoptado y estaba siendo preparado, como príncipe, para mantener la simbiosis de la Familia Real. Su primera parada es el oráculo de Delfos donde deberá pasar la noche soñando. El sacerdote vaticinará a partir de la escucha de sus sueños. Pasa una noche terrible, acosado por escenas terroríficas repetidas compulsivamente. No sabe si son pesadillas o realidad. Desesperado intenta colocarlas en palabras para el sacerdote: ¿tierra temblando, montañas cayéndose, una mujer seductora llorando? Pero, como príncipe que era, mientras cuenta intenta mantener una indiferencia arrogante. Después de oírlo el sacerdote, violentamente, lo acusa de ser un futuro criminal, que matará al padre y se casará con la madre. El sacerdote llama a los guardias y Edipo es expulsado del templo. Oye la multitud enfurecida pidiendo su muerte. ¿Dentro y fuera de su mente? Edipo huye desesperado, a orillas del aniquilamiento y corre sin rumbo, como un loco.

20. El estudio de la adolescencia ha sido profundizado por varios autores latinoamericanos cuyas contribuciones no fue posible revisar. Existe una larga tradición de trabajo original en Buenos Aires y Montevideo. Más recientemente autores, principalmente de Porto Alegre, Rio de Janeiro, San Pablo, Bogotá, Santiago, Lima, México y otros centros se han ocupado creativamente del tema.

Katia adolescente sale de su ciudad y va para H. No lo sabe pero está intentando escapar de la simbiosis familiar, arriesgándose en la búsqueda de sí misma. Huye, también, de percibir la amenaza de muerte de la rival edípica. En la Facultad, su primera parada, sufre un trauma terrible. Era perseguida y drogada (¿por las compañeras rivales o la droga ya estaba dentro de ella?). Se sentía tomada en forma confusa por deseos incontrolables, competitivos, asesinos, envidiosos, sexuales (frutos de la droga interna...). En verdad ella ni sabría darle esos nombres. Una multitud de compañeros y profesores (¿serían padres y hermanos?) querían seducirla o querían matarla. ¿O era ella quien quería? Estaba confusa sobre si eran hechos reales, pesadillas o alucinaciones. Tal vez todo, al mismo tiempo. En otros momentos se sentía superior, conectada directamente con Dios, todopoderosa. A veces lloraba tristemente, con nostalgia de ser la princesita del Palacio Real, donde era cuidada por los Reyes, sus padres, y por un batallón de lacayos que adivinaban sus deseos antes incluso de que ellos se manifestaran. ¿Quién sabe, si muriera, podría volver a vivir en ese mundo, en el otro mundo? (Cassorla, 2000a, 2007).

Pero, el infierno compulsivamente retorna. Y Katia huye, como loca, por las calles y por la ruta de la vida.

Edipo y Katia reviven, como adolescentes, situaciones traumáticas primitivas. El primero, en el mito, fue marcado por la terrible amenaza de muerte. No deseado, al nacer no encontró quien contuviera sus terrores de aniquilamiento. Fue abandonado para morir en el monte Citerón. Esos terrores son revividos cuando es condenado y abandonado por el sacerdote. Este se comportó como un analista estúpido reclutado por identificaciones proyectivas masivas. Edipo no entiende su destino de ser parricida e incestuoso. Solamente después descubrirá que, cuando era bebé, los padres desearon matarlo por el primer motivo. El parricidio estaba dentro de él antes de nacer (y el deseo incestuoso también) y ahora que tenía fuerzas para matar (y cuerpo para copular) se sentía más aterrorizado. Pero nada le era claro.

Sabemos menos sobre Katia, pero la forma como se manifiestan sus terrores adolescentes sugiere traumas similares. Todo indica que en su mente se inscribieron marcas traumáticas de muerte de las cuales formaban parte fusiones defensivas simbióticas transgeneracionales. Katia fracasa en su tentativa de deshacerlas y se simbiotiza desesperadamente con amigas y novios. Cuando estos no se pegan a ella, insistiendo en ser no-self, Katia se siente aniquilada. Huye en pánico, no sabe por dónde, hasta encontrar algo o alguien con quien intenta confundirse. Cuando Katia encuentra el oráculo, su terapeuta, ésta estúpidamente, la llama de loca. Desesperada y aterrorizada Katia se vuelve más loca.

Katia imagina que puede escapar de la locura confundiendo con Dios, con el novio, con la droga. Edipo imagina que escapará de la locura proyectándola en Corinto. Si huye lejos no matará a su padre ni cometerá incesto. Pero, no consigue alejarse de su mente.

El oráculo vaticina que la peste (locura) cesará cuando se descubra al asesino de Layo. Aquí Sófocles inicia Edipo Rey y la tragedia de todos nosotros, que en realidad no tiene inicio. Es un eterno retorno.

Resumen

El analista, su paciente adolescente y la estupidez en el campo analítico

Se estudian situaciones en las que, en el trabajo con adolescentes, la función analítica es obstruida. El campo analítico es tomado por colusiones duales (enactments crónicos), sadomasoquistas y/o idealizados, involucrando a los miembros de la dupla analítica. No percibir esas colusiones revela estupidez. Esa misma estupidez ataca la percepción traumática de las relaciones triangulares. La clínica muestra que, en esas situaciones, el campo analítico aparentemente paralizado puede romperse en forma agudamente catastrófica (enactments agudos). Posteriormente se verifica que esa ruptura resulta del contacto traumático con la triangularidad. Ese contacto es resultado del trabajo de sueño realizado en áreas paralelas a las colusiones duales. Se propone que las configuraciones descriptas se relacionan con las vicisitudes de procesos de desimbolización del adolescente.

Conjeturas sobre las oscilaciones entre colusiones duales y situaciones triangulares son ilustradas al comparar material clínico con aspectos de los mitos de Narciso y de Edipo.

Descriptor: Adolescencia, Enactment, Estupidez, Simbiosis, Simbolización, Técnica psicoanalítica.

Abstract

The analyst, his adolescent patient and stupidity in the analytical field

This study examines the work with adolescents in situations where the analytical function becomes numbed. The analytical field is dominated by dual, sadomasochistic and/ or idealized collusions (chronic enactments), involving the members of the analytical dyad. Failure to perceive these collusions reveals stupidity. This same stupidity attacks the traumatic perception of triangular relationships. The clinic shows that, in such situations, the analytical field apparently paralyzed may arise in an acutely catastrophic rupture (acute enactments). Later, it will be possible to realize that this rupture is a consequence of the traumatic contact with triangularity, and this contact, in turn, derives from the dream-work carried out in areas that run alongside dual collusions. We propose that the characterization above is related to the vicissitudes of the desymbiotization process of the adolescent. Conjectures on the oscillations between dual collusions and triangular situations are illustrated by comparing the clinical material with some aspects of Narcissus and Oedipus myths.

Keywords: Adolescence, Enactment, Stupidity, Symbiosis, Symbolization, Psychoanalytic technique.

- Cassorla, R. M. S. (2003). Estudo sobre a cena analítica e o conceito de “colocação em cena da dupla” (“enactment”). *Revista Brasileira de Psicanálise*, 37, 365–92.
- Cassorla, R. M. S. (2005a). From bastion to enactment: The “non-dream” in the theatre of analysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 86, 699-719 (*L'Année Psychanalytique Internationale*, 4, 67-86, 2006; *Revista Brasileira de Psicanálise*, 41, 51-68, 2007; *L'Annata Psicoanalitica Internazionale*, 3, 75-94, 2008; *Revista de Psicoanálisis-Buenos Aires*, 62, 137-161, 2010).
- Cassorla, R. M. S. (2005b). Considerações sobre o sonho-a-dois e o não-sonho a dois no teatro da análise. *Revista de Psicanálise da SPPA (Porto Alegre)*, 12, 527-552.
- Cassorla, R. M. S. (2007). Depressão e suicídio no estudante de medicina e no médico. En Santos, K. B. *A saúde mental do médico e do estudante de medicina (171-188)*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Cassorla, R. M. S. (2008a). The analyst's implicit alpha-function, trauma and enactment in the analysis of borderline patients. *International Journal of Psychoanalysis*, 89(1), 161-180 (*Internationale Psychoanalyse*, 4, 83-112, 2009; *Livro Anual de Psicanálise*, 24, 61-78, 2009; *Livro Anual de Psicoanálisis*, 24, 55-70, 2009).
- Cassorla, R. M. S. (2008b). Desvelando configurações emocionais da dupla analítica através de modelos inspirados no mito edípico. *Revista Brasileira de Psicoterapia (Porto Alegre)*, 10, 37-48.
- Cassorla, R. M. S. (2008c). O analista, seu paciente e a psicanálise contemporânea: Considerações sobre indução mútua, enactment e não-sonho-a-dois. *Revista Latino-americana de Psicoanálisis*, 8, 189-208 (*Alter: Revista de Estudos Psicanalíticos -Brasília*, 27(1), 19-40, 2009).
- Cassorla, R. M. S. (2008d). Identificação precoce de obstruções do campo analítico: A pessoa real do analista e o efeito Orton. *Congresso Latino-Americano de Psicanálise*. Santiago de Chile
- Cassorla, R. M. S. (2009). Reflexões sobre sonho-a-dois, enactment e a função alfa implícita do analista. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 43, 91-120, 2009. (Versión cambiada en Levine, H. & Brown, L. (2012). *Growth and turbulence in the container and contained*. London: Taylor Francis/Routledge).
- Cassorla, R. M. S. (2010a). A leste do Éden: Loucura, feitiço e suicídio. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 44, 147-157.
- Cassorla, R. M. S. (2010b). Édipo, Tirésias, o oráculo e a esfinge: Do não-sonho às transformações em sonho. En Rezze, C. J.; Marra, E. S. & Petricciani, M. (Org). *Psicanálise: Bion. teoria e clínica* (110-131). São Paulo: Vetor.
- Cassorla, R. M. S. (2012a). What happens before and after acute enactment? An exercise in clinical validation and broadening of hypothesis. *International Journal of Psychoanalysis*, 93, 53-89.
- Cassorla, R. M. S. (2012b). In search of symbolization. The analyst task of dreaming. En Levine, H.; Reed, G. & Scarfone, D. (in press). *Unrepresented states and the construction of meaning. Clinical and theoretical contributions*. London: Karnac.
- Freud, S. (1911). Formulações sobre os dois princípios do funcionamento mental. *Edição Standard Brasileira* 12, 273.
- Gabbard, G. O. (2000). Disguise or consent: Problems and recommendations concerning the publication and presentation of clinical material. *International Journal of Psychoanalysis*, 81, 1071-1086.
- Gammelgaard, J. (2010). *Betweenity: A discussion of the concept of borderline*. London: Routledge.
- Grinberg, L. (1976). *Teoría de la identificación*. Buenos Aires: Paidós.
- Joseph, B. (1992). *Equilíbrio psíquico e mudança psíquica. Artigos selecionados de Betty Joseph*. Feldman, M. & Spillius, E.B. (Eds.). Rio de Janeiro: Imago. (Trabalho original publicado em 1989).
- Mahler, M. (1982). *O processo de separação-individuação*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Meltzer, D. (1966). The relation of anal masturbation to projective identification. *International Journal of Psychoanalysis*, 47, 335-343.
- Meltzer, D. (1979). *Estados sexuais da mente*. Rio: Imago.

-
- Outeiral, J. O. (Org.). (1993). *O adolescente borderline*. Porto Alegre: Artes Médicas.
-
- Paz, L. R. (1980). Adolescência-crise de dessimbiotização. En Aberastury, A. *Adolescência* (165-184). Porto Alegre: Artes Médicas.
-
- Rosenfeld, H. (1988). *Impasse e interpretação*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1987).
-
- Segal, H. (1957). Notas a respeito da formação de símbolos. En Segal, H. (1983). *A obra de Hanna Segal: Uma abordagem kleiniana à prática clínica* (77-98). Rio: Imago.
-
- Steiner, J. (1985). Turning a blind-eye: The cover up for Oedipus. *International Review of Psycho-Analysis*, 12, 161-172.
-
- Steiner, J. (1997). *Refúgios psíquicos: Organizações patológicas em pacientes psicóticos, neuróticos e borderline*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1993).
-
- Spillius, E. B. & O'Shaughnessy, E. (Eds.) (2012). *Projective identification: The fate of a concept*. New York: Routledge.
-
- Ungar, V. (2004). O trabalho psicanalítico com adolescentes, hoje. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 38(3), 735-749.
-
- Winnicott, D. (1978). O ódio na contratransferência. En *Textos selecionados: Da pediatria à psicanálise* (341-353). Rio de Janeiro: Francisco Alves. (Trabajo original publicado en 1947).
-

Acerca de la noción de *exceso*, su pertinencia en el psicoanálisis y los excesos de la noción de *exceso*

Vivíamos en un estado de angustiado crecimiento; escuelas, notas, profesiones que elegir, matrimonios para los mayores, libros que salían, facturas, salud... el futuro estaba siempre demasiado cerca y era un interrogante demasiado grande, por lo que no permitía la expresión serena de la propia manera de ser. Además, todas estas actividades dejaban el aire denso de emociones personales y obligaban incluso a los niños a desarrollar prematuramente una faceta. Ayudar, hacer algo, era lo deseable y no manifestar tímidos deseos, irrelevantes y probablemente caros.

VIRGINIA WOOLF (1992)

Introducción

Si bien el *exceso*, como lo describe Virginia Woolf en su autobiografía, nos resulta evocativo de nuestro diario vivir y con facilidad podemos identificarnos con ese sentimiento, en tanto lo podemos suponer causado por las indeterminaciones de un futuro que siempre está demasiado cerca (como si alguna vez pudiese no estarlo), y nos plantea interrogantes que no podemos responder, pensamos que nos hace falta una revisión y formalización de la noción de *exceso* como concepto desde el psicoanálisis.

En este texto pretendo elucidar la noción de *exceso*: qué es lo que pretende explicar y qué excesos puede acarrear el uso excesivo de este concepto.

La idea de *exceso*, si bien ha tomado relevancia –al menos en algunos cenáculos psicoanalíticos–, no ha formado parte de las nociones con las que se movió inicialmente el psicoanálisis. Si, en cambio, constituyó uno de los pilares de las formulaciones preanalíticas, postulo que recién tomó un lugar central –aunque no con ese nombre– luego de *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920/1979c).

I. La idea de *exceso*: una pieza central en las formulaciones preanalíticas

En el curso de los tratamientos que Freud llevó adelante en la década del 90, las pacientes evocaban experiencias de seducción sexual

* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

que iban desde insinuaciones verbales a asaltos sexuales que provocaban espanto. El “carácter bestial” de los síntomas derivaba de las perversiones de adultos seductores que inoculaban una sexualidad en un niño sin “sexualidad infantil” propia. Tomaba entonces forma de teoría “la escena de seducción” (Freud, 1896/1997a, 1896/1997b).

La escena de seducción implicaba, para la concepción que Freud tenía en esa época, un exceso que introducía un adulto en un niño que “naturalmente no tiene apetencias y/o deseos sexuales”.

II. Los comienzos del psicoanálisis: ¡no es un exceso del otro, es la pulsión en el seno de la sexualidad infantil!

En 1897, al indagar la inhibición que sentía para visitar Roma –que, a la luz de sus asociaciones, era un sustituto simbólico de la madre o del cuerpo de la madre–, dudó sobre el carácter determinante de los excesos de la escena de seducción y la comprensión, en cambio, de esta inhibición como el epifenómeno de un conflicto que lo confrontaba moralmente.

Este cambio de mirada queda expresado en la carta (nº 69) que Freud (1897/1985) escribe a Fliess el 21 de septiembre de 1897. En ella cuenta su desilusión por no encontrar una verdad material en los relatos de sus pacientes: “He dejado de creer en mi neurótica”. Cuando Freud escribe esta carta a su amigo Fliess, ha descubierto la *realidad psíquica*. La importancia de la veracidad de los recuerdos de seducción comenzaba a disminuir en la medida en que reconocía que la represión actuaba sobre el recuerdo de impulsos derivados de las “fantasías”, y que la ficción era más importante en la producción de los síntomas que los hechos.

III. La realidad psíquica

El descubrimiento de la *realidad psíquica* es un momento de enorme importancia en la historia del psicoanálisis, en tanto constituye el punto de arranque para la comprensión de la determinación inconsciente del sufrimiento y del pensar humano.

Este punto de inflexión, dado por el privilegio de la *realidad psíquica*, conllevó un detrimento de las determinaciones históricas o sociales y del papel del exceso en la escucha de Freud. Es en virtud de este paradigma que Freud confronta a sus pacientes no con los excesos padecidos, ejercidos por otros, sino con la propia responsabilidad en lo que les ocurre.

IV. La primacía del conflicto en la primera tópica y la relativa desaparición de la noción de exceso

Freud había descubierto, al analizar los sueños, *un sujeto siempre en conflicto consigo mismo*. En este sujeto tomaba especial importancia el deseo, cuyo motor era la pulsión. El deseo confrontaba con prohibiciones. *El sueño era el producto de un sujeto, inmerso en el inconsciente, capaz de interiorizar prohibiciones*.

Propuso entonces una generalización genial: el conflicto entre deseo y prohibición también subyacía al síntoma neurótico, al chiste, a los actos y olvidos de la psicopatología de la vida cotidiana. Todos tenían una estructura similar a la del sueño: eran transacciones entre la realización del deseo y la censura. Esto se vio reflejado en su trabajo clínico: lo mostró en su análisis de Ida Bauer (*Dora*) (Freud, 1901/1979a). En este análisis, además, introdujo la noción de *transferencia*, que a su juicio tenía una estructura similar a la de las otras formaciones del inconsciente. En el epílogo de este escrito definió la transferencia como la repetición de prototipos infantiles, vividos con un marcado sentimiento de actualidad dentro de la relación analítica.

Desde esas bases clínicas construyó el edificio teórico con el cual asaltó a la neurosis.

Un mérito de este andamiaje –que tenía como principal peana la introducción de la noción de *lo inconsciente*, junto a la descripción de sus leyes peculiares de funcionamiento; su particular lógica– es que, a partir de él, fueron interpretados o descifrados fenómenos que no eran visibles u observables por los órganos de los sentidos; formaciones que, hasta ese momento, eran consideradas modos inentendibles, equivocados o aberrantes de pensar, e incluso sin sentido, como los sueños, los actos fallidos, las equivocaciones, los *lapsus* y, más tarde, la transferencia. Concebir la existencia de lo inconsciente, entonces, aunque daba noticia de un sujeto dividido, como contrapartida amplió la racionalidad, volvió a esas cosas *racionales*: *tenían una razón para ser*, no eran inentendibles, sino que eran solo conflictivas con el habitual modo de pensar.

V. El exceso del inconsciente respecto de lo que puede expresarse a través de lo verbal: “lo verbal: una retranscripción y a la vez un modo incompleto de expresión de lo inconsciente”

Freud, en la primera tópica, junto a la suposición de lo inconsciente concebía a lo psíquico como el resultado de una estratificación sucesiva. Postulaba dentro de esa estratificación que *la manifestación verbal de las representaciones inconscientes* –la enunciación consciente de lo psíquico–, es decir, *lo verbal*, *era una retranscripción y a la vez un modo incompleto de expresión de lo inconsciente*, y esto no solo por el carácter reprimido de los deseos (Freud, 1985).

Había entonces, para él, una insuficiencia del lenguaje para dar testimonio de los significados inconscientes; era entonces el lenguaje una retranscripción insuficiente.

VI. Reparición del papel central del exceso en la teoría psicoanalítica: la noción de exceso en la segunda tópica

Esta insuficiencia de lo verbal para expresar la realización de deseos inconscientes toma indicios aún más perturbadores luego de que Freud (1919/1979b, 1920/1979c, 1924/1979d) se da cuenta –su

clínica se lo señala— de que el “aparato psíquico” concebido por él, que tenía por función la realización de deseos a través de lo verbal, no solo proporcionaba una expresión insuficiente sino que además no le servía para dar significado a lo irracional que se manifiesta a través del sentimiento de *lo ominoso*, o de *lo extraño*, ni a otra serie de fenómenos clínicos. La *irracionalidad* de estos fenómenos clínicos consistía en que no podían ser considerados o explicados como realizaciones de deseos infantiles reprimidos; como un “retorno de lo reprimido en el procesamiento del complejo de Edipo”. No los podía explicar desde un aparato regido por el principio del placer como una realización de deseos.

¿Cómo explicar “sueños que calcan de modo idéntico eventos traumáticos”, cuando él esperaba —de acuerdo con su teoría canónica, el *Traumdeutung*— “figuraciones deformadas tranquilizadoras”? ¿Cómo explicar la primera parte del juego de su nieto, el *fort da*? ¡No se entiende el empecinamiento de este chico en repetir a través de una acción —tirar un carretel, el *fort*— la penosa ida de su madre! ¿Cómo explicar el intento de repetición —en un calco transferencial— que encuentra en el trato con sus pacientes de sucesos traumáticos? ¡¿Por qué estos pacientes insisten en perpetuar en la relación transferencial no deseos infantiles sino situaciones penosas que sufrieron antaño?! ¿Cómo explicar la incomprendible “reacción terapéutica negativa”? ¡un paciente que, al mejorar, empeora! ¿Cómo explicar las incógnitas y paradojas que le traía el masoquismo? ¡¿Cómo entender a alguien que goza con su dolor?!

No podía explicar una compulsión a repetir que parecía un retorno a lo igual, que implicaba una conducta activa en ese retorno.

La compulsión de repetición no era entonces solo resistencia del yo.

La solución teórica que alumbra para abarcar esta clínica, en donde *lo irracional* o *lo que carece de representación inconsciente* —que sería lo mismo—, y *que, en tanto carece de ella, de ningún modo puede ser un deseo inconsciente*, ocupa un lugar que no se puede ignorar— es la inclusión de la suposición de que desde fuera de la conciencia, además de poder comprometerla en la realización de deseos inconscientes reprimidos, hay actividades que encuentran su causa en una tendencia *entrópica, demoníaca*, que habita dentro de nosotros, con la que el aparato que tenemos para pensar no cesa de lidiar (tendencia que denomina *pulsión de muerte*) y a la que no solo no es posible representar, sino que además se reconocen sus efectos en los agujeros de representación que crea.

La imposibilidad de representar ya no es eficacia de una cantidad excesiva que por ello deviene traumática —su teoría previa. Incorpora a lo psíquico la reincidencia de lo no significado, de lo no figurado, de lo que no tiene antecedentes, lo que plantea un “exceso” de estructura imposible de saldar: el “acontecimiento”.

Lo psíquico no es solo la disposición humana a reiterar deseos infantiles a través de múltiples sustitutos para darles cabida, como él

había previsto inicialmente, sino la reincidencia de lo no significado, de lo no figurado, lo que denomina *compulsión de repetición*. Esto lleva a recapacitar sobre la esencia misma de la transferencia. Esta reconsideración tomó la forma de aforismo en el recordado ensayo de Lagache (1951/1975), que dice que la transferencia que se hace presente en la situación analítica no trata solo de *la repetición de una necesidad sino también de la necesidad de repetir*; de repetir para intentar que algo que no tiene representación intente adquirirla.

VII. El yo y el exceso. ¿El yo escribe la historia de una carencia o la carencia de una historia?

“¿Qué nos faltó para que la utopía venciera a la realidad?
¿Qué derrotó a la utopía? ¿Por qué con la suficiencia pedante
de los conversos, muchos de los que estuvieron de nuestro
lado, traicionan la utopía? ¿Escribo de causas o escribo de
efectos? ¿Escribo de efectos y no describo causas? ¿Escribo
de causas y no describo efectos?

Escribo la historia de una carencia, no la carencia de una
historia.”

ANDRÉS RIVERA (1993, p. 84)

Para abordar la cuestión del exceso y el yo necesito definir con qué noción de *yo* me voy a manejar. Qué es lo que un psicoanalista considera *el yo* no es un problema menor. Para fijar cómo debe entenderse mi texto necesito decir que sigo en este punto lo establecido por Freud en “El yo y el ello”, y entonces mantengo la duplicidad –como lo hizo Freud (1923)– entre el yo como centro de funciones y el yo como residuo identificatorio. Por esto no tomo como nociones separadas la del *yo* y la de *sí mismo* (*self*, en la literatura anglosajona). En esta noción de *yo* incluyo tanto las funciones adaptativas (la propuesta por la *ego psychology*) como la de una representación de sí mismo, que por su inevitable carácter grandilocuente nos condena al desconocimiento de nuestras falencias e insuficiencias (que privilegia Lacan). En el interior de esta duplicidad comprendo la psicopatología.

Planteado lo anterior, propongo las siguientes preguntas: ¿por qué el yo sufre de carencias? ¿Por qué lo que tiene que tramitar es para él siempre un exceso?

Para el yo todo suele ser vivenciado como un exceso porque ha nacido –en el proceso de humanización– con un *pecado original*, un irremediable anhelo de autosuficiencia, y como tiene ese pecado en su origen tendrá que lidiar con un sistema de referencia, con ejes axiológicos, ante los cuales será siempre insuficiente. A partir de Freud (1914/1979e), el psicoanálisis ha dado sobradas pruebas de que el yo humano aspira a concebirse como omnisciente, omnipotente, autosuficiente, y que sufre cuando estas aspiraciones no se cumplen. Freud nos enseñó cómo el yo se constituye, se unifica, en

torno a la ilusión de completitud y alrededor de la utópica ilusión de un yo sin carencias.

El yo ilusionado en su constitución con su autosuficiencia desmiente su inicial *inermidad* construyendo una historia de sus desventuras como daños que le han ocasionado otros.

Sabemos de las desventuras del yo por no poder sostener esta ilusoria autosuficiencia y cómo odia al objeto que necesita, en tanto es muestra de su insuficiencia, de su carencia. Esta carencia es necesariamente vivenciada como un exceso. Buena parte de la tarea del yo es tramitar ese exceso. Diversos autores, en especial Winnicott y Bion, han pensado que es central la elaboración, modulación o significación –según el caso– de la separación, discontinuidad o desilusión que necesariamente se instala dentro del yo, entre el yo y el ideal, o entre el yo y el *otro*.

El yo en su relación con el ideal queda para siempre subordinado a una meta incumplible. Por un lado, al medirse con el *ideal del yo*, le es imposible coincidir, unificarse, y también es imposible hacerse *uno* al yo con el ideal.

El yo se siente habitualmente confrontado con la imposibilidad de alcanzar la perfección del ideal. En esa confrontación confirma la experiencia de lo que perdió el yo al dejar de ser “su majestad el bebé”, paradójicamente sin haberla tenido nunca antes y sin poder tenerla jamás después. Si pudiese consumir esa unificación, recuperaría su ilusión de unidad con el yo ideal perdido, aunque en esa unificación enloquecería, lo que en la clínica denominamos *mania*.

Los procesos de simbolización tienen como punto de partida la contención del afecto de lo que es vivido como un exceso, que emerge de la realización negativa. Un capítulo importante en la construcción de la realidad psíquica es el procesamiento de la emoción –que acentúa el matiz negativo– que subyace a la desilusión y de aquello vinculado a la extrañeza, lo incompartible o lo que no podemos incluir en una causalidad. La modulación emocional de lo negativo aparece entonces como central a la hora de estudiar la construcción de la realidad psíquica.

VIII. Las vivencias del yo ante el exceso: la vergüenza y la humillación

El yo, por su conformación, es *un alma bella desventurada*. Los límites de lo que el yo puede concebir dependen de cuánto puede tolerar el desagrado y la angustia que implica poner en tela de juicio su omnisciencia o el “alma bella” (Hegel, 1807/1992) que cree ser.

Dentro de lo que produce el exceso en el yo y de aquello que, por su exceso, pone en cuestión esa *alma bella* que pretende ser el yo, privilegiaré, a los efectos de este texto, dos sentimientos: la vergüenza y la humillación. Para hacerlo tomaré conceptualizaciones que hice en *Shame and humiliation* (Bigliani, Moguillansky & Sluzki, 2013).

La vergüenza no produce en el yo alteraciones del orden del ser. La vergüenza es la penosa emoción resultante de la toma de conciencia de la inadecuación del yo ante el ideal. Esta inadecuación se

debe a que el yo tiene atributos que no quisiera *tener* como resultado de deseos significados como indebidos desde el sistema de ideales. La vergüenza se trata entonces de una sensación dolorosa que tiene el yo como resultado de tener *deseos inaceptables* desde la perspectiva de su ideal, de haber hecho alguna cosa que perjudica su reputación o de haber expuesto algo que quiere ocultar. La vergüenza es entonces el resultado de una fuerte aversión del yo a sí mismo o a sus acciones o deseos, y se incrementa cuando hay riesgo de que la inadecuación del yo se haga pública.

La vergüenza abarca una gama de estados emocionales: el deshonra, la ignominia, el oprobio, la vergüenza pública, como consecuencia de abusos; el estado de desgracia como consecuencia de conductas detestables.

El intento de dar curso a la realización de deseos inconscientes que avergüenzan al yo puede dar origen a síntomas, o a que el yo desarrolle inhibiciones para no verse expuesto a que esos deseos vergonzantes se realicen.

La humillación mental, en cambio, un estado de desgracia o de pérdida de respeto de sí mismo dada por una herida que ha injuriado al yo; específicamente, una herida narcisista.

Por herida narcisista me refiero a una afrenta que el yo no puede procesar bajo el régimen del principio de placer. Como mencioné más arriba, cuando el yo puede reprimir lo que le desagrada, el resultado puede ser un síntoma neurótico. La herida narcisista, en cambio, sacude al yo no en el orden del *tener* sino en el orden del *ser*.

Una de las afrentas más insoportables para el yo –afrenta que lo sacude en su ser– es sentirse cosificado. El sentimiento que suele emerger en el yo cuando el sujeto es tratado como un objeto es la humillación. En ese sentido, en la humillación suele jugar un papel central otra persona que ha herido el orgullo que le ha hecho sentir su propio poder, contra la cual el yo no ha podido ejercer respuesta.

Redundando, en la humillación entra en juego no solo una distancia dolorosa con el ideal –como sucede en la vergüenza– sino que además este dolor lastima al yo y cuestiona su ser; la humillación pone en juego el estatus ontológico del yo.

La respuesta que suele desplegar el yo ante una afirmación de poder de otra persona –situación que es vivida como una tentativa por parte del otro de apropiarse de su yo– es la identificación heroica.

Desde la identificación heroica se trata de invertir esa tentativa aniquilando a quien lo humilló o a sí mismo, por lo insoportable que le resulta convivir consigo mismo humillado.

IX. ¡Una realidad excesiva!

¿Cómo concibo la realidad?

Con *realidad* no me refiero al conocimiento objetivo de ésta. La realidad con la que tratamos los psicoanalistas es esa que es producto

de la actividad de uno tal cual uno la realiza. Es así el resultado del propio conocimiento de la mente viva.

Pienso en esa línea, al igual que Green, que “el mundo interior tal como es –y, más aun, *tal como ha sido construido*– se ha edificado también gracias al conocimiento de la realidad exterior, que por lo tanto es integrante de él mismo”, y también que “el conocimiento de la realidad exterior (...) pasa por el rodeo de la realidad interior” (Green, 1991/1993).

Propongo entonces que la realidad es una construcción del yo. El yo es un productor de teorías que construyen y delimitan la realidad.

Los límites de la realidad que el yo puede concebir dependen de cuánto puede tolerar el desagrado y la angustia que implica poner en tela de juicio su omnisciencia o el “alma bella” que cree ser.

El yo tiende –en las construcciones que lleva a cabo– a la conservación de lo idéntico, en tanto de ese modo preserva su identidad. Esto entra en relación con una función específica del yo: “posibilitar una conjugación del tiempo futuro, compatible con la de un tiempo pasado. (...) El yo se abre a un primer acceso al futuro debido a que puede proyectar en él el encuentro con un estado y un ser pasado” (Aulagnier, 1975/1977). Sin embargo, para no caer en un tiempo circular, el futuro no puede coincidir con la imagen que el sujeto se forja acerca de él en su presente. Entre el yo futuro y el yo actual debe persistir una diferencia.

La conservación de esta diferencia depende de esa tolerancia de la que más arriba hablé, y permite no pagar el precio de aquello a lo que la psique tiende “por naturaleza”: huir del cambio. Este modo de pensar incluye la creencia en un determinismo causal absoluto.

Atlan (1990), ante esto, plantea que admitir un determinismo causal absoluto de todo lo que acontece en el universo, postulando que todo fenómeno puede ser predicho –sea de hecho, a partir de leyes causales que conocemos, o sea de derecho, a partir de determinaciones ocultas– implica negarle a lo nuevo la posibilidad de existir.

X. ¡Un aparato psíquico insuficiente, una pulsión excesiva, unos ideales excesivos, una realidad excesiva!

La contracara del exceso es la insuficiencia del aparato psíquico para procesarla.

Lo que llamamos *exceso* es lo que resulta excesivo para ser metabolizado, representado, elaborado, tramitado, historizado por el aparato regido por el principio del placer.

La pulsión es siempre excesiva respecto del aparato. Es excesiva porque junto al trabajo que le impone para dar cumplimiento al deseo siempre tiene que lidiar con lo que Piera Aulagnier (1975/1977) ha conceptualizado como el “deseo de no deseo”.

Desde otra vertiente, es excesivo por la aspiración, el ideal, que habitualmente reina en nuestro pensar de arribar a una armonía última, arribar a “la felicidad” concebida como un estado sin conflicto.

Esto ha sido descrito por George Steiner (1974/2001) en sus conferencias sobre la nostalgia del absoluto, peana sobre la que propone se sostienen los fundamentalismos, que, a su juicio, condicionan nuestro discurrir contemporáneo. George Steiner sugiere que, en cierto uso que se hizo de ellas, la filosofía política de Marx, el psicoanálisis de Freud y la antropología de Levi-Strauss –sin olvidar la astrología, el ocultismo y los cultos orientales– han operado en el imaginario social como mitologías sustitutivas de las religiones tradicionales, y se intentó con ellas dar una respuesta universal a la crisis de sentido que afecta al hombre moderno.

Esta “nostalgia de lo absoluto” es la cara visible de un discurso que suele estar presente en el imaginario social y en nuestro modo de pensar: el anhelo de armonía.

Este anhelo ha sido teorizado por Cornelius Castoriadis (1975) en *La institución imaginaria de la sociedad*, en donde nos enseña cómo la lógica identitaria subyace a lo establecido en el imaginario social. Esta lógica identitaria, que intenta fundamentar el anhelo de armonía, ha sido también lucidamente discutida por, entre otros, Chantal Mouffe (2005/2007) en *En torno a lo político*, que dice que es “imposible erradicar la dimensión conflictiva de la vida social”, o por John Gray (2007/2008) en su texto *Misa negra: la religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, en el que sostiene que las ideologías laicas más influyentes del período contemporáneo se forjaron con el molde de la religión reprimida, del que surgieron convertidas en versiones del mito del apocalipsis: la creencia en un suceso que cambiará el mundo y pondrá fin a la historia y a todos sus conflictos.

Esta nostalgia del absoluto suele llevarnos, por efecto de nuestra pereza a la hora de pensar –y agregaría que también por limitaciones que tiene nuestro pensar–, a precipitarnos en el discurso de la manada, un discurso gris en el que no entran las diversidades, dudas ni incertidumbres.

Sin embargo, las limitaciones que tiene nuestro pensar no se deben a una mera y eventualmente evitable torpeza para asir el mundo.

Una versión de esta insuficiencia de estructura, que hace con que sea excesivo lo que sea que tenemos que pensar, la encontré bien descrita en una conferencia que dictó Slavoj Žižek hace unos años en APdeBA¹. En esa ocasión, Slavoj Žižek planteaba que nuestra mente concibe el espacio y mira el mundo con categorías que corresponden a la geometría euclidiana y que nos cuesta representar con otras categorías. Žižek completaba su proposición poniendo como ejemplo que el espacio curvo que surge de la teoría generalizada de la relatividad de Albert Einstein, si bien se puede describir a través de ecuaciones, no se puede imaginar. Žižek aclaraba que la imposibilidad de imaginar el espacio curvo no se debe a la simple razón de

1. Las referencias utilizadas sobre la conferencia dada por Žižek en el 2005 en APdeBA parten del recuerdo del autor y no de su desgrabación, con lo que están necesariamente viciadas.

que quizás no comprendamos intelectualmente las proposiciones de Einstein: Zizek subrayaba que no se trataba de una falta de agudeza, sino de que la mente humana no puede imaginar un espacio no euclideo; entre otros, un espacio curvo.

Desde su perspectiva, Slavoj Zizek insistía en que solemos definir como traumático, excesivo, lo que no se adecua a nuestra acotada forma de concebir el mundo desde un espacio euclidiano.

Incorporando la mirada de Slavoj Zizek, podríamos decir entonces que es traumático lo que no podemos abarcar con nuestras limitadas posibilidades de pensar; lo que no se adecua para ser imaginado en un espacio euclidiano. Es traumático porque lo no euclidiano hace vacilar a nuestra restringida mente; ante lo no euclidiano vacila la creencia de que con nuestra mente podemos abarcar al “absoluto”.

Retomando, sugiero que se puede concluir, junto a Slavoj Zizek y desde esta acepción, que lo que definimos como *trauma* restablece un orden, en tanto ubica a lo que no podemos imaginar como extraño (en el sentido del *unheimlich* freudiano). Orden es lo que nuestra mente puede admitir, y a través de la noción de *trauma* ubicamos lo que es ajeno o lo extraño al orden impuesto al mundo por nuestro pensar.

La insuficiencia que tiene nuestro pensar es por razones de estructura, no coyunturales: el mundo es más complejo de lo que podemos pensar acerca de él.

XI. El defecto del exceso se vuelve virtud. La necesidad de una “violencia instituyente” del *otro* para humanizarnos

En los últimos tiempos se ha reconsiderado la “escena de seducción” y se le dio incluso un papel estructurante.

Laplanche ha realizado una interesante contribución a la cuestión de la constitución del sujeto humano con su teoría de la “seducción generalizada”, que reconsidera la “preanalítica escena de seducción”.²

Según Laplanche, la sexualidad es introducida por la madre a través de los cuidados corporales. Incluso afirma que no podemos ignorar, ya desde los inicios de la relación madre-bebé, el papel del pecho que, más allá de ser el órgano de la lactancia, transmite el investimento sexual inconsciente.

Laplanche, en la conceptualización de la teoría de “la seducción generalizada”, lo sigue a Ferenczi cuando opina que los adultos imponen por la fuerza su voluntad a los niños, y que particularmente les imponen sus contenidos displacenteros.

Sin embargo, Laplanche señala que “es entonces aquí, muy precisamente, donde hay que ir más lejos que Ferenczi”, porque según Laplanche el autor húngaro no da el paso de tomar en consideración el carácter traumatizante de lo que Laplanche llama *el lenguaje de la pasión* (el lenguaje del adulto).

2. Esta teoría fue planteada por J. Laplanche a partir de 1986 en un artículo publicado por la revista de psicoanálisis *Etudes Freudiennes* (Nº 27, marzo de 1986).

Para Laplanche el lenguaje es siempre traumatizante dado que vehiculiza un sentido ignorado, un contenido sexual inconsciente de los padres. Humanizarse para Laplanche implica ser bañado por ese lenguaje, ser traumatizado por ese lenguaje. Los padres, al hablarle a su hijo, inevitablemente transmiten no solo las potencialidades polisémicas de un lenguaje en general sino también aquello reprimido en su propio inconsciente individual (Laplanche, 1979-1980/1990).

El énfasis de Laplanche en esta imposición que los adultos hacen a los niños –la teoría de la seducción generalizada– afirma el origen exógeno y no biológico-endógeno de la psicosexualidad humana. Propone entonces que la psicosexualidad es implantada, impuesta, por el adulto al proporcionar al *infans* los cuidados autoconservativos.

Según este autor, la primacía absoluta del *otro* adulto para la constitución del aparato psíquico encuentra antecedentes en la teoría de la seducción traumática que Freud elaboró durante los primeros años de su trabajo, entre 1895 y 1897.

Con el término “seducción originaria” Laplanche abre la entrada al *otro* y le confiere un papel que da las marcas del psiquismo: “calificamos entonces esta situación fundamental en que el adulto propone al niño significantes no verbales tanto como verbales, incluso comportamientos, impregnados de significaciones sexuales inconscientes, significantes enigmáticos” (Laplanche 1979-1980/1990).

La seducción, entonces, como teoría generalizada y ya no restringida al episodio real vivido en relación con la genitalidad, encuentra un nuevo movimiento en el interior del psicoanálisis que se abre sobre las grandes cuestiones de la constitución del psiquismo: el carácter fundante del inconsciente del *otro*.

Otra contribución central acerca del papel estructurante del *otro* es la de Piera Aulagnier. Esta autora propone que la madre, al anticipar en su discurso al *infans*, *ofrece significación*. Esta oferta anticipada ocupa un lugar central cuando la actividad psíquica del *infans* se encuentra al nacer con las producciones psíquicas de la psique materna, y a partir de ese encuentro –que Piera Aulagnier caracterizará como *violento*– se generan condiciones de posibilidad para que el *infans* forme una representación de sí mismo. Sin este “exceso” no nos humanizamos.

A la imposición que hace la madre de sus significaciones a la psique del *infans* la denomina *violencia primaria*.

La madre, en esta oferta, emite una respuesta a lo que presume necesita el *infans*. Esta prerespuesta constituye la ilustración paradigmática de la definición de *violencia primaria*.

Esta violencia determina la imbricación de tres registros: el de la necesidad, el del deseo y el de la demanda, y al hacerlo permite que la necesidad, el deseo y la demanda se presenten bajo la apariencia de lo demandado y de lo esperado por el *infans*. Queda de este modo velada la violencia primaria. El éxito de la imbricación es lo que justamente permite a la madre y al *infans* desconocer la presencia y la operatoria de la violencia primaria.

La pareja parental –o la madre, inicialmente–, mediante su discurso, es portavoz del discurso del medio cultural.

XII. El exceso de lo que no pertenece a nuestro mundo habitual

P: ¿Y qué piensas tú? Quiero decir, ¿qué se te ocurre cuando un francés mueve los brazos?

H: Se me ocurre que parece tonto. Pero me imagino que a otro francés no le parece eso. Es imposible que todos parezcan tontos los unos a los otros. Porque si lo parecieran, dejarían de hacerlo. ¿No lo crees?

P: Tal vez, pero la pregunta no es sencilla. ¿Y qué otra cosa se te ocurre?

H: Bueno, que todos parecen agitados.

P: Está bien: con que tontos y agitados.

H: ¿Pero estarán realmente tan agitados como parecen? Si yo estuviera tan agitada, necesitaría bailar, cantar o golpear a alguien en la nariz... En cambio, ellos lo único que hacen es seguir moviendo los brazos. No pueden estar agitados de veras.

P: Bueno... ¿son realmente tan tontos como te parecen a ti? Y de todas maneras, ¿por qué tú algunas veces necesitas bailar, cantar y golpear a alguien en la nariz?

H: Es que a veces sencillamente lo siento así.

P: Tal vez el francés también lo siente sencillamente “así” cuando mueve los brazos a todas partes.

GREGORY BATESON (1951/1991)

Convengamos que la imposibilidad va más allá de esos espacios curvos que no podemos imaginar. Solemos desestimar lo que se aparta de nuestro habitual modo de concebir el mundo, como inteligentemente nos lo hace notar Gregory Bateson en sus *metálogos*.

XIII. Lo excesivo y el otro

GARCIN: ¿Y no será de noche nunca?

INÉS: Nunca.

GARCIN: ¿Y tú me verás siempre?

INÉS: Siempre.

(GARCIN *abandona a ESTELLE y da algunos pasos por la habitación. Se acerca a la estatua*).

GARCIN: La estatua... (*La acaricia*). ¡En fin! Este es el momento. La estatua está ahí; yo la contemplo y ahora comprendo perfectamente que estoy en el infierno. Ya os digo que todo, todo estaba previsto. Habían previsto que en un momento..., este..., yo me colocaría junto a la chimenea

y que pondría mi mano sobre la estatua, con todas esas miradas sobre mí... Todas esas miradas que me devoran... (Se vuelve bruscamente). ¡Cómo! ¿Solo sois dos? Os creía muchas más. (Ríe). Entonces esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído... Ya os acordaréis: el azufre, la hoguera, las parrillas... Qué tontería todo eso... ¿Para qué las parrillas? *El infierno son los demás.*

JEAN-PAUL SARTRE (1944/2001)

He enfatizado en otro lugar (Moguillansky, 1998) cómo desde nuestro yo construimos una realidad en la que el *otro* rompe con su presencia la creencia anticipada que tenemos sobre él, y tenemos que llevar adelante un trabajo emocional que implica concebir esta ruptura como ajenidad y, como tal, incorporarla a nuestra realidad psíquica. Esto implica un proceso de deconstrucción que conlleva una des-identificación.

Una de las fuentes privilegiadas de lo que no podemos conocer es el *otro* con el que nos vinculamos, en tanto no totalmente anticipable, no asimilable, no compartible.

En otros textos (Moguillansky 2003, 2004) me he referido a una categoría de lo traumático que –cubriendo la dimensión traumática de lo imposible, lo que no podemos pensar como posible– solemos definir como *lo inmundo*. Esta dimensión de lo impensable englobada por lo inmundo es la que los autores de género han nombrado *la otredad*: lo que no es de este mundo, lo que no es posible en este mundo. Los autores de género se refieren con *otredad* a lo rechazado, a lo denostado por lo conjunto, o por un *¡lo que no debe ser, o incluso lo que no es!*; ese *otro* –en rigor debiéramos decir *esa otredad*– que es definido como lo que no es parte de uno o de *lo conjunto*. Una consecuencia de este deslinde es que a los sujetos que son parte de esa *otredad* se los suele tratar, por parte de los incluidos en *lo conjunto*, no como otros sujetos sino como seres que están *por fuera del mundo*: son *inmundos*. Es central en este punto la contribución de Lévinas, quien ha teorizado *aquello frente a lo cual yo “no puedo poder”*, de lo que se desprende la posibilidad latente pero efectiva de las operaciones aprehensivas de parte del sujeto del otro es el *exterminio* del otro. La *otredad* sería precisamente lo que no puedo. En ese sentido, se incluye en lo que es definido como *otredad* no solo lo denostado sino también lo imposible, lo que no se puede pensar por la imposibilidad que se tiene para pensarlo, aunque se recubre esta imposibilidad con la piadosa pátina de lo rechazado.

Es imposible construir un saber sobre el *otro* que lo abarque totalmente. Aunque esté presente, en algún punto es inaprensible y esta experiencia, al menos en los inicios, suscita un sentimiento de extrañeza.

Pero no solo nos resulta extraño lo inaprensible que por su naturaleza es el *otro*, en tanto es otro. Además de esta dificultad que nos

plantea –porque lo que percibimos en él es diferente de lo que somos–, se suma un nuevo vértice para sentirlo extraño si él encarna lo que una cultura dada no considera como propio de sí misma. Esto se acentúa si este *otro* cuenta con atributos que la cultura ha expulsado, ha repudiado de su seno.

XIV. El exceso de las teorías cuando pretenden ser algo más que “construcciones”.

–¿Dónde está mi ciencia? He sido un testarudo, he perseguido un simulacro de orden, cuando debía saber que no existe orden en el universo.

–Pero, sin embargo, imaginando órdenes falsos habéis encontrado algo...

–Gracias Adso, has dicho algo muy bello. El orden que imagina nuestra mente es como una red, o una escalera que se construye para llegar hasta algo. Pero después hay que arrojar la escalera, porque se descubre que, aunque haya servido, carecía de sentido.

UMBERTO ECO (1980/1982)

Sugiero que hay un exceso en el campo teórico, cuando una posición construye su campo discursivo y considera, en forma más o menos explícita, que su enfoque es el verdadero psicoanálisis, sin tomar en cuenta sino fragmentariamente las posiciones divergentes. Cuando una teoría pretende ser algo más que una “construcción” se pierde la dimensión de la que nos habla Eco a través de su personaje Guillermo, cuando le responde a Adso que las teorías son solo redes o escaleras.

XV. Los excesos de la noción de *exceso*

La noción más canónica alrededor de la que se ha teorizado la idea de *exceso* es la de “acontecimiento”.

El acontecimiento como noción fue introducido por Alain Badiou (1989/1990). Badiou parte del presupuesto de que discernimos conceptos singulares de una multiplicidad indiscernible. Entonces, según Badiou, “la verdad hace agujero en el saber“. No hay para Badiou “saber de la verdad sino solamente producción de verdades”: “los acontecimientos poseen nominaciones suspendidas o precarias”.

Sigue Badiou diciendo que si el intento de significar se hace a través del fantasear, se realiza solo a partir de combinaciones inconscientes –una actividad recombinatoria– de cosas vividas u oídas, y entonces lo nuevo no existe en absoluto.

Para que lo novedoso tenga lugar en la mente o en el vínculo ha de haber un cambio de significación y no solo una ampliación en la significación que estaba predeterminada o en estado latente.

Lo que llama *acontecimiento* resulta de lo que no cabe en la representación en ese momento y que deberá hacer una operación

agregada, que se describe como suplementación y que cambia la significación hasta ese momento.

En esa línea, la noción de *acontecimiento* cuestiona la noción de *repetición*, al menos en su versión más canónica.

El acontecimiento organiza una escena en la que se produce un efecto de bifurcación. Entre bifurcación y bifurcación, se produce una “meseta” en la que prevalecen las leyes deterministas, pero antes y después de tales puntos críticos reina el azar. Solo por retroacción es posible comprender el proceso; durante su transcurso solo hay incertidumbre. Lo nuevo no aparece como resultado de un proceso de aposición de nuevas identificaciones, sino como resultado de la emergencia de “sucesos”.

Así, los que participan del papel determinante del “acontecimiento” proponen que debiéramos hablar de la construcción de un pasado y no de la reconstrucción del pasado, ya que la construcción genera significados pero no permite conocerlos; tiene sentido y eficacia, pero no provee un conocimiento de la realidad psíquica con la connotación de alcanzar una realidad material. Discuten de ese modo el determinismo que ejerce la represión de la sexualidad infantil en nuestra conducta; pensar y sentir en la adultez. La insistencia en el papel de lo nuevo, del acontecimiento, de lo no previsible, de la prevalencia del hacer sobre el repetir, hace un cuestionamiento radical de todo determinismo o causalidad y enfatiza la producción de diferencias entre los individuos en el seno del vínculo y con el espacio social.

En esa línea, se acentúa que la complejidad del mundo social, la pertenencia social y las subjetividades que se van creando determinan espacios heterólogos que no se articulan armoniosamente; que en las relaciones entre dos o más personas hay una imposibilidad de determinar tanto el destino de la relación como el comportamiento de los sujetos a partir de una determinación psíquica.

Con la proposición de que hay una imposibilidad de explicar el comportamiento de los sujetos a partir de una determinación psíquica, lo que quieren poner en cuestión es toda idea de *repetición*.

En la perspectiva que postulan es también imposible determinar la manera de constituirse la subjetividad en el espacio psíquico de cada uno a partir de lo que sucede en el del *otro*. Es también imposible determinar a partir de la constitución subjetiva de los sujetos cómo se producirá el encuentro entre ellos y cómo será la relación. Así, se alejan de la noción de *repetición* y de *determinismo psíquico freudiano*. Enfatizan, en cambio, en la vida vincular, la imposibilidad de contactar con la ajenidad del *otro*. Para ello critican la idea de que en el encuentro entre el yo y el *otro* se active un juicio de atribución y un juicio de existencia, y proponen en cambio que en el encuentro entre dos alteridades se produce algo no reducible a la identificación. Critican en esa línea toda formulación que ponga en juego la representación y enfatizan lo que produce la presencia. De este modo, toman partido por las diferencias que se producen en el aquí y ahora (*hic et nunc*),

por lo nuevo que se genera en el encuentro, afirmando que toda referencia a un reencuentro es defensiva ante eso *nuevo* que ocurre.

Estos planteos que ponen un acento en “el exceso”, en aquello para lo que no tenemos experiencias previas para procesarlo, han traído una interesante reflexión respecto del papel de lo nuevo y de los excesos que se han cometido con concepciones que se asientan en determinismos lineales.

Creo, sin embargo, que en ese intento corren el riesgo, el exceso, de hacer excesiva la noción de *exceso* y, entonces, de perder el papel del determinismo inconsciente y de la repetición.

Resumen

Este texto intenta elucidar la noción de exceso; qué es lo que intenta explicar y qué exceso puede implicar el uso excesivo de ella.

Surge para explicar lo ominoso y otros fenómenos clínicos que no se podían comprender como una realización de deseos; no podían ser considerados como realizaciones de deseos infantiles reprimidos: como “retorno de lo reprimido”.

El exceso ha sido teorizado, sobre todo, con el background de la teoría del “acontecimiento”.

Desde la teoría de acontecimiento se discute el determinismo que ejerce la represión de la sexualidad infantil, y se enfatiza en cambio el papel de lo nuevo, de lo no previsible.

El acontecimiento “es exceso”. No tenemos experiencias previas para procesarlo.

La noción de exceso ha traído una interesante reflexión respecto del papel de lo nuevo y de los excesos que se han cometido con concepciones que se apoyan en determinismos lineales.

Sin embargo, en este texto se postula que un uso excesivo de la noción de exceso tiene el peligro de perder para el psicoanálisis las nociones de determinismo inconsciente y de repetición.

Descriptor: *Exceso; Acontecimiento; Ominoso; Determinismo; Repetición; Compulsión de repetición.*

Abstract

This paper intends to clarify “the notion of excess”. It refers to what this notion intends to explain and also refers to the excess which might be implied in an excessive use of the notion.

It emerged in order to explain the “Uncanny” and other clinical phenomena that could not be understood as being wishes and could not be considered as having been repressed by infantile neurosis.

Excess has mostly been theorized with the background of the “theory of the event”. This theory discusses determinism caused because of the repression of infantile sexuality and emphasizes the “role” of what is new and cannot be foreseen.

Event is excess. We have no previous experiences in order to process it. The “notion of excess” has brought an interesting reflection about

the “role” of what is new and about the excess due to conceptions based on lineal determinism. However, this paper holds that an excessive use of the notion of excess has the risk of losing the notions of unconscious determinism and repetition in the Psychoanalytic Theory.

Keywords: Excess; Happening; Ominous; Determinism; Repetition; Repetition compulsion.

Referencias

- Atlan, H. (1990). *Postulats metaphisiques et métodos de recherche en la Querelle du determinisme*. París: Gallimard.
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Badiou, A. (1990) *Manifiesto por la filosofía*. Madrid: Cátedra. (Trabajo original publicado en 1989).
- Bateson, G. (1991). Metálogo: ¿Por qué los franceses...?. En Bateson, G., *Pasos a una ecología de la mente*. Buenos Aires: Planeta-Carlos Lohle. (Trabajo original publicado en 1951).
- Bigliani, G., Mogueillansky, R. & Sluzki, C. (2013). *Shame and humiliation. A dialogue between a psychoanalytic and systemic Approaches*. London: IPA/Karnac.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Eco, U. (1982). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen. (Trabajo original publicado en 1980).
- Freud, S. (1979a). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1901).
- Freud, S. (1979b). Lo ominoso. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (1979c). Más allá del principio del placer. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1979d). El problema económico del masoquismo. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1979e). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1985). *Cartas a Flieiss (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S., (1997a). La herencia y la etiología de las neurosis. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 3). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S., (1997b). Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 3). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Gray, J. (2008). *Misa negra: La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 2007).
- Green, A. (1993). Desconocimiento del inconsciente. En *El inconsciente y la ciencia*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1991).
- Lagache, D. (1975). *Le problem du transfert*, XIV Conferencia de Psicoanalistas de la Lengua Francesa – La teoría de la transferencia. Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1951).
- Laplanche, J. (1990). *Problemáticas V, La cubeta. Trascendencia de la transferencia*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1979-1980).
- Hegel, G. W. F. (1992). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1807).
- Mogueillansky, R. (1998). Ponencia en la mesa redonda, convocado por la Secretaría Científica de APDeBA, sobre “vínculo y relación de objeto”.

-
- Moguillansky, R. (2003). *Pensamiento único y diálogo cotidiano*. Buenos Aires: El Zorzal.
-
- Moguillansky, R. (2004). *Nostalgia del absoluto, extrañeza y perplejidad*. Buenos Aires: El Zorzal.
-
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 2005).
-
- Rivera, A. (1993). *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: Alfaguara.
-
- Sartre, J.P. (2001). *A puerta cerrada* (A. Sastre, Trad.). Buenos Aires: Losada. (Trabajo original publicado en 1944. Título original: Huis clos).
-
- Steiner, G. (2001). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Siruela. (Trabajo original publicado en 1974).
-
- Woolf, V. (1992). *Momentos de vida*. Barcelona: Lumen.

Excesos: las formas actuales del malestar

Introducción

Desarrollaré la temática del **exceso** en relación con los efectos del discurso contemporáneo, como una manifestación acentuada en la subjetividad de la época, proponiendo una reflexión del estatuto del inconsciente y de las consecuencias clínicas a partir de las últimas enseñanzas de Lacan.

Esta última vertiente nos conduce al tema de las nuevas manifestaciones sintomáticas incrementadas en la actualidad. Contextualizar el psicoanálisis implica ubicar la subjetividad de la época.

El psicoanálisis se enfrenta con **nuevas coordenadas del malestar** en la cultura, donde las actuales formas de segregación, el avance de la tecnología y la globalización acentúan la **caída del otro como ideal regulador**. El mal de la época es que **el goce deviene ideal**; el superyó opera como imperativo de goce no ligado al ideal regulador. **El imperativo del goce sustituye a la ley del deseo y el exceso se impone sin frenos**. El sufrimiento adquiere en nuestro tiempo un incremento de formas de respuesta subjetiva con una modalidad de goce que **resiste al comercio asociativo**.

Los analistas nos encontramos con un nuevo desafío para el psicoanálisis frente al incremento de presentaciones clínicas que no podemos ubicar como neurosis de transferencia. Más allá de la diferencia entre sintomatologías, las une un denominador común: la carencia de **representación psíquica**. El conflicto psíquico se despliega con la manifestación de fenómenos no expresados como formaciones del inconsciente.

Frente a estas, es necesario maniobrar con recursos y estrategias que permitan acotar las escenas en lo real, para posibilitar el pasaje desde lo que *se insiste en mostrar* a lo que *se insiste en decir*. La cuestión crucial es cómo lograr que estas manifestaciones clínicas puedan expresarse a través de la palabra.

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

turalidad y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (...)” (Freud, 1930/1986, p. 88).

“De faltar ese intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo, vale decir, el de mayor fuerza física los resolvería en el sentido de sus intereses y mociones pulsionales (...)” (Freud, 1930/1986, p. 92).

“El siguiente requisito cultural es entonces la **justicia**, o sea, la seguridad de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará (...)” (Freud, 1930/1986, p. 94).

Luego incluirá el valor del **amor** como una de las bases de la cultura. Dice Freud (1930/1986, p. 106): “(...) El amor impone deberes que tengo que disponerme a cumplir con sacrificios (...)”.

El texto *El malestar en la cultura* de Freud es vigente para dar cuenta de los acontecimientos estructurales de la cultura contemporánea, pero las nuevas configuraciones de la cultura actual presentan una subjetividad con modos de respuesta propios de las coordenadas de la época.

Freud (1930/1986) sostiene que el malestar en la cultura es el efecto de las necesidades insatisfechas combinadas con la ética del imperativo categórico del superyó que impone al sujeto renuncia pulsional. El peso de los valores culturales implica para el sujeto estar bajo la modalidad de la prohibición y la culpa. El conflicto psíquico se plantea entre los ideales y la pulsión.

Freud plantea que esta renuncia pulsional determina el pasaje del goce por los desfiladeros del inconsciente que el sujeto realiza por amor al *otro* (ideal normativo). Entonces, desde este aspecto, articula el superyó con el ideal del yo, y este es un ordenador simbólico relacionado –en Freud– con el lugar del padre. Dice Freud en *El yo y el ello* (1923/1992b): “(...) El ideal del yo o superyó, agencia representante de nuestro vínculo parental... El ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo... Es fácil mostrar que el ideal del yo satisface todas las exigencias que se plantean a la esencia superior en el hombre (...). Como formación sustituta de la añoranza del padre (...) sus mandatos y prohibiciones han permanecido vigentes en el ideal del yo y ahora ejercen como conciencia moral, la censura moral (...)” (Freud, 1923/1992b, p. 38).

Aquí, el superyó se presenta como “heredero del complejo de Edipo” (Freud, 1923/1992b, p. 49) en su función protectora, como *normatización* paterna del goce.

Freud también señala otro aspecto del superyó: el costado no legible de la ley paterna, en el que plantea que el superyó mantiene duradera afinidad con el ello, es decir, con lo pulsional. Así, señala en “La servidumbre del yo” (Freud, 1923/1992b) que el superyó se vuelve particularmente severo y desamorado, y desarrolla en el yo elevadas formaciones reactivas de la conciencia moral. Además, agrega que “es un cultivo puro de la pulsión de muerte” (p. 54).

Refiere a esa dimensión paterna que queda como resto no simbolizado del padre, como un residuo del padre de la horda primitiva;

es lo *real del padre* desenganchado de la trama edípica-simbólica, que se muestra como cara gozadora y precipita al sujeto al más allá del principio del placer (Reyes, 1997).

Esto explica la paradoja del superyó, que determina que ante cada renuncia a la satisfacción pulsional, se refuerza la severidad del superyó.

Freud calificará esta dimensión paradójica del superyó –que, como ley insensata de imperativo, va a situar un modo particular de satisfacción– como una satisfacción pulsional (pulsión de muerte) que se encuentra en términos del más allá del principio del placer y que refiere a una moral en contra del bienestar del sujeto (Freud, 1920/1992a).

El imperativo de esta voz feroz del superyó testimonia la falla de la función apaciguadora del padre simbólico. Sin embargo, aun en esta cara de imperativo insensato, el mandato superyóico queda ligado a la renuncia pulsional que se encarna en otro imaginario. Se juega en términos de la ley paterna cruel y feroz, pero opera como existencia del *otro*, como semblante del *otro prohibidor*, como suplencia del *otro regulador* que pide renuncia.

En la época de Freud, el goce superyóico quedaba más ligado a la **renuncia pulsional**, por sometimiento al *otro prohibidor*. El goce del superyó es **la renuncia misma**. Mientras que la cultura contemporánea, marcada por la declinación de la función del *nombre del padre*, está caracterizada por un **empuje al goce**.

El discurso capitalista desarrollado por Lacan nos permite pensar que, en tanto el *otro* no existe como ordenador social (sino más bien que el *otro*, como S_1 , funciona como imperativo coordinado con el mercado), propicia un empuje al consumo. Es así como el imperativo superyóico de la época ordena **gozar**. Esto marca una diferencia con el planteo freudiano de la época de los años 30 (Reyes, 2001).

Las nuevas manifestaciones del enfermar muestran una acentuación de la conceptualización del **superyó como empuje de goce**; ese superyó que Lacan despejó en *Aún*, como imperativo que dice “goza” en lugar de “renuncia”. Señala Lacan (1972-1973/1981): “Nada obliga a nadie a gozar, salvo el superyó. El superyó es el imperativo del goce: ¡goza!” (p. 11).

La instancia superyóica opera en la actualidad menos ligada a la función normalizante del ideal del yo (que propicia una renuncia pulsional, el deber ser e incluso la culpabilidad, en pos del lazo social), lo que promueve una acentuación del superyó al servicio del **empuje de la desmesura pulsional**.

Esta diferencia, que parece sutil, promueve nuevas formas de manifestaciones clínicas que se presentan bajo la modalidad predominante de la emergencia de la angustia traumática, la inhibición; formas clínicas de manifestación del goce en exceso en sus diversas variantes, más que las formas clásicas de despliegue del síntoma.

Se evidencia también una acentuación de patologías del acto que implican una posición subjetiva vertiginosa ante la declinación de un punto de anclaje referencial que mediatice la insensatez del empuje al exceso de goce.

El sufrimiento adquiere en nuestro tiempo un incremento de formas de expresión con una modalidad de goce que resiste al comercio asociativo y que se refieren, a mi modo de entender, a respuestas subjetivas propias de la época actual en que el **exceso de goce** funciona como nombre propio, y esto acompaña un modo particular de **cierre del inconsciente**.

Estas modalidades de presentación clínica pertenecen al conjunto de lo que en la actualidad son llamados “**nuevos síntomas**” o “**síntomas actuales de la contemporaneidad**”, que incluyen, entre otras cosas, las adicciones, los trastornos del cuerpo, las anorexias y bulimias, las depresiones, los ataques de pánico, las patologías del acto (*acting out* y pasajes al acto) en sus diversas modalidades como la violencia.

Cabe destacar que estas manifestaciones clínicas en verdad **no son “nuevos síntomas”**. Ya han sido descritas en la época por Freud, pero, sin lugar a dudas, la clínica contemporánea nos evidencia un incremento de estos modos de respuesta subjetiva en la actualidad. En tal sentido, denominaré **la epidemia sintomática de la época** a estos “nuevos síntomas” o “síntomas actuales”.

Podemos observar cómo los ítems desarrollados por Freud (1930/1986) respecto al valor de la cultura (ideal, justicia, amor) como ordenador del lazo social se muestran desfallecientes en la actualidad. Y Freud (1930/1986) nos advierte de los posibles efectos desgarradores causados por la falta de códigos culturales: “De faltar ese intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo, vale decir, el de mayor fuerza psíquica los resolvería en el sentido de sus intereses y mociones pulsionales” (p. 92).

El malestar de la época, a la manera del trauma, irrumpe sorpresivamente y fisura el entramado imaginario-simbólico que funciona de soporte, y esto genera un quiebre en la estabilidad subjetiva.

Freud conceptualiza el trauma desde una perspectiva económica, como la irrupción de una gran cantidad de energía en el aparato psíquico, para la cual el sujeto no posee recursos de respuesta suficientes. Se trata de algo imprevisto, que deja al sujeto en perplejidad, sin recursos simbólicos para responder. Cada encuentro con lo traumático reenvía al sujeto al mal encuentro originario, que queda siempre como resto *no elaborado*.

Si bien desde el punto de vista del psicoanálisis cada persona responderá a las situaciones traumáticas de acuerdo con su trama subjetiva, cuando la elaboración simbólica está coartada se puede traducir en un directo impacto traumático. Es así como el relato es sustituido por presentaciones clínicas en las que el sujeto no se manifiesta desde sus formaciones inconscientes, sino que es más bien **un sujeto respuesta de lo real**.

La clínica nos muestra la primacía de tres modalidades de respuesta subjetiva (dentro de la estructura de la neurosis) frente a la cultura del actual malestar:

- 1) Un sujeto que se encuentra **expulsado del mercado** con una posición de angustia desbordada (como lugar de resto), depresión, estallidos de ataques de pánico, aburrimiento, apatía. Los rasgos de inseguridad en relación con el poder y la falta de un operador estructural (función paterna) que promueva un orden simbólico de intercambio social, genera la emergencia del sentimiento de desamparo, concepto psicoanalítico que se vincula con la **clínica de la angustia**, en tanto esta es definida como 'reacción al desamparo'. Esta imposibilidad de elaboración simbólica que le permitiría al sujeto responder con la formación del síntoma lo expone más aún a la angustia traumática.
- 2) Un **sujeto atrapado en el contexto del discurso del mercado**, bajo varias formas:
 - a) Las diversas **adiciones** (que incluyen, en términos amplios, todas las modalidades de goce autista, como la toxicomanía, el alcoholismo, el uso ilimitado de objetos tecnológicos, la compulsión del consumo, entre otros);
 - b) la presentación de **fenómenos y problemáticas del cuerpo** (que frente a la pobre tramitación simbólica, el cuerpo grita en lo real donde el sujeto no habla desde lo simbólico);
 - c) las **patologías del acto**, en las que el *agieren* freudiano (Freud, 1914/1986b) es la manifestación pulsional que no pasa por el verbo. Me refiero a los *acting out* y pasajes al acto, que en muchas ocasiones quedan expresados en términos de violencia. Cada vez se observa un mayor incremento de actos de violencia, que es aquello ligado a la pulsión de muerte y que puede llegar hasta la destrucción del *otro* sin barreras, sin causa; la destrucción por la destrucción misma, sin razón que la justifique. Es la máxima expresión de la caída del *otro* de la ley, en que se pierden los códigos y el valor de la vida misma.
- 3) Una tercera respuesta subjetiva más lograda se da cuando el **sujeto puede resistir con su síntoma** el empuje de ser objeto de consumo, gracias al entramado subjetivo del despliegue simbólico de la formación sintomática (tratamiento de lo real por lo simbólico). Me refiero a los síntomas de las neurosis clásicas.

Cabe destacar que las diversas respuestas subjetivas son siempre producto de una combinación del contexto sociocultural con la particularidad de la trama edípica estructural.

Me referiré fundamentalmente a los dos primeros puntos. No me ocuparé en este trabajo de la psicopatología estructural de la clínica de la psicosis ni de las perversiones. Tampoco de las neurosis

tradicionales, que por suerte siguen en pie (modalidad señalada en el punto 3).

Me interesa desarrollar aquellas manifestaciones clínicas señaladas en los primeros dos puntos, que se refieren, a mi modo de entender, a respuestas subjetivas propias de la época contemporánea, en la que el **exceso de goce** funciona como nombre propio, y esto acompaña un modo particular de **cierre del inconsciente**.

Estas nuevas formas de padecimiento requieren de parte de un psicoanalista un trabajo arduo para hacerlo entrar en el dispositivo analítico, dado que el goce sustituye a la problemática del deseo.

3. El inconsciente y la clínica contemporánea: la operación analítica

Este sujeto que surge del efecto del contexto actual no se muestra dividido en el llamado sintomático, sino más bien concretizado en identificaciones masivas, rígidas y vertiginosas. Se trata de un sujeto *desubjetivizado*, atrapado en una red imaginaria que funciona a la manera de una realidad virtual.

Hoy nos encontramos con la presencia de sujetos animados por una violencia pasional del goce que empuja a lo aniquilante y que en algunas ocasiones llega hasta la muerte. Estos síntomas revelan una transformación de la problemática del deseo en una problemática del goce del cuerpo.

Como ya fue señalado, esto no quiere decir que en la experiencia analítica actual no existan las neurosis sintomáticas clásicas descritas por Freud. El síntoma neurótico de siempre se despliega aún, sin lugar a dudas. La evidencia clínica así lo demuestra. El encuentro con la histeria sigue indicando que hay un nivel de manifestación corporal del inconsciente que se puede reconducir a algo del sentido.

Cuando se dice “nuevas formas sintomáticas” se hace referencia a síntomas incrementados en la actualidad que, como una epidemia de la época, se presentan bajo la modalidad de una condensación de goce que funciona como barrera al inconsciente, como cierre al cifrado. Son síntomas que se producen por efecto de una nueva relación con el *otro*, que no opera adecuadamente al instalar las barreras al goce.

El psicoanalista debe interpretar e intervenir en las coordenadas actuales del malestar con sus propios ejes conceptuales, para no caer en el peligro de convertir su práctica en explicaciones y operatorias propias de la sociología o de las psicoterapias de apoyo. Podemos afirmar que cuando **el inconsciente** no funciona como **brújula** en la **práctica clínica**, **no operamos desde el psicoanálisis**.

Pienso que Lacan, en sus últimas enseñanzas, nos brinda una elaboración del estatuto del inconsciente que permite entender y operar psicoanalíticamente las nuevas manifestaciones sintomáticas.

La entrada a un trabajo analítico implica el esfuerzo de un sujeto por intentar reconocerse en la estructura del inconsciente. En su

texto *Ciencia y verdad*, Lacan (1965-1966/1979b) ya enunciaba que “de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables” (p. 343).

Lacan ha esclarecido a lo largo de su enseñanza que si bien el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no todo el inconsciente es reductible a lo simbólico, es decir, a la dimensión significante. Es lo que Lacan llamó la dimensión de lo real, el registro de lo real, a lo que también denominó goce, que se juega más allá de la dimensión simbólica e imaginaria, más allá del sentido, más allá del cifrado. Lacan (1964/1986), en el *Seminario XI*, señala: “Lo real está más allá del automatón, del retorno, del volver, de la insistencia de los signos a que nos vemos mandados por el principio del placer. Lo real es eso que yace siempre detrás del automatón y que es tan evidente en toda la investigación de Freud, que ahí radica su preocupación” (p. 62).

Lacan (1973/1980) redefine el concepto de inconsciente desarrollando el concepto del inconsciente real. Designa así el hecho de que el inconsciente incide sobre el cuerpo en tanto que sustancia de goce.

En su seminario *Aún* (Lacan, 1972-1973/1981) produce un giro conceptual al ubicar al **cuerpo como sustancia de goce**, cuando antes el cuerpo era pensado en términos del registro imaginario como forma especular. Por otra parte, conceptualiza la dimensión de lo **real del inconsciente** como **acontecimiento del cuerpo** y no del sentido. Lacan (1974-1975) produce un cambio en el modo de operar con respecto a la práctica analítica clásica, donde el eje central estaba alrededor de la interpretación para develar el sentido reprimido.

Sobre el final de su enseñanza, Lacan se aboca a desarrollar lo que del *acontecimiento de cuerpo* se presenta como opaco, como sin sentido, como aquello que no pertenece a la trama del desciframiento significante. Vuelve a enfatizar el descubrimiento freudiano del más allá del principio del placer: la inercia psíquica, el goce como barrera, como cierre al inconsciente, como “una suerte de entropía psíquica” (Freud, 1937/1979, p. 244).

Lacan (1975-1976/2006) desarrolla entonces la función del síntoma como manera de gozar, de gozar en términos de inconsciente como sustancia gozosa de un cuerpo; el inconsciente fuera de lo simbólico, el inconsciente como real.

Esta conceptualización nos permite entender y contar con herramientas para operar con modos clínicos en que el goce se presenta sin límite.

La clínica contemporánea nos muestra un incremento de patologías que están más allá de la forma clásica del síntoma neurótico. Síntomas que se manifiestan como identificaciones rígidas, modalidades de ser en su forma de gozar, que están fuera de la lógica clásica del síntoma como manifestación metafórica de un sentido. Sus identificaciones no son con ningún ideal (como sería una identidad patriótica, política o religiosa) sino que se trata más bien de una identidad de goce. Desde un vacío de construcción subjetiva, estos sujetos encuentran en estos síntomas algo que les da una identidad consistente y rígida.

El psicoanalista se encuentra con dificultades para emprender el comienzo de un trabajo analítico, porque la condición para ello es el encuentro con un paciente que exprese y viva su sufrimiento como algo enigmático, respecto a lo cual quiere saber algo del sentido no sabido. Esto permite la instalación de la demanda en transferencia al *sujeto supuesto saber*.

Con los nuevos síntomas, este trabajo analítico funciona de manera diferente, ya que son síntomas que se dan cuando se ha producido en el sujeto un **cierre del inconsciente**. El problema es: ¿cómo reconducir al sujeto a una reapertura del inconsciente?

En estos casos, el efecto del síntoma muestra una imposibilidad de articulación de la función simbólica. Más allá de la diferencia entre sintomatologías, las une un denominador común: la carencia de representación psíquica. El sujeto expresa su conflicto psíquico a través de fenómenos que muestran desde lo real aquello que no se puede decir, como formaciones del inconsciente. El sujeto no se representa a través del relato. Esto se ve muy bien en la clínica de las adicciones como la toxicomanía, la anorexia, la obesidad, la bulimia, la violencia, entre otros.

Son manifestaciones en las que se puede observar una modalidad de goce a la que podríamos pensar como una modalidad de goce con rasgo perverso.

¿Por qué propongo pensar en una inclinación de una condición perversa de goce en los síntomas llamados actuales? Considero que las manifestaciones de los síntomas de la época presentan una característica similar a lo denominado por Lacan con respecto al término *voluntad de goce* (Lacan, 1963/1979a). El concepto de voluntad está desplazado del concepto de demanda (neurótica). La voluntad no pide: ordena. Se trata de una voz que es del orden de una ley, como imperativo de gozar, concepto desarrollado anteriormente en función del discurso de la época como *empuje al goce*. No hay barrera de imposibilidad entre el sujeto y el objeto, por lo cual no hay frustración. Hay goce del objeto. El objeto de consumo, como fetiche, está ahí para obturar la falta.

La denegación de la castración opera como cierre del inconsciente. Todo el valor está del lado del goce, tratando de evitar confrontarse con la castración. Se trata de una operación del sujeto que apunta a llenar al *otro* más que a dividirlo, como ocurre en el caso de los síntomas de las neurosis clásicas.

Estos síntomas de la época poseen la verdad de un goce incuestionable e imperturbable y se presentan bajo la forma de no querer saber nada sobre su inconsciente. Por ejemplo, la clínica con las adicciones nos revela a un sujeto que solo habla de los objetos de consumo, de la calidad de ellos, de las sensaciones corporales, y que nada quiere saber sobre las determinaciones de ese modo de gozar. En las anoréxicas duras, su tema gira sobre las calorías, el peso y el goce de la imagen cadavérica. Es decir, todo el trabajo de rumiación alrededor del

peso, de las calorías, de la comida, le sirve a la anoréxica para quedarse alejada respecto al encuentro del punto nodal del agujero que está en el corazón del inconsciente, y es difícil reconducirlo a una dimensión de sentido. Son síntomas que conllevan al goce como barrera.

Esta clínica plantea un desafío para el analista, quien necesita ubicar los ejes de la intervención para producir una operatoria eficaz de acotamiento del goce. Es decir, el trabajo analítico debe apuntar a realizar un pasaje desde el **gocce como barrera** a la **barrera del goce**.

Lo que me parece esencial es un desplazamiento de la orientación respecto a la dirección clínica. Este trabajo implica más la dimensión del acto del analista como operación en la dirección de la cura, que la intervención desde la interpretación.

No puede ser efectiva ninguna interpretación si no se produce en el paciente alguna operación de pérdida de goce. Mientras se goza del objeto no emerge el deseo de saber. Esto implica, por un lado, que el saber sobre el goce lo tiene el paciente y no el analista, y, por otro, que el sujeto no está dispuesto a perderlo.

El analista, en un primer tiempo lógico, deberá instalarse como agente que interviene acotando ese goce. Por ejemplo, en el trabajo con una anoréxica o con un adicto puede tener mucho más valor de transformación el acto de un llamado –la convocatoria de una entrevista no pautaada, la indicación de interconsulta farmacológica o decidir la hospitalización como operatoria para instalar alguna barrera al goce– que mil interpretaciones.

Un punto central en la orientación de la dirección de la cura es poder producir un **diagnóstico posible**.

La manifestación de determinadas conductas no alcanza para pensar una estrategia de conducción. Esto diferencia a los criterios categorizables del DSM de los del **diagnóstico en psicoanálisis**. Por ejemplo, que un sujeto presente un fenómeno anoréxico no nos dice mucho. En psicoanálisis se trata de ubicar la posición del sujeto frente a **la angustia y a su relación con lo inconsciente**. Esta determinación se realiza en el marco transferencial.

Puede tratarse de una presentación clínica anoréxica como rechazo de lo inconsciente; un sujeto que no alcanzó al lenguaje del inconsciente, como proceso en la psicosis. O bien como la presentación de un cuadro anoréxico propio de un síntoma histérico que metaforiza un mensaje inconsciente reprimido que emerge como síntoma y que dice algo de su imposibilidad de encuentro con la femineidad. También como la manifestación de la fijación de goce, que al modo de un rasgo perverso se presenta como cierre del inconsciente, donde se consolida en un modo de gozar con el objeto.

Para ejemplificar, podemos pensar cómo un síntoma histérico anoréxico dirige un mensaje a la manera de la represión. En tal caso, implica un llamado al *otro*: el sujeto se sitúa en posición de no saber y, en tanto la angustia se localiza en el sujeto, el análisis en sentido clásico puede operar con éxito.

En cambio, en el caso de la anorexia dura o de las diversas adicciones graves, el síntoma es ego sintónico, y la función de la angustia se presenta como angustia del *otro* y no del sujeto. Por esta razón, en muchos casos los pacientes son traídos por los padres, la escuela o la justicia, porque la angustia es de los otros, mientras que el sujeto en cuestión se muestra sin angustia. Por lo cual el analista, en el lugar del *otro* como *sujeto supuesto saber*, no existe en el dispositivo transferencial como punto de partida, ya que no hay pregunta por ningún padecimiento.

El interrogante clínico es: **¿cómo trabajar analíticamente con un sujeto que goza en exceso y que ama tanto a su síntoma que en muchos casos prefiere morir a perderlo?**

Podemos así retomar la pregunta de Eric Laurent (1997): ¿en nombre de qué se le puede impedir a alguien que goce?

El analista debe ubicarse en la dinámica de la transferencia como operador estructural que mediante el acto analítico plasme la **imposibilidad de gozar** a través de intervenciones que acoten en la vida cotidiana del sujeto sus prácticas de goce (internación, llamados, frecuencia de sesiones, interconsulta, dispositivos de hospital de día y demás).

La operación analítica debe apuntar a **reconducir al sujeto a su propia angustia**. Se trata de localizar su angustia para hacerla entrar en el desfiladero significativo y **hacer responsable al sujeto del goce de su síntoma**.

La dirección de la cura debe apuntar a tratar de sintomatizar al sujeto y ofertar la escucha del malestar como posibilidad de hacer fracasar la dimensión del goce como barrera al inconsciente.

El trabajo psicoanalítico tenderá a ubicar, en cada caso particular, las respuestas que el sujeto se ha dado a sí mismo frente al sinsentido, para obtener la herramienta de “un saber hacer con su propio agujero”, apelando a la responsabilidad subjetiva en esa elección para poder contar así con la posibilidad de modificar su posición.

Para que un sujeto pueda modificar esta realidad deberá ser responsable de cómo su pulsión interviene en esta situación y esto no será sin el encuentro con la emergencia de angustia.

Que el *otro protector* no existe es una marca de esta época. Pero no es función del analista restituir al *otro garante* sino conducir a la orientación sintomática, ya que es la que permite pasar de la angustia del desamparo o la fijación pulsional a la respuesta subjetiva, y armar algún sentido.

Entonces, lo que el psicoanálisis tiene para ofrecer hoy a los pacientes afectados por los excesos de goce que les toca vivir es que **el sujeto se haga responsable de su pulsión**.

La escucha de un psicoanalista implica, en cierto modo, un acto de desinversión de la realidad que rodea al paciente, para posibilitar que se conecte con lo propio de la pulsión en que se monta y adhiere dicha realidad, y para desalojarlo de una posición pasiva

que se presenta en muchas ocasiones con la fijación libidinal de goce sin relato, la queja melancolizada o la violencia.

Se trata de responsabilizar al paciente de la sordera de su deseo para lograr que pueda responder transformando su realidad desde la **responsabilidad subjetiva**.

Conclusiones

El psicoanalista debe estar a la altura de la época, es decir, tiene que poder hacer una lectura de las coordenadas culturales que intervienen en el estructural proceso de subjetivación.

Desconocer los efectos del discurso actual sobre la subjetividad contemporánea produce en el ejercicio del psicoanálisis un discurso especulativo y poco efectivo de la práctica, que deja un vacío de respuesta y que es ocupado por otras ofertas terapéuticas que señalan al psicoanálisis como una terapéutica del siglo pasado.

Los síntomas actuales no son la simple consecuencia de una moda ni solo efecto de un discurso social. Se trata de relacionar las coordenadas culturales con la trama edípica de cada sujeto.

Cada tipo clínico constituye un modo de respuesta del sujeto al encuentro con lo real.

El trabajo analítico no será sin dificultades, porque cuando la organización narcisista es pobremente investida por el *otro fundante*, todo encuentro con la falta será vivido con pocos recursos de tramitación, y retornará en goce.

El psicoanalista debe orientar su dirección clínica desde el modo particular que los pacientes tienen en lo referente a su funcionamiento de lo inconsciente y su relación con la angustia.

El lugar del analista en la transferencia funcionará en primera instancia como agente de corte, acotando el goce para producir algún enigma subjetivo que instale en la transferencia la posibilidad del surgimiento del *sujeto supuesto saber*. El síntoma como formación de lo inconsciente será a construir.

El sujeto debe responsabilizarse de su pulsión. Es en la escena de la transferencia que algo del goce del cuerpo podrá comenzar a anudarse en la cadena significante. Así, el desborde de la angustia y el exceso de goce podrán cercarse y circular a través del lugar de la palabra.

Los signos de la época afectan la posición del sujeto frente a sí mismo. Sin embargo, el síntoma no deja de escribirse. Pero es la operación analítica la que lo hace existir.

Resumen

Se desarrollará la temática del **exceso** en relación con los efectos del discurso contemporáneo, como una manifestación acentuada en la subjetividad de la época, y se propone una reflexión del estatuto del inconsciente y de las consecuencias clínicas a partir de las últimas enseñanzas de Lacan.

El psicoanálisis se enfrenta a **nuevas coordenadas del malestar** en la cultura por la caída de la función paterna. El mal de la época es que **el goce deviene ideal. El imperativo del goce sustituye a la ley del deseo y el exceso se impone sin frenos.**

El sufrimiento adquiere en nuestro tiempo un incremento de formas de expresión sintomática con una modalidad de goce que resiste al comercio asociativo en el modo de cierre del inconsciente.

Se planteará el **interrogante clínico de cómo trabajar analíticamente con un sujeto que goza en exceso y que ama tanto a su síntoma que en muchos casos prefiere morir a perderlo.**

Descriptor: Cultura-Posmodernidad, Nombre del padre, Subjetivación, Lo real, Goce, Actos sintomáticos, Dirección de la cura, Estrategia terapéutica.

Abstract

Excesses: Current forms of discomfort

The excess topic will be developed in relation with the effects of contemporary speech, as a stressed manifestation of the subjectivity of these times, proposing a reflection on the status of the unconscious and the clinical consequences as from the latest Lacan's teachings.

The psychoanalysis faces new discomfort coordinates in the culture due to the fall of the paternal function. The evil of these times is that joy becomes ideal. The imperative of enjoyment substitutes the law of desire and the excess imposes itself without any barriers.

Suffering acquires in our times an increase in ways of symptomatic expression with an enjoyment mode reluctant to associative commerce as a closure of the unconscious.

It will be posed the clinical enigma of how to work analytically with a subject that enjoys in excess and that loves so much his/her symptom that, in many cases, prefers dying than losing it.

Keywords: Culture-Postmodernity, Name-of-the-father, Subjectivation, The real, Jouissance, Symptomatic acts, Direction of the cure, Therapeutic strategy.



El Extranjero

La imagen suplicante (narración, duración y exceso en el cine)

I

Luego de ver *King Kong* (Merian Cooper y Ernest Schoedsack, 1933), Jorge Luis Borges (1931-1955) escribió: “Un mono de 14 metros de altura (algunos entusiastas dicen que 15) es evidentemente encantador, pero tal vez no basta. No es un mono jugoso; es un reseco y polvoriento artificio de movimientos esquinados y torpes. Su única virtud –la estatura– parece no haber impresionado mucho al fotógrafo, que se obstina en no retratarlo de abajo sino de arriba –enfoque a todas luces desacertado, que invalida y anula su elevación. Falta añadir que es jorobado y de piernas chuecas: rasgos que lo achican también. Para que nada tenga de extraordinario, lo hacen luchar con monstruos mucho más raros que él, y le destinan alojamiento en falsas cavernas de cateclismo grandor, donde se pierde su afanosa estatura. Un amor carnal o romántico por Miss Fay Wray perfecciona la ruina de ese gorila monumental y también la del film” (p. 46).

Para esta crítica demoledora, lo único admirable es el tamaño de King Kong. El texto insiste sobre la “altura”, la “estatura”, la “elevación”, lo “monumental”. Allí, en la insólita dimensión del gorila, radica el único mérito y la única belleza de la película que a Borges le resulta decepcionante porque los directores han desaprovechado las ventajas que el tema les ofrecía.

La puesta en escena contradice el desproporcionado esplendor del simio protagonista: lo filman en picado, lo hacen chueco, lo obligan a luchar contra criaturas portentosas. No importa aquí si Borges tiene razón; lo que me interesa es que todos sus cuestionamientos se sostienen sobre un mismo presupuesto: ¿para qué inventar un monstruo fabuloso si luego se hace todo lo posible por llevarlo a una dimensión humana? Para el escritor, la fascinación que ejerce el cine no pasa por satisfacer las obligaciones del realismo sino por un desacomodamiento de la percepción cotidiana: las películas no son un reflejo de lo real sino que, precisamente, vienen a desencajarlo y a trastornarlo.¹ Allí radica la belleza de lo excesivo, lo desmesurado, lo que está fuera de escala.

* Doctor en literatura, Universidad de Buenos Aires. Dicta clases en la Universidad del Cine y en la New York University en Buenos Aires.

1. Eso es lo que reclama, por ejemplo, al comienzo de su reseña sobre *La fuga* (Luis Saslavsky, 1937): “Entrar en un cinematógrafo de la calle Lavalle y encontrarme (no sin sorpresa) en el Golfo de Bengala o en Wabash Avenue me parece muy preferible a entrar en ese mismo cinematógrafo y encontrarme (no sin sorpresa) en la calle Lavalle” (Jorge Luis Borges. “La fuga”, *Sur* (36), agosto de 1937).

En este punto, la reseña de Borges es deudora de la tradición romántica. Porque su concepción de lo sublime se asocia a esa emoción provocada por la magnificencia del mundo natural: es la ausencia de límites la que produce, a la vez, admiración y sobrecogimiento, espanto y embeleso, dolor y placer (Burke, 1998). Pero lo que el escritor no advierte es que *King Kong* muestra el momento en que lo sublime romántico deja paso a una nueva forma del asombro. El film escenifica ese pasaje con la célebre imagen del gorila encaramado a la punta del Empire State: una de sus palmas protege a la mujer que ha despertado su pasión, mientras su otra garra intenta derribar los aviones que se empeñan en atacarlo. Perdido entre los rascacielos monumentales de la ciudad moderna, el primate gigante ha perdido su ferocidad antediluviana. Se trata de un cambio de escala: de lo descomunal a lo espectacular. Ya no se trata de las fuerzas prodigiosas de la naturaleza sino del aparatoso poder de la ostentación. La turbadora belleza del Empire State surge de su ambición y de su arrogancia sin límites. El edificio no es bestial sino opulento e implacable: se parece a una catedral sometida a un proceso de hipertrofia infinita y nos deja la sensación de que –si quisiera– podría seguir elevándose.

Como afirma Susan Stewart (1996): “Con el surgimiento del capitalismo industrial, lo gigantesco encuentra su lugar dentro de la economía de intercambio. Se traslada desde el mundo presocial de la naturaleza al mundo social de la producción material” (p. 80). Ese es el paradigma que el cine se ha dado a sí mismo, desde Cecil B. DeMille hasta James Cameron: monumentalidad, espectacularidad, fastuosidad. En los films, se sabe, el tiempo es dinero. Cada minuto de película requiere de mucho tiempo, es decir, cuesta mucha plata. Deleuze (1987) sostiene que el dinero es el reverso de las imágenes del cine, “su enemigo indispensable”.² La pérdida de tiempo, entonces, constituye un ataque directo al centro de un sistema cuya abundancia se sostiene sobre la controlada ecuación entre inversión y ganancia.

II

Puesto que el cine es un arte del tiempo, la desmesura es aquí atributo de la duración. El hábito y las compañías de producción y distribución de films nos han acostumbrado a un desarrollo estándar: entre 90 y 100 minutos. Por encima de esas cifras, la película comienza a plantear exigencias de atención que, a menudo, el espectador recibe con agobio o como una provocación. De todos modos, habría que distinguir entre la *larga duración* y la *duración excesiva*. *Shoah* (Claude Lanzmann, 1985) es una película larga porque ocupa nueve horas y media; pero su extensión está justificada por la magnitud, la complejidad y la variedad de cuestiones que propone. Lanzmann construye su enciclopedia del horror mediante la enumeración de pequeños detalles y de testimonios concretos: esa acumulación insaciable de datos sobre la logística requerida para instrumentar la Solución Final es imprescindible para entender cómo fue posible

2. Dice Deleuze (1987): “El cine como arte vive en una relación directa con un complot permanente, con una conspiración internacional que lo condiciona desde dentro, como el enemigo más íntimo, más indispensable. Esta conspiración es la del dinero; lo que define al arte industrial no es la reproducción mecánica, sino la relación, ahora interna, con el dinero. A la dura ley del cine, donde un minuto de imagen cuesta una jornada de trabajo colectivo, no hay otra réplica que la de Fellini: ‘Cuando no quede dinero, el film estará acabado’” (pp. 107-108).

el Holocausto. Se podría decir: dura lo que tiene que durar, lo necesario para desarrollar su relato de manera completa y detallada. Lo mismo se podría decir de films muy diferentes entre sí como *La belle noiseuse* (Jacques Rivette, 1991, cuatro horas), *Noticias de la antigüedad ideológica. Marx / Eisenstein / El capital* (Alexander Kluge, 2008, nueve horas y media), *Historias extraordinarias* (Mariano Llinás, 2008, cuatro horas) o *Sátántangó* (Béla Tarr, 1994, más de siete horas): la extensión es necesaria para desplegar el tema adecuadamente y, aunque las películas ocupen mucho tiempo, no sobra nada.

En cambio, *Five. Dedicate to Ozu* (Abbas Kiarostami, 2003) es una película excesiva aunque dura apenas 74 minutos. Su longitud se percibe como una exageración o una impertinencia porque lo que muestra no parece ameritar el tiempo que se le dedica. Sin embargo, el gesto de Kiarostami consiste, precisamente, en conceder una atención desprejuiciada a todo aquello que capta su interés. Todo el film está compuesto por cinco planos de diversa duración en los que vemos a un grupo de perros remoloneando en la orilla del mar, personas que caminan por la rambla o una multitud de patos playeros que entran y salen de cuadro: no hay aquí ninguna historia que se desarrolla. No hay narración, no hay personajes, no hay conflicto. Pero Kiarostami aprovecha la tensión constitutiva entre el campo y el fuera de campo para sostener la mirada: ¿cuántos patos más atravesarán el encuadre?, ¿será expulsado de la imagen ese pequeño tronco que las olas llevan y traen? En *Profit motive and the whispering wind* (2007), John Gianvito recorre las luchas políticas y sociales en Estados Unidos a lo largo de cuatro siglos; pero lo hace a través de una impresionante acumulación de lápidas y placas conmemorativas que, irónicamente, “hacen revivir esa historia”. No hay personas, no hay entrevistas, no hay acciones, no hay locución. Solo la enumeración de monumentos mortuorios a razón de uno por plano. Literalmente: uno y después otro y otro y otro, durante 58 minutos. El documental de Gianvito es, seguramente, el film americano más contundentemente político que se haya realizado en los últimos años porque, a través de la simple observación, logra extraer de la imagen su dimensión profundamente cuestionadora. *El Valley Centro* (2000), *Los* (2001) y *Sogobi* (2002) –los tres films agrupados en *The California trilogy*, de James Benning– duran 90 minutos cada uno y están compuestos por 35 planos estáticos de dos minutos y medio (que es la duración de un chasis para cámaras de 16 mm) sobre paisajes urbanos o rurales del oeste americano. Para Benning todo consiste en saber ver y escuchar. Sus films no hacen otra cosa que eso. Pero lo hacen con método y elegancia. Como todo criterio estilístico, el suyo supone una restricción: hay ciertas cosas que el film no se permitirá y ciertas cosas que se impone a sí mismo. Se podría decir que Benning no ha hecho más que registrar el paisaje, pero lo cierto es que, sin dejar de hacer eso, también hace mucho más que eso: le da un sentido porque lo ha observado, a una cierta distancia y durante un cierto tiempo.

Las películas de Kiarostami, de Gianvito o de Benning son relativamente breves y están rigurosamente estructuradas (incluso en sentido matemático, como en el caso de *The California trilogy*); sin embargo, la duración resulta excesiva porque los criterios que organizan la sucesión de imágenes requieren del espectador una concentración extrema. No somos arrastrados por un flujo que ya trae una dirección definida sino que debemos sostener con nuestra mi-

rada una secuencia de imágenes que permanentemente tiende a la dispersión. El exceso, entonces, no es ocupar mucho espacio, tomar mucho tiempo, contar muchas cosas: cuando aquello que se cuenta precisa de mucho tiempo y mucho espacio para desplegarse, entonces la extensión es una consecuencia lógica y necesaria. La desmesura sobreviene cuando el film abusa de nuestra atención, cuando las cosas no duran lo esperable (lo que deberían), cuando el tiempo que se toma el plano es a todas luces desproporcionado con respecto a su contenido manifiesto. En ausencia de componentes más ilustres, ciertos elementos que hubieran pasado inadvertidos se sobredimensionan y adquieren un protagonismo insospechado. Puesto que *eso* es todo lo que hay para ver, *eso* se vuelve fundamental.

Dice Chantal Akerman (1996): “Cuando se observa una imagen, un segundo basta para obtener la información: ‘Eso es un pasillo’. Pero luego de un rato, uno se olvida de que es un pasillo y solo ve que es rojo, amarillo, líneas. Y entonces regresa como pasillo” (p. 43). A Akerman le interesa experimentar con esa tensión que la imagen puede instalar entre su *valor referencial* y su *valor textural*. ¿Qué sucede cuando el plano de un pasillo dura más del tiempo necesario para reconocer el pasillo? En ese excedente temporal la imagen se emancipa de su sometimiento a un referente y permite que se constituya el momento propiamente formal: el pasillo ya no es más un pasillo sino que puede ser observado como una pintura abstracta. Como si a la cosa le creciera una nueva dimensión que no pertenece más que al modo en que es representada. Por eso, cuando sobreviene el corte y el pasillo regresa (en tanto que pasillo) para unirse al plano siguiente, carga con ese ensanchamiento que le agregó la visión mientras olvidó que era un pasillo. Entonces, el exceso no es tanto un agregado sino un elemento constitutivo que tiende a ser reprimido por la representación canónica pero que, precisamente por eso, nunca deja de acechar desde los márgenes. En el momento en que la imagen se detiene (o más bien: en el momento en que la imagen obliga al espectador a detenerse), el encuadre desborda en innumerables capas de información aparentemente insignificantes que el curso del relato no dejaba ver.

En el cine, eso que Barthes llama *efecto de realidad* parece una consecuencia casi natural del dispositivo: el artificioso “detalle inútil” es un punto de apoyo para la literatura realista, precisamente porque lo real es siempre inconmensurable para la escritura. El problema del cine es el inverso ya que, en su caso, el riesgo es el de la insignificancia. Es cierto que lo real nunca deja de resistirse a la representación, pero el mundo invade la cámara en cuanto ella se pone inopinadamente en marcha. “Al ser por naturaleza eso que las artes de la edad estética se esforzaban por ser –dice Jacques Rancière (2005)–, el cine invierte el movimiento de estas. En los encuadres flaubertianos el trabajo de la escritura contradecía, por la ensoñadora inmovilidad del cuadro, las esperas y verosimilitudes narrativas. El pintor o el novelista construían los instrumentos de su devenir-pasivo. En cambio, el dispositivo mecánico suprime el trabajo activo de ese devenir-pasivo. La cámara no puede volverse pasiva. Lo es en cualquier caso” (pp. 18-19). No casualmente será el modelo de la literatura realista lo que permitirá contrarrestar la dispersión propia del *cinema of attractions* de los primeros años. Es posible fechar ese encuentro entre el cine y la narración: *El nacimiento de una nación*, David Griffith, 1915. A partir de allí, las imágenes se

organizan según un tipo de relato aprendido en las novelas de Dickens. ¿Qué implica eso? Un recorte, una selección y una jerarquización de la información que se expone mediante un desarrollo lineal, motivado y teleológico.

André Bazin (1990) anota que, hacia fines de los años 30 –cuando el *decoupage* cinematográfico había alcanzado el grado de perfección de un arte clásico–, los films duraban más o menos lo mismo, tenían un número de planos relativamente invariable (alrededor de 600) y eran concebidos según un principio de organización uniforme: una especie de gramática que estipulaba cómo debía mostrarse cada cosa y cómo debía articularse una imagen con otra. En ese esquema, la fragmentación y la discontinuidad impuestas por el rodaje son suturadas en el montaje sobre la base de un consenso narrativo. La continuidad de las acciones establece un flujo y una teleología que subordina los demás elementos visuales a la lógica de un relato. Pero para eso es necesario que la extensión de los planos sea absolutamente funcional: deben durar lo necesario para que se perciba la acción. Si el plano resulta demasiado breve no dejaría ver, pero si dura más de lo debido empezaría a advertirse los elementos secundarios e incluso los elementos involuntarios que forman parte de la escena. Queda claro que una duración excesiva atenta de la manera más virulenta contra la categoría clásica de narración, porque tiende a diluirla y a hacerla desaparecer. Cuando el plano dura más de lo que debería (cuando dura más de lo que necesitamos para captar el sentido manifiesto), el espectador se distrae y pierde el hilo del relato.

Probablemente en ningún otro caso esa tensión resulte tan clara como en *24-hour psycho* (1996), la videoinstalación de Douglas Gordon que convierte los 109 minutos del film de Hitchcock en un interminable continuo que se extiende durante todo un día. Lo único que ha hecho Gordon es proyectar *Psicosis* (Alfred Hitchcock, 1960) de modo tal que cada fotograma dure 13 veces más (aproximadamente medio segundo). Pero, entonces, no hay avance sino postergación constante y cada gesto adquiere un protagonismo insólito que relega el movimiento hacia los márgenes, como si solo fuera un residuo atrofiado de la imagen. La perseverancia desmesurada de cada instante diluye cualquier articulación argumental y desplaza la atención hacia los mínimos detalles de las acciones que aparecen, de pronto, investidas de una cualidad irreal. Desnaturalizada, la trama del film original se disipa porque resulta imposible de seguir y deja paso a otra trama: la de los cambios sobredimensionados en la textura de la imagen. Gordon no ha inventado nada. No ha agregado nada. Pero al proyectar *Psicosis* en cámara lenta, libera esa materia amorfa e indómita que el cine clásico mantenía domesticada para que resultase obediente a los fines de una historia. “La *economía* clásica del film es su organización, es decir que se trata de una unidad orgánica; y la *forma* de esa economía es narrativa, la *narrativización* del film”, escribe Stephen Heath (1981). Para él, lo que caracteriza al cine clásico no es tanto su pretensión de transparencia sino el carácter aglutinador de la narración. El relato no vuelve necesariamente invisibles las marcas de su producción sino que, ante todo, las contiene. Las contiene, por lo tanto, en un doble sentido: porque tiende a refrenarlas pero, también, porque las incluye. Al organizar el flujo, la narración confiere una sistemática estabilidad que permite centrar la representación, contrabalanceando la inevitable perturbación que introduce el movimiento dentro de la visión. Pero de la misma manera, entonces, si la narración resulta un componente básico en tanto funciona

como un dique de contención, es porque en la base de la representación cinematográfica hay un exceso fundacional que el cine clásico logra acotar gracias a los dispositivos del relato. Y ese exceso no solo es un rasgo propio de todo discurso fílmico sino que es, precisamente, lo que define su función estética (Heath, 1981).

En *Possible lovers* (Raya Martin, 2008), la duración desmesurada es el principio constructivo del film: un único plano fijo de 95 minutos muestra un sillón en donde un joven observa a otro que duerme a su lado. Transcurridos los primeros minutos, y una vez que se advierte que ya no sucederá otra cosa que esto, el espectador debe decidir si se retira o se queda. Nada ocurrirá en la pantalla salvo el paso del tiempo, señalado por los cambios en la iluminación y en la banda sonora. La quietud, la fijeza, la impasibilidad se convierten de golpe en una prueba de resistencia. Si se acepta el juego, la expectativa –tan impaciente como frustrante– de una acción o un corte pronto deja lugar a una incomodidad solidaria: ¿hasta cuándo resistirán los actores?, ¿cuánto tiempo aguantarán en una postura que, en seguida, se revela incómoda e insostenible? Todo se mantiene en suspensión, como bajo el agua. La propuesta es muy diferente a la del célebre *Empire* (Andy Warhol, 1964), porque ya no se trata de la soledad olímpica y soberbia del monumental edificio sino de dos cuerpos endeble obligados a soportar el paso del tiempo sobre sus músculos. En Warhol el film es completamente indiferente al espectador, le da la espalda, no lo precisa. De ahí su indolencia. Podría no ser visto y, sin embargo, permanecería ahí, en pie. La película de Martin, en cambio, necesita desesperadamente del espectador. Nada de todo eso que no sucede sería posible si apartamos la vista. Ahí donde Warhol es displicente, Martin es suplicante. En *Possible lovers* la tensión tiene un origen y un efecto distintos: hay demasiado poco suspenso y el plano siempre está al borde de la extenuación. De ahí la súplica. Es obligatorio colaborar con esa inmovilidad de los actores. La imagen convoca a nuestra mirada y se constituye sobre ella para completar ese circuito donde un personaje no sabe hacer otra cosa que velar el sueño de su compañero, y este solo sabe ser observado mientras duerme. La simple posibilidad del amor es suficiente para llegar hasta el final. Como un sacrificio, un acto de lealtad o el testimonio de una devoción.³

¿Existe una pasión que no linde con la desmesura? ¿O acaso toda pasión es, por definición, hipertélica: una energía que avanza siempre más allá, hasta un punto en donde se abrasaría?

III

Hay pocos rodajes tan desmesurados como el de *Apocalypse now* (1979). O, en todo caso: pocos rodajes desmesurados como el de Coppola han sido tan promocionados. El descontrol, el despilfarro, la exasperación, el alargamiento de los días previstos para la filmación, el descomunal aumento del presupuesto: todo amenazaba con hacer naufragar el proyecto estrepitosamente. “Esta película no es *sobre* Vietnam; esta película *es* Vietnam”, dijo el cineasta. Sin embargo, Coppola consiguió reunir el material y logró montar el film. A partir de entonces, *Apocalypse now* recorrió el camino del éxito y de la gloria.

3. Con leves modificaciones, esta descripción del film de Raya Martin está tomada de *Una juguetería filosófica. Cine, cronofotografía y arte digital*, de David Oubiña.

En su momento, Serge Daney (1979) escribió una nota en la que se mostraba ambivalente. Para el crítico, Coppola filma como un gran cineasta cuando comprende que el viaje de Willard río arriba es una travesía anárquica de *show en show*: la guerra norteamericana es “un vasto espectáculo sin *metteur en scène*”. El análisis de Daney es brillante porque logra ir y venir entre aquello que lo entusiasma y aquello que lo decepciona en Coppola, mostrando como diferencia lo que permanece unido en la ambigüedad constitutiva de la película. No le reprocha su vocación espectacular sino, justamente, que no haya ido hasta el final del espectáculo, que no haya convertido su megalomanía en un despilfarro irrecuperable por Hollywood. Después de arriesgarse a convertirse en el Kurtz de la industria cinematográfica durante el rodaje, Coppola ha editado (ha amansado) el material para hacer con eso un film casi obediente: “Porque si bien logró filmar la película exactamente como quería, a pesar de innumerables peripecias, luego se ha sentido forzado a extraer de la enorme cantidad de material filmado una película de duración casi estándar, con un verdadero final, etc. Quizás le ha faltado el coraje para asumir una economía suntuaria, para ganar *el derecho de no concluir*” (pp. 238-239).

Lo que Daney (1979) le reprocha a Coppola es no haberse entregado por completo a la desmesura del rodaje como si fuera un puro *potlach*. Para Bataille (1987), el *potlach* funciona como un tipo de intercambio paradójico fundado sobre la pérdida y no sobre la adquisición. Opuesto a un principio de conservación, se sostiene sobre la constitución de una propiedad positiva del despilfarro: “El *potlach* es, como el comercio, un medio de circulación de riqueza, pero excluye el regateo. Frecuentemente, consiste en la donación solemne de riquezas considerables, ofrecidas por un jefe a su rival a fin de humillar, de desafiar, de obligar. El donatario debe borrar la humillación y recoger el desafío: debe cumplir con la *obligación* contraída al aceptar la donación; no podrá responder, más tarde, más que por un nuevo *potlach*, más generoso que el primero; debe devolver con usura” (p. 103). En su descripción, Bataille (1987) destaca la necesidad de un contenido social. No se destruye o se dona un objeto en soledad y en silencio; en ese caso sería solo un despojamiento o un abandono que no supondría la adquisición de ningún poder. La donación no funciona de ese modo: en el *potlach*, la pérdida acarrea el poder de dar o de destruir. Es decir, implica una modificación en la relación con el otro: el gasto ejerce una acción sobre el que recibe y, simultáneamente, el donante adquiere un poder gracias al desprecio de la riqueza. De manera que toda transgresión supone un teatro, un espacio de visibilidad y de relación con otros. La transgresión nunca es violencia animal.

La noción de transgresión, tal como la entiende Bataille (1987), no constituye un exceso cuya única función –voluntaria o involuntaria– sería afirmar el poder de la ley, pero tampoco puede reducirse a una mera negación de esos límites que todo orden necesita imponer para hacerse efectivo.⁴ Bataille (1987) conserva

4. Foucault lo percibe lúcidamente en su análisis de Bataille: “La transgresión no es al límite como el negro es al blanco, lo prohibido a lo permitido, lo exterior a lo interior, lo excluido al espacio protegido del resguardo. Está vinculada a él más bien según una relación en barrena que ninguna fractura simple puede llevar a cabo (...). Nada es negativo en la transgresión. Afirma el ser limitado, afirma lo ilimitado en lo que ella brinca, abriéndolo por primera vez a la existencia. Pero se puede decir que esta afirmación no posee nada positivo: ningún contenido puede obligarla, puesto que, por definición, ningún límite puede retenerla” (“Prefacio a la transgresión”, de Michel Foucault).

la relación de mutua necesidad entre exceso e interdicción, pero la sitúa en el medio de una operación interpretativa más radical: el gasto (el consumo) posee una función social clave, respecto de la cual la producción y la adquisición aparecen como instancias de valor secundario. Si recurre a las instituciones económicas primitivas es porque, en ellas, el intercambio aún se advierte claramente como “pérdida suntuaria”. De este modo, refuta los postulados centrales de la economía clásica, que se apoyan sobre la noción de trueque en tanto forma primitiva de intercambio; es decir, sobre un principio de lucro. La idea de Bataille (1987), por el contrario, es que el origen de todo intercambio debe buscarse en la necesidad de perder o derrochar.

Puesto que todo orden social debe fundarse sobre una prohibición (que define inclusiones y exclusiones), entonces se comprende el rol central que adquiere para él la noción de transgresión como violencia necesaria y constitutiva. La transgresión no es una liberación, no niega ni anula la prohibición, no supone un desorden. Y, en este sentido, no se ubica por afuera del sistema de interdicciones, sino que lo integra o, en todo caso, lo completa. No es una pulsión antisocial, un agente exógeno, sino un elemento dinámico de fuerte cohesión. Pero al invertir la lógica de la economía clásica, la transgresión deja de ser una excepción tolerada (por lo tanto, una expresión subordinada) que tiende al fortalecimiento de la ley y se convierte en el principio fundamental del cual deriva toda legitimidad. No es un mero reemplazo de la *ley de la interdicción* por la *ley de la desmesura*, sino que articula una compleja lógica subterránea entre ambas. Lo que le interesa a Bataille (1987), en ellas, es su inevitable interdependencia. No postula la transgresión como un modelo alternativo respecto de la ley. Pero hace algo más que eso: hace derivar toda ley de ese régimen de desmesura. O, como sostiene bellamente Blanchot: “La transgresión no transgrede la ley; más bien obliga a la ley a descontrolarse” (Blanchot, citado por Shaviro, 1990, p. 81).

Esta lógica del exceso supone una precedencia de la transgresión respecto de la prohibición. Es la segunda la que responde a la primera y no aquella la que vendría a confirmar la soberanía de esta. Desde una perspectiva estética, entonces, no se trata solo de registrar cómo el mundo imprime sobre el film sino – también y sobre todo – de lograr que el film desborde sobre el mundo. Que nos ayude a verlo mejor, no porque ahora las cosas resulten más claras sino porque el film les ha devuelto su extrañeza. Para Bataille (1987), la poesía (en el sentido amplio de *poiesis*) es la expresión más elevada de un estado de pérdida: así entendida, toda creación es un gasto simbólico que se asocia al sacrificio en la medida en que libera de cualquier utilidad al objeto fabricado. El arte sería, en sentido estricto, un acto de creación por medio del derroche. O, como lo define Godard, en *Histoire(s) du cinéma*, citando a Malraux: “El arte, es decir, eso que renace de lo que fue quemado”.

Referencias

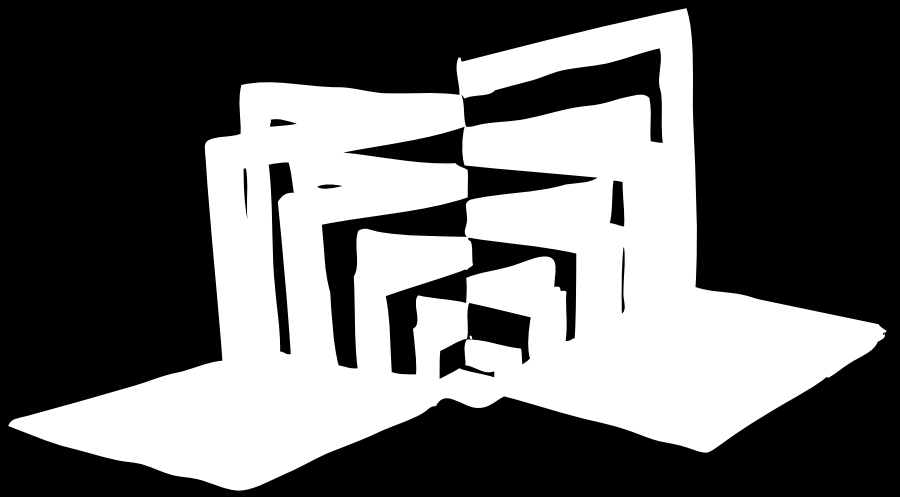
- Bazin, A. (1990). La evolución del lenguaje cinematográfico. En *¿Qué es el cine?*. Madrid: Rialp.
- Bataille, G. (1987). *La parte maldita*, Barcelona: Icaria.
- Borges, J.L. (agosto de 1937). La fuga. *Sur* (36). En Cozarinsky, E. (1974). *Borges y el cine*. Buenos Aires: Sur, p. 54.
- Borges, J. L. (2007). Cinco breves noticias. En Borges, J. L., *Textos recobrados (1931-1955)*, Buenos Aires: Emecé.
- Burke, E. (1998). *A philosophical enquiry into the sublime and beautiful*. London: Penguin.
- Daney, S. (1979). "Francis Ford Coppola, *Apocalypse Now*", *Cahiers du Cinéma* n° 304, octubre de 1979, reproducido en *La Maison cinéma et le monde I. Les Temps des Cahiers 1962-1981*, París, P.O.L., 2001.
- Shaviro, S. (1990). *Passion & excess. Blanchot, Bataille and literary theory*. Tallahassee: Florida State University Press.
- Deleuze, G. (1987). *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1996). Prefacio a la transgresión. En *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Paidós, pp. 128-129.
- Heath, S. (1981). *Questions of cinema*. Indianápolis: Indiana University Press.
- Stewart, S. (1996). *On longing. Narratives of the miniature, the gigantic, the souvenir, the collection*. Durham: Duke University Press.
- Margulies, I. (1996). *Nothing happens. Chantal Akerman's hyperrealist everyday*. Durham: Duke University Press.
- Oubiña, D. (2009). *Una juguetería filosófica. Cine, cronofotografía y arte digital*. Buenos Aires: Manantial.
- Rancière, J. (2005). *La fábula cinematográfica. Reflexiones sobre la ficción en el cine*. Barcelona: Paidós.

Films

- King Kong* (1933), Merian Cooper y Ernest Schoedsack.
- Shoah* (1985), Claude Lanzmann.
- La belle noiseuse* (1991), Jacques Rivett.
- Noticias de la antigüedad ideológica. Marx / Eisenstein / El capital* (2008), Alexander Kluge.
- Historias extraordinarias* (2008), Mariano Llinás.
- Sátántangó* (1994), Bela Tarr.
- Five. Dedicate to Ozu* (2003), Abbas Kiarostami.
- Profit motive and the whispering wind* (2007), John Gianvito.
- El valley centro* (2000), James Benning.
- Los* (2001), James Benning.
- Sogobi* (2002), James Benning.
- El nacimiento de una nación* (1915), David Griffith.
- Possible lovers* (2008), Raya Martin.
- Empire* (1964), Andy Warhol.
- Apocalypse now* (1979), Francis Ford Coppola.

Video instalación

- 24-hour psycho* (1996), Douglas Gordon.



Textual

Nestor García Canclini

La Plata, 1939. Doctor en filosofía de la Universidad Nacional de La Plata y de Paris X. Ha ejercido la docencia en las Universidades de La Plata, la Universidad de Buenos Aires, de Nápoles, Austin, Duke, Stanford, Barcelona y Sao Paulo. Actualmente ejerce la docencia y la investigación en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

Obtuvo la beca Guggenheim, el Premio de Ensayo otorgado por la Casa de las Américas y el *Book Award* de la *Latin American Studies Association* por su libro *Culturas Híbridas* como mejor libro en español sobre América Latina.

En 1996 recibió un Diploma al Mérito de la Fundación Konex en la categoría “*Estética, Teoría e Historia del Arte*”. En el 2012 recibió el Premio Universitario de Cultura “400 años” de la Universidad Nacional de Córdoba.



Bibliografía

- *Arte popular y sociedad en América Latina*. Grijalbo, México. 1977.
- *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*. Siglo XXI, México. 1979.
- *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen, México. 1982.
- *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo, México, 1990.
- *La globalización imaginada*. Paidós, Barcelona, 1999.
- *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Paidós, Buenos Aires, 2002.
- *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa, Barcelona, 2004.
- *Lectores, espectadores e internautas*. Gedisa, Barcelona, 2007.
- *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Buenos Aires y Madrid. Katz editores, 2010.



Preguntas sobre el exceso

Entrevista a Néstor García Canclini¹

¿Podríamos comenzar explicando un poco tu concepto de hibridación?

La noción de hibridación no es una teoría, es una idea descriptiva pensada para ocuparse de procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas que existían en forma separada pasan a combinarse para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas. Esto –insisto– es muy descriptivo, y no dice nada acerca del carácter positivo o negativo, contradictorio o no, de esas hibridaciones. Como es una categoría descriptiva de procesos, prefiero hablar de *hibridación* y no de *lo híbrido*. Puede tener derivas muy distintas, puede generar fusiones muy fecundas, aperturas de horizontes para miembros de una cultura y puede generar, casi siempre, contradicciones, conflictos, enfrentamientos.

¿Puede pensarse, entonces, que ha sido un proceso de hibridación el que propició lo que es hoy la suma de la cultura y el pensamiento latinoamericano?

Hay múltiples formas de hibridación. La histórica, en primer lugar, es la hibridación que se da en América Latina entre indígenas, colonizadores y afroamericanos. Luego están los procesos migratorios que desde Europa –y ocasionalmente entre países americanos– se dan desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Hay una tercera línea, que me parece decisiva: la complejización y acentuación de las hibridaciones por la acción de las industrias transnacionales que trasladan contenidos, estilos, formatos entre sociedades y ponen a jugar eso desde la creación hasta el consumo.

Esta línea de hibridación de las tradiciones latinoamericanas con los procesos de modernización tiene relación con la palabra *transnacionalización*, que no es lo mismo que el concepto de globalización del que se habla hoy en día.

1. Realizada el 3 de octubre del 2013 en México DF, para *Calibán – Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, por Cecilia Rodríguez (Asociación Psicoanalítica de Guadalajara) y Luis Fernando Orduz (Sociedad Colombiana de Psicoanálisis).

¿Nos puedes aclarar esta diferencia entre *transnacionalización* y *globalización*?

En realidad hay que diferenciar tres nociones: internacionalización, transnacionalización y globalización. *Internacionalización* es el proceso de expansión de una sociedad o cultura que traslada, más allá de sus fronteras, objetos, contenidos culturales, personas. Desde el punto de vista occidental, comenzaría con la conquista de América.

La transnacionalización, que comienza en el siglo XIX con la Revolución Industrial, corresponde más a la etapa en que se formaron empresas transnacionales con sedes en múltiples países, y que se despegan de su origen nacional, como la Phillips de Holanda o la Ford de Estados Unidos. Cuando se *transnacionalizan* en otros países, ese origen pierde la marca original: se *hibridiza* con los entornos a donde llega, va interactuando con contextos y condiciones de producción y circulación particulares.

La globalización es el proceso de interconexión simultánea de todas las sociedades, de todos los mercados. Su origen es discutido, pero para mí comenzaría sobre todo en la segunda mitad del siglo XX con la expansión transnacional de las industrias culturales y la instalación de satélites. Esto ha propiciado que viamos en una simultaneidad global.

¿Qué efectos tienen estos procesos en América Latina?

Hay una modalidad que me gusta distinguir de todo esto que estamos diciendo, que es decisiva para entender a América Latina pero también a otros continentes. Me refiero a las fusiones interculturales que se producen por una incentivación de todas las formas de intercambio, porque hasta la transnacionalización el intercambio suele ser considerado eminentemente económico. Pero también hubo traslados migratorios de grandes contingentes poblacionales, como ocurrió a finales del XIX entre América y Europa o después de la Primera y Segunda Guerra Mundial. Vivimos ahora en un mundo más migrante, más interconectado, con migraciones laborales, exilios políticos, desplazamientos al interior del propio país, como en Colombia. Esto crea fusiones culturales intensas, hoy acentuadas por el intercambio digital.

Has insistido mucho en los procesos migratorios, en hablar de un intercambio o cruce de fronteras entre espacios: internacionalización, transnacionalización, desterritorialización.

Es cierto. Incluso a veces se usa el término *transterritorialización*, porque casi nunca se pierde la marca territorial originaria, ni en el migrante que pasa de un país a otro ni en la empresa que se disemina en el mundo pero tiene marca de origen (por ejemplo, los estilos de producción laboral de las empresas japonesas que se instalan en México y Guatemala). Necesitamos hacer una historia de los enfrentamientos o de las tensiones entre lo productivo y lo conflictivo de estos intercambios migratorios.

Me parece que uno de los laboratorios en donde esto más se ha trabajado es Europa. Un antropólogo italiano me decía hace veinte años que los países europeos están llegando a un límite de la capacidad de migrantes que son capaces de digerir. Lo decía no como una afirmación xenofóbica, sino como una observación de campo sobre la capacidad que él percibía en su país o en Alemania o Francia de recibir migrantes. Es una pregunta fuerte: ¿qué capacidad tiene una sociedad de asimilar, de incorporar con sus diferencias a los diferentes?

Me parece que las políticas de expulsión que se han dado en Europa, en países tan liberales y democráticos como Francia –con los gitanos–, o la emergencia de grupos xenófobos (fascistas y nazis) en casi todos los países de Europa, muestran dificultades estructurales. Lo más fácil es decir que todos tienen derecho a migrar, que todos tienen derecho a ser recibidos hospitalariamente. Pero la constatación empírica es que eso crea conflictos. La pregunta por lo tanto es: ¿qué hay que hacer con ese conflicto para no llegar a la expulsión, a la violencia o al racismo? Lo dejo ahí como pregunta abierta.

Desde la teoría psicoanalítica, la idea de narcisismo nos lleva a querer reconocer en el otro a un igual. Cada vez que aparece un rostro diferente del otro, me altera; desde el narcisismo excluimos al diferente.

Ahí entramos en lo interdisciplinar, pensando en registros distintos del otro en el sentido económico, afectivo, narcisista. Pero a la vez me parece que esa idea debe estudiarse teniendo en cuenta elementos económicos. Pensemos en el 25% de desempleo en la población de España y en su enfrentamiento con migrantes calificados que llegan a competir. Se ve a ese migrante como a un enemigo, pero por razones estructurales, socioeconómicas.

Lo intercultural también plantea retos importantes: el desafío que genera el otro con sus diferencias, las marcas simbólicas de una identidad. Un ejemplo puede ser lo que se dio en Francia, en un intento de integración social o, al menos, de suprimir ciertos emblemas religiosos que evidenciaban diferencias: se prohibió a las musulmanas el uso de la burka. En este contexto, el uso de la burka fue interpretado por algunos como un desafío. La cuestión es que para las mujeres era difícil dejar de usarla, pese a la prohibición.

¿Nosotros no tenemos lo contrario en América Latina: una gran capacidad de “devorar” lo diferente?

Es cierto, mucho más, pero hay que pensar con qué costo. Se me ocurren varios ejemplos. Pienso en mi país de origen, Argentina. El costo de aceptar lo de afuera fue eliminar a los indios; hacer una opción civilizatoria como hicieron las élites de finales del XIX al sustituir población, que culminó con la persecución que el general Roca nombró eufemísticamente “campana del desierto”, que en realidad fue una campana para extinguir o arrinconar indígenas. Ese es uno de los costos. El otro es el identitario. Muchas preguntas que nos hacemos sobre si hay una identidad latinoamericana, colombiana, mexicana, argentina, tienen

que ver con el enorme caudal migratorio, que generó incertidumbres radicales. Uno puede hacer muchas afirmaciones positivas desde el carácter humanístico o literario sobre las migraciones: pienso en la enorme migración española durante la guerra civil y en cómo eso generó efectos valiosos en países como México y Argentina: la cantidad de escuelas que se crearon y una industria editorial importante en estos países. Pero, a la vez, también se construyeron estereotipos y rechazo. El lenguaje mexicano abunda en expresiones despectivas para referirse a los extranjeros, a los *gachupines*.

¿Pero eso en Argentina no tuvo una recepción contraria?

Argentina y Uruguay fueron los países más hospitalarios para esa diversidad migratoria. Tuvieron mucha migración italiana, pero también migración de judíos, galeses, irlandeses, holandeses. Han tenido comportamientos diferentes: los hijos de españoles e italianos ya estaban integrados en la segunda generación.

Eso explica la llegada del psicoanálisis a Argentina, por todas estas migraciones. Venían muchas personas migrando con este pensamiento.

Tal vez se puede pensar en esa heterogeneidad cultural de gente descolocada, desintegrada, que debe aprender a reelaborar su cultura y colocar sus deseos y aspiraciones en otro contexto, como una de las hipótesis para entender la necesidad de mucho diván.

Asimismo, podemos decir que como contraparte de esta integración muy fluida de españoles e italianos –que están en la base de la música, del tango, del teatro o la picaresca– se encuentra un contraste con los galeses, holandeses, judíos, que en algunas regiones se sitúan con identidades muy compactas, atrincheradas.

En Argentina, además, hubo una recepción muy hospitalaria de varios grupos extranjeros, pero tuvo como contraparte discriminación y racismo hacia los nativos: la idea de los “cabecitas negras”, que no eran negros sino de piel más oscura por ser de origen indígena, y que provenían de regiones cercanas a Bolivia. A partir de los años cuarenta llenaron la periferia de ciudades como Córdoba, Rosario y Buenos Aires con la industrialización. El peronismo fue el movimiento reivindicatorio de esos “cabecitas negras”, de discriminados económica, política y culturalmente.

¿Consideras que este resurgimiento del “líder nacional” obedece a esa lógica de una resistencia de lo local frente a la transnacionalización democrática? Una historia que se revive o reedita cada cierto tiempo...

Sí. Aunque son líderes con perfiles muy distintos. Evo Morales tiene un origen mestizo, aunque ha operado como líder indígena en el país con más presencia indígena en América Latina y hacia el exterior. Se asemeja a la figura pre-

lombina del Tlatoani (la máxima autoridad indígena). Habría que señalar sobre qué escenarios previos se montaron estos caudillos, porque en el caso de Evo, aparece como representante de una mayoría durante quinientos años postergada. Hugo Chávez fue otra figura: surgió como militar en contraste con un sistema político corrupto que había perdido representatividad, donde lo popular juega un papel importante y no tanto lo étnico, como en Evo. Hay que comprender los escenarios en donde se instalan esos caudillos.

En cierta literatura latinoamericana sobre estos procesos hay una tendencia a homogeneizar y ver a todo el caudillismo como un mal que ha colocado en rezago a América Latina; que ha impedido la participación democrática, moderna, al modo liberal. Encontramos estudios que ponen en el mismo nivel a todos los caudillos, hayan sido dictadores o no, hayan llegado por elecciones o no. Esto tiene que ver con la desacreditación de otro fenómeno muy complejo que es el populismo, que suele ir asociado al caudillismo, y me parece que no debemos descontextualizar los movimientos de sus entornos específicos.

Esa forma de vernos como informales que tiene Europa...

La conquista de derechos laborales, sociales, es reciente en nuestra historia y está asociada con fenómenos populistas como el varguismo en Brasil y el peronismo en Argentina. Pero poco tiempo después de que tuvieron lugar esas conquistas y de que se les dio cierta continuidad en organismos del Estado –con el reconocimiento de derechos como educación y salud para todos–, fue llegando el neoliberalismo. El neoliberalismo fomenta, en parte, el predominio de la informalidad sobre lo formal, los contratos sin condiciones ni garantías. Permite que las empresas contraten y despidan todo el tiempo. Así, se hicieron reformas de leyes que tuvieron muy poca duración y que habían dado garantías y seguridad a los trabajadores.

Esto llevó a que se creara una disposición interna en los sujetos a sintonizar con las estructuras que habían cambiado (el *habitus* de Bourdieu). Es lo que se observa en las investigaciones sobre jóvenes y desempleo. Se ha vuelto un lugar común que los actores sociales reconozcan que es difícil conseguir trabajo durable y están dispuestos, mucho más que en décadas pasadas, a ser explotados, a sufrir la inseguridad. No hay leyes, no hay árbitros en las relaciones entre patrones y trabajadores, y se da por hecho que así es. Esto es mucho más fuerte con los jóvenes. De hecho, hay una noción que es la de *los ni-ni*. Se dice que en México había siete millones de *ni-ni*, es decir, jóvenes que *ni* estudian *ni* trabajan. ¿Es que no quieren o no pueden trabajar?

¿No habría una pérdida de referentes identitarios que lleva a algunos grupos a buscar nuevas formas de pertenencia, o a los jóvenes a buscar nuevas formas de agrupación?

Me parece evidente que la formación de comunidades más pequeñas que las comunidades nacionales o urbanas –si podemos llamarlas así– tiene que ver con procesos de desintegración, con el debilitamiento de lazos de pertenencia.

Hay un estudio realizado ya en los años sesenta por Christian Lalive d'Épinay acerca del enorme crecimiento del pentecostalismo. Allí se constata que en Chile, antes que en Brasil, este crecimiento tenía que ver con el efecto de los procesos migratorios muy acelerados a las grandes ciudades, con la desaparición de las comunidades de contención originales, del mundo campesino o indígena, y con la búsqueda de nuevos espacios de contención y pertenencia. Eso estaba ligado a muchas evidencias; al éxito de los pentecostales en tratar el alcoholismo, que era la manera que tenían muchos migrantes de afrontar la situación de su desintegración en la urbe. Y si los pentecostales tenían ese éxito era porque daban una comunidad de contención y pertenencia y ofrecían un tratamiento afectivo personalizado similar al que suelen dar las iglesias evangélicas.

Hoy en día la tecnología brinda a los jóvenes procesos de recambio de identidades más acelerados.

Sí, en los jóvenes está más presente que en otras generaciones, porque son los que más se insertan en estos recursos o entornos tecnológicos donde la aceleración es propiciada. Pero lo que apareció en la investigación sobre jóvenes en México es que esto también estaba condicionado por la precariedad de sus empleos y las expectativas que podían tener sobre sus trabajos posibles. En la Encuesta Nacional del 2005 les dieron a los jóvenes mexicanos una lista de frases, y la que ellos prefirieron fue “el futuro es tan incierto que es mejor vivir el día”. Expresa una vivencia de la temporalidad que tiene que ver con el pasado y con el futuro: para qué me voy a acordar del pasado, para qué cultivo la memoria si no me sirve para actuar en el presente; pero a la misma vez, si el presente es tan precario, para qué pienso en una sociedad a quince años; para qué hacer la revolución. Una consecuencia de la aceleración es que una de las preguntas fundamentales del joven de hoy es “¿cómo negocio con este presente incierto?”.

Arminda Aberastury² piensa el presente del adolescente desde otro lado: desde la falta de un duelo por la pérdida del cuerpo. No hay ritos de paso: la desacralización lo ha quitado y, al no poder despedirse, no hay pasado añorable ni futuro construible. Además, no hay espacio de contención, físico o simbólico. Solo el cuerpo es el territorio de la identidad.

Me parece pertinente. Pero debemos añadir la explicación económica. Me acuerdo de una broma sociológica y es que ahora se deja de ser adolescente a los 35 años. En México se establece que la juventud es desde los 12 hasta los 29 años. En Europa es hasta los 35. El argumento es que ahora los jóvenes viven hasta los 35 años en casa de los padres. Pero no pasa por consideraciones sobre el cuerpo: esto se entiende por las condiciones de precariedad laboral de hoy, por la incapacidad de ser independiente y autónomo; de tener su propio ingreso y hogar.

2. Psicoanalista argentina.

La hibridación genera miedo a perder la identidad. Por ello seguramente el resurgir de algunos fundamentalismos religiosos, evangélicos o católicos.

En parte podemos alegrarnos porque el peso de ciertos fundamentos de tradiciones, como el catolicismo, se ha relativizado con la globalización; se ha hecho frágil. Así, hoy existen más repertorios para hacer fusiones y transgresiones. A mí no me preocupa eso: en ese sentido soy antifundamentalista.

El tema que nos convoca para este número de *Calibán* es el exceso. García Márquez en su discurso del Premio Nobel recordó que Antonio Pigafetta hizo una crónica que más parecía una aventura de la imaginación. ¿Podríamos pensar que algo en nuestra forma de pensar tiende a la desmesura? *Realidad descomunal* es el término que utiliza García Márquez.

El exceso puede ser una clave de lectura de muchos procesos en América Latina, pero me parece necesario no considerarla una categoría metafísica, menos aun naturalista, porque hay un riesgo de caer en el realismo mágico. En ocasiones a América Latina se la identifica naturalmente con la flora desbordante tropical, con la exuberancia; es una identificación mecánica. Supongo que ustedes estarán viendo cuestiones psicoanalíticas o psicosociales que son útiles para explicar excesos que tienen que ver con el deseo, la represión, la frustración.

En mi perspectiva más antropológica y sociocultural, diría que al exceso hay que leerlo preguntándose tres cosas: cómo es actuado, por quiénes y con qué fines. No es lo mismo si es un recurso de lujo, de distinción o de ostentación, o de compensación simbólica de otras carencias. Hace poco estuve analizando una serie de fotografías hechas por Andy Goldstein, fotógrafo argentino, quien trabajó en 19 países de América Latina con una organización llamada Techo, que provee recursos para que habitantes de villas miserias, favelas, encuentren formas de vivir mejores, de organizar sus espacios sin violentar sus propias elecciones culturales. Ellos hicieron una investigación, con apoyo de la Fundación Ford, de modo poco habitual en los trabajos fotográficos con villas miserias. Usualmente en estos trabajos se buscan fotos panorámicas que causen impacto; el sensacionalismo de la pobreza en enormes conjuntos.

Esa visión de la *pornomiseria*.

Exacto. Goldstein, en cambio, toma todas las fotos en el interior de cada unidad habitacional, que casi siempre es de una sola habitación. En el texto que escribí para este libro que se llama *Dónde nos ponemos* hago un análisis antropológico de estas fotografías. Quiero hablarles de una foto en la que hay una acumulación de objetos electrónicos, varios televisores y equipos de sonido, esto en un contexto de un grupo social signado por la carencia. Esa imagen es la foto de una historia, de la memoria de ese lugar, de lo que fueron recogiendo. Hay algo que dicen con eso; no es una instantánea. En esta imagen que narro hay exceso, pero es otra idea de exceso: la foto de una familia que vive en una habitación de

madera con techos de zinc, con muchas carencias, con un vestuario elemental actualizado con logos de marcas, con unos equipos de sonido enormes de otros momentos históricos que no sé si funcionen, pero que recuerda el título del libro de Remo Guidieri, *La abundancia de los pobres*.

Las demás imágenes son de una cierta exuberancia en medio de la precariedad. Se reúnen muchísimos objetos de plástico de diferentes colores, hay mochilas, cobijas, papeles decorativos, almanaques, iconografías religiosas o deportivas tomadas de la televisión; se colecciona objetos. Hay un sentido de abundancia que entendemos si recuperamos su historia. Ya casi nadie lo dice pero cuando empezaron a masificarse los televisores, la crítica de algunos sectores era “no tienen para comer pero tienen para comprar un televisor”, como si hubiera una jerarquía y progresión en la manera de consumir, en lo que algunos juzgan indispensable y lo que otros juzgan suplementario, ostentoso, lujoso.

Habría que redefinir lo que implica la ventana televisiva. Tal vez es el acceso a la cultura y los contrastes que la configuran. Pensaba en los medios como una forma de transmisión de distintas ideologías: la música, por ejemplo, penetra sin que uno tome conciencia de lo que se asimila; todos los cruces que hacemos con los medios.

Ahora que dice lo de la música me hace pensar en otro tipo de exceso: las tres mil canciones que la gente carga en el iPod. ¿Cuándo las voy a escuchar? ¿Qué tipo de avidez o desesperación está detrás de ese coleccionismo, de esa apropiación? ¿Qué búsqueda de infinito?

Podría uno pensar en esta idea del empuje al goce que lleva a la búsqueda de una inmediatez. Cada vez hay menos espacio para la tolerancia a la frustración. Hay una revolución en los modos de relación social. Esa recuperación de pasados que ha generado el Facebook pero también esa dificultad de separación, el estar conectados permanentemente: en un clic las personas se conectan.

Me interesa lo que dicen de Facebook como un recurso para relacionarse con vínculos perdidos de la infancia, de la juventud, porque relativiza lo que tanto se habla del presentismo de los jóvenes. Ese fenómeno hay que verlo con más cuidado porque en los jóvenes hay memoria, hay deseo de recuperar o identificarse con ciertas raíces.

A mí la noción de exceso me gusta como provocadora, pero yo me inclinaría a otra pregunta: ¿qué hacemos hoy con toda esta abundancia? Quizá sea una palabra menos connotada: *abundancia*. A mí, en particular, me desespera tanta abundancia de información. Me resistí mucho tiempo a tener correo electrónico. Luego encontré un colega que me dio una idea: tener solo unas pocas personas que tengan mi correo. Pensé en veinte personas con la condición de que ninguna viviera en la ciudad de México, con la idea de que los que vivieran aquí me llamaran por teléfono. Hoy tengo 1.620 personas en “Contactos”.

Hay una exasperación creciente, imparables, en esta abundancia de información que nos llega todos los días. Por ello es necesario repensar la noción de

editor. Umberto Eco decía que internet es una gran biblioteca mal organizada. Necesitamos quien nos ayude a organizar la información. En diez o quince años se nos plantean cuestiones que otras generaciones no se preguntaban en toda su vida. ¿Cómo administrar un exceso o abundancia de información que ninguna persona individualmente es capaz de gestionar? ¿Cómo organizar esta abundancia de información? ¿Cómo situarnos entre tanta información académica, tanta pornografía, tanta información sobre objetos para comprar que se parecen entre sí? ¿Cuál es el objeto adecuado para lo que estamos queriendo? ¿Cómo construimos diferencias en medio de tanta abundancia?

Tal vez habría que recuperar esa categoría cartesiana de lo claro y lo distinto para pensar esto.

A la categoría de exceso podríamos pensarla desde la perspectiva de Calabresse en su libro *La era neobarroca*, en el que aborda el poner en cuestión los límites. Transgredimos límites todo el tiempo, vivimos en la era del récord Guinness que siempre corre el límite más allá: es el movimiento de la expansión. Los migrantes viven cruzando límites, cercas.

Tal vez en términos lacanianos podríamos hablar de aquello que no encuentra un mundo simbólico donde contenerse.

Lo que da el espacio simbólico son los huecos, el vacío. Si no hay frustración, no hay espacio para simbolizar. Eso pasa con las patologías contemporáneas: tienen que ver con esa falta de simbolización y la salida por el acto.

En mi libro más reciente, titulado *La sociedad sin relato* –que es un libro de antropología del arte contemporáneo–, me ocupé de lo que menciono. No tenemos un relato que organice la globalización. Hablo de un relato, en singular. A pesar de la interconexión, nos falta una narrativa que nos englobe. Hay exceso de relatos de consumo, religiosos, ideológicos. Podemos participar de varios, podemos ser marxistas y budistas. Pero no tenemos un relato –y quizá no lo vayamos a tener– que regule narrativamente las interconexiones constantes que tenemos con otros, con los tantos otros distintos con quienes nos encontramos. Esto sirve para pensar lo de la contención simbólica, porque se vuelve dispersa la posibilidad de situar el deseo. Podemos pertenecer a varios territorios imaginarios sin aparente contradicción, o forzando las tradiciones de los diferentes relatos para compaginarlos.

¿No es utópico pensar un gran relato?

No tengo nostalgia sobre un relato fundamental organizador. Esos relatos fundamentalistas se imponen por poder. La narrativa cristiana como relato único tiene algo de ficción inestable. El relato traído a América se hibridiza, se transforma; basta ver las fachadas de las catedrales del siglo XVII. Los indígenas y los sacerdotes negociaban creencias: lo que unos llamaban “la virgen”

Un lugar a donde ir a pensar

Aunque deje sin referir mis años de análisis en el aspecto más íntimo, es difícil sintetizar un vínculo que inicié con un grupo de investigación sobre arte y psicoanálisis en Argentina en los años 70; la asistencia simultánea a clases de Paul Ricoeur, Jacques Derrida y unas pocas de Jacques Lacan cuando hice el doctorado en París a comienzos de esa década y el uso libre que he hecho del pensamiento psicoanalítico en la parte más hermenéutica de mi trabajo como antropólogo. Quizá la diversidad entre esos tres autores sugiera que mi acceso a la teoría y el método psicoanalíticos se puede describir con una frase de Merleau-Ponty que alude a su atracción por el marxismo: “un lugar a donde ir a pensar”. Una y otra vez, al estudiar las máscaras u otras artesanías, los modos de habitar la megalópolis e

imaginarla o de hacer sociología del arte, experimento la preocupación por lo que no puede captarse con encuestas, entrevistas pautadas y observación etnográfica. Así como el psicoanálisis necesita confrontarse con el saber de las ciencias sociales, estas hallan en la hermenéutica psicoanalítica el entrenamiento para la sospecha de lo aparente y la comprensión del sentido poético y conflictivo de la existencia. Los antropólogos o sociólogos que más admiro – Lévi-Strauss, Clifford Geertz y Richard Sennett (y, en cierto modo, Bourdieu)– ejemplifican, me parece, que para ahondar en el conocimiento hay que dejarse instruir por el psicoanálisis y tener con él, como con la propia disciplina –sea la sociología, la antropología o la filosofía–, una relación creativa, indisciplinada.

para otros era otra cosa. ¿Cómo vivir con muchos dioses? Eso es una vieja historia. El cristianismo, con su autoritarismo político-económico, pudo mantener una aparente ortodoxia unitaria. Pero bajo ese manto convivían muchas creencias.

Cabría pensar el relato freudiano, el psicoanálisis, como una teoría rota. Hay muchas maneras de decirla: ¿cómo se controlan las hipótesis en psicoanálisis, su pertinencia clínica, su validación empírica? El psicoanálisis ha contribuido muchísimo a legitimar en la cultura contemporánea, y en la epistemología misma, los saberes hermenéuticos, no solo los saberes contrastables empíricamente. Pero no hay un arbitraje suficiente en la hermenéutica para decir que Freud sigue siendo la autoridad máxima o Lacan o cualquier otro u otra.

¿Cómo se construyen los ídolos en la cultura contemporánea?

En los modos de hacer cultura de los jóvenes, de crear y recrear, uno ve que las cosas se piensan de otra manera. No desaparece el ídolo: el mundo juvenil está lleno de figuras idealizadas, como Lennon, Madonna, el Che. Se coleccionan íconos muchas veces incompatibles entre sí. Esta amplitud del repertorio puede relacionarse con el exceso y la abundancia. Pero también tiene que ver con la propia dinámica formal de construcción creativa que habilitan estas tecnologías digitales. Por ejemplo, la idea del *prosumidor* (fusión de *productor* y *consumidor*), del *disc jockey* que toma un producto cultural preexistente y lo transforma, hace otra obra. Él sabe que en la red eso va a ser reformulado una y otra vez.

Ahí desaparece la noción de autor, por eso para las nuevas generaciones es tan fácil burlarse de la acusación de piratería y, por ello, de la noción de autor: no hay propiedad única, exclusiva. Hay un procomún del que hablan los *prosumidores* y los *hackers*, que no es robo, que no es piratería: consiste en poner a disposición un saber para que todos tengan acceso.

¿Podríamos hablar de un pensamiento propio latinoamericano?

Hace más de quince años que se viene hablando entre especialistas de que no hay una identidad sino muchas identidades. Hay más de 400 grupos indígenas, más los afros, más los migrantes. La fórmula que se acuñó para organizar esto conceptual y políticamente es: “Hay un espacio sociocultural latinoamericano en el que coexisten muchas identidades. Trabajemos con ese espacio que históricamente tiene una cierta conformación”. Uno puede decir que no tiene una sola identidad pero sí que tiene una cierta historia, reconocible. Pero como un espacio socio cultural común, no como una identidad.

Nosotros concebimos al psicoanálisis como una teoría transcultural, como teoría de lo íntimo que escarba en profundidades que son cercanas a cualquier ser humano por el hecho de serlo. Pero es obvio que el encuentro con una cultura determinada produce particularidades. Aquí hablaríamos de una hibridación entre lo íntimo universal y lo cultural particular.

Me gusta pensar el psicoanálisis como una teoría transcultural. Freud tiene deudas con culturas distintas: con Alemania, con Grecia, su interés con el arte africano.

Como antropólogo tiendo a sospechar de cualquier universalidad preexistente. La constatación de que hay muchas formas de tener intimidad en el mundo contemporáneo, en el mismo país, en la misma ciudad, me obliga a relativizar la idea de una intimidad universal. En los estudios de culturas y prácticas digitales es apabullante lo que emerge en el cambio de noción de intimidad. Es abismal. Está asociado al cambio de otras nociones, al cambio de la noción de sufrimiento o de la noción de memoria. Esta diversidad me vuelve a la idea de si no necesitamos ciertas convenciones universales para poder convivir. ¿Podríamos construir formas de convivencia entre países monógamos y polígamos, entre los que usan el velo y los que no? Me parece una tarea necesaria hacia el futuro: pensar en una especie de ética universal de convivencia pero no en una categoría universal preexistente.

La intimidad como forma de posesión: ¿es posible un tipo de intimidad con alta confianza en el otro, y del otro con uno? ¿Una intimidad en la que haya una cierta incondicionalidad en lo que uno espera del otro y el otro de uno, sin que tenga las marcas de posesión? Yo encuentro esta preocupación como punto de partida en diálogos con personas de mi generación, o de otras generaciones. Algunos mencionan la palabra *fidelidad* en un nuevo registro, ya no como compromiso a muerte sino como algo renovable; frágil pero deseado. Me parece que si lo miramos de este modo, la intimidad es algo que podemos disfrutar con menos desesperación.

Gracias a estos aparatos virtuales hoy en día.

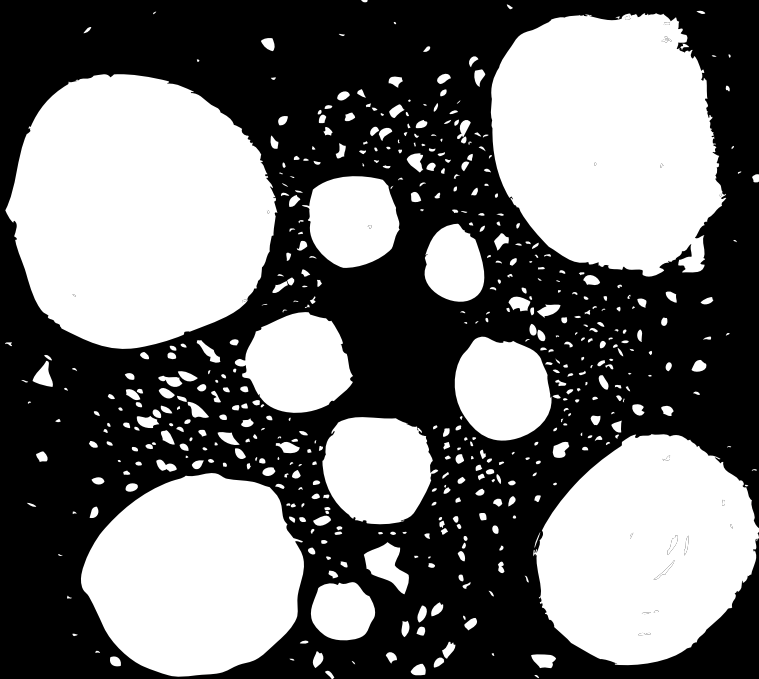
Los celulares se usan de muchas formas. Sí son instrumentos de control de padres a hijos, entre esposos. Pero a mí me fascina, me intriga y me desespera la rapidez con la que cambia todo esto, porque la gente se desconecta gracias a los dispositivos comunicacionales. Hemos vivido desde los 90 esta avidez por estar cada vez más conectados, a todas las horas del día. Queremos más aparatos. Pero hemos empezado a descubrir que el celular es un instrumento de explotación en el trabajo, de venta a cualquier hora de tarjetas de un *call center*... Sirve para muchas cosas. Lo electrónico permite una interconexión más viva, simultánea, pero también estimula una sensación de querer desconectarnos. Ahí vendría paradójicamente una recuperación de la sensación de intimidad.

Cuando se migra se instala algo con el retorno; se instaura la nostalgia.

Pueden coexistir la nostalgia y nuevos amigos. Me arraigué en México. En el año 83 tuve que decidir si regresar a Argentina al finalizar la dictadura. Me sentía muy arraigado en México por haber hecho mucho trabajo de campo. Mis hijos son de aquí, mi compañera actual es mexicana. Hubo una decisión que confirmó una intuición: que nunca se vuelve a la patria que se dejó. Uno deja un país y regresa a otro. Las transformaciones de la Argentina en la economía, la cultura y la vida interpersonal nos hacen pensar que es útil regresar. La Plata en la que yo me formé era otra, ya no existe: hay un resurgimiento cultural pero ya no es la ciudad en la que viví. Vale la pena el aprendizaje del migrante de pertenecer a varias patrias.

¿Algo para concluir?

No hay que concluir, no hay conclusiones.



Vórtice
Investigar en psicoanálisis

El analista investigador *auto-reverse* y el mapa de la mina

Lúcia Palazzo*

Hay más cosas entre el cielo y la tierra de lo que sueña tu filosofía.

WILLIAM SHAKESPEARE

La duda es autora de los insomnios más crueles. Al tiempo que, al contrario, una buena y sólida certeza vale como un barbitúrico irresistible.

NELSON RODRIGUES

El interés en el debate sobre la investigación en psicoanálisis, sea por la vía institucional o personal, en el oficio diario de la escucha del inconsciente, posibilitó la contribución de los autores de los artículos que podrán leer en esta edición de la sección Vórtice. Con la condición intrínseca a nuestra práctica de no postular un saber *a priori* o la búsqueda intencional de algo que garantice la tranquilidad imposible, proponemos algunas cuestiones para una reflexión que auxilie la lectura y amplíe el horizonte sobre el tema.

Con el método creado por Freud, el psicoanalista es un investigador en acción en su consultorio, atento al sentido de aquello que escucha y, también, a lo que no se dice, y su postura frente a lo nuevo y desconocido difiere de los profesionales de otros campos del saber. Muchos se ocuparon de definir *lo que es o no psicoanálisis* frente a la tradición científica occidental y nos dejaron un legado importante para la continuidad y transmisión del saber psicoanalítico. El psicoanálisis sufre críticas y desconfianzas desde su invención y sustenta su legitimidad y eficacia en los procesos analíticos, a partir de cada sujeto que pasa por el diván. Sin embargo, puede correr riesgos de otro orden desde el punto de vista de su supervivencia institucional.

Heredamos el miedo de que las instituciones psicoanalíticas no sobrevivan si no responden a las cuestiones de su tiempo, como nos alertó Green (2008). Como, también, el recelo de la avalancha tecnicista científica que no da cuenta del movimiento inusitado de las barbaries y de las pasiones humanas.

El estatuto de ciencia es el de tener un objetivo definido y determinado anticipadamente, a diferencia del psicoanálisis. Y la interlocución que la praxis psicoanalítica puede establecer con el campo de la ciencia está inserta en un contexto histórico, considerando que la ciencia, también, ha sufrido modificaciones en su definición a lo largo del tiempo. Actualmente, ¿cuál sería el diálogo posible? Tal vez lo específico del psicoanálisis sea que, en la práctica, encontramos lo que ya existe, o sea, se trata de

* Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.



Obras en esta sección: Irene Kopelman, *Dibujos desde el río* (27 dibujos, tinta sobre papel, 21 × 29 cm, 2012). La serie fue hecha desde la orilla del río en Madre de Dios, Perú. Desde distintas distancias —de 0 a 250 metros—, la artista dibujó sólo aquellas áreas de la jungla en las que la vegetación se volvía tan densa que parecía negra.

un reencuentro, aún cuando no lo sepamos. Encuentro que completa de sentido al mismo tiempo en que vacía para abrir nuevas posibilidades de producción de sentidos. Es un encuentro cuya enseñanza se da entre *sujetos*, con sus historias, aventuras y desventuras.

En el simposio de lanzamiento de la revista *Calibán*, en Rio de Janeiro, en octubre pasado,

Joel Birman, psicoanalista invitado, en su conferencia de apertura, se refirió a la escritura psicoanalítica recordando que la documentación freudiana y sus escrituras clínicas hablan del sujeto en escena, su narrativa clínica privilegia la singularidad de cada analizando. Las extensas exposiciones clínicas de Freud se titulaban con nombres personales o con la trama

que los envolvía, como por ejemplo, “Dora”, “El pequeño Hans”, “Schreber”, “El hombre de las ratas”. Tratando el síntoma como algo positivo, un enunciado a ser desvelado, y no la expresión de algo negativo, un déficit a ser mensurado y corregido. *A vida como ela é*, una serie de crónicas del escritor brasileño Nelson Rodrigues, nos aproximan a esa vida retratada a partir de los deseos, sufrimientos, dolores y fantasías del personaje en tránsito e inacabado. ¿Será que los proyectos que abrazamos y defendemos, sean en el continente que sean, contribuyen y retratan la vida como es?

Como dice la música *Auto-reverse* del grupo brasileño O Rappa: “*Ladies and gentlemen, estamos na linha do tiro / Somos luzes que faíscam no caos... / Ai que tá a mágica, meu irmão! / Que pulsa no peito, / Que sente e não julga, / Que tira do sério... / E não dá pra explicar, / Ai que tá o mistério, meu irmão!*”.¹

Entonces, ¿cuáles serían los desafíos para la horda psicoanalítica latinoamericana, después de cien años de “Tótem y tabú”? Muchos son los contratiempos, comenzando por la dificultad para recoger datos oficiales a través de la página web de la IPA, que poco ofrece hasta el momento, de informaciones en idiomas diferentes. Otros desafíos o preguntas que circulan en nuestro imaginario y transitan entre los miembros en general: ¿las pesquisas realizadas por el Comité de Investigación de la IPA, sea en el campo conceptual, empírico o clínico, atienden a las demandas de conocimiento, desarrollo de los miembros y de su clínica personal, o invierten en proyectos que miran a la interfaz social y cultural? ¿Los conceptos fundamentales como: inconsciente, pulsión, transferencia, compulsión a la repetición y fantasía son mensurables y pasibles de síntesis? ¿Hay algún interés específico, regional, en relación al mercado de trabajo, en relación a los servicios de salud, en relación a la inclusión y expansión del psicoanálisis en otros países, más

allá del circuito donde él nació y germinó? Teniendo en cuenta que el envejecimiento de los miembros de la IPA solo crece y el ingreso de candidatos en los institutos de formación decrece a la misma velocidad, es preocupante que pocos jóvenes busquen nuestras instituciones para estudiar y aprender psicoanálisis, en la mejor de las hipótesis. ¿Será que ese vaciamiento puede tener relación con las opciones de inversión que nuestras instituciones han realizado? ¿*Qué y para quién investigamos? ¿Cuál es el mapa de la mina del inconsciente?* Si, porque el inconsciente es una mina que brota de forma inagotable, aun cuando los analistas no se enriquezcan financieramente con ella.

Breve historia

Los pioneros de la investigación en psicoanálisis, más allá de Freud, son Sandór Ferenczi y Otto Rank cuando publicaron en 1923 su trabajo “*Entwicklungsziele de Psychoanalyse*” (Becerra, 2000). En ese mismo texto consta la información de que el Comité de Investigación de la IPA fue creado en 1993 por Joseph Sandler, en el mismo año en que se realizó el primer Congreso de Investigación en Psicoanálisis, en el mes de marzo, en Londres. En 1995 se inició en Londres el Programa de Entrenamiento en Investigación Psicoanalítica, que contempló varios analistas y candidatos de regiones diversas. Actualmente, existen muchas líneas y proyectos en curso, algo imposible de enumerar en esta breve comunicación, independientemente de su eficacia, interés y alcance. Inclusive el *working party* con variadas propuestas de abordaje y escucha clínica, favoreciendo el diálogo entre los analistas, pero con modelos diversos de acuerdo con la tendencia teórica de quien los crea.

Stefano Bolognini, recién electo presidente de la IPA, gentilmente nos contempló con la entrevista que podrán leer, afirmando su empeño y compromiso en fortalecer y dar conti-

1. “*Ladies and gentlemen, estamos en la línea de tiro/ Somos luzes que destellan en el caos/ ¡Ahí está la magia mi hermano! / Que pulsa en el pecho/ Que siente y no juzga/ Que saca de lo serio/ Y no se puede explicar/ ¡Ahí está el misterio, mi hermano!*”. (Traducción libre).

nuidad al crecimiento de nuestra institución, inclusive con gran incentivo al Comité de Investigación. Cree y valora la mayor participación de los miembros, dejando un sabor de convocatoria a los analistas en la construcción de nuevos tiempos. Siendo así, volvamos a algunas cuestiones muy importantes para la reflexión sostenidas por Robert Wallerstein y André Green, cuya polémica en torno del tema fue presentada en los trabajos publicados en el *International Journal of Psychoanalysis*, y que tan bien Leopoldo Nosek relata en su artículo, a partir de su propuesta en la edición del *International Psychoanalysis - The Newsletter of the International Psychoanalytical Association*, en 1996, presentando, también, sus cuestionamientos en relación a la confrontación entre los parámetros positivistas y la especificidad psicoanalítica.

Wallerstein (2006) hace una retrospectiva histórica del movimiento psicoanalítico, enfatizando las grandes perspectivas teóricas y diferentes metapsicologías, fruto del pluralismo de pensamiento. Cree en el terreno común que une a los analistas, sustentado, según su punto de vista, en la convergencia clínica.

“En mi manera de ver, esos escritos apuntan, de forma incipiente pero creciente, a trascender el pluralismo teórico compartimentado retóricamente de nuestros días, con vistas a una ‘convergencia’ o ‘terreno común,’ como lo quieren llamar, antes de todo a nivel clínico, ciertamente; y ese será, en verdad, el futuro inmediato de nuestra disciplina, verdaderamente apasionante: el crecimiento conjunto de un marco general, primeramente clínico y, después, cabe esperar, teórico, para el psicoanálisis. Se trata de una visión de una estructura unificada y coherente, clínica y teórica, que, como en otras disciplinas científicas afines, se prestará a la verificación teórica (y empírica) sistemática, capaz de pulir y ampliar la teoría y de conferir cada vez más precisión a su aplicación en el consultorio” (p. 653).²

Green (2006) contesta a ese posicionamiento afirmando que “el psicoanálisis no es una ciencia ni un ramo de la hermenéutica: es una práctica basada en el *pensamiento clínico*, que da origen a las hipótesis teóricas” (p. 664). No está de acuerdo con ningún apaciguamiento que sustraiga las diferencias y afirma que el mencionado pluralismo no existe, siendo imposible la idealización de una convergencia. Recuerda hechos históricos de peleas, incompatibilidades y duelos sangrientos a lo largo de los años.

“(…) Pregunto si la explicación de esa clase de pluralismo no es fundadora de la crisis del psicoanálisis, que tal vez nos esté presionando para la reconciliación en la esperanza de alcanzar una milagrosa reunificación. Ese pluralismo es, a su vez, una situación real y una ilusión; es una ilusión porque el pluralismo presupone que entre los diversos puntos de vista reunidos hay, al menos, intercambios que den razón de las diferencias, siendo que esos intercambios no sucedieron jamás. Sin embargo, digo que, a su vez, es una situación real, porque la lectura de un número cualquiera del *International Journal of Psychoanalysis (IJP)* nos brinda la mejor demostración del caos teórico vigente” (p. 660).

La aproximación del tema investigación en psicoanálisis, aunque delicado por su propia naturaleza, marca el valor histórico y contemporáneo del debate a través de las voces en *Calibán*, en el sentido de avanzar para que el movimiento psicoanalítico tenga larga vida.

Cartografía que se anuncia para el siglo XXI

Algo de siniestro, de desafío, de imposibilidad, de expansión, de límite, de realidad, de ficción, de sueño, de legislación y colonización del futuro, de aproximación a los nuevos tiempos, de contemporáneo, de antropofagia de teorías y modelos, lenguas y lenguaje atraviesa el tema de la investigación psicoanalítica. La

2. Las citas de ésta y de la próxima página fueron traducidas libremente por la autora.

cuestión de la ética del psicoanálisis también se hace presente en cada autor que defiende su punto de vista, desde su lugar de pertenencia y praxis, sea en la teoría o en la clínica, aún provisoriamente, y su sentimiento ético reinstala y actualiza la cuestión. Así, podremos ver en Vórtice algo que se anuncia y transita en el pensamiento actual, en varios países donde habita el movimiento psicoanalítico dentro del territorio de la IPA, y más allá de América Latina. La riqueza del debate es evidente, desde la breve historia de arriba hasta las diversas contribuciones en foco, en seguida parcialmente retratadas.

Charles Hanly, presidente de la IPA hasta julio de 2013, plantea que el psicoanálisis es una ciencia observacional, y no experimental. La teoría se desarrolla, según su punto de vista, a partir de observaciones clínicas que ocurren en el funcionamiento y en la vida de los pacientes en función del proceso clínico. Discurre sobre muchas opiniones controversiales respecto de la legitimidad, o no, de esas observaciones, ya que la subjetividad del analista está en juego. Sin embargo, cree que es posible responder a las críticas, una vez que el psicoanálisis proporciona los recursos necesarios para comprender e identificar fallas, inclusive a través del análisis del analista.

Moisés Lemlij, extesorero de la IPA, aborda cuestiones relevantes en lo relacionado a las finanzas e inversiones, principalmente en el destino del monto recibido de las mensualidades, aproximadamente dos millones de dólares al año, dirigidos a proyectos con poco retorno. El envejecimiento de los miembros, escaso ingreso de jóvenes, desperdicio de tiempo y dinero, formación sin atractivos y poca inversión en actividades que proporcionen mayor proyección en la comunidad son temas que sugieren mayor cuidado.

Ricardo Bernardi *reafirma* la posición freudiana de la observación clínica, refuerza la idea de trabajos grupales para fomentar el intercambio de experiencias entre los analistas, por encima de filiaciones teóricas. Cree en la fertilización del psicoanálisis por otras disciplinas y en la búsqueda de consiliencia como espacio de intercambio con otros saberes, para definir mejor los conceptos, los estudios de problemas por diversas metodologías y perspectivas, y en los estudios de la neurociencia y del neuropsicoanálisis.

Serge Frisch ya cuestiona cuáles serían los destinatarios de la investigación, pues su objetivo está relacionado al público al que se dirige. En los países de lengua francesa se usa, más frecuentemente, el término evaluación, en vez



de investigación, que evoca como más adecuado para los fenómenos psíquicos. Afirma que en los últimos años la investigación “sobre” psicoanálisis fue más valorizada política y financieramente en detrimento de la investigación “en” psicoanálisis clínico y conceptual, en contradicción con la cultura analítica. En contrapartida hay exigencias del poder público y del mercado para obtener resultados y una evaluación de la eficacia del método analítico frente a los síntomas. Siendo dos dominios distintos, psicoanálisis clínico e investigación empírica, aunque autónomos, no excluyen el diálogo. “Avanzar es aceptar perderse”.

Clara Schejtman, a partir de su experiencia como coordinadora, desde el año 2000, de un equipo de profesionales clínicos, en su mayoría formados en los institutos de la IPA, y con actividades de docencia e investigación en la Universidad de Buenos Aires, cree que hay un intercambio fecundo en ambos espacios. Esos proyectos convocan problemáticas provenientes de la clínica y prevención en la primera infancia, con el fin de producir conocimiento acerca de los primeros tiempos de estructuración psíquica. Algunos miembros son entrenados a través del *Research Training Program* (RTP) de la IPA, en Londres. Sus estudios versan sobre los afectos, sobre aspectos de la subjetividad materna y las interacciones entre madres y bebés, el autoerotismo constitutivo, la construcción de procesos de simbolización, entre otros. Finaliza advirtiendo sobre la necesidad de intervención en la primera infancia, y que las investigaciones pueden colaborar en la elaboración de nuevas modalidades de intervención, ampliando el horizonte clínico.

Miguel Calmon es muy contundente en la afirmación de que el discurso psicoanalítico se produce a partir de la turbulencia de las producciones del inconsciente, material de análisis que excede, irrumpe y altera el sentido atribuido a la conciencia. La pulsión de muerte, concepto fundamental que nordea nuestro lugar como psicoanalistas, también nos condena a la tarea interminable de representar lo que nunca se agota en ninguna representación. Dice

que nos agrupamos en las instituciones con la intención de preservar la “soberbia serenidad” que deseamos inconscientemente. Sin embargo, esa filiación puede ser la trampa para una supuesta “autenticidad” de los descendientes freudianos, que, en el intento de integración y afirmación de la supuesta verdad, terminan creando programas y proyectos de investigación que pueden prohibir lo que hay de paradójico en el psicoanálisis. Se acuerda mucho del mito de la creación, Adán y Eva, que al comer el fruto prohibido fueron expulsados del paraíso, destino trágico de los hombres, saber de su muerte y finitud.

Daniel Rodríguez, con irreverencia y humor, contrasta las opiniones de Green-Wallersstein apuntadas más arriba, además de proponer la cuestión de la inquietud de la comunidad analítica institucionalizada en relación a convivir con la diversidad, una vez que frecuentemente usa la idea tranquilizadora y dudosa: “En la clínica... nos encontramos todos”. Cita a Bachelard al advertir sobre la fantasía de unificación del conocimiento, que puede funcionar como obstáculo epistemológico, empobreciendo los éxitos de cada territorio teórico. A partir de la concepción de que no existe una sola ciencia, y que el modelo de referencia determinará el objeto, la estrategia y los modelos de investigación y evaluación, señala como diferencia y marca de nuestra disciplina la inclusión de la subjetividad y del sujeto, que fueran “*forcluidos*” de los modelos de investigación de las ciencias de la modernidad. Sugiere incluso una posibilidad de unidad para el psicoanálisis, y no de fusión de las teorías, a partir de la tentativa de discriminar en cada modelo sus conceptos fundamentales, tal como fue punteado y desarrollado por Lacan.

Marcelo Viñar, inicialmente, nos recuerda que el gesto analítico originario es investigar, desdoblándose en la posible mejora terapéutica del analizando en el reposicionamiento sobre sí mismo. Eso implica volver a lo inesperado, a la intemperie y al asombro de la experiencia original del trayecto psicoanalítico, diferente de las concepciones de las ciencias de la natu-

raleza y su racionalidad, cuya investigación sistemática apunta certezas y una definición de la verdad sobre lo humano. A la sombra de la modernidad, la temática freudiana nos decía de un modelo capaz de encuadrar el conflicto psíquico y sus ansiedades, en el reconocimiento de la repetición, del malestar neurótico y de la elaboración del sujeto en la trama de la novela que construía de sí mismo y de sus vínculos. Lo que nos remite a repensar el sujeto que se presenta hoy, hablante, pero ausente o en fuga de sus afectos. Apunta que precisamos interrogar sobre esa nueva forma de subjetivación, de temporalidad psíquica, ese mundo veloz de imágenes y de pasajes al acto y al cuerpo, o sea, orientar la investigación psicoanalítica en la dirección de la cultura.

Analía Wald y Silvia Acosta nos instigan a pensar en la necesidad de innovación y de apertura en el debate sobre investigación, ya que se trata de un proceso que exige tomar posición frente a la tensión existente entre presupuestos distintos, a saber: objetividad y subjetividad, racionalismo y su tendencia al universalismo y el relativismo en la defensa de una singularidad evanescente. Se cuestiona si los programas de incentivo a la investigación y de formación de investigadores, establecidos por el *Research Advisory Board* de la IPA y el *Research Training Programme*, cumplen la premisa de ser un espacio creativo de innovación y apertura a las actividades científicas. Aún más, ¿cómo sustentar la especificidad de nuestra disciplina? ¿Será que entonces estamos ante un callejón sin salida forjado por creencias a partir de modelos de investigación dominantes? ¿Y los desafíos para los miembros de América Latina, que luchan por espacio para contextualizar los problemas regionales y competir igualmente por subsidios con sus propuestas metodológicas escritas en su propia lengua? Tantas otras indagatorias relevantes son puestas en discusión y como alternativa a la sugerencia de creación de un RTP latinoamericano.

Carlos Plastino nos ofrece una amplia reflexión sobre los paradigmas de la moderni-

dad, su crisis y su entrelazamiento en el campo psicoanalítico. Recorre históricamente algunos conceptos de la teoría freudiana, conduciendo a la comprensión del carácter revolucionario del psicoanálisis con el descubrimiento de la existencia de la realidad psíquica, genuinamente inconsciente. La revelación del funcionamiento del inconsciente, a través del descubrimiento del proceso primario, confrontó las creencias básicas de las concepciones ontológicas, epistemológicas y antropológicas fundamentales del paradigma de la modernidad. Más allá de volverse incompatibles con la concepción antropológica organizada en torno a la separación radical entre el cuerpo y el psiquismo. La base, el “piso”, que sustenta el saber psicoanalítico es la clínica, sin embargo el “techo” es la metapsicología, influenciada por creencias dominantes en la época, vinculadas a la ideología del patriarcado sobre el papel de la mujer, sobre las dualidades naturaleza y cultura, afecto y razón, cuerpo y psiquismo. Cree que toda esa herencia moderna exige un profundo esfuerzo de reflexión para alcanzar un cambio de pensamiento que dé cuenta de las nuevas formas de subjetividad, que supone diálogo con otros saberes. Reafirmando, a través de Castoriadis, la necesidad de que “el psicoanálisis reasuma su papel de ser portador del escándalo”.

Generación “play” en tiempos de exceso

¿Para dónde apunta la falta? Cuestión formulada en los corazones y mentes de cada sujeto que se recuesta en el diván. Vivimos al filo de la navaja, tanto para el bien como para el mal.

Para finalizar, me acordé de un reportaje en un diario de Rio de Janeiro sobre Rock in Rio y la generación “play”, grupo de personas que asistió a los shows por celular, mientras lo filmaban. Los jóvenes de Rock in Rio parecen confirmar la idea de que es difícil encarar o adherir a la realidad desnuda y cruda recurriendo a los diversos artificios que sustentan el sinfín de sensaciones y novedades. Tal vez sea necesario un filtro o fantasías que

moldeen nuestra percepción para poder transitar entre el pasado y el presente. Inconsciente, pulsión, fantasía son conceptos que sugieren vivencias imposibles de evaluar. ¿Cuál sería la métrica que nos compete, ya que no manipulamos datos para hacer estadísticas? Pues analizar significa fraccionar, explorar en detalles, singularizar y no sintetizar y homogeneizar. La métrica es un concepto que al estar relacionado a la música o a un poema puede marcar tiempos, ritmos, compases, o ser indicador de calidad, haciendo posible tanto la *repetición automática* como la *creatividad*. Las mismas notas pueden revelar el poder de creación que singulariza a cada persona. Avanzar sin perder nuestro ritmo y sin volvernos autómatas en medio de la multitud, filmando el mismo espectáculo, es el gran desafío para quien cree en el inconsciente, *psicoanalistas auto-reverse*.

Referencias

- Becerra, T. L. (enero-junio de 2000). Líneas y técnicas de investigación en la Asociación Psicoanalítica Internacional. *Cuadernos de Psicoanálisis XXXIII: 1 y 2*.
- Freud, S. (2012). Contribuição à história do movimento psicanalítico. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 11; P.C. de Souza, Trad.). São Paulo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1914).
- Green, A. (2003). A crise do entendimento psicanalítico. En Green, A. (Org.), *Psicanálise contemporânea: Revista Francesa de Psicanálise* (pp. 477-495). Rio de Janeiro: Imago; São Paulo: SBPSP. Departamento de Publicações.
- Green, A. (2006). La ilusión del “terreno común” y el pluralismo mítico. *Psicoanálisis APdeBA*, Vol. XXVIII, n.º 3.
- Green, A. (2008). Reconhecimento do inconsciente. En *Orientações para uma psicanálise contemporânea: desconhecimento e reconhecimento do inconsciente* (pp. 277-287). Rio de Janeiro: Imago.
- Wallerstein, R. S. (2006). Será el pluralismo psicanalítico un estado duradero de nuestra disciplina?. *Psicoanálisis APde BA*, Vol. XXVIII, n.º 3.
- Wallerstein, R. S. (2006b). ¿Diálogo o ilusión? ¿Y cómo seguimos a partir de aquí? Respuesta a André Green. *Psicoanálisis APde BA*, Vol. XXVIII, n.º 3.



¿Qué enfoque de investigación para nuestro pluralismo teórico y científico?

Apertura, debates y propuestas

Silvia Acosta y Analía Wald*

Desde la racionalidad a la sensatez y desde la objetividad al consenso no forzoso.

R. RORTY, 1991/1996

Una sola condición se necesita para que cooperemos con fruto: nadie debe desertar del campo común de los presupuestos psicoanalíticos.

S. FREUD al Comité, 1924

Apertura

Apertura implica una innovación que generalmente se da como respuesta a una necesidad frente a la falla o inadecuación de los enfoques tradicionales o costumbristas a la hora de resolver un problema. Cuando las respuestas que encontramos para sortear o resolver obstáculos no se traducen en soluciones, la demanda de innovación y de apertura es una consecuencia natural.

Cuando hablamos de investigación en psicoanálisis, tanto en el proceso de investigar como en la acción de transferencia de nuestros hallazgos, debemos tomar posición frente a debates y tensiones básicas de la actividad científica psicoanalítica. Tensiones entre objetividad y subjetividad, entre el racionalismo y su intención universalista y entre el relativismo y la defensa extrema de una singularidad evanescente.

En los últimos años la investigación en psicoanálisis, lejos de desasirse de la responsabilidad de generar conocimiento sistemático y de la búsqueda de consenso, ha intentado tomar posición respecto de esta necesidad a través de programas de incentivación de investigación y de formación de investigadores. Los subsidios del *Research Advisory Board* de IPA y el *Research Training Programme* (RTP) son ejemplos concretos. Sin embargo, cabe preguntar hasta qué punto este espacio que propicia la actividad científica responde a un modelo de apertura e innovación.

Debates

¿Cuál es el estatus científico del psicoanálisis? ¿Cuál es su paradigma de adscripción y cuáles son los enfoques de investigación pertinentes? Las implicancias de este debate –y sus respuestas tentativas– resultan evidentes a la hora de pensar en el soporte para investigación provisto por el marco institucional.

Se puede inferir en Freud (1923/1989) una relación inseparable y de mutua influencia entre el arte de la interpretación como forma principal de acceso a ciertos procesos anímicos, el método terapéutico derivado de su intelección de aquella manera de investigar y el carácter

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

científico de la teoría psicológica producto de su “procedimiento de indagación”. Así, el psicoanálisis queda definido en un punto de articulación entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, ambos paradigmas diferentes que, en sus extremos, pugnan por considerar ontológicamente al sujeto como un conjunto de regularidades identificables y predecibles o como una narrativa de expresión de época, contextualizada, absolutamente singular y solo accesible a partir de la única mirada del investigador participante/interpretante.

Algunas respuestas

¿Cuál es la respuesta que, desde el marco institucional, se ha elaborado para esta complejidad teórica y epistemológica?

Si revisamos las publicaciones y producciones científicas emergentes de la actividad de investigación en IPA, claramente surge un apoyo sistemático a diferentes propuestas de investigación que abordan solo una parte del objeto de estudio del psicoanálisis. Al respecto, André Green (1996) sostiene que en estas investigaciones hay un descuido por la especificidad de lo intrapsíquico e inconsciente y una escasa consideración de los parámetros de la situación analítica referidos al setting, con la idea implícita de que procedimientos observacionales de las relaciones interpersonales pueden dar cuenta mejor del objeto del psicoanálisis que las especulaciones de los psicoanalistas basadas en su propia experiencia clínica. De ahí que considera que todavía nos falta el método de investigación que sea coherente no con los contenidos del psicoanálisis sino con el tipo de pensamiento que es su verdadero objeto.

Es decir, existen reseñas que evidencian las soluciones transitorias y, hasta cierto punto, fallidas por sostener un modo de investigar sobre aquellos aspectos del psicoanálisis que son solo observables, microanalíticos, ajenos al lugar y a la subjetividad del investigador y desprovistas de contexto histórico, cultural y social. Estas soluciones son propias del intento de sistematizar una práctica clínica específica con

métodos inespecíficos en lugar de intentar reproducir las múltiples expresiones de una lógica particular, que es la comprensión del procesar psíquico y de sus manifestaciones en términos psicoanalíticos.

Queda claramente establecido que, en términos de tensiones, las soluciones implementadas provocan una producción de conocimiento supuestamente *objetivo*, sobre *procesos manifiestos* y *escotomizados*, ajenos al nudo conceptual y ontológico del psicoanálisis. Esto provoca que, analizadas en conjunto, aquellas producciones que aluden a tratar de abordar lo intangible del objeto psicoanalítico –como *lo intrapsíquico*, *lo inconsciente*, *lo propio del analista* (como observador y participante) con su analizando– lo reduzcan a una mínima expresión. Entonces, lo producido, *¿hasta qué punto representa saber más y mejor psicoanálisis?* Si de lo que se trata es de transmutar la singularidad del psicoanálisis en una parcialización de aquello que compartimos de nuestro objeto con todas las demás disciplinas psicológicas y clínicas, ¿cómo sostenemos la especificidad de nuestra disciplina?

Una respuesta generalizada a esta pregunta es el abandono de la investigación y de la intención de investigar. Esta opción es generalmente consecuencia de la percepción de haberse topado con un callejón sin salida. Y esta creencia es producto también de un modelo de formación en investigación dominante.

En efecto, no solo las formas de entrenamiento en investigación dentro del psicoanálisis son escasas, sino que han provisto hasta acá de un solo diccionario metodológico que no ha hecho más que profundizar el debate y la polarización. Investigadores y epistemólogos desarrolladores de respuestas alternativas, que son pioneros en la construcción de modos sistemáticos de abordar objetos de estudio complejos –en cierto modo, intangibles–, entendidos cultural e intersubjetivamente, no son parte de la currícula natural del RTP. Para ejemplos: González Rey (2006), Carlo Guinzburg (1986), Stiles (2009), entre tantos otros.

El psicoanálisis latinoamericano

Nos enfrentamos con el desafío regional de explicitar nuestros problemas teóricos y clínicos –social y culturalmente contextualizados– y lograr que nuestras propuestas metodológicas fundamentadas y escritas en nuestras propias lenguas puedan competir de igual a igual por los subsidios y los espacios de formación actualmente disponibles. ¿Cómo será esto posible si la demanda, los requisitos de investigación propios del paradigma dominante positivista, nos obliga a contar con laboratorios de observación, con cientos de sesiones registradas y desgrabadas para ser analizadas por terceros no implicados, y si debemos protocolizar cada intervención? ¿Pero es solo un problema de recursos? ¿Es realmente ese el único escenario posible para la formación y el aprendizaje en investigación? Resulta imperioso defender la idea de que no hay un abordaje *princeps* sino un abordaje metodológico adecuado al problema y al objeto, y que la formación como investigadores no debe ser ajena a la formación como psicoanalistas.

Si nuestra singularidad sociocultural nos aleja de ese *escenario ideal*, ¿esto implica que nuestros hallazgos teórico-clínicos no pueden ser ponderados científicamente? ¿Realmente debemos aceptar que las condiciones de producción de conocimiento en la que nos formamos y trabajamos son de una calidad discutible?

Si la lógica discursiva y procedimental nos empuja a esta conclusión, es que la necesidad

de innovación y apertura es urgente. El debate se torna aún más relevante ante la alternativa probable de que el *Research Training Programme* de IPA se pueda realizar cada año en una de las tres regiones. Podemos hacer una importación directa, acrítica, que tiene al inglés como única lengua vigente del RTP tal como se viene realizando, o crear un RTP latinoamericano, un PFI (Programa de Formación en Investigación) donde además podamos debatir, en nuestras propias lenguas, qué tipo de investigación es adecuado para nuestro pluralismo teórico y científico.

Referencias

- Freud, S. (1989). Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y Teoría de la Libido. En Freud, S., *Obras completas* (T. XVIII, p. 231). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo originalmente publicado en 1923).
- Freud, S. (1924). Carta de S. Freud a S. Ferenczi del 20 de marzo. En Jones, E. (1989). *Vida y obras de Freud*. Buenos Aires: Horne. (Trabajo original publicado en 1953).
- González Rey, F. (2006). Investigación cualitativa y subjetividad. Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala.
- Green, A. (1996). Response to Robert S. Wallerstein. *IPA Newsletter*, 5(1), pp. 18-21.
- Guinzburg, C. (1986). Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia. España: Gedisa.
- Rorty, R. (1996). *Objetividad, relativismo y verdad* (p. 57). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1991).
- Stiles, W.B. (2009). Logical operations in theory-building case studies 9. *Pragmatic case studies in Psychotherapy* (Vol. 5, Module 3, Article 2, pp. 9-22). Recuperado de <http://pcsp.libraries.rutgers.edu>

¿Qué tipos de investigación son más convenientes para el psicoanálisis? ¿Cómo articular sus aspectos observables o empíricos con sus conceptos teóricos?

Ricardo Bernardi*

Como afirmó con razón André Green, el psicoanálisis es antes que nada pensamiento clínico, lo que significa que nace de nuestra experiencia con el paciente y está orientado en su beneficio, lo que nos permite, desde esta perspectiva, contribuir al conocimiento actual. Si logra dejarse llevar por los “hechos seleccionados” (Bion, 1967; Britton & Steiner, 1994) que surgen de la clínica, el analista toma una actitud de indagación o investigación que lo pone al servicio de lo nuevo y aún no formulado. Pero en tanto el psicoanálisis fue constituyendo un cuerpo de conocimiento, dejó también la puerta abierta para ser utilizado como doctrina o cosmovisión que puede prescindir del valor de los hechos observables, y permitió así que sus premisas se convirtieran en verdades no cuestionadas y no cuestionables que pasan a tutelar, y a veces a extraviar, el trabajo clínico. Por eso conviene distinguir entre una *metapsicología guiada por la teoría* y una *metapsicología guiada por la clínica*. Freud, sin duda, se inclinaba claramente por esta segunda posibilidad. Como dice en *Introducción del narcisismo* (Freud, 1914), el fundamento de nuestra ciencia es “la sola observación” y la disposición a cambiar sus conceptos generales por otros cuando sea necesario. Con igual contundencia afirma en “El hombre de los lobos” (Freud, 1918) que, cuando la teoría se distancia del material clínico, corre el riesgo de “embriagarse con sus propias afirmaciones”.

No es fácil dejar que los hechos hablen más fuerte que las teorías. Nuestra observación rebosa inevitablemente de presupuestos teóricos y es muy difícil escuchar a las zonas no saturadas que pueden decir algo que desmienta nuestras convicciones. Por eso creo que es muy necesario desarrollar diversas formas de trabajo grupal con material clínico que permitan favorecer un mayor contacto directo con la experiencia clínica por encima de las filiaciones teóricas. De esta manera, podremos formularnos preguntas que nos obliguen a ir más allá – sería más exacto decir *más acá*– de nuestras formulaciones teóricas, y usar estas últimas como hipótesis alternativas.

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Por este camino es posible pensar en una investigación clínica que lleve a una mejor definición de conceptos, en forma consensual y operativa, que estimule el desarrollo de la investigación teórica y conceptual, el psicoanálisis “comparativo” y el estudio de los problemas desde diferentes metodologías, perspectivas y disciplinas.

El conocimiento actual se nutre de la interdisciplinariedad. No solo la coherencia interna constituye un desafío sino también la búsqueda de consiliencia (Whewell, 1840; Wilson, 1999), o sea, la confrontación con los conocimientos que surgen de otras metodologías, perspectivas teóricas o investigadores. La especificidad del psicoanálisis no implica su aislamiento, ni el diálogo interdisciplinario implica la dilución de sus conceptos esenciales sino, por el contrario, su fertilización cruzada. Más que trazar fronteras entre lo que es y no es psicoanálisis, importan los conocimientos que hacen crecer al psicoanálisis. Una encuesta realizada en 2004-2005 por FEPAL (Marina Altmann, Nilde Parada Franch) mostró que el 96% de los miembros y el 89% de los candidatos consideraban conveniente la inclusión de conocimientos de otras áreas, como la epistemología, la metodología, la filosofía y la literatura, en la formación, y la investigación sistemática (esta última fue considerada conveniente por un tercio de las respuestas). Estos distintos intereses individuales deben ser apoyados, para permitir que cada analista pueda desarrollar los campos que más le interesen. Nadie duda de que el diálogo del psicoanálisis con la literatura y las humanidades pueda resultar en una forma de indagación sobre los sentimientos humanos reveladora para el psicoanálisis. Lo mismo vale para otros métodos y disciplinas que pueden beneficiarse de este diálogo.

La investigación sistemática de proceso y resultado ha mostrado fehacientemente la eficacia, efectividad y eficiencia del psicoanálisis y de muchas formas de psicoterapias. Ha permitido avanzar también en poder precisar el cómo y el cuándo de los cambios ocurridos, su estabilidad luego de terminado el tratamiento y, lo que es más importante, qué tratamiento le es más útil a quién, en qué momento y realizado

de qué manera. Existen actualmente meta-análisis de resultados que están publicados en las principales revistas del área de la salud y que, sin embargo, son escasamente difundidos y discutidos en los medios psicoanalíticos, lo cual coloca a los analistas en inferioridad de condiciones cuando tienen que dialogar con los administradores de los servicios de salud (Sandell, Blomberg et al., 2000; Sandell, 2012; Fonagy & Target, 1994, 1996; Fonagy, Roth et al., 2005; Leichsenring & Rabung, 2008; Leichsenring, 2009; Shedler, 2010; Lambert & Ogles, 2004; Leuzinger-Bohleber, Stuhr et al., 2003; Panksepp & Solms, 2012). Recordemos que estas investigaciones han sido el mejor argumento a favor de la inclusión del psicoanálisis en los servicios de salud que aún lo financian (Parloff, 1982). Este tipo de información y, de ser posible, la participación de aquellos analistas y candidatos interesados en estas investigaciones, que pueden ser multicéntricas, constituyen una materia pendiente en nuestra formación y nuestra actividad profesional y científica.

En segundo lugar, los estudios del desarrollo, a los que tanto contribuyó el anterior presidente del Comité de Investigación de la IPA, Peter Fonagy –continuando los pasos de Bowlby–, son un ejemplo de la influencia que el psicoanálisis puede tener en la comprensión del desarrollo del niño (Fonagy, Gergely et al., 2002). Estos estudios han cambiado nuestra comprensión de los procesos tempranos. La confrontación, a veces vehemente, entre el bebé observado y el bebé reconstruido ha servido para afinar la observación en ambas direcciones. Más aún: el estudio de la interacción temprana madre-bebé ha permitido repensar los modelos del cambio psíquico (*Boston Change Process Study Group*, 2005) y, más en general, proponer modelos de cambio basados en la idea de sistemas dinámicos no lineales (Galatzer-Levy, Bachrach et al., 2000; Galatzer-Levy, 2009) etcétera.

Por último, los estudios en el campo de las neurociencias muestran que la psicoterapia puede modificar el cerebro, lo cual nos conduce a cambios cautivantes en nuestra manera de pensar la plasticidad neuronal y la expresión

génica (Etkin, Pittenger et al., 2005; Beutel, Stark et al., 2010). Como sugiere Panksepp (2001, 2011), debemos hoy recurrir a formas de monismo de doble aspecto que nos permitan hablar de *mente-cerebro* cuando nos referimos a las regulaciones de “arriba abajo” de la actividad neuronal y de *cerebro-mente* cuando nos referimos a los procesos que desde la base del encéfalo influyen en las áreas corticales superiores. El campo del neuropsicoanálisis, en cuyo desarrollo jugó un papel muy importante Mark Solms, actual presidente del Comité de Investigación de la IPA, ha dado hoy lugar a una revista periódica (*Neuropsychoanalysis*) y a permanentes trabajos de investigación (Solms, 2002).

A través de estos ejemplos vuelvo a la idea de que el psicoanálisis debe hacer lugar al diálogo entre la actividad clínica y las distintas formas de investigación, respetando lo propio de cada una de ellas pero permitiendo su fertilización cruzada.

Referencias

Beutel, M. E.; Stark, R. et al. (2010). Changes of brain activation pre-post short-term psychodynamic inpatient psychotherapy: An fMRI study of panic disorder patients. *Psychiatry Research: Neuroimaging* 184(2), pp. 96-104.

Bion, W. R. (1967). *Second thoughts*. New York: Jason Aronson.

Boston Change Process Study Group (2005). The ‘something more’ than interpretation revisited: Sloppiness and co-creativity in the psychoanalytic encounter. *J. Am. Psychoanal. Assoc.*, 32, pp. 693-729.

Britton, R. & Steiner, J. (1994). Interpretation: Selected fact or overvalued idea?. *Int. J. Psychoanal.*, 75, pp. 1.069-1.078.

Etkin, A., Pittenger, C. et al. (2005). Toward a neurobiology of psychotherapy: Basic science and clinical applications. *The Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences*, 17(2), pp. 145-158.

Fonagy, P., Gergely, G. et al. (2002). *Affect regulation, mentalization, and the development of the self*. New York: Other Press.

Fonagy, P., Roth, A. et al. (2005). The outcome of psychodynamic psychotherapy for psychological disorders. *Clinical Neuroscience Research*, 4(5-6), pp. 367-377.

Fonagy, P. & Target, M. (1994). The efficacy of psychoanalysis for children with disruptive disorders. *J. Am. Acad. Child Adolesc Psychiatry*, 33, pp. 45-55.

Fonagy, P. & Target, M. (1996). Predictors of outcome in child psychoanalysis: A retrospective study of 763 cases at the Anna Freud Centre. *J. Am. Psychoanal. Assoc.*, 44, pp. 27-77.

Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1918). *De la historia de una neurosis infantil*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones.

Galatzer-Levy, R. M. (2009). Good vibrations: Analytic process as coupled oscillations. *Int. J. Psychoanal.*, 90(5), pp. 983-1.007.

Galatzer-Levy, R. M., Bachrach, H. et al. (2000). *Does Psychoanalysis work?*. New Haven, London: Yale University Press.

Lambert, M. J. & Ogles, B.M. (2004). The efficacy and effectiveness of psychotherapy. *Handbook of Psychotherapy and Behavior Change*, pp. 157-158.

Leichsenring, F. (2009). Psychodynamic psychotherapy: A review of efficacy and effectiveness studies. En Leichsenring, F., *Handbook of evidence-based psychodynamic psychotherapy*, pp. 3-27. Boston: Humana Press.

Leichsenring, F. & Rabung, S. (2008). Effectiveness of long-term psychodynamic psychotherapy: A meta-analysis. *J. Am. Med. Assoc.*, 300, pp. 1.551-1.565.

Leuzinger-Bohleber, M., Stuhr, U. et al. (2003). How to study the quality of psychoanalytic treatments and their long-term effects on patient’s well-being: A representative, multi-perspective follow-up study. *Int. J. Psychoanal.*, 84, pp. 263-290.

Panksepp, J. & Solms, M. (2012). What is neuropsychoanalysis? Clinically relevant studies of the minded brain. *Trends in Cognitive Sciences*, 16(1), pp. 6-8.

Panksepp, J. (2011). Cross-species affective neuroscience decoding of the primal affective experiences of humans and related animals. *PLoS ONE*, 6(9).

Panksepp, J. (2001). Las emociones desde el psicoanálisis y la neurociencia: Un ejercicio de conciliación. *Aperturas Psicoanalíticas: Revista de Psicoanálisis*, 7.

Parloff, M. B. (1982). Psychotherapy research evidence and reimbursement decisions: Bambi meets Godzilla. *The American Journal of Psychiatry*.

Sandell, R. (2012). Research on outcomes of Psychoanalysis and Psychoanalysis-derived psychotherapies. En Gabbard, G.O., Litowitz, B.E. & Williams, P. (Eds.). *Textbook of Psychoanalysis*. Washington, DC: American Psychiatric Publishing.

Sandell, R., Blomberg, J. et al. (2000). Varieties of long term outcome among patients in Psychoanalysis and long term psychotherapy: A review of findings in the Stockholm outcome of psychoanalysis and psychotherapy project (STOPPP). *Int. J. Psychoanalysis*, 81(5), pp. 921-942.

Shedler, J. (2010). The efficacy of psychodynamic psychotherapy. *American Psychologist*, 65(2), p. 98.

Solms, M. (2002). *Brain and the inner world: An introduction to the neuroscience of the subjective experience*. New York: Other Press.

Whewell, W. (1840). *The philosophy of the inductive sciences: Founded upon their history*. London: J.W. Parker.

Wilson, E. O. (1999). *Consilience: The unity of knowledge*. Random House Digital.

“Sería paradójico que la investigación sea como un impuesto”

Entrevista con Stefano Bolognini*

Fluctuat nec mergitur. Freud usó esa expresión en la introducción de *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), dejándonos la impresión de que estamos en un barco que sobrevive a las tempestades. ¿Cuál es la importancia del psicoanálisis y de la IPA hoy?

Los seres humanos siempre tendrán necesidad de conocerse, integrarse, desarrollarse. Siempre el inconsciente y las partes escindidas intentarán volver a la conciencia: es un movimiento interior natural, que tiene una fuerza enorme.

El psicoanálisis nos permite entender esto, y no solo la patología y los síntomas indican a las personas sufrientes esta vía, sino que el deseo profundo y natural de completar un camino integrativo será una razón de sobrevivencia natural del psicoanálisis. Las tempestades actuales no se originan solo por problemas de poder académico e institucional, de rivalidad narcisista y de envidia al objeto y, finalmente, de espera de milagros farmacológicos omnipotentes. Hay algo más específico –en mi opinión– hoy día, que es la reacción “culturalizada” contra la dependencia del sujeto respecto al objeto. Algo cambió en estas nuevas generaciones, tal vez por cambios en las relaciones básicas primarias. En el pasado, el primer problema en análisis era el de reducir la influencia máxima del superyó. Ahora es el de hacer posible que el paciente tolere la dependencia del objeto, del analista. Es un nuevo desafío clínico en un mundo que cambia, y yo creo que el psicoanálisis tiene

* Presidente de la International Psychoanalytical Association – IPA. Entrevista realizada por Lúcia Palazzo. Colaboración: Eloá Bittencourt, Analía Wald y Wania Cidade.

la fuerza teórica y clínica para enfrentar estas nuevas dificultades.

¿Cuáles son las investigaciones que pueden contribuir a la expansión del psicoanálisis en relación con la investigación psicoanalítica? ¿Qué modelos serían convenientes para nuestra disciplina?

Estoy de acuerdo con quienes, como Mark Solms, consideran un rango muy amplio de áreas de investigación posibles y fructíferas en psicoanálisis: conceptual, clínica y extra-clínica. La investigación teórico-conceptual –posiblemente comparada– entre las escuelas analíticas en muchos países; la investigación epistemológica acerca de los métodos de investigación; la investigación de lo que es específico del psicoanálisis; la investigación empírica; la exploración y comparación de las experiencias clínicas; las investigaciones neurocientíficas; los aportes estadísticos cuando son posibles: todas las áreas que pueden ayudarnos a conocer y a comprender lo que se desarrolla en el campo psicoanalítico son interesantes para nosotros. Yo comparto una posición pluralista también acerca de la investigación: hay lugar para muchos, si no para todos estos métodos. Claro que el nivel científico y la calidad de la investigación van a ser fundamentales.

¿Qué piensa usted cuando se refiere a la investigación extraclínica?

La investigación extraclínica es enormemente importante para nosotros. Los estudios sobre las modificaciones funcionales neuronales sinápticas consiguientes a eventos relacionales son, para mí, algo que confirma plenamente los presupuestos analíticos, y tienen el poder de impresionar profundamente a la comunidad científica y a la población en general. Pero hay otras investigaciones extraclínicas que tienen un gran impacto: los “*mirror neurons*” también son un descubrimiento extraordinario que en el nivel neurocientífico tiene que ser más conectado a las teorías analíticas. Y los estudios longitudinales sobre los efectos compa-

rados entre psicoterapia y remedios son también fundamentales e impactantes.

¿Cómo evalúa la tensión existente entre los presupuestos y requisitos observacionales y descriptivos de la investigación empírica, y la condición transfenoménica y singular de conceptos fundantes de nuestra disciplina (inconsciente, deseo, pulsión, fantasía)?

Este campo no es mi especialidad. Otros colegas podrían responder de manera mucho más competente e interesante que yo. Mi orientación personal es básicamente la de seguir la asociación libre y el preconscious como método fundamental pero no exclusivo de conocimiento y, por esto, también escuchar con sincero interés a las investigaciones, sugerencias y descubrimientos que vienen de otras áreas colaterales. Creo que el psicoanálisis hoy puede permitirse no tener miedo al intercambio con otras áreas colaterales y también recibir muchas cosas útiles.

En 2005 el *International Journal of Psychoanalysis* publicó textos de André Green y Robert Wallerstein acerca de la investigación en psicoanálisis, cuya polémica giraba en torno al pluralismo y al terreno común que supuestamente transitamos los analistas, ya sea en la teoría o en la práctica. A partir de las críticas planteadas por los autores, ¿cuál es su pensamiento sobre estas cuestiones?

Estoy totalmente a favor del reconocimiento de la pluralidad teórico-clínica en el psicoanálisis, y por esto estoy más cerca de la posición de Wallerstein, a pesar del valor enorme de la admirable contribución de Green en todas las áreas psicoanalíticas. Es verdad que existe el riesgo de una falta de especificidad analítica si el nivel y la calidad de las posiciones teóricas y clínicas son bajos. Pero también es verdad que el psicoanálisis se ha desarrollado, que otros luego de Freud han enriquecido nuestros conocimientos y que existe el otro riesgo: el de limitar de manera claustrofóbica la visión del psicoanálisis, impidiendo su desarrollo científico intergeneracional. Parece que los ana-

listas tienen el problema de *ubicar* a Freud. Hay quienes querrían edípicamente eliminarlo. ¡Otros tienen dificultad de permitirle convertirse en abuelo! O sea que dicen que él ya había dicho todo, como el único hombre “científicamente genial”. Freud consideró la base, el tronco del árbol, y luego hay ramas. Es una visión intergeneracional. Pero es verdad que la herencia freudiana es científicamente fundamental y preciosa, siempre que no sea religiosa.

¿Considera que los resultados de los proyectos e investigaciones financiados por la IPA tienen repercusión en la vida práctica y en la clínica de los analistas? ¿Puede dar algún ejemplo?

Esto es un problema muy serio. Yo creo que se puede hacer mucho más y mucho mejor en este sentido. Nuestra administración va planeando una utilización totalmente diferente del IPA Website, con la creación de un área específica para la investigación, a cargo de Mark Solms y su comité. Es la respuesta pragmática a la pregunta.

¿Podría explicar mejor lo que usted piensa de estos proyectos e investigaciones?

Acerca de la repercusión en la vida práctica y en la clínica de los analistas, yo creo que la comunicación y la difusión de las informaciones acerca de las investigaciones ya hechas no son menos importantes que las investigaciones que se planean para el futuro: ambas son fundamentales. Por esto planeamos crear en el *website* una selección y presentación (por el *Research Committee*) también de lo que ya fue estudiado. Esto por una razón muy simple: ¡los analistas no conocen estas investigaciones y sus descubrimientos! Es algo loco que los analistas de la IPA hagan el pago de todo esto y no conozcan los resultados; sería paradójico que la investigación sea como un impuesto, sin ofrecer nada a los miembros cuando se comunica. El *chair* del *Research Committee*, Mark Solms, está totalmente de acuerdo con este proyecto. Paralelamente, el *Research Committee* va a financiar proyectos nuevos.

¿Crece cada vez más el interés por la investigación a través de los *working parties*? ¿Cómo ve esa expansión?

Yo la veo muy bien. Es un método de intercambio, de trabajo, de investigación, de internacionalización, ¡y también de reducción de las ilusiones omnipotentes! Es algo nuevo, creativo y útil para todos. En relación con la pregunta anterior, considero que influye concretamente en la cultura analítica contemporánea.

En su discurso de asunción como presidente en Praga verificamos su preocupación por la expansión, en varios frentes. Entre ellos, el *site*, como instrumento vivo, interactivo y que proporcione información, cultura e intercambio. Sin embargo, no hay en el *site* traducción de todos los contenidos a otras lenguas. ¿Cómo intentará agilizar esa mayor participación de los miembros de todas las regiones?

Este es un punto importante. Ninguna organización (ni la IPA ni las organizaciones regionales) tiene suficiente dinero para traducir a otras lenguas pagando profesionales para ello.

Yo sé que el nuevo *chair* del *website*, Romolo Petrini de Roma, tiene un proyecto para involucrar colegas en traducciones “de algo”. Espero poder decir algo más a corto plazo.

Usted cita también que el 20% del presupuesto total de la IPA se destina a investigaciones, y que pretende tener una actitud proactiva; solicitar y demandar a la directiva aquellas investigaciones que considere necesarias. ¿Cómo piensa gerenciar esa cuestión? ¿Existe alguna directiva de inversión?

Sí, hay un plan de control y sugerencias por el *Board* acerca de los objetos de investigación. Un específico *Liaison Committee* va a ser el medio para vehiculizar a la directiva de investigación cuáles son las áreas que la IPA considera más necesarias. Así, la inversión de dinero puede ser más satisfactoria y fructífera para los miembros de la IPA. Esto no es fácil, porque no siempre los intereses científicos de los investigadores, las reales posibilidades de

investigación y las necesidades de los miembros coinciden.

Pero es verdad que en el pasado no había una comunicación suficiente entre ellos, mientras que ahora no habrá áreas desconectadas como antes.

En la mayor parte de América Latina el psicoanálisis es independiente de los planes de salud y, en general, no forma parte de la estructura organizacional de las instituciones oficiales ni de las políticas de salud de los gobiernos. Tenemos noticias de que en otros continentes hay exigencias de resultados en función del mercado y de los planes de salud. ¿Hay alguna influencia de las condiciones materiales de la práctica de los analistas – por ejemplo, requerimientos de los seguros de salud– en la orientación de las investigaciones? ¿Varía eso a su criterio en función de las distintas regiones?

Como todos saben, hay realidades muy diferentes en muchos países. En la mayoría de ellos el psicoanálisis es algo totalmente privado, sin “tercero” que pueda contribuir. En muchas naciones norte y centroeuropeas el Estado paga una parte considerable del tratamiento. Son estados muy ricos, pero también tienen una cultura asistencial muy avanzada.

Las investigaciones son potencialmente fundamentales para convencer a los gobiernos

de que el tratamiento analítico podría ser conveniente para ellos y, paradójicamente, para reducir los gastos a través de una previa inversión de dinero.

¿Cómo ve el panorama mundial en relación con las publicaciones psicoanalíticas?

Sinceramente, yo lo veo bien por un lado y mal por el otro. Es bueno que haya muchos colegas que estudian y escriben sobre clínica y sobre teoría, y muchas revistas que los publiquen. La producción de artículos y de libros hoy es fenomenal. Lo que está mal es que la gran mayoría de estos artículos no pueden ser conocidos fuera de los confines nacionales.

La idea de un *journal* compartido con las Federaciones Continentales (FEPAL, FEP y NAPSAC/APsaA) está encaminada a internacionalizar las diferentes culturas analíticas, a través de traducciones y con la responsabilidad y libertad para cada región de elegir autónomamente sus artículos. Este va a ser uno de los mayores proyectos de nuestra administración, junto con el Diccionario Enciclopédico Internacional de Psicoanálisis y el *journal* IPA/Regiones. Creo que llegó el momento de una conexión mundial entre los analistas, no para hacerlos iguales y “monocromáticos” sino para profundizar la “*cross-fertilization*” que Claudio Eizirik empezó con el CAPSA.

Contemporaneidad y psicoanálisis

Miguel Calmon du Pin e Almeida*

*“Todo aquí es distancia – allá
era aliento. ¡Después de la primera
patria, cómo parece la segunda incierta
[y sin abrigo! Bienaventurada
la pequeña criatura que siempre
permanece en el seno que la crió;
o tu, mosca feliz,
que saltas interiormente aún
en las nupcias: el vientre es todo”.¹*

Comencemos por afirmar la necesidad de ser claros en relación a lo que pensamos o escribimos. Cuanto más claro, más dejaremos aparecer la ambigüedad esencial que caracteriza a la cosa humana. Espero que no me traicione, porque nuestro asunto es espinoso.

Cualquiera de nosotros sabe lo que cuesta producir un escrito en psicoanálisis. Sus efectos más intensos se sienten en los bordes de lo que no dominamos. En los restos, en la mugre que se va largando por el camino. Acordémonos de Freud en su famosa carta del 21/09/1897, dirigida a Fliess, en la que, luego de constatar el “colapso de todo lo que me es valioso”, afirma que es una pena no poder ganarse la vida con lo que permaneció inalterado y en su alto aprecio: la interpretación de los sueños.

Lo que diferencia nuestros textos de los otros es esa turbulencia que, indeseada en los otros saberes, es una fuente por excelencia donde el discurso psicoanalítico se produce. Freud no se cansó de enseñarnos que el material de análisis son las formaciones del inconsciente, esto es, aquello que excede, irrumpe y altera el sentido de nuestra conciencia pretende atribuir a los acontecimientos de nuestras vidas. Aún el concepto fundamental que nordea y define nuestro lugar como psicoanalistas, la pulsión de muerte, ya nos condena al continuo trabajo de representar lo que jamás se agota en una representación, una vez que ella misma no se representa.

Pero, a pesar de tan largamente conocido y repetido, no por eso dejamos de ser alcanzados por aquello que Robert Musil² llama “soberbia serenidad” y nos olvidamos del lugar donde nos definimos propiamente. Son las marcas de nuestro origen impuro que imponen el esfuerzo de borrar los pasos por donde nuestro trabajo se produce. Un esfuerzo de des-simulación que garantice cierta nobleza al escrito y esconda el trabajo fragmentado y la costura que lo produjo. Simular una espontaneidad, casi cierto desinterés, que cause la impresión de que se trata de algo “natural”, y no de una línea de fuerza que constituye una realidad a partir de lo que interpreta.

* Miembro efectivo de la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro.

1. Rainer María Rilke, *Elegías de Duíno*, pág. 47 (Traducción libre del original en portugués).
2. Robert Musil en *El hombre sin atributos*: “Y, con efecto, los más importantes dispositivos intelectuales de la humanidad sirven a la manutención de un estado de espíritu estable, y todas las emociones, todas las pasiones del mundo nada son delante del esfuerzo gigantesco, pero totalmente inconsciente realizado por la humanidad para mantener su soberbia serenidad” (Traducción libre del fragmento incluido en *O homem sem qualidades*, pág. 376).

Sumergidos inconscientemente en la manutención de la “sobrebria serenidad” y empeñados en el constante empeño de subsistir, nos agrupamos y buscamos ayuda en las instituciones. En ellas somos muchos y vemos nuestra producción validada por el cuerpo societario.

Por mucho tiempo, tal vez durante la mayor parte del siglo pasado, nosotros, psicoanalistas de la IPA, por pertenecer a la sociedad fundada por Freud, juzgamos que ese pertenecer constituía por sí solo el sello de garantía que nos elevaba y diferenciaba de todas las demás tentativas de conocer y practicar psicoanálisis. Nuestro parentesco directo con el fundador es nuestro patrimonio, una especie de sello de garantía, garantía de nuestra autenticidad. Solo en las sociedades de la IPA se discute y se hace psicoanálisis auténtico.

Un ejemplo de esfuerzo por prohibir lo paradójal del psicoanálisis, buscando dar consistencia a su cuerpo societario. En sus justificaciones para su “Programa de nuevas iniciativas”, el profesor Charles Hanly nos confronta con el hecho de que la clínica sea nuestra herramienta para medir la verdad de nuestras interpretaciones y de que nuestros éxitos y fracasos en el contacto con los pacientes nos exigen constantemente evaluaciones de los “criterios pragmáticos/ de correspondencia/ de coherencia de la verdad”. Teniendo por objetivo la construcción de un “cuerpo de conocimiento más probable, para el cual nuestra experiencia clínica ofrece pruebas confiables”, el programa propone Grupos de Trabajo de la IPA cuya tarea es “cuestionar el psicoanálisis clínico y teórico” de modo de desenvolver las capacidades individuales de sus participantes, compartir sus resultados en congresos y publicaciones y permitir que las cuestiones locales sean apreciadas internacionalmente.

En el “Programa de nuevas iniciativas”, al capítulo “Una metodología para promover integración conceptual de la teoría psicoanalítica”, desarrollado por el profesor Charles Hanly, le siguen las consideraciones elaboradas por el Comité de Proyecto de Integración Conceptual. Tiene el título “Un abordaje para la integración

conceptual”. En él son ponderadas las necesidades de que los conceptos sean colocados en sus perspectivas históricas así como reafirmando los cuidados necesarios al conceptualizar. Enfatizan también la necesidad de reconocer la pluralidad conceptual y que la referida integración conceptual es un emprendimiento personal. Las ponderaciones se cierran con la siguiente conclusión: “No se justifica la existencia de tribalismo o reduccionismo geopolítico”.

Muy buena la conclusión de las consideraciones del comité, una vez que, al tomar el proyecto del profesor Charles Hanly en su radicalidad, al final de los trabajos, cabría a la IPA la publicación de la versión oficial de la teoría psicoanalítica así como una versión oficial de la clínica que daría soporte a la conceptualización teórica ahora integrada. Por el mismo motivo, debería publicar un nuevo index, donde constaran las inconsistencias integradas y los conceptos proscritos.

Las instituciones son depositarias del inmenso esfuerzo realizado por cada uno de nosotros, totalmente inconsciente, en la manutención de la “sobrebria serenidad”. El fundamento más propio de ese funcionamiento se traduce en el empeño en transformar la vida en un negocio.

Una especie de canje, donde le cabe al sujeto la obediencia y el desempeño de ciertas condiciones requeridas por las instituciones para tener en contrapartida la protección y la garantía derivadas de tal pertenencia.

De ese modo, al mismo tiempo en que son depositarias, las instituciones se ven también deseadas y mantenidas como fuente de instigación para que, en la medida de lo posible, no dejen que la comodidad tome cuenta de todo y todos. Ellas, las instituciones, paradójalmente nos convocan a salir, participar, compartir la experiencia de cada uno con los demás.

Doble sentido, doble función que mantienen tanto las instituciones como cada uno de nosotros en constante tensión.

Transformar la vida en canje, nada más simple y ni siquiera extraño a lo que nos determina, una vez que, con aquello que hacemos

y somos, buscamos un cierto fin. Si el fin es apenas cumplir con las obligaciones y entregar a las instituciones la responsabilidad por el resto de nuestras vidas, podemos comprar nuestra indulgencia y encontrar nuestro lugar en el cielo, como la Iglesia, la más poderosa de las instituciones del mundo occidental, nos enseñó. Pragmáticamente, como en un negocio.

Si fuera más que eso, si el fin no se agotara ni se realizara con la pertenencia a tal institución y se colocara más allá, la cosa se complicaría e implicaría el sujeto en su propia vida, sin pañuelo y sin documento, como quiere la conclusión del Comité de Proyecto de Integración Conceptual, para quien “la integración conceptual es un emprendimiento personal”.

Todo el problema reside en cómo definir los varios niveles de los que está compuesto ese fin.

Otro ejemplo ahora recogido de la Biblia: en el mito de la creación, Dios permite a Adán comer de todos los árboles de la vida. Sin embargo, le advierte que no coma el fruto del árbol del medio. El árbol del medio es el árbol del conocimiento del Bien y del Mal. Si comieran de su fruto, Adán y Eva serían expulsados del Edén. La Iglesia, en su empeño por controlar la vida y transformarla en negocio, nos transmite la enseñanza de que la desobediencia de Adán y Eva a la advertencia de Dios determinó su destino. Al desobedecer, dejaron de cumplir lo que les fue prescrito, de ahí fueron proscritos del Paraíso. A contrapelo, queda la enseñanza de que, si ambos hubiesen seguido el consejo divino, habrían evitado el destino trágico. Con palabras de modernidad, podemos decir que no fueron “buenos niños”. ¿Pero será ese el problema que la Biblia nos propone? Una vez sabedores del conocimiento proveniente del fruto del árbol del Bien y del Mal, ¿cómo podrían Adán y Eva vivir en el Paraíso? Hay



algo en el conocimiento que por ese fruto se transmite que es inconciliable con la idea de Paraíso: el conocimiento de la muerte y, diré por extensión, de la locura. La expulsión de Adán y Eva del Paraíso no se da determinada por la desobediencia seguida de castigo, salvo si quisiéramos tomar la desobediencia en su sentido etimológicamente preciso. Obedecer viene de *audire*, escuchar; *ob* se relaciona con aquello que se contrapone. Entonces, obedecer se relaciona con el modo como vivimos lo que escuchamos. Desobedecer significa no escuchar. Así, Adán y Eva no escucharon lo que Dios les dijo: al comer el fruto del árbol del Bien y del Mal, pasarían a saber sobre la muerte, sobre su finitud, y por eso el Paraíso dejaría de existir para ellos.

Destino trágico de los hombres.

Referencias

Musil, R. (2006). *O homem sem qualidades*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.

Rilke, R.M. (2001). *Elegias de Duíno*. Rio de Janeiro: Globo.



Por una investigación pluralista en psicoanálisis¹

Serge Frisch*

En lugar de investigación en psicoanálisis, deberíamos hablar de los diferentes modelos de investigación en psicoanálisis. Toda investigación científica se modifica en función de los objetivos que están en relación con los destinatarios de la investigación. En efecto, si la investigación es interna al movimiento psicoanalítico, será totalmente diferente a una investigación destinada al mundo externo, ya sea universitario o político.

Para desarrollar el psicoanálisis, Freud toma sus raíces de científicos tales como Darwin, así como también de la neurología, la biología, la física, la etología, la sexología, la semiología, la lingüística, la historia e incluso, manteniendo la desconfianza, de la filosofía, la religión, la endocrinología, etcétera. Todo ese recorrido era necesario para desarrollar la pieza maestra del psicoanálisis freudiano: la metapsicología.

A partir de Freud y desde sus comienzos, el psicoanálisis tiene el objetivo de reforzar el conocimiento del funcionamiento psíquico, desarrollar la metapsicología y afinar la técnica analítica.

En los países francófonos se usa con frecuencia el término *evaluación* para evocar los trabajos que intentan poner en evidencia los resultados de las psicoterapias o los psicoanálisis. Sin embargo, en los países anglosajones el término utilizado es más bien *investigación*. Según el *Diccionario histórico de la lengua francesa*, evaluar es fijar *aproximadamente* el valor, el precio, una cantidad, una distancia. Es también estimar las cualidades y las alternativas de una persona. Lamentablemente, el término *investigación* se impuso también en psicoanálisis en detrimento del término *evaluación*, que me parece más adecuado en lo que concierne a los fenómenos psíquicos.

Un deslizamiento no inocente de la investigación en psicoanálisis a la investigación sobre el psicoanálisis

Existen múltiples formas de investigación en psicoanálisis, que podemos esquematizar de la siguiente manera: la investigación clínica, la investigación conceptual y la investigación

* Federación Europea de Psicoanálisis.

1. Traducción del original: Natalia Mirza y Laura Verissimo.

empírica. La investigación es polivalente, pero el objeto y el objetivo son diferentes para cada forma de investigación y, como lo dice Widlöcher (2007), nuestra “grilla de escucha” no va a ser la misma puesto que no entendemos lo mismo tras los mismos objetos de escucha. Widlöcher distingue investigación *sobre* psicoanálisis de investigación *en* psicoanálisis.

La investigación *en* psicoanálisis está hecha por psicoanalistas y refiere a *hechos psicoanalíticos*. Estas investigaciones en psicoanálisis están destinadas a los analistas y tratan sobre la comprensión del funcionamiento psíquico del paciente, la profundización de los aspectos técnicos (por ejemplo, la relación transfero-contratransferencial) o incluso sobre el desarrollo de la metapsicología. En esta concepción, el psicoanálisis se inscribe también, como dice Freud, en un trabajo de cultura (*Kulturarbeit*).

La investigación *sobre* el psicoanálisis, frecuentemente llevada adelante por investigadores no analistas, utiliza instrumentos ajenos al psicoanálisis, por ejemplo, grillas de evaluación provenientes de la psicología, la psiquiatría o la sociología. Si bien estamos de acuerdo con que todas las formas de investigación son útiles y deberían ser apoyadas, tenemos la impresión de que en estos últimos años la investigación objetiva, la investigación *sobre* psicoanálisis, ha sido principalmente valorizada política y financieramente por las instituciones psicoanalíticas en detrimento de la investigación clínica (en y por el psicoanálisis) y de la investigación conceptual. Esta es una contradicción con respecto a la cultura analítica, puesto que es desde el enfoque clínico que han sido generados todos los grandes modelos teóricos propuestos por Freud y es sobre la base de la clínica que se han podido desarrollar las controversias suscitadas por estos modelos. El enfoque de Freud, que se basa esencialmente en una aproximación y una reflexión clínica con sus *a posteriori*, demuestra bien la coherencia interna que hay en su método y que este no puede reducirse a una grilla de criterios universales e irrefutables.

Sin embargo, en las dos últimas décadas, tanto los poderes públicos como los pacientes y la opinión pública en general exigen evaluaciones más precisas del método analítico como técnica terapéutica y, sobre todo, de los resultados obtenidos por este enfoque. Por otra parte, nuevas terapias, frecuentemente en las antípodas de la perspectiva psicoanalítica, se han vuelto un *boom* en estos últimos años.

La heterogeneidad de las teorías analíticas y de las técnicas utilizadas suscita interrogantes entre un alto número de científicos que no alcanzan a percibir que la riqueza del enfoque y del corpus teórico psicoanalítico es el resultado inevitable de la complejidad del psiquismo humano. A su vez, una presión cada vez más fuerte se ejerce desde el medio hacia los psicoanalistas, en el sentido de que proporcionen evaluaciones más tangibles y objetivas de su trabajo. Deben también demostrar los beneficios que se pueden obtener del psicoanálisis, que es largo y costoso, frente a terapias más cortas y, por lo tanto y a primera vista, menos caras.

La investigación *sobre* psicoanálisis está claramente destinada a convencer a personas que no son analistas de la utilidad del psicoanálisis, de su eficacia y de que la relación precio/eficacia no es desfavorable para el psicoanálisis si se lo relaciona con las terapias centradas en los síntomas (Fonagy, 2002, 2004). El destinatario de la investigación modifica profundamente la concepción. Los analistas están sometidos a evaluaciones foráneas en las que necesidad, eficacia y economía devienen los tres ejes que determinan su trabajo. Está cada vez más difundida la idea de que la eficacia de los tratamientos está relacionada con que puedan aportar resultados cuantificables en lapsos de tiempo cada vez más breves.

Podemos distinguir diferentes modalidades de evaluación y de investigación. La investigación clínica en psicoanálisis ha estado, desde siempre, en el origen del psicoanálisis, y es todavía el motor de su desarrollo. Es por el estudio del caso Schreber que Freud concibe la teoría de la paranoia y por el estudio de El Hombre de las Ratas que llega a describir la

neurosis obsesiva. Este tipo de investigación clínica se focaliza en un caso clínico aislado y son las observaciones congruentes sobre otros pacientes las que permiten hacer extrapolaciones y extraer datos generales con el objetivo de describir las entidades psicopatológicas, construir modelos teóricos y afinar las aproximaciones terapéuticas (Fonagy, 2002).

En paralelo a este tipo de investigación *en* psicoanálisis sobre un caso clínico individual y efectuada por cada analista en su consultorio, un cierto número de estudios se centran hoy en día en los cambios intrapsíquicos, es decir, en la relación del paciente con su propio funcionamiento mental y la puesta en evidencia de los agentes provocadores de estos cambios. En ese sentido, tales investigaciones se acercan a la investigación clínica pero en realidad utilizan otros instrumentos de medición, tales como ciertas escalas o la decodificación de grabaciones de audio o video efectuadas por terceros.

Las **investigaciones objetivables**, sistematizadas y estadísticas, adquieren una importancia creciente en las dos últimas décadas. Estas investigaciones se realizan sobre un gran número de pacientes –varias centenas o millares de personas– y se extienden sobre toda la duración del tratamiento y durante muchos años de seguimiento después del fin del tratamiento. Estos estudios son realizados por *evaluadores* externos a la relación terapeuta/paciente.

Fonagy (2002) resume bien los objetivos científicos investigados a través de estos estudios:

Determinar categorías bien definidas de pacientes que extraen un beneficio seguro de una intervención psicoanalítica: identificar a estas personas tanto en términos diagnósticos y sintomáticos como en relación con su funcionamiento psíquico, o aun en función de su situación social.

Medir con precisión los cambios en el funcionamiento psíquico de los sujetos analizados: estas técnicas deben ir más allá de una simple mejoría sintomática, dado que deben destacar los beneficios de la intervención que son apreciados por el paciente (o por aquellos que lo cuidan), o aun aquellos elementos predictivos

de una ausencia ulterior de trastornos (aspecto preventivo).

Concebir nuevas modalidades de intervenciones psicoanalíticas a fin de hacerlas más eficaces tanto en términos de alivio de los síntomas como en su finalidad preventiva.

Los detractores de esta posición, entre ellos Roger Perron (1998), expresan críticas concernientes a la metodología, la epistemología y la técnica utilizada en las investigaciones *objetivables* en psicoanálisis. Perron subraya que existen dos tipos de procedimientos para estudiar los trastornos y las dificultades psíquicas: aquellos en los que predomina la actitud clínica y que ponen en evidencia los *hechos psicoanalíticos*, y aquellos que utilizan procedimientos de objetivación y de sistematización formal que corresponden a las terapias cognitivo-comportamentales.

Perron estima que si bien los tratamientos estadísticos son pertinentes en las investigaciones objetivables, no pueden jugar más que un rol secundario –y son raramente probatorios– en la investigación clínica. Las terapias *cognitivo-comportamentales* definen los casos a tratar por los síntomas, por lo que se sitúan explícitamente en la segunda óptica. Las aproximaciones psicodinámicas –o, más precisamente, la aproximación psicoanalítica– se sitúa por el contrario en la primera, es decir, la del análisis funcional. Así, de entrada, la elección de los instrumentos que caracterizan los trastornos a tratar en la óptica estadística sesga masivamente toda la investigación en favor de una óptica y en detrimento de la otra.

Creo recordar que Buchholz escribió que la investigación empírica actual exige calificaciones completamente diferentes de las de un terapeuta o un psicoanalista. En cuanto comparamos lo que los investigadores y los terapeutas hacen, es necesario admitir que tienen problemas muy diferentes, y también estrategias y soluciones diferentes. Vemos entonces aparecer a un nuevo tipo de investigador moderno que no está orientado hacia la psicología; un investigador que ha estudiado informática, lingüística o matemática y que desea hacer in-

vestigación pero no psicoterapia. No puede haber allí una relación jerárquica entre la investigación empírica y el trabajo clínico, dado que son dos dominios separados, cada uno con sus reglas, sus modelos de funcionamiento y de pensamiento. Al ser dos sistemas diferentes, la práctica clínica no puede ser determinada –ni dirigida– por la investigación empírica, aunque de todos modos dos dominios autónomos no excluyen el diálogo.

Conclusiones

Sabemos que todos los caminos conducen a Roma. Sí, pero a condición de considerar el propio recorrido y sus desviaciones no como un problema sino como una solución. Avanzar es aceptar perderse. Fue perdiéndose que Cristóbal Colón descubrió América. Perderse camino a Roma nunca es un fracaso. “Ir por el camino más corto”, se nos dice. Recordemos que Alejandro el Grande fracasa cuando, cortando el nudo gordiano, no obtiene más que una fugaz victoria en Asia (Attali, 2003).

Fonagy (2002, 2004) considera que la supervivencia de la psicoterapia psicoanalítica y, *a fortiori*, del psicoanálisis en cuanto modalidades de cuidado, depende de los resultados de estos estudios sobre el psicoanálisis. Los objetivos de la investigación, así, cambian. No se trata de hacer avanzar las ideas psicoanalíticas y de enriquecer la metapsicología sino de convencer a los que tienen poder de decisión política y a ciertos universitarios de la cientifici-

dad del psicoanálisis. Recordemos que Freud estaba empeñado en que el psicoanálisis se mantuviera como una disciplina científica por sí misma y en que no fuera subordinado a ninguna otra disciplina. A pesar de esto, actualmente, demasiado a menudo ciertos psicoanalistas parecen investigar en otras ciencias, como en las neurociencias o en investigaciones cuantitativas, y encuentran la confirmación de lo que la investigación clínica en psicoanálisis había claramente puesto en evidencia con anterioridad. Tales posiciones no son neutras: ellas parecen mostrar una pérdida de la confianza de ciertos analistas en el psicoanálisis y son utilizadas como medio de presión política para, desde el interior, inclinar la orientación del psicoanálisis, desviar la enseñanza del método que Freud nos ha legado. Es necesario ser consciente de que detrás de cada orientación en la investigación se esconde también una concepción diferente del psicoanálisis.

Referencias

- Attali, J. (2003). *L'homme nomade*. Paris: Fayard.
- Fonagy, P. (2002). Reflections on psychoanalytic research problems – a French-speaking view. En Fonagy, P.; Jones, E.E.; Kächele, H.; Clarkin, J.F.; Krause, R.; Perron, R. et al. (Eds.). *An open door review of outcome studies in Psychoanalysis* (3-9). London: IPA.
- Fonagy, P. (2004). Foreword. En Richardson, P.; Kächele, H. & Renlund, C. *Research on psychoanalytic psychotherapy with adults* (Vols. XIX-XXVII). London: Karnac.
- Perron, R. (1998). La recherche en psychanalyse et l'association psychanalytique internationale. *Bulletin de la Société Psychanalytique de Paris* (39-51), 50.

Psicoanálisis: una ciencia observacional

Charles Hanly*

Es mi opinión que, por razones éticas, el psicoanálisis no es (y no puede ser) una ciencia experimental. Más bien es una ciencia observacional. Otras ciencias observacionales son la biología evolutiva (por ejemplo, las observaciones de Darwin sobre selección natural), la anatomía (por ejemplo, el descubrimiento de Harvey sobre la circulación de la sangre), la astronomía (por ejemplo, las observaciones sobre la luz que pasa a través del campo gravitacional del sol, que validó la teoría de la relatividad de Einstein). Un ejemplo desde el psicoanálisis son las observaciones de Freud que revelaron los límites de su teoría de la seducción, lo cual condujo a sus hipótesis sobre la sexualidad infantil, la potencialidad patógena de la fantasía inconsciente y las series complementarias de los factores patogénicos. Estas hipótesis fueron más adelante corroboradas, cuando se las enfrentó a la experiencia clínica en desarrollo de Freud y a la experiencia de otros analistas. En su mayor parte, la teoría psicoanalítica es desarrollada a partir de observaciones clínicas, esto es, a partir de lo que se observa que ocurre en el funcionamiento y vida de los pacientes como resultado del proceso clínico.

Por algún tiempo la confianza en el valor epistémico de la observación clínica ha sido atacada desde varios sitios. Los filósofos de la ciencia han afirmado que la observación clínica no es confiable científicamente porque los efectos placebo no pueden ser descartados y/o porque los conceptos psicoanalíticos son tan elásticos que no pueden ser probados. Algunos analistas han argumentado que las descripciones pueden solo ilustrar teorías, no probarlas. En la misma línea, algunos analistas hermenéuticos sostienen que las observaciones clínicas están tan dominadas por la teoría del analista, conforme a la cual él interpreta lo que observa, que el analista confirma siempre subjetivamente sus propias ideas favoritas y permanece ciego a cualquier cosa que pudiera falsearlas. Los analistas subjetivistas afirman que la narración que hace el paciente de su vida está siempre tan influida por la presencia del

* Asociación Psicoanalítica Internacional.



analista a quien él/ella habla, que la vida del paciente es una cocreación del paciente y el analista, con el resultado de que el paciente debe quedar a la larga desconocido e incognoscible. Además, otros han aseverado que las observaciones clínicas son irremediamente subjetivas. Y, por supuesto, si estas afirmaciones son correctas, el psicoanálisis no puede cumplir con los requisitos de una disciplina clínica.

Cada una de estas críticas tiene mérito y tendría que ser tomada en serio, no como entendimientos sobre fallas fundamentales en todas las observaciones clínicas, sino como advertencias útiles acerca de los riesgos reales del sesgo subjetivo y la distorsión en las observaciones clínicas y en nuestras interpretaciones de ellas. Es verdad que podemos fallar (y así lo hacemos) en entender correctamente lo que inconscientemente causa la ansiedad,

los síntomas, las inhibiciones y el mal funcionamiento del paciente. Pero también es cierto que el psicoanálisis nos proporciona los recursos necesarios para identificar y corregir estas fallas en nuestra escucha psicoanalítica. La situación analítica nos capacita para evaluar críticamente cómo nuestras interpretaciones trabajan siguiendo los cambios en el funcionamiento del paciente. Las fuentes de insuficiencias en el trabajo clínico del analista pueden ser exploradas y corregidas mediante autoanálisis o análisis. De este modo, podemos mejorar nuestras habilidades clínicas y volver nuestras observaciones más objetivamente fiables, lo cual nos permite responder a críticas tanto de analistas como de no analistas. Estas críticas nos mantienen alerta y permiten al psicoanálisis cumplir con las exigencias de una ciencia observacional.

La investigación en la API: Reflexiones de un ex tesorero

Moisés Lemlij*

En una reunión de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) sobre otro tema, un presentador hizo al paso un comentario irónico sobre la investigación psicoanalítica. Algunos asistentes protestaron airadamente, lo cual dio inicio a un prolongado y altisonante intercambio de opiniones. Mientras que unos decían que la investigación empírica no tiene nada que ver con el psicoanálisis, ya que se trata de aproximaciones epistemológicamente opuestas y que quienes piensan lo contrario no entienden qué es el psicoanálisis, los otros decían que quienes se oponen a la investigación empírica están en la prehistoria y son los que no entienden de qué se trata nuestra disciplina. Ambas partes sostenían apasionadamente que la otra posición terminaría por destruir al psicoanálisis. No me sorprendí en absoluto. Hasta me hizo gracia. No era la primera vez que escuchaba un debate de este tipo. La mayoría de nosotros hemos tenido oportunidad de escuchar o leer argumentos igualmente apasionados y sólidos de los dos lados. En América Latina, por ejemplo, tenemos a Juan Pablo Jiménez y Ricardo Bernardi, que están a favor de la investigación empírica, y a Marcelo Viñar y Leopold Nosek, que están en contra.

Sin embargo, no soy neutral en este debate. Antes de exponer mi posición, y a pesar de que se dice que quien se excusa se acusa, diré que tengo una ligazón con la investigación empírica en psicoanálisis desde hace muchísimos años. De hecho, para mi tesis doctoral hice una investigación empírica que fue una de las primeras en utilizar el método desarrollado por Shapiro. Y desde hace más de una década soy consultor académico de la Maestría en Estudios Teóricos en Psicoanálisis, que tiene uno de los índices más altos de investigación entre los más de 30 programas de posgrado de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Pienso que el problema no es si se debe hacer investigación en psicoanálisis o no. El problema es por qué y cómo se ha venido realizando en la API. Durante la presidencia de Otto Kernberg se tomó la decisión de dar un fuerte impulso a la investigación orientada a

* Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

demostrar la eficacia del psicoanálisis, para hacer frente al hecho de que los sistemas de seguro de varios países estaban dejando de cubrir tratamientos de corte analítico con el argumento de que, a diferencia de otros métodos como la farmacología o las terapias conductuales, no había pruebas de sus resultados. Desde entonces, el rubro de investigación ha sido prioritario en el presupuesto anual de la API, es decir, en el uso que se les da a las cuotas aportadas por sus miembros.

Grosso modo, la API tiene un ingreso de US\$ 2 millones al año. Un tercio de este dinero va para la oficina central y tareas administrativas; otro tercio, a las actividades relacionadas con el gobierno de la institución, y el último tercio, a las actividades de los diversos comités. Durante muchos años la mitad del dinero destinado a las actividades de los comités ha sido asignado al rubro de investigación en sus dos componentes: las subvenciones a las investigaciones y los programas de entrenamiento en investigación. La otra mitad se reparte entre el resto de comités, que son muchísimos. Por ejemplo, el Comité de Psicoanálisis y Cultura recibe anualmente US\$ 10 mil, es decir, el mismo monto que se otorga como subvención para un proyecto de investigación. Algunos comités realizan muy importantes actividades con muy poca plata, por ejemplo, el Comité de Mujer y Psicoanálisis, más conocido por sus siglas en inglés: COWAP.

No dudo de que los programas de entrenamiento en investigación sean una experiencia maravillosa ni de que las subvenciones sirvan para llevar a cabo investigaciones que son de interés para quienes las realizan. No es difícil deducir eso de la vehemencia y determinación que caracteriza a quienes defienden estas actividades. Lo que me pregunto es si el resto de la membresía se ha beneficiado de alguna manera de la inversión que la API ha realizado en ellas durante tantos años, y que suma varios millones de dólares. ¿Se ha logrado acaso demostrar a los sistemas de seguro la efectividad del psicoanálisis, y derrotado a las poderosas compañías farmacéu-

ticas? Entonces, ¿ha sido la mejor manera de invertir nuestro dinero?

Los últimos artículos del ex secretario general de la API, Gunther Perdigao, publicados en el Boletín Informativo Electrónico, han referido insistentemente a la situación que atraviesa nuestra institución. No solo se ha reducido drásticamente la tasa de crecimiento de nuestra membresía sino que está envejeciendo: “El 70% de los miembros tienen entre 50 y 70 años de edad y si continuamos a este ritmo dentro de 20 años un tercio de los miembros de la API tendrá más de 80 años”. Pero también estamos teniendo dificultades para reclutar candidatos jóvenes: “Nuestros candidatos empiezan más tarde su formación analítica. En Europa, el 50% de los candidatos tienen entre 40 y 50 años y un tercio [de ellos,] más de 50. Solo tenemos candidatos y miembros más jóvenes en zonas nuevas para el psicoanálisis como Europa Oriental y Asia”. En resumen, nos hemos convertido en una asociación de viejos.

Gunther Perdigao agrega: “El fracaso en la tarea de atraer suficiente gente joven tiene implicaciones financieras, dado que muchas sociedades dispensan del pago de cuotas a sus miembros mayores o solo les cobran una tarifa reducida. El Comité de Presupuesto y Finanzas de la API ha estado estudiando este problema y ha decidido actuar con prudencia reduciendo nuestro presupuesto de este año en US\$ 90 mil y posiblemente hacer lo mismo en los próximos años para compensar la disminución en los ingresos por cuotas que se prevé debido al envejecimiento de la membresía”.

Desde mi punto de vista, la situación actual de la API se debe a múltiples causas. Entre otras, no hemos prestado suficiente atención a la tarea de reclutar a jóvenes prometedores – por ejemplo, subvencionando su formación – ni a la de mejorar la formación y hacerla más atractiva. Tampoco hemos impulsado decididamente las actividades de proyección a la comunidad. Hemos desperdiciado tiempo y dinero que serán muy difíciles de recuperar.

El problema no es si la investigación es importante o no. El problema es que por alimentar

a las vacas se ha privado a las terneras, lo cual en mi opinión pone al descubierto fallas en la estructura de gobierno de la API. Lamentablemente los tiempos han cambiado. Antes las decisiones se tomaban en las asambleas administrativas, donde los miembros tenían oportunidad de expresar lo que pensaban. De miembros deliberantes nos hemos convertido en votantes por correspondencia y eso ha tenido como resul-

tado que no haya habido nunca una iniciativa de la Junta de Representantes que no se haya aprobado. Es tiempo de debatir y reflexionar sobre algunas decisiones que han resultado perjudiciales. Creo que todos los miembros y también las sociedades deben, como cuando existía la Cámara de Delegados, hacer sentir su voz respecto a las prioridades de nuestra asociación.



La investigación empírica y la especificidad del psicoanálisis

Leopold Nosek*



Pienso que la gran invención psicoanalítica es la situación clínica. Dos personas acuerdan conversar libremente. Una peleará por decir lo que le pasa por la cabeza, intentando ser lo más genuina posible. La otra la recibirá como huésped y tratará de abrirse también a lo traumático que proviene de esa acogida. Ambas se comprometen a abstenerse de acciones concretas en el espacio del encuentro y, en esa arena del no acontecimiento, virtualmente todo podrá ocurrir. Pasiones, asesinatos, nacimientos, incestos, amores, traiciones, dramas y tragedias de todo tipo van a ofrecerse a la observación. Lo empírico se transfigurará en una especie de poesía, y ésta buscará la abstracción del concepto, que para revelarse necesita retornar a la realización metafórica. La lente que observa tiene los matices de los conceptos fundadores del campo psicoanalítico y los hechos que se desdobl原因 delante del observador imponen un movimiento de recomposición teórica. A partir de la práctica capturada por el concepto, una intrincada red teórica se construye y colorea nuestra escucha.

Estamos entonces delante de una disciplina necesariamente crítica que se nutre de lo empírico –no vivimos sin la dualidad de práctica y teoría–. Nuestra teoría, por otro lado, se detiene sobre lo que no es concreto, sobre lo que no puede ser poseído, medido o sometido a pruebas de laboratorio. Así es con el inconsciente, la sexualidad infantil, la represión, el conflicto pulsional y tantas otras construcciones. ¿Cuántas veces, aunque estén perfectamente comprendidos, no se nos escaparon por entre los dedos para enseguida ser nuevamente intuitidos en otra red asociativa, en otras metáforas, alegorías y niveles de abstracción?

Pero el espíritu del tiempo nos impone ciertas preguntas: ¿continuamos creyendo que la plena comprensión del psicoanálisis implica que el analista viva la experiencia de ser paciente y después aprenda con sus pacientes? ¿Que en psicoanálisis, investigación y tratamiento integran un procedimiento único? ¿Que el psicoanálisis constituye una psicología con derecho propio y que la metapsicología es

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

una teorización que, a ejemplo de la poesía, se deshidrata por la repetición, por el academismo, por los manuales de procedimiento? Si es así, ¿por qué volvemos otra vez al campo del empirismo, del positivismo, a la supuesta necesidad de remodelar el psicoanálisis en función de las demandas de una corriente social insidiosamente influyente? ¿Si el *Zeitgeist* nos pide *adaptación*, qué hacer con la subversión intrínsecamente asociada al campo del psicoanálisis?

Rendirse a esos pedidos será el camino para una red de procedimientos que desaparecerán, como lo hacen todas las adaptaciones, ellas no resisten a la crueldad de lo nuevo que es lo que la historia no cesa de alcanzarnos. Esa es, creo, la raíz de un tema omnipresente en nuestras discusiones: la mentada “crisis del psicoanálisis”. Sitúo en ese terreno la actualidad del debate sobre investigación empírica, y esa reflexión propuesta por *Calibán* me autorizará a relatar un pequeño trayecto personal en la historia de nuestras instituciones.

En 1996, en el intermedio de la gestión de Horacio Etchegoyen y la de Otto Kernberg, me convertí en editor del *International Psychoanalysis – The Newsletter of the International Psychoanalytical Association*. Teníamos en la IPA un movimiento vibrante de renovación. Como ejemplo de los cambios, recuerdo que Etchegoyen canceló las decisiones secretas (!) en el *board* de la institución. En nombre de la ética, las decisiones no eran publicadas, y había, por tanto, leyes y reglas desconocidas por los miembros.

Como pauta principal del primer número de una publicación latinoamericana de la *Newsletter* (v. 5-1, 1996) -boletín informativo que transformamos en revista-, escogimos el debate entre André Green y Robert Wallerstein sobre la investigación empírica. Green defiende como imprescindible cuidar lo que es específico y definidor del psicoanálisis. Wallerstein, en clara formulación positivista, responde que “la posición de Green es una cuestión empírica y la prueba de tal budín están en comerlo”. Green retruca que, si “la prueba del budín está en co-

merlo, una evidencia aún más fuerte estará en la indigestión causada”. No viene al caso reportar toda la larga argumentación de los dos autores. Quiero apenas recordar que desde el inicio hubo esa polarización apasionada y que las dos posiciones serían dos partes enfrentadas en los debates científicos y políticos en el interior de la IPA. Hasta entonces la discusión se daba predominantemente entre escuelas de pensamiento teórico y clínico, pero, con la ruptura de paradigmas y certezas que impulsaron las ciencias humanas en el final de los años 80, volvió al centro de los debates la confrontación entre parámetros positivistas y especificidad psicoanalítica. Se torna esencial discutir cómo proseguir cuando las convicciones ya no pueden pretender alcanzar la “verdad”.

Pienso que el verdadero tema, ahí, es la “crisis” del psicoanálisis. Sobre el asedio de la simplificación de los diagnósticos psicopatológicos y de éxito de marketing de las nuevas drogas psiquiátricas, el pedido es que ofrezcan respuestas inmediatas y pragmáticas. El psicoanálisis pierde espacio y en muchos centros su práctica sufre una caída dramática.

En países donde los analistas son remunerados por la red estatal de salud y por los seguros médicos y sociales, crece la idea de que es preciso probar empíricamente la validez y el éxito de los procedimientos analíticos; el setting se define por el número de sesiones, la eficacia terapéutica es evaluada según la nueva nosografía psiquiátrica. Los datos estadísticos ganan un estatus jamás atribuido a ningún autor. Las urgencias existenciales se tornan justificaciones para recurrir a la medicina y a la psicología clínica, de las cuales el psicoanálisis se desgarró en su nacimiento.

En la época, el *International Journal* deja de publicar el *International Review of Psychoanalysis*, que privilegiaba la interfaz con la cultura y las artes. Esa hegemonía positivista se extenderá por las administraciones siguientes de la IPA, y su síntoma más elocuente estará en los recursos destinados al Comité de Investigación, que por más de una década recibirá anualmente 300 mil dólares, mientras al Co-

mité de Psicoanálisis y Cultura le corresponderán 10 mil dólares. ¡Cerca de 3.000 dólares por región! De todos modos, es obvio, el presupuesto de la investigación que debería mostrar la relevancia del psicoanálisis en el campo de la salud es ridículamente ínfimo, comparado a las inmensas cuantías manejadas por los laboratorios farmacéuticos. Asistimos entonces al “milagro” de las nuevas medicaciones y de esquemas psicoterapéuticos que hacen renacer el desacreditado behaviorismo de los años 60. Como excepción en ese período, quiero mencionar los esfuerzos, en la gestión de Claudio Eizirik, de poner en primer plano la discusión de los diferentes modelos de formación analítica. Respetando tradiciones diversas anglosajonas, se acogen los modelos uruguayo y francés, y el modelo de Eitington en la organización. De hecho, ocurrirá una pérdida en el poder de intervención de la IPA en las sociedades.

Si ese esfuerzo empirista es irrelevante para las políticas de salud, en nuestro ámbito institucional es grande la importancia del grupo favorable a la investigación, lo que se manifiesta en las porciones presupuestales que ese grupo obtiene y también en la inclinación epistemológica positivista que se extiende por las publicaciones, en una vuelta a la visión psicopatológica, en las elecciones que privilegian la psiquiatría. Cabe preguntar cuáles desarrollos –respetando nuestra identidad teórica y clínica– tendrían resultado de investigación empírica después de casi 15 años de esfuerzos. En contrapartida, es fácil citar, en ese mismo período, enormes contribuciones de autores que partieron de nuestra especificidad clínica y metapsicológica: Green, Botella, Ferro y Ogden, por ejemplo, entre tantos otros. El psicoanálisis tiene la característica de, a partir de situaciones extremas, identificar mecanismos que rápidamente percibimos como universales. Fue así con las neurosis, creando una psicopatología de la vida cotidiana, y con las psicosis, en las que identificamos formas adaptativas al vivir común. Fue así con el luto y con la melancolía, mostrando cómo introyectamos imágenes que constituirán lo que llamamos carácter. Fue así

con lo traumático y con las patologías borderline. Estamos lejos, por definición, de la división entre normalidad y patología, y también de los mecanismos de adaptación social que esas tentativas de navegar los tiempos reintroducen.

Tal vez sea exceso de optimismo mío, pero creo que hoy la mentada investigación empírica va perdiendo prestigio y terreno; crece la percepción de que sus defensores fallaron en corresponder las soluciones que promocionaban. Tenemos en la IPA una nueva administración, producto de la votación amplia de sus miembros. Parece que ocurren transformaciones más de acuerdo con lo que nos es específico... Y, al final de cuentas, ¿cuándo fue que el psicoanálisis no se nutrió de crisis?

Su grandeza estará siempre en la perturbación que él introduce en el pensamiento filosófico, en las artes, en la pedagogía, en las disciplinas de las humanidades, en la cultura. La tarea que nos cabe, hoy más que nunca, es entonces reforzar nuestro método y nuestra práctica. Mantener el foco en el poder subversivo de nociones como inconsciente, sexualidad infantil o conflicto pulsional, en ese original método de investigación científica basado en la atención fluctuante, libre asociación y campo transferencial, en la indiferenciación entre investigación científica y práctica clínica –ahí sí, nuestra verdadera investigación empírica–. Mantener el foco en la esencialidad de la metapsicología, bruja evanescente que planea sobre un conjunto de conceptos móviles. Tener siempre presente que, no existiendo hechos de observación sin presupuestos metapsicológicos, nuestros relatos fácticos ya nacen impregnados de coordenadas teóricas que definen lo que observamos. Tener siempre presente que las memorias y los hechos clínicos con los que nos importa lidiar no son autónomos; son, eso sí, reconstrucciones erigidas con buena dosis de licencia inventiva. Tener siempre presente que no contamos con el beneficio de la estadística ni de la prueba fáctica, pero que progresamos, si, lentamente, en el pilar de la percepción de toda una comunidad de pares de que una nueva proposición clínica o teórica tiene sentido.

Nuestro conocimiento será siempre incipiente y nuestro progreso se hará con el pasaje de generaciones y con la crítica a los pedidos por pragmatismo con que los tiempos intentan seducirnos. La profesión que escogimos nos impone la ética de la sumisión a lo extranjero, a lo

nuevo, a lo desconocido, y eso, por sí solo, significa que estaremos siempre en crisis, en busca de lo inevitablemente singular que de vez en cuando, en la intimidad de nuestras salas, como en una centella, nos hará testigos de la sombra de lo universal humano. Podemos festejar.



Notas sobre la investigación en psicoanálisis

Carlos Alberto Plastino*

Al descubrir la existencia de la realidad psíquica, diferente de la realidad material, postular su naturaleza genuinamente inconsciente y revelar su modo de ser a través de del descubrimiento del proceso primario, Freud (1900/1976) confrontó las creencias básicas que sustentan las concepciones ontológicas, epistemológicas y antropológicas fundamentales del paradigma de la modernidad. Entiendo aquí por paradigma al conjunto de creencias que, aceptadas como obvias en determinado momento de la historia, se constituyen en presupuestos no cuestionados de los procesos de producción de conocimiento. Sin ser ya el resultado del conocimiento condicionante de todos los conocimientos supuestamente posibles, esos presupuestos organizan los procesos de conocimiento, pero también los limitan.

Refiriéndose al proceso primario, el fundador del psicoanálisis afirma que en los procesos psíquicos de la humanidad él es también primero, ya sea en la experiencia de especie, en la de cada individuo o en cada acto psíquico. A través de esos procesos, atravesados de imágenes y emociones, la especie humana lidió con la problemática del sentido, antes de inventar el lenguaje y, con él, el proceso secundario. Otro tanto hace el bebé humano, que lidia con el sentido antes de poder acceder a los significados por el lenguaje.

El proceso secundario es siempre precedido de otro, configurado conforme al proceso primario, siendo él –según Einstein (en Veráldi, 1984) y también Winnicott (1945/2000)– el responsable por los descubrimientos científicos. Las breves consideraciones que anteceden ilustran la dimensión del impacto que el descubrimiento del inconsciente y del proceso primario tiene sobre las concepciones fundamentales del paradigma moderno. Descubrimientos posteriores de Freud (1923/1976; 1921/1976), como los referidos a la identificación primaria y a la secundaria, del primado de la afectividad en los procesos psíquicos (Freud, 1926/1976), a la empatía, a la aprehensión intuitiva, a la comunicación entre inconscientes (Freud, 1915/1976), a la atención fluctuante, confrontan también esos

* Psicoanalista. Profesor jubilado del Instituto de Medicina Social de la Universidade Estadual do Rio de Janeiro-UERJ y profesor de la Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro- PUC. Autor de *A aventura freudiana*, *O primado da afetividade y Vida, criatividade e sentido no pensamento de Winnicott* (en curso de edición) y de numerosos artículos publicados en libros y revistas especializadas. Asesor *ad hoc* de la Fundação de Amparo a Pesquisa do Estado do Rio de Janeiro.

presupuestos centrales del paradigma moderno. Eso, como se sabe, concibe lo real como algo homogéneamente organizado, conforme a una racionalidad reducible a la lógica identitaria, y atribuye a la razón el monopolio en la producción de conocimiento y la capacidad potencial de producir un conocimiento verdadero de la realidad. A esos presupuestos ontológicos y epistemológicos, el paradigma moderno hace corresponder una concepción antropológica organizada en torno a la separación radical (de sustancias) entre el cuerpo y el psiquismo, haciendo del primero la fuente de fuerzas privadas de sentido y reduciendo el segundo a la conciencia racional. Esa concepción antropológica de la modernidad es obviamente incompatible con el psiquismo inconsciente descubierto por Freud. Los principales descubrimientos freudianos contestan así los presupuestos centrales del pensamiento moderno, afirmando lo que, en la perspectiva de éste, ni siquiera podía ser pensado. Como es obvio, esa contestación de los presupuestos paradigmáticos de la modernidad no se limitó a los descubrimientos operados por el psicoanálisis. Lo mismo sucedió en diversas áreas del saber y merecen destaque los descubrimientos en la física (relativista y cuántica). Mientras tanto, como comenta Castoriadis (1975), raramente los grandes descubridores reconocen la dimensión y las consecuencias de sus descubrimientos. Fue el caso de Freud, y también de Einstein, en relación al potencial crítico que sus descubrimientos tenían sobre las concepciones fundamentales del paradigma moderno. El motivo de eso tal vez sea que, como afirmaba Einstein, era “más fácil disolver el átomo que un preconcepto”. Freud, por su parte, parece haber intuido secretamente ese potencial crítico y llegó a afirmar que el psicoanálisis era portador de la peste. A pesar de esa afirmación, la rica y extensa obra del fundador del psicoanálisis hace evidente la persistencia de los presupuestos paradigmáticos de la modernidad en la construcción de su teoría, presupuestos de los cuales se alejó progresivamente, pero de forma parcial, a lo largo de un proceso prolongado. La influencia de las

creencias paradigmáticas, aún dominantes en su época, sobre el pensamiento teórico de Freud y especialmente fuerte en su metapsicología, concebida por él luego del fracaso del intento ensayado en “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895/1976). Al constatar la imposibilidad de encontrar un sustento material para los procesos psíquicos descubiertos en la práctica clínica –un “piso”, como escribe Fliess–, Freud (1887-1904/1986) decidió construir un “techo”: la metapsicología. Ella configura así la “superestructura” del psicoanálisis, elaborada para poder lidiar con los hechos psíquicos “no pasibles de observación directa” (1925/1976). Siendo la superestructura, la metapsicología no es la base que sustenta el saber producido por el psicoanálisis. Esa base es la experiencia clínica, concebida por el fundador como una experiencia de conocimiento completamente diferente a los experimentos organizados por las ciencias de la materia. Es en la defensa intransigente de ese protagonismo de la experiencia clínica, en la epistemología del psicoanálisis, y en la concepción de la metapsicología como una superestructura provisoria y subordinada, que Freud muestra la dimensión de su genio. Es esa defensa que hizo que su obra fuera construida como una obra abierta, permanentemente desarrollada y modificada a partir de la elaboración de conocimientos producidos por su fuente inagotable: la experiencia clínica. Para construir su metapsicología –un nuevo conocimiento sobre un nuevo saber– Freud (1915/1976) buscó herramientas en las que consideraba “ciencias cercanas” (anatomía, fisiología, física, química), incorporando de esa manera a la metapsicología herramientas teóricas elaboradas para lidiar con la realidad material y totalmente inadecuadas para hacerlo con la “realidad psíquica” que descubrió. Esos préstamos tuvieron aún una influencia mayor sobre su metapsicología, en la medida en que contrabandearon al interior de ella los postulados ontológicos, epistemológicos y antropológicos de la modernidad que dan base a su propia construcción. Es preciso agregar que la metapsicología fue también

fuertemente influenciada por creencias aún dominantes en la época y compartidas por Freud, vinculadas a la ideología del patriarcado sobre el papel de la mujer, sobre los diversos dualismos, entre naturaleza y cultura, cuerpo y psiquismo, afecto y razón, desvalorizando los primeros términos, pensados como parte de la “res extensa” y, por lo tanto, privados de calidad y sentido. Otra influencia importante de la ideología patriarcal sobre la metapsicología se verifica en la concepción de la vida social como inevitablemente conflictiva (Hobbes, 1976) y sobre la necesidad de la represión y de la dominación como condición de viabilidad de la vida en sociedad (Freud, 1930/1976).

La fuente de la cual emana el saber producido por el psicoanálisis es entonces la experiencia clínica. Esa experiencia es radicalmente diferente de los experimentos que sustentan la producción de conocimientos científicos en las ciencias de la materia. Lidando con la realidad material, el conocimiento científico opera por experimentos que permiten verificar y cuantificar las regularidades presentes en los procesos materiales, haciendo posible descubrir las relaciones de causalidad (causa eficiente) existentes, la previsión de los procesos y la intervención sobre ellos. La forma de ser de ese aspecto de lo real vuelve posible su reducción a la lógica racional, transformando la ciencia positiva en una poderosa herramienta de conocimiento sobre la realidad material. Con todo Freud descubrirá la especificidad de la realidad psíquica y de su forma de ser ajena a la lógica identitaria. Esa especificidad volvía evidente que los experimentos elaborados por las ciencias de la materia, concebidos para lidiar con la realidad material, eran totalmente inadecuados para lidiar con la realidad psíquica, atravesada por la singularidad, por la fantasía, por la afectividad y por el deseo. Descubiertos a través y a partir de la práctica clínica, el conocimiento de los aspectos de la vida psíquica y emocional y de sus procesos se inserta en lo que el propio Freud designara como “el saber de los poetas”, a los que atribuía la capacidad de “extraer de la turbulencia de sus propios

sentimientos, las intelecciones más profundas” (Freud, 1930/1976). Siendo la realidad heterogénea –la realidad psíquica es diferente a la material–, las experiencias de conocimiento deben ser también diversificadas, adecuándose a las características de aquellos aspectos de lo real para los que fueron construidas para lidiar. Dado que no lidia con aspectos de la realidad que puedan ser reducidos a relaciones de causalidad eficiente, el saber elaborado por el psicoanálisis no busca “explicar” los fenómenos psíquicos, sino comprenderlos. Se trata, por lo tanto, de un saber comprensivo y no explicativo. En ese punto, conviene recordar el significado etimológico de la palabra “compresión”. Ella designa el acto de dar vueltas en todo del que desea conocer, mirando para todos los lados posibles. ¿No es eso lo que hacemos en nuestra práctica clínica? La experiencia psicoanalítica, de la cual surge el saber psicoanalítico, no contiene un sujeto cognitivo que observa un objeto. Ella se organiza en torno del encuentro entre dos sujetos, encuentro que sucede tanto en el nivel consciente como en el inconsciente. Se trata, más allá de eso, de un encuentro atravesado por afectos, resistencias, transferencias y contratransferencias. A esa modalidad de conocimiento pertenece la “atención fluctuante”, expresión con la cual Freud designa la actitud del analista correlativa a la “asociación libre” requerida de los pacientes. En la “atención fluctuante” –escribe Freud–, el analista se abandona “a su propia actividad mental inconsciente”, evitando, dentro de lo posible, la reflexión y la formación de expectativas conscientes, no pretendiendo registrar particularmente en su memoria nada de lo escuchado. Así –agrega– “capturaría el inconsciente del paciente con su propio inconsciente” (Freud, 1923/1976, p. 235). La “atención fluctuante” construye, así, una modalidad del “saber de los poetas”, saber en el cual el sentido de los afectos ocupa un lugar protagónico. Ambos son productos de la actividad cognitiva del inconsciente, tema que Freud consideraba importante al punto de comunicar en 1907 que estaba planeando escribir un artículo “sobre

las consecuencias epistemológicas del descubrimiento del inconsciente” (McGuire, 1976). Ese artículo nunca fue escrito, quizás porque sería poco compatible con el papel atribuido por Freud a los presupuestos de la modernidad, citados encima, en la elaboración de su metapsicología. Todavía, y con relación al pensamiento epistemológico de Freud, es importante recordar que en su último gran texto –“Esbozo del psicoanálisis” (Freud, 1938/1976)– se alejó de importantes preconceptos epistemológicos de la modernidad, superando la subordinación del psicoanálisis con relación a las ciencias de la materia al sustentar que “todas las ciencias” son construcciones, no existiendo entre ellas relaciones de subordinación o dependencia.

La experiencia que sustenta la actividad de investigación en el psicoanálisis es la práctica clínica. Es allí que opera la comprensión. Es a partir de ella que pueden ser construidas las concepciones teóricas que serán pertinentes – y no verdaderas– en la medida en que producen “hipótesis que funcionan”, como afirma Winnicott (2000), refiriéndose a su Teoría del Desarrollo Emocional. La investigación en psicoanálisis constituye una necesidad permanente, que es desafiada particularmente en la contemporaneidad por los profundos cambios ocurridos tanto en la vida de los individuos como en las modalidades de sufrimiento y en las relaciones sociales. Para poder pensar en las nuevas modalidades de sufrimiento psíquico y las también nuevas experiencias de constitución de la subjetividad, es preciso superar los límites férreos establecidos por los presupuestos contemplados por la metapsicología. Es necesario superar sus dualismos, superar la desvalorización de las emociones, reconociendo su autonomía en relación al lenguaje y su capacidad de producir sentido, abandonar la creencia en el monopolio de la representación en la aprehensión de la realidad y del significante en la producción de sentido, diferenciar el sentido del significado, investigando su relación con la dinámica natural de la vida. Pensar el psicoanálisis, en este momento de acentuada decadencia de la domi-

nación patriarcal, exige incluso superar la afirmación dogmática del carácter insuperable –porque supuestamente es natural– del conflicto entre individuo y sociedad y de la necesidad imperiosa de la represión como condición de la convivencia social. Toda esa herencia moderna cargada por el psicoanálisis exige, hoy, un profundo esfuerzo de reflexión, un verdadero “cambio de pensamiento” para operar un segundo nivel de investigación –el primero el de la experiencia psicoanalítica con las nuevas modalidades de sufrimiento y con las nuevas formas de subjetividad– que supone una exigencia de diálogo con otros saberes, como la sociología, la filosofía, la ciencia política, la psicología del desarrollo, etc. En ese diálogo, es preciso preservar la autonomía de la experiencia de conocimiento del psicoanálisis. Tener cuidado, sobre todo, para no hacer de la filosofía el tribunal que pueda juzgar la admisibilidad o inadmisibilidad de los conocimientos elaborados por el psicoanálisis. La filosofía solo podría tener ese papel arrogándose la capacidad de juzgar, a partir de presupuestos dogmáticos autoproclamados, cuáles serían las experiencias de conocimiento admisibles y cuáles no. La investigación en psicoanálisis no puede obviamente disociarse de la formidable transformación de los paradigmas de conocimiento en curso. Ignorarla, manteniendo la subordinación de la teoría psicoanalítica a los presupuestos modernos largamente superados en otras áreas del conocimiento, sería condenar nuestro saber a la repetición y a la esterilidad. En el contexto de la gigantesca transformación en curso de la sociedad y del conocimiento, y de la profunda crisis de civilización que estamos atravesando, parece haber llegado la hora de que *el psicoanálisis reasuma su papel de ser portador del escándalo*. Ese *escándalo*, para decirlo en palabras de Castoriadis (1975), no emana ahora de sus afirmaciones sobre la sexualidad sino de la profunda crítica que su existencia como saber, y el contenido de este, significa para las concepciones ontológicas, epistemológicas y antropológicas de la modernidad.

Referencias

Castoriadis, C. (1975). *A instituição imaginária da sociedade*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Freud, S. (1976). La interpretación de los sueños. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. V). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).

Freud, S. (1976a). Proyecto de psicología. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. I). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).

Freud, S. (1976b). El inconsciente. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1976c). Psicología de las masas y análisis del yo. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

Freud, S. (1976d). El yo y el ello. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (1976e). Inhibición, síntoma y angustia. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).

Freud, S. (1976f). Presentación autobiográfica. En Freud,

S., *Obras completas* (Vol. XX). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).

Freud, S. (1976g). Pulsão e destino de pulsões. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).

Freud, S. (1976h). El malestar en la cultura. In Freud, S., *Obras completas* (Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).

Freud, S. (1976i). Esquema del psicoanálisis. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. XXIII). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1938-1940).

Freud, S. (1986). *Correspondência para W. Fliess*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original de 1887-1904).

Hobbes, T. (1976). *Leviatã* (Col. Os Pensadores). São Paulo: Abril.

McGuire, W. (Org.) (1976). *Freud/Jung correspondência completa*. Rio de Janeiro: Imago.

Véraldi, G. (1984). *Qu'est-ce que l'inspiration?*. Les extra-sensoriels.

Winnicott, D. (2000). O desenvolvimento emocional primitivo. En *Da pediatria à psicanálise*. Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1945).



Primera infancia. Puentes entre psicoanálisis e investigación

Clara Raznoszczyk Schejtman*

La palabra *investigación* deriva de dos raíces latinas: *in* y *vestigium*. La primera significa ‘en’, ‘dentro’, y la segunda, ‘rastro’, ‘huella’, ‘indicio’, ‘señal’, ‘vestigio de algo’. Investigar es inquirir, indagar, seguir vestigios o la pista o huella de alguien o algo; descubrir alguna cosa.

En este sentido, la investigación psicoanalítica basada en la escucha producida en el interior de la sesión y la investigación sistemática comparten un horizonte común.

Sin embargo, cuando se trata de cotejar el estatuto científico del psicoanálisis y sus métodos de indagación, el horizonte no es tan claro ni tan compartido.

Psicoanalistas prestigiosos de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), tales como Peter Fonagy, Mary Target y Ricardo Bernardi –entre un grupo creciente de analistas–, han alentado la investigación empírica sistemática y sus articulaciones con la clínica.

La preocupación acerca del estatus científico del psicoanálisis tampoco fue ajena a Freud. En 1918 celebra la inclusión del psicoanálisis en la universidad para evitar que la salud mental quede en manos de “curanderos y charlatanes”. En 1932 propone que el psicoanálisis debe sustentarse en la investigación, que requiere la elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas que desechen “la revelación, la intuición o la adivinación”.

Freud (1932) sostiene que el psicoanálisis no es una cosmovisión como la biología y la filosofía y que aspira a resolver problemas accesibles a la observación. Por ello tantea en la experiencia, es inacabado y soporta que sus premisas sean provisionales, rectificables y modificables. Alerta por el atractivo que poseen las cosmovisiones para los hombres, ya que permiten proyectar deseos ideales y totalizadores y los hacen sentir más seguros. Ubica al psicoanálisis más cerca de las ciencias naturales y se separa del apriorismo filosófico defendiendo el carácter abierto de lo experimental.

Si bien el legado freudiano incluye la búsqueda de la verdad por medio de un acercamiento al método científico de las ciencias naturales, no pocas voces en el campo psicoanalítico

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

consideran que esta clase de investigación sería contraria al espíritu de la indagación psicoanalítica basado en el inconsciente.

Surgieron fuertes confrontaciones en el seno de la IPA, como la planteada entre Robert Wallerstein y André Green, y los cuestionamientos de Marcelo Viñar en América Latina.

Si bien consideramos que el encuentro clínico en transferencia es único e irrepetible, creemos que la investigación sistemática permite profundizar sobre aspectos de la teoría que corren el riesgo de convertirse en cosmovisiones.

Del campo epistemológico surgen voces que señalan la necesidad de apertura, como la de Bachelard, que sostiene que la verdad única es una simplificación, o la de Rolando García (2000), que sostiene que hay un encuentro entre la filosofía especulativa y el empirismo en la construcción del conocimiento.

Dirijo en Buenos Aires desde el año 2000 un equipo de 13 profesionales clínicos, en su mayoría entrenados en institutos psicoanalíticos de la IPA. Todos desplegamos actividades de docencia e investigación en la Universidad de Buenos Aires (UBA). La continuidad del programa ha permitido que dos de ellos se doctoraran y que algunos se encuentren realizando doctorados y maestrías con orientación psicoanalítica en la UBA. Estos proyectos generan puentes entre la universidad y las instituciones psicoanalíticas e instalan una presencia fecunda en ambos espacios.

Nos convocan problemáticas que provienen de la clínica y la prevención en primera infancia y de la inquietud por producir nuevos saberes teóricos acerca de los primeros y enigmáticos tiempos de estructuración psíquica. Dos miembros del equipo hemos recibido entrenamiento en el *Research Training Program* (RTP) de la IPA en Londres. Esta formación nos ayudó en el diseño metodológico de nuestros proyectos, que fueron acreditados y subsidiados en sus diferentes etapas por la IPA y por el área de

Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires (UBACyT).

El eje central de nuestro programa es el estudio de los afectos, que tiende puentes entre la teoría freudiana de los afectos y los aportes de la investigación observacional minuciosa de interacciones tempranas. Relacionamos variables maternas con el pasaje de la regulación afectiva diádica a la autorregulación que van logrando los bebés. Estudiamos videograbaciones de situaciones interactivas lúdicas entre madres y bebés en dos momentos del desarrollo: a los seis meses y entre los cuatro y los cinco años de edad. Estudiamos la relación entre variables maternas, encuentros y desencuentros interactivos y los niveles de simbolización que los niños fueron logrando a los cuatro-cinco años. Los resultados fueron ampliamente publicados (Zucchi, Huerin, Duhalde & Raznoszczyk de Schejtman, 2006; Schejtman, Duhalde, Silver, Vernengo, Wainer & Huerin, 2009; Duhalde, Tkach, Esteve, Huerin, Schejtman, 2011, y muchos más)¹.

Ubicamos nuestro trabajo en el paradigma de la complejidad (Morin, 1990). Frente al interrogante acerca de cuáles pueden ser los beneficios del intercambio fluido entre un psicoanálisis conceptual y hermenéutico y la investigación empírica, coincidimos con Laplanche (1987) acerca de la falsa disyuntiva entre el niño mítico del psicoanálisis y el niño real de la psicología: ambas visiones se intrincan y recubren. La observación de los gestos del infante tiene un alto valor, dado que estos comunican aspectos del mundo interno y pueden ser considerados *presimbólicos*.

Como clínicos, la investigación microanalítica nos da la oportunidad de descubrir detalles impactantes acerca de los modos de intercambio entre los infantes y sus madres, que no son visibles a primera vista. Esto promueve cambios en nuestro conocimiento previo y activa exploraciones creativas.

1, Un artículo sobre esta investigación obtuvo el premio por mejor Trabajo de Investigación en Regulación Afectiva, IPA, Congreso de Praga 2013.

Encontramos resultados que mostraron que la interacción madre-hijo en díadas sin patología no es tan recíproca y sincrónica como idealmente se pensaba; que el sutil interjuego de encuentros y desencuentros permite al bebé crear sus propios recursos de autorregulación. Observamos que, en ocasiones, las madres tienen dificultad para tolerar la no respuesta inmediata de los bebés y sobreofertan estimulación que puede producir un retraimiento defensivo. En los trabajos actuales, a partir del microanálisis de los videos, nos abocamos a profundizar acerca del autoerotismo constitutivo, la diferenciación entre autorregulación y retraimiento y la construcción de los procesos de simbolización en la primera infancia, entre otros temas. Al mismo tiempo, nos planteamos discriminar la compleja intrincación entre la subjetividad materna, la subjetividad en constitución del infante y la transformación mutua entre madre e infante. Esta transformación bidireccional del despliegue afectivo del niño y de su madre tiene sus propias determinaciones y puede ser pensada como intermediaria entre variables intrapsíquicas de la madre y del infante. Al mismo tiempo, el despliegue afectivo interactivo impacta la subjetividad materna y activa representaciones inconscientes ligadas a imágenes idealizadas que aumentan la desregulación en los bebés. Estas ideas crearon una nueva línea de trabajo conjunto acerca del superyó maternal, que sigue los desarrollos de la doctora Emilce Dio Bleichmar.

Actualmente estamos advertidos de la necesidad de intervenciones en primera infancia. Creemos que los conocimientos provenientes de investigaciones sistemáticas pueden colaborar con la elaboración de modalidades novedosas de intervención temprana dentro del marco psicoanalítico y ampliar el horizonte clínico en la primera infancia.

Referencias

- Duhalde, C., Tkach, C., Esteve, J., Huerin, V. & Schejtman, C. R. (2011). El jugar en la relación madre-hijo y los procesos de simbolización en la infancia. *Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología UBA*, 18.
- Freud, S. (1996a). ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1918).
- Freud, S. (1996b). 35ª Conferencia. En torno de una cosmovisión. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 22). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1932).
- García, R. (2000). *El conocimiento en construcción*. Barcelona: Gedisa.
- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Schejtman, C. R., Duhalde, C., Silver, R., Vernengo, M. P., Wainer, M., & Huerin, V. (2009). Los inicios del juego en la primera infancia y su relación con la regulación afectiva diádica y la autorregulación de los infantes. *Anuario XVI*, Tomo I, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 277-286.
- Zucchi A., Huerin V., Duhalde C. & Raznoszczyk de Schejtman, C. (2006). Aproximación al estudio del Funcionamiento Reflexivo Materno. *Anuario de Investigaciones*, 19, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

La crisis del psicoanálisis y el lugar de la investigación

Daniel Rodríguez*

Freud se inquietó porque sus investigaciones, al acercarlo a las ciencias sociales, lo alejaban de la medicina y de “las ciencias”, aunque del descuido de la primera por sus hijas históricas naciera el psicoanálisis.

Tras años de desarrollo, profundización y extensión por el mundo, existen preocupaciones por el futuro del psicoanálisis ante anuncios de su extinción por parte de distintos medios, algunos científicos y otros no tanto. Entre estos últimos mencionaremos un semanario argentino (*Noticias*), particularmente reaccionario, representante de sectores del imaginario social, que periódicamente actualiza el tema. En sus argumentos se destacan críticas a Freud relativas no solo a su ejercicio profesional sino también a su vida personal, que resaltan, por ejemplo, su condición de hijo preferido –condición que el mismo Freud nunca ocultó.

¿Le sucedería algo a la física si se generara un rumor acerca de que Einstein extrajo su reconocida fórmula ($E=m.c^2$) de su complejo edípico, donde *E* sería *Einstein*, *m* su madre y *c* un cirujano (“*chirurg*” en alemán) que la visitaba furtivamente dos veces por semana?

La comunidad analítica intenta dar cuenta de las posibles causas y sugiere recursos salvacionistas. Un contrapunto Green-Wallerstein –desde el sector de las instituciones psicoanalíticas “organizadas” (IPA)–, pasando revista a la responsabilidad de estas analiza riesgos de pluralismos fragmentadores e ilusorias unidades, y promueve la investigación como uno de los recursos preventivos.

Con un título contundente (“La ilusión del ‘terreno común’ y el pluralismo ‘mítico’”), Green (2005) pone ferozmente en cuestión ambos temas frente a un Wallerstein (2005a, 2005b) contemporizador y optimista –actitud que aquel vincula con una estrategia política.

En instituciones como la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA) conviven diferentes corrientes teóricas. Algunas (Bion y Lacan, entre otras) son consideradas extraterritoriales por Wallerstein, “metapsicologías disidentes”. Cuando surgen en APdeBA inquietudes por la diversidad, aparece

* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

la tranquilizadora idea de que, a pesar de ella, “en la clínica nos encontramos todos”.

Del mencionado contrapunto extraemos una impresión general: aceptando la posibilidad de lograr un saludable pluralismo y una deseable unidad, la apuesta más favorecida sería esta última, sustentada por investigaciones “serias” en las que “la madre de las ciencias” – la física–, particularmente en Wallerstein, aparece como telón de fondo ideal.

Green denuncia “seudopluralismos” generadores de caos y confusión más que de unidad, y muestra escepticismo acerca de la posibilidad de que los analistas discutan profundamente conceptos fundamentales de sus teorías. No está de acuerdo con que la clínica nos acerque y la teoría nos aparte, y apuesta a que solo la afirmación de coincidencias integradoras, provenientes de extensas exposiciones de materiales clínicos consistentes, generaría una unidad real sustentada en concordancias teórico-clínicas.

Wallerstein, buscando un “terreno común” dentro del psicoanálisis organizado, apuesta a teorías clínicas “próximas a la experiencia” y descarta las mencionadas metapsicologías apartadas de ella. Encuentra en el psicoanálisis actual, con optimismo, indicios de tendencias hacia la deseada unidad con el modelo científico de referencia mencionado, caracterizado por un economicismo que intenta unificar fenómenos diversos. Cita como ejemplo el intento de integrar en una categoría única (“supercadena” o “*superstring*”) dos estructuras teóricas contradictorias: la de la relatividad (macrocosmos) y la de la mecánica cuántica (microcosmos). Al lado de estos modelos, la pluralidad de teorías en psicoanálisis parecería un verdadero derroche.

Bachelard (1948/2000), en su texto *La formación del espíritu científico*, nos advierte que la fantasía de unificación del conocimiento puede funcionar como obstáculo epistemológico, empobreciendo logros de cada territorio (¿cada teoría?), y que las demandas de unificación de distintos dominios corresponden más a imperativos ideológico-tecnológicos (¿económicos, en nuestro caso?) que a un problema interno del conocimiento.

De todos modos, no nos debe pasar por alto lo que muestran investigaciones en ciencias sociales: que LA ciencia no es una sola y que el modelo que se tome como referencia condicionará la selección del objeto, la estrategia metodológica y los modelos de investigación y evaluación, como lo señalan numerosas investigaciones extraterritoriales a la IPA pero muy interesadas en el psicoanálisis. Estas investigaciones nos piden no olvidar que las ciencias de la modernidad, como la física, necesitaron expulsar (“forcluir”) de su seno a la subjetividad y al sujeto, temáticas centrales para nuestra disciplina.

Las consideraciones respecto del tema unidad/pluralismo no son solo para consumo interno y desarrollo de nuestro campo, ya que hacen a la imagen de la institución no solo puertas adentro. Si bien la investigación suma en dicha dirección, pareciera que fuera una pieza importante para el afuera, en un intento de persuadir a los sistemas de salud de la relevancia de la psicoterapia psicoanalítica y justificar inversiones en terapias analíticas prolongadas.

Resumiendo, las instituciones psicoanalíticas soportan hoy dos tipos de demanda:

- 1) Académica, en la que incluimos la resolución de la temática unidad/pluralismo pero también la investigación, como modos de desarrollar del psicoanálisis que dan solidez a sus teorías y prácticas.
- 2) Profesional: la tarea consiste en dar muestras de su eficacia y economía en relación con otras ofertas del mercado, sobre la base de que los programas de investigación darían más credibilidad al psicoanálisis como disciplina y área de ejercicio profesional.

No existe necesariamente complementariedad entre ambas demandas, y es probable que la segunda atente contra la primera.

El psicoanálisis y la investigación en psicoanálisis, por lo menos en nuestro país, se extendieron bastante más allá de las fronteras de la IPA y aportaron formas diversas de pensar, dignas de ser tenidas en cuenta. De investiga-

ciones realizadas por especialistas en metodología de la investigación de la UBA recogimos interrogantes que muestran la pluralidad de sentidos que pueden adquirir términos de uso corriente. A solo título de ejemplo –porque las discusiones superan las posibilidades de este modesto aporte–, constatamos que hablar de “lo empírico” no solo refiere a lo observable o fenoménico, y que los intentos de formalización del psicoanálisis no necesariamente pasan por la matemática (e incluso que dentro de esta no solo rigen criterios cuantitativos).

Lo que sí nos queda claro es que si para zafar de los dolores de cabeza generados por la discusión pluralismo/unidad lo único que hacemos es convocar a la investigación en nuestra ayuda, solo estamos haciendo un desplazamiento del problema, ya que volvemos a toparnos con las citadas preocupaciones freudianas y la polémica ciencias “duras”/ciencias sociales, con sus respectivas metodologías.

El psicoanálisis: Una mirada y una aventura que bien valen la pena (Rodríguez, 2010) fue una ponencia en la que mostraba mi opinión acerca de algunos de los temas hoy comentados. Soy de los que piensan que los que más y mejor pueden hablar del psicoanálisis, y de un modo no muy preciso, son los que pasaron por la aventura –no muy transmisible– en los términos de ciertas acepciones de lo científico y generalmente difíciles de evaluar con criterios estadísticos o cuantitativos.

Los sufrimientos más cuantificables son los síntomas, puerta de entrada que inaugura la partida, que debería llegar más lejos en sus logros que su simple alivio y apuntar a alcanzar el máximo de libertad posible al que pueda acceder un sujeto respecto de sus determinantes inconscientes, y a encontrar su lugar en el mundo. Y conste que soy consciente de que con los términos “aventura”, “libertad” y “lugar en el mundo” puedo parecerme más a un poeta que a un científico.

Comparto una observación de Green: “¿Cómo es que, con diferentes técnicas y sistemas de pensamiento incompatibles, obtengamos resultados positivos?”. Porque no creo que la diversidad teórica y sus implicancias clínico-téc-

nicas sean una enfermedad institucional preocupante, ni que las discusiones intertribales sean inconducentes. El saldo más deseable es que los participantes se queden pensando respecto de cuáles instrumentos de su bagaje teórico-clínico-técnico merecen seguir desarrollándose.

Creo que una “unidad” deseable para el psicoanálisis, no orientada a la fusión en una teoría única, sería la de poder llegar a establecer cuáles serían para cada modelo sus “conceptos fundamentales”, al modo planteado por Lacan al dar su versión acerca de los que él consideraba como tales; a saber: inconsciente, repetición, transferencia y pulsión.

No pienso que los analistas elijamos “nuestra teoría” luego de examinar prolijamente el menú de opciones, basándonos en científicidad o eficacia. Lo de elegir acá se parece a lo que Freud llamaba “elección de la neurosis”, basada en cuestiones “afectivas” y no necesariamente conscientes; algunas más a la vista –tales como quiénes fueron sus maestros o analistas– y otras más recónditas para el sujeto –relativas a cómo se ubica frente a grandes dilemas de la condición humana respecto a vida, muerte, sexualidad, etcétera. Esto explicaría las pasiones, a veces “sangrientas” (Green), de discusiones que reflejan la profundidad del vínculo entre el analista y “su” teoría. Más o menos como cuando alguien, en el fragor de una discusión, comete el desatino de llegar a decir algo ofensivo sobre la madre de su interlocutor.

Referencias

- Bachelard, G. (2000). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en español en 1948).
- Green, A. (2005). La ilusión del “terreno común” y el pluralismo mítico. *International Journal of Psicoanálisis*, 86.
- Rodríguez, D. (setiembre de 2010). *El psicoanálisis: Una mirada y una aventura que bien valen la pena*. Ponencia que formó parte de curso central de APdeBA “Los psicoanalistas hablan de su práctica”.
- Wallerstein, R. (2005a). ¿Será el pluralismo psicoanalítico un estado duradero de nuestra disciplina? *International Journal of Psicoanálisis*, 86.
- Wallerstein, R. (2005b). ¿Diálogo o ilusión? ¿Y cómo seguimos a partir de aquí? Respuesta a André Green. *International Journal of Psicoanálisis*, 86.

Sobre investigación en psicoanálisis: refutación y propuesta

Marcelo Viñar*

Aunque parezca obvio –o llover sobre mojado–, quiero partir de dos premisas freudianas elementales; verdades tan sabidas, a veces olvidadas o, de facto, desconocidas:

- a) El gesto analítico originario es investigar. La mejoría (terapéutica), si llega, es por añadidura y como consecuencia del re-posicionamiento del sujeto frente a sí mismo.
- b) Si bien la teoría se ha enriquecido enormemente a través de un siglo de reflexión de Freud y de los postfreudianos, el acto fundador del psicoanálisis es nuestro encuentro con el promitente analizando y su pedido de ayuda.

Esto implica volver cada vez a la intemperie – que el fundador transitó con sus histéricas– y buscar en el absurdo y en la insignificancia aquello que no es directamente accesible a la razón. Volver a lo inesperado, a la intemperie, a la experiencia de análisis original –diría Mannoni–, dejando en latencia el saber teórico. Reconocería estar combatiendo molinos de viento, si no viera que en los intercambios (en coloquios y congresos) se abunda machaconamente en la aplicación de teoría, lo que apaga la singularidad con palabras o modelos de un paradigma prestigioso de la modernidad.

La llamada *investigación sistemática*, sea empírica o conceptual, propone un trayecto que se aleja, a mi entender, de la singularidad original que propicia la indagación freudiana. En su propósito de racionalidad tienen que operar, creo, por segregar de la complejidad algunas unidades discernibles (por ejemplo, el tema de la fusión y discriminación en las ansiedades de separación) y crean regularidades observables en tablas comparativas y cuantificables. Este proceder, copiado de las ciencias de la naturaleza en su intrínseca racionalidad, me parece antinómico con la experiencia del asombro y de la ocurrencia inesperada que es propia de los momentos fecundos del trabajo en sesión. Pichon Rivière la graficaba en la metáfora de salir de la noria de la repetición para ingresar

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

en la espiral de la *perlaboración*, que augura el cambio psíquico. El *no lo había pensado* que Freud tomó como criterio de validación de la interpretación es lo opuesto a la predictibilidad. El proceder epidemiológico de la investigación empírica me parece útil y legítimo en sí mismo, pero no veo razón para llamarle investigación psicoanalítica, porque tiende a hacernos prisioneros de la medicalización y del eje normal patológico como vector privilegiado y medible. Es bueno reconocer los criterios de salud pública y tomarlos en cuenta, pero no tomarlos como el único criterio rector.

Y lo que sería más grave aún: una investigación sistemática siempre apunta a la certeza y a la verdad, que en nuestro caso sería una definición acabada de lo humano. Prefiero para el psicoanálisis el estatuto de saber conjetural, siempre explorando parcialmente, a tientas y a ciegas, y nunca accediendo al nivel de certeza que es la meta en otras áreas del pensamiento científico.

Refutación y propuesta

Pienso que como ricos herederos de los paradigmas de la modernidad que nos legaron nuestros antecesores, con la sagacidad de la que fueron capaces, hoy nos toca orientar la investigación psicoanalítica en la dirección de la cultura y no tomando solo la psicopatología como referente exclusivo. Y decir hoy *cultura* es pensar en cambios significativos de la sensibilidad.

¿Cómo cambian la mente y sus malestares en este mundo que cambia sus códigos de convivencia a un ritmo acelerado?

Tecnología y mentalidad, que eran capítulos distintos y distantes, se trenzan y se vuelven interdependientes en la civilización actual.

Los cambios societarios en los garantes metasociales que organizan nuestra mente y conductas no son los mismos de antaño. La velocidad del tiempo social, su provisionalidad y la rapidez de los cambios son absorbidos en una experiencia interior (tiempo vivencial) en la que lo efímero y descartable toma el lugar de aquello que buscaba hacer huella permanente.

En la cultura que habitamos (y distinguir lo local de lo global es ya una ardua tarea), los temas, que son los ingredientes o la materia prima de la sesión, son hoy tratados de modo diferente. Familia, sexualidad, vínculo parental, filiación, norma y transgresión, ocio y trabajo, rutina y creatividad, adulterio y violencia. Hoy su valoración transita itinerarios inéditos, sigue andariveles diferentes de los que seguía hace pocas décadas. Los códigos y claves de desciframiento pueden tener criterios distintos entre analista y analizando, probablemente tanto más cuanto más grande sea el intervalo etario (viejos y jóvenes).

La afinidad de códigos y claves puede ser una plataforma ya constituida para el desarrollo de un proceso terapéutico, pero en una proporción creciente de casos esa plataforma no está dada y es necesario construirla, lo que insume tiempo, disposición y sagacidad del analista para crear un terreno común, sin el cual el advenimiento de la transferencia tendría los mismos frutos que sembrar en el mar.

En la modernidad sólida, las tópicas freudianas fueron el modelo suficiente para encuadrar las ansiedades y defensas que definían el conflicto psíquico en un sujeto descentrado pero sujetado a la novela que construía de sí mismo y de sus vínculos, donde procurábamos reconocer la repetición y la elaboración, es decir, el malestar neurótico y el cambio psíquico.

Hoy ese sujeto, capaz de entrar en sí mismo (*insichgehen*) y de desplegar el tríptico vivencial de su existencia (pasado, presente y porvenir), está ausente o en fuga de sus afectos. Su hablar explosivo, catártico, no busca interpelar a su interlocutor sino eludirlo con su autosuficiencia. Es el uso de la función hablante (más que su contenido) lo que se vuelve necesario interrogar. El acto de hablar es más cercano a una descarga, al lenguaje operatorio de la enfermedad psicosomática, que al modelo de la histeria al que estamos habituados y cuya polisemia y movimiento metafórico y metonímico abre la construcción de un campo transferencial apto para la lectura de la causalidad fantasma. En el mundo de la imagen y del Twitter, decir toma

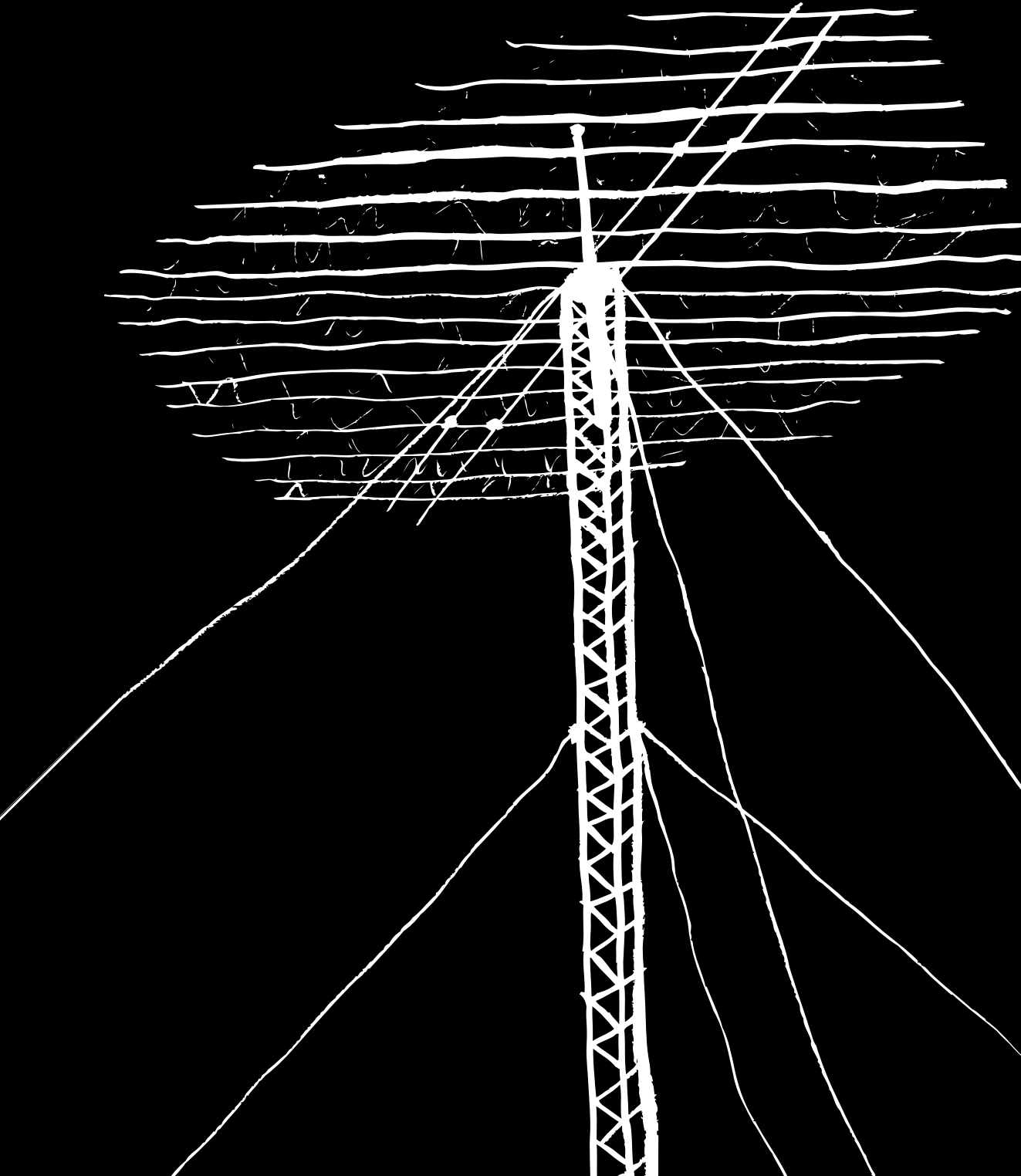
muchas veces el valor de pasaje al acto; un presente pletórico que devora los tesoros del pasado y los anhelos del futuro, y es un escenario que nos desconcierta a quienes tenemos la mente formateada por otra temporalidad psíquica: el tiempo propio del *durch-arbeiten* (“perlaboración”).

Pienso que el incremento en los motivos de consulta del pasaje al acto y al cuerpo nos empuja a un esfuerzo colectivo por investigar

las zonas de sinapsis que permiten la interlocución entre estos códigos heterogéneos o disímiles, e inventar nuevos modos de reclutar transferencia en ese tipo de casos, lo que constituye un desafío en nuestra clínica actual.

Un diálogo más conspicuo con los estudiosos de la mutación civilizadora en curso me parece necesario y más fecundo que la interfaz con la epidemiología psicopatológica y las neurociencias.

Fuera de Campo



Un hallazgo-apertura en la clínica y en la técnica: El objeto analítico lúdico¹

1. Definición

El objeto analítico lúdico es aquel que se construye en el proceso analítico, a través del cual se expresa, representa y elabora la problemática psíquica.

Mi reflexión en torno al concepto de objeto analítico lúdico se generó desde una zona en la que confluyen en mí las teorías y clínicas de dos analistas en particular. Me refiero a Donald Winnicott (con su *juego del garabato*) y a André Green (con su concepto de objeto analítico).

Winnicott dice sobre el juego del garabato: “Si describo lo que hago, existe el peligro muy real de que otros lo tomen y lo conviertan en algo semejante al Test de Apercepción Temática. La diferencia entre éste y el TAT es, en primer lugar, que no se trata de un test y, en segundo lugar, que el consultor aporta su propio ingenio casi tanto como el niño” (Winnicott, 1964-1968/1991, pp. 26-27).

Destacando la posición activa del analista, continúa diciendo con relación a la propuesta para realizar el juego del garabato: “Este juego que a mí me gusta, no tiene reglas. Simplemente tomo el lápiz y hago esto, trazo un garabato a ciegas. Me dirás a qué se parece esto que yo hago, o si puedes lo conviertes tú en alguna cosa; después harás lo mismo para mí y veré si puedo hacer algo con lo tuyo” (Winnicott, 1964-1968/1991, pp. 26-27).

En el espacio potencial del análisis se irá creando, a partir del gesto espontáneo del analizado y de la intervención lúdica del analista, algo *nuevo* que podríamos describir como un *garabato analítico-lúdico*.²

2. Mi experiencia analítica con niños

Presentaré los dos primeros casos clínicos de niños en los cuales comencé a definir el concepto de objeto analítico lúdico (OAL) diferenciando la problemática psíquica representada (PP) y la función analítica (FA), para reflexionar acerca de su posible uso como indicador de cambio psíquico.

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. Premio Sigmund Freud.

2. Con relación al concepto de objeto analítico, nos dice André Green (2008): “Lo que se llama alianza terapéutica o alianza de trabajo y que prefiero llamar asociación analítica, se funda en mi opinión en la posibilidad de crear un objeto analítico...”. “El objeto analítico no es ni interno (para el analizando o para el analista) ni externo, sino que se sitúa entre los dos”. “Se corresponde con la definición de Winnicott de objeto transicional y de su localización en el área intermedia del espacio potencial, en el espacio de “superposición”, deslindado por el encuadre analítico” (pp. 314-325).

Caso clínico I: “Bebé-perro”

Datos personales y familiares

Juan tiene cinco años. Vive con su mamá, su papá y un medio hermano de catorce años (hijo de un matrimonio anterior de la madre). Según el relato de los padres, en el embarazo no hubo problemas y el parto fue por cesárea. Tomó pecho solo un mes, pues la madre refiere que le lastimaba los pezones. Se observa en la madre una gran desconexión con relación a Juan, tanto actual como pasada. El padre, que al nacer Juan estaba terminando su carrera universitaria y no trabajaba, estuvo mucho tiempo con el niño durante el primer año y medio, supliendo en parte el déficit de conexión de la madre, quien presenta características narcisistas. El pediatra que atiende a Juan desde que nació dice con respecto a su percepción de la madre: “Parece que siempre se estuviese arreglando las uñas”, y expresa de esta forma su registro de la desconexión materna. Tomó mamadera hasta los cuatro años.

El padre comenzó a trabajar cuando Juan tenía un año y medio. Empezó el jardín de infantes a los dos años. Le costó comenzar a hablar. No se puede dormir solo: necesita que el padre esté con él hasta que se quede dormido. Tiene pesadillas, se despierta angustiado. Presenta episodios de encopresis. Muestra comportamientos descontrolados, impulsivos y desorganizados (grita, arroja cosas). Debido a dicho comportamiento, las personas del jardín infantil se refieren a Juan como un “niño terrible” con el que “ya no saben qué hacer”. El psicodiagnóstico se realiza por sugerencia del jardín de infantes.

Es el padre el que llama para acordar los turnos y el que lo trae a las sesiones. Los horarios de las dos sesiones semanales se acordaron con base en las posibilidades horarias del padre (a pesar de que, en la actualidad, la madre no trabaja y el padre sí).

Psicodiagnóstico

De acuerdo con lo evaluado en el proceso psicodiagnóstico, se observan trastornos en la constitución del aparato psíquico ligados a fallas en la consolidación de los vínculos primarios. Se establece un encuadre analítico que incluye dos sesiones individuales con Juan y entrevistas de orientación y seguimiento con los padres.

Material clínico

Juan me mostró desde el comienzo del encuentro analítico –a través de su desorganización y caos– el sufrimiento que significaron para él las fallas en la estructuración de los vínculos primarios (el desencuentro materno básico).

Al respecto, dice Green (2008): “El trauma no es solo algo que ha ocurrido, en el sentido clásico de traumatismo, sino algo que no ocurrió, a causa de una ausencia de respuesta de parte del objeto-madre” (p. 319).

Sesiones significativas de once meses de análisis

Primer mes de tratamiento – sesión A

Se muestra descontrolado en sus movimientos, arroja cosas, rompe papeles. Separa y une plastilina. Arma una bola, la arroja con fuerza. Trato de encausar su accionar y le digo que tire la bola de plastilina por el piso. Clava lápices en la

bola de plastilina. Cuando arma la bola y le pega pedacitos de papel para cubrirla, le digo: “Parece que le ponés una piel”. Vuelve a clavar los lápices en la masa de plastilina, que queda nuevamente agujereada. Arroja el contenido de su caja en el piso. El consultorio queda lleno de pedazos de papeles, plastilinas, lápices, crayones esparcidos por todos lados.

Clava la tijera dentro de la bola de masa. Le digo: “Queda toda lastimada por dentro”. Pienso en la escenificación de vivencias muy primitivas de desgarramiento interno y fragmentación corporal, ligadas fundamentalmente al registro corporal de rechazo por parte del objeto materno.

Segundo mes de tratamiento – sesión B

Agarra la masa y va arrancando pedazos con violencia. Emito sonidos de dolor cada vez que arranca un pedazo: “¡Ay!”. Me pide que siga haciéndolo. Digo: “¡Me arrancaron un pedazo!” (poniéndome en el lugar de la plastilina desgarrada/cuerpo despedazado). Muestro alivio cuando une las partes. Luego clava la tijera en la masa, le pega papeles y sigue perforándola hasta destrozarla.

Pienso que la falta de consolidación de los vínculos primarios lo deja en un estado de terror y de fragmentación corporal.

Cuarto mes de tratamiento – sesión C

Construyendo al bebé-perro

Al llegar a la sesión dice: “Soy el perro”. Me pide que le tire el *lápiz-palo*, lo va a buscar y lo trae en la boca. Dice: “Los humanos le tiran los palos a los perros” (él se ubica como no humano). Se tira en el sillón que habitualmente ocupo yo; nombro al sillón como la cucha del perro. Me pide algo de comer. Voy armando la *comida* con plastilina. Sale del consultorio caminando en cuatro patas.

Sesión D

Llama al *perro* “bebé-perro” y se mete en el sillón *cuna/cucha*. Está por sacarse los pantalones. Le pregunto qué quiere hacer y me dice que se va desnudar como los perros. Le digo que acá no se desnuda. El *bebé-perro* está adentro de su *cuna* (mi sillón) y le tengo que tirar la pelotita. Luego hace que es mi ropa. Se cuelga del apoyabrazos del sillón y con gestos me indica que haga como que me “visto de él”. Me dice: “Te falta el cinturón o los zapatos”.

Pienso que en este juego de ser mi ropa escenifica vivencias ligadas a la fusión de los cuerpos (me tengo que vestir de él). Él es mis zapatos, mi pantalón y hasta mi pelo. Este juego se repite en varias sesiones.

Arroja unas bolitas, que previamente había metido adentro de la masa, y me pide que lo ayude a encontrarlas diciendo: “Somos un equipo” (con lo que expresa la alianza analítica).

Quinto mes de tratamiento – sesión E

El *bebé-perro* se presenta desde el comienzo de la sesión. Aparece en cuatro patas y le tengo que abrir la puerta. Se acerca, se tira para atrás y dice: “Se murió porque no lo querías”. Se ubica abajo del diván (el diván parece funcionar como coraza/caparazón protector). Agarra la masa y se la pone de almohada. Aparecen gestos que comunican: parar la mano es que quiere leche, con la otra mano es

que me detenga. En comunicación con el *bebé-perro*, lo *alimento*, hago que le doy leche, me detengo, continúo, de acuerdo con lo que va expresando con sus gestos. Sale de abajo del diván. Yo digo: “¡Qué bueno que pude alimentar al bebé-perro que tenía tanta hambre!”

Hace que come todas las cosas que encuentra, en forma desesperada. Digo: “Parece que nunca lo hubieran alimentado”. Él dice: “Lo que pasa es que no le dieron de comer porque los padres eran viejos y ahora quiere comer porque hay familia”. Me pide que prepare ocho pasteles de plastilina, en silencio, mientras él duerme. Se los *doy de comer*. Me pide que prepare más para la próxima sesión.

Se va construyendo en el espacio analítico un lugar en el cual alojar, cuidar, alimentar y comprender a este *bebé-perro*, que es él.

Sexto mes de tratamiento – sesión F

Alimentando al bebé-perro

Me dice: “la cabeza es perro y los pies son bebé”. Tengo que *alimentar* a los dos. Hacemos los pasteles con plastilina envueltos en papeles. Trae una nave espacial que usa como horno para cocinar los pasteles. Ya desde otras sesiones aparece el juego de quemarse al sacar los pasteles del horno y hay unos papelitos que alivian el dolor. Aparece de esta forma la representación de una madre que alivia y calma. Dice: “Vamos a un picnic. Vos sos otro bebé-perro”. Le digo: “¡Qué bueno! ¡El bebé-perro ya no está solo!”. Nos ponemos debajo del escritorio. Él es el papá, yo soy la mamá y tenemos dos hijos que debemos alimentar. Hacen lío y los retamos. Dice: “¡Pero estos chicos no hacen caso!”

Sesión G

Es una sesión donde reaparece el caos y la desorganización. Trae un muñequito robot. Enseguida hace venir al *bebé-perro*. Le tengo que tirar la zapatilla que se sacó y hacer como que se la arrojo y no hacerlo en realidad. Él la va a buscar; me dice que haga esto tres veces y a la tercera empieza una fase de progresivo descontrol. Se acurruca. Me dice que alimente al *bebé-perro* que *se transforma* en una máquina que junta pedazos de masa del piso. Sus manos son garras. Toma pedazos de masa y me los arroja. Dice al arrojar la masa: “Soy la máquina de basura”. Es un robot que agarra la *masa-basura* y la arroja. Se tira al piso, se saca el reloj pulsera, se tira en el diván. Agarra el reloj de mesa y cambia la hora, y hace sonar el despertador. Hay momentos de caos intenso. Es bebé, es perro, es robot. Le hablo al bebé desesperado que sufre porque no sabe quién es (muestra intensas angustias confusionales y desorganizantes). Luego de atravesar una zona de gran caos ligado a la emergencia de angustias confusionales-desorganizantes, reaparece el *bebé-perro*.

Séptimo mes de tratamiento – sesión H

Nombrando a bebé-perro

Y ahora *bebé-perro* tiene nombre y apellido. Toma un lápiz y empieza a escribir letras: “A”, “I”, “O”, “L”. Yo las tengo que leer. Dice que en otra hoja va a poner el apellido. Le marco la emoción y lo valioso de tener un nombre, que por primera vez *bebé-perro* tiene nombre y apellido. Hace con la masa un puente y luego un caracol que coloca detrás de un almohadón y me pide que nadie lo vea.

Sesión I

Llega a la sesión un *bebé-perro* muy desorganizado. Arroja cosas, chupa todo, agarra las cosas con la boca y se queda colgado del sillón. Lo tengo que sostener para que no se caiga. Le recuerdo que tiene un nombre. Se lo leo. Sigue desorganizado. Le digo que me cuenta que hubo un bebé muy desesperado. Toma el reloj. Le pone una pila y lo hace funcionar. Le digo que quiere que lo ayude a curar a este bebé, como si pudiésemos volver el tiempo atrás. Me dice que duerma. Hago que cierro los ojos. Va poniendo objetos y pedazos de objetos esparcidos por el consultorio dentro de sus medias –que se había sacado–, rellenándolas. Luego va poniendo otros objetos dentro de su caja. Le hablo acerca de la importancia de lo que hizo al crear un continente –sus medias– para poder alojar sus objetos. Es tal vez de esta manera que vamos a poder curar al *bebé-perro*. Por primera vez lo veo jugar con un autito de la caja. Luego de una oralidad desesperada y despedazante (cuerpo fragmentado) aparece algo capaz de contener (aspectos ligados a la constitución del yo).

Octavo mes de tratamiento – sesión J

Entra como *bebé-perro*. Arroja objetos. Le pongo límites. Toma papelitos y los rompe. Para comunicarme tengo que hablar como perro-gato: *miau, guau* y otros sonidos. También soy el papá que le dice que no rompa sus juguetes. Por primera vez dibuja un nene a quien le cayó un rayo. Del otro lado de la hoja dibuja un árbol, un sol, nubes. Al árbol le pone manzanas. Luego me pregunta: ¿Cómo te llamás? Le digo mi nombre y apellido, y me pide mi número de teléfono. Al despedirse, por primera vez, dice mi nombre.

Análisis de los diversos objetos analíticos lúdicos

Para el análisis de los diversos OAL seguiré la secuencia del material clínico, diferenciando la problemática psíquica y la función analítica.

Primer OAL

Objeto analítico lúdico: Ser mi ropa.

Problemática psíquica: Problemática ligada a la fase simbiótica.

Función analítica: Función materna ligada a estados fusionales arcaicos.

Segundo OAL

Objeto analítico lúdico: *Bebé-perro*.

Problemática psíquica: Problemática ligada a la estructuración de vínculos primarios. Expresión de vivencias de fragmentación corporal y angustias desorganizantes.

Función analítica: Función materna organizante y unificadora.

La construcción continúa

Noveno mes de tratamiento – sesión K

Bebé-perro se ubica debajo del diván y tengo que hacer de interlocutora entre *bebé-perro* y *niño-gato*. *Niño-gato* manda mensajes que le tengo que transmitir a *bebé-perro* u objetos que le tengo que entregar. *Bebé-perro* hace lo mismo con *niño-gato*. “*Bebé-perro*, *niño-gato* te manda un pastel”. “*Niño-gato*, *bebé-perro*

te manda caramelos”. En uno de esos mensajes, *niño-gato* le escribe con letras sueltas un mensaje que dice: “Bebé-perro, te amo mucho”.

Sesión L

Habla de una tinta que lo hace invisible. Traslada cosas de lugar y yo, al *no poder verlo*, me sorprendo al observar que las cosas se mueven. Toma los lápices, los lleva de un lugar a otro. Expreso mi sorpresa y desconcierto: “Pero, ¿cómo se mueven las cosas? ¿Qué pasa? Recién los lápices estaban ahí, ¿y ahora?”. Yo voy hacia ese lugar, tanteando en el aire para tratar de atrapar a ese *ser invisible* que mueve las cosas. Digo: “¡Ah, ya voy a agarrar al que hace eso!”. Y tanteando en el aire exclamo: “¡Te agarré!”. Aparece en él el placer de la risa cuando intento agarrar, sin lograrlo, al *ser invisible* que traslada las cosas.

Décimo mes de tratamiento – sesión M

Me pide que haga avioncitos con papel. Me indica que me ubique a cierta distancia y él los tira. El avión tiene la función de correo. Yo espero sus noticias. Pregunto: “¿Cuándo llega el correo (avión)?”. Expreso mi alegría cuando llega. “¡Qué bueno! ¡Recibí carta de Juan! Recibí la carta que estaba esperando”. Comienza a escribir y me aclara qué escribió. Yo le escribo a él. Lo invito a mi casa y él debe responder a mi propuesta. En reiteradas oportunidades escribe “NO” (expresando satisfacción por su “no” y riéndose cuando yo dramatizo la tristeza por su ausencia; acepta su “no” como muestra de su individualidad). Digo: “¡Uy, yo que tenía tantas ganas de que viniera! Bueno, después lo voy a invitar, a ver si puede venir”.

Decimoprimer mes de tratamiento – sesión N

Trae el juego de cartas de *Los padrinos mágicos*. Reparte cartas y armamos parejas de juego. Los participantes en el juego son él, *bebé-perro*, *niño-gato* y yo. *Bebé-perro* y yo jugamos en pareja. Se trata del intercambio de cartas y de ver quién se queda con más cartas: “me das un 6, me das un 3...”.

Luego debemos contar para ver quién tiene más cartas. Me dice hasta qué número sabe contar: “1, 2, 3...”. Lo felicito por cómo aprendió a contar.

Análisis de los nuevos objetos analíticos lúdicos

Tercer OAL

Objeto analítico lúdico: Niño-gato.

Problemática psíquica: Consolidación e integración del yo.

Función analítica: Funciones yoicas.

- Reconocimiento del vínculo y de la identidad.
- Desarrollo de intercambios simbólicos.

Cuarto OAL

Objeto analítico lúdico: Tinta invisible.

Problemática psíquica: Presencia-ausencia (*fort-da*).

Función analítica: Trabajo de simbolización.

Quinto OAL

Objeto analítico lúdico: Avioncito / “No”.

Problemática psíquica:

- Proceso de individuación.
- El “no” como organizador psíquico.

Función analítica:

- Establecimiento y sostenimiento de vínculos simbólicos.
- Reconocimiento de las diferencias subjetivas.

Sexto OAL

Objeto analítico lúdico: Juego de cartas *Los padrinos mágicos*.

Problemática psíquica: Desarrollo de las sublimaciones.

Función analítica:

- Historiación de objetos analíticos lúdicos anteriores (bebé-perro, niño-gato).
- Reconocimiento de las nuevas posibilidades sublimatorias y de cambios psíquicos logrados.

Secuencia de objetos analíticos lúdicos

Primer OAL: Ser mi ropa.

Segundo OAL: Bebé-perro.

Tercer OAL: Niño-gato.

Cuarto OAL: Tinta invisible.

Quinto OAL: Avioncito / “No”.

Sexto OAL: *Los padrinos mágicos*.

Vemos de este modo que la secuencia de los objetos analíticos lúdicos, así como sus transformaciones, puede ser utilizada como indicador (correlato lúdico) del cambio psíquico (por ejemplo, bebé-perro que se transforma en bebé-perro, niño-gato). Dicho análisis permite a su vez definir intervenciones analíticas específicas asociadas a las diversas problemáticas psíquicas representadas, y pensar acerca de sus efectos en el campo analítico.

Caso clínico II: “Pepe, el sapo”

Datos personales y familiares

Sofía tiene cuatro años. El motivo de consulta está ligado a reacciones impulsivas: pega, insulta, no acepta límites. Tiene encopresis. Los padres relatan desde el comienzo de la primera entrevista una situación traumática: cuando Sofía tenía dos años perdieron un embarazo en el octavo mes de gestación, por lo cual debió ser inducido el parto para desalojar al feto muerto retenido. Los padres relatan que al estar ellos tan afectados por la muerte del hijo, dejan de ponerle límites. Dicen al respecto: “Sofía empezó a hacer lo que ella quería, ya no hacía caso. Se hacía caca encima” (a los dos años estaba empezando a controlar esfínteres, proceso que quedó interrumpido). Transcurrido un año y nueve meses, nace un hermano prematuro que debe estar en incubadora durante algunos días y que presenta problemas de salud, a raíz de los cuales es internado en diversas oportunidades. Dicha situación trae aparejada ausencias reiteradas de la madre. Sofía concurre al jardín de infantes desde los dos años. Los padres relatan con angustia un episodio por el cual decidieron concretar la consulta psicológica: al levantarse por la mañana, ven que Sofía había embadurnado con caca las paredes de su habitación.

Con respecto a los datos evolutivos, se destaca que Sofía nació por parto normal. Tomó pecho un año. A los diez meses tuvo bronquiolitis, por lo que debió ser internada durante cinco días. Tuvo varios broncoespasmos. Según el relato de los padres, durante el primer año los estados angustiosos de Sofía (lloraba mucho, tenía dificultades para dormir) estaban ligados a cuestiones relacionadas con el ambiente familiar. Durante ese año, ambos padres estaban finalizando sus respectivas carreras universitarias, por lo que se producían constantes cambios de horario que no permitían consolidar una rutina familiar organizante.

Psicodiagnóstico

A partir del psicodiagnóstico se observan los efectos perturbadores y desorganizantes de la situación traumática, tanto en Sofía como en sus padres. Se inicia un proceso analítico de dos sesiones semanales y se indica psicoterapia de pareja para los padres.

Sesiones significativas de seis meses de tratamiento

Primer mes de tratamiento – sesión A

Sofía trae un rollo de papel grande, en el cual hay dibujados garabatos. Pone pegamento en el rollo de papel. Me pide que lo haga yo también. Toma el pegamento con la boca, lo esparce sobre el papel y arma una forma. Dice: “es un helicóptero”, y luego agrega: “es Pepe, el sapo”. Continúa poniendo pegamento con su boca en el papel al que llamó “Pepe el sapo”, en sus manos y en las mías. Sus manos y las mías, untadas con pegamento, se unen y se separan. Le pone pegamento en la boca a *Pepe el sapo*. Ahora *Pepe el sapo* está *durmiendo*. Le pasa la mano, haciéndole mimos. (Pienso en ella acariciando la panza de la madre. Según el relato de los padres, Sofía estaba en estrecho contacto con la panza durante el embarazo). Sofía pinta a *Pepe el sapo* y me dice: “quiere bailar”. Me pide que ponga música. Al ritmo de la música, hacemos una ronda ella, *Pepe el sapo* y yo. Luego sienta a *Pepe el sapo* en mi sillón y dice: “¡Uy, se manchó! ¡Limpialo!”. Cuando lo estoy limpiando con un trapo, dice: “¡Se destruyó!”. Con gran angustia hace un bollo y lo desarma. Se acurruca en mi sillón mostrando un rostro dolido. Le digo: “Me mostrás esa tristeza tan grande por lo que quedó destruido”. Sofía dice: “Estoy triste”. Y agrega: “Se destruyó y me hacía tan feliz... Ya no voy a poder estar feliz”. (Cuando me refiero a “esa tristeza”, sin sujeto definido, es porque no sé de la tristeza de quién se trata. ¿Es la tristeza de los padres por la muerte de su hijo, y especialmente de la madre, que porta en su vientre muerte y no vida? ¿Es la propia tristeza de Sofía, por la desconexión afectiva de sus padres en duelo? “Ya no voy a poder estar feliz” suena como frase escuchada, posiblemente dicha por su madre).

Segundo mes de tratamiento – sesión B

Sofía trae un muñeco y dice: “Este es mío” (la sesión anterior había traído un muñeco similar). “El otro era de María, una amiguita del jardín”. Agrega: “Le rompí los anteojos cuando era chiquita”. Nombra al muñeco Chiquelitu. Me pide que ponga música para bailar. Estamos los tres en ronda: ella, Chiquelitu y yo. Giramos y Sofía se cae. Le digo: “¡Uy, me quedé con Chiquelitu!”. Volvemos a

bailar. Al girar se caen ella y Chiquelitu, y me dice: “Te quedaste sola”. Coloca a Chiquelitu en el diván y doblando pañuelos de papel dice: “Esta soy yo, esta sos vos, este es Chiquelitu, estos son tus anteojos, estos son los anteojos de Chiquelitu”. Luego hace un bollo y mezcla todo. Le digo: “Se mezclaron todos: vos, yo, Chiquelitu, mis anteojos (representados por un pañuelo de papel) y los anteojos de Chiquelitu”. Sofía toma lo mezclado y lo arroja al tacho de basura. Le digo: “¡Uy, todos a la basura!”.

Objetos analíticos lúdicos

Primer OAL

Objeto analítico lúdico: Pepe, el sapo.

Problemática psíquica: Modalidad de procesamiento anal de la situación traumática (se asocia ensuciar/limpiar con lo destruido).

Función analítica:

- Sostén del vínculo libidinal ante el repliegue angustioso, asociado a la irrupción brusca de angustias de aniquilación.
- Función de ligadura afectiva (“esa tristeza”) con el registro de la vivencia traumática.

Segundo OAL

Objeto analítico lúdico: Chiquelitu.

Problemática psíquica:

- Procesamiento fusional de la situación traumática.
- Angustias de abandono (“te quedaste sola”), por la fantasía de haber dañado el vientre materno y por el temor a su poder destructivo (omnipotencia negativa) ligado a la rivalidad fraterna.

Función analítica: Expresión lúdica de estados fusionales y angustias de abandono.

Tercer mes de tratamiento – sesión C

Sofía trae un marcador marrón, con el cual dibuja una nena y dice: “La boca, la nariz, los ojos. Es para vos, no para mi papá”. Va apareciendo el descontrol y quiere ensuciar todo con el marcador marrón. Le pongo límites, acerca de qué cosas puede ensuciar y qué cosas no. Se enfurece y el descontrol aumenta: muerde, desgarrar papeles. Me quiere patear, tengo que sostenerla para evitarlo. Le digo: “Sofía, pienso que vos estabas muy asustada cuando no entendías qué pasaba. Iba a venir un bebé que no vino y tus padres se alejaron. Vos mordías, te hacías caca y estabas muy asustada. En ese momento eras muy chiquita y sentías que te dejaban sola”. Sofía se va calmando, se acurruca en un rincón y prende la radio. Le digo: “Usas la música para acompañarte y ver si podés tranquilizarte. Yo estoy acá, para calmarte con palabras y si no me podés escuchar, te voy a sostener como recién”. Después de un momento de calma, vuelve el descontrol motor. Le digo: “Me contás que te sentías como un bebé loco, que ensuciabas, mordías y estabas muy asustada”. Sofía se vuelve a calmar y me mira. Le digo: “Acá las dos nos vamos a ocupar de ayudar a ese bebé, que se sentía loco y estaba muy asustado. A ese bebé que se ensuciaba y mordía y estaba desesperado y solo”. Se calma, me mira y asiente con la cabeza.

El papá la viene a buscar. Sofía le entrega el dibujo, que había sido preservado de su destructividad.

Cuarto mes de tratamiento – sesión D

Sofía llega mordiendo y pateando. Arroja los objetos de su caja en el piso, esparciéndolos por todo el consultorio. Dibuja en dos lugares: sobre la tapa de su caja y en un papel grande. Me pide más hojas para dibujar. Aparece la lucha entre sus ganas de romper su dibujo, desgarrándolo con sus dientes, y la posibilidad de guardarlo en la *carpeta protectora* (carpeta en la que guardo sus dibujos y a la que yo nombro de esa manera). La *carpeta protectora* tiene la función de resguardar sus producciones de sus impulsos de romper/desgarrar. Sofía dramatiza la lucha entre desgarrar/romper o frenar su impulso destructivo. Le digo: “Voy a poner tu dibujo en la carpeta protectora”. (Se incrementa el sadismo oral y dudo entre dejarla que rompa su dibujo y la *carpeta protectora*, o ponerle límite. Opto por dejarla hacer. Sofía rompe y desgarrar su dibujo y la carpeta. El consultorio está lleno de pedazos de su dibujo y de la *carpeta protectora*).

Le digo: “Me parece que me contás que vos alguna vez te sentiste así de rota”. (Pienso en vivencias de desgarro y fragmentación ante la ruptura brusca del vínculo con los padres, asociada al duelo. El trauma como la ruptura de barreras/*carpeta protectora*). Le digo: “Tal vez sentiste que no tener a mamá era como romperte”.

Tercer OAL

Objeto analítico lúdico: Bebé loco.

Problemática psíquica:

- Aspectos regresivos ligados a vivencias de desesperación y descontrol oral-anal.
- Aumento de componentes destructivos pulsionales ligados a angustias de abandono.
- Carencia de asistencia calmante y organizante ante el descontrol pulsional destructivo.

Función analítica:

- Límites estructurantes ante descontrol pulsional.
- Función vincular de contención del estado regresivo, con efectos calmantes y organizantes.

Cuarto OAL

Objeto analítico lúdico: Nena rota.

Problemática psíquica:

- Aumento de sadismo oral ante vivencias de desgarro por brusca desinversión de sus padres (asociada al duelo).
- Vivencias de fragmentación corporal.

Función analítica: Protección ante impulsos destructivos (*carpeta protectora*).

Sexto mes de tratamiento – sesión E

Sofía trae una bolsita de *Barbie* con objetos de su hermano Leo (pañal, cambiador, mamadera). Los saca de la bolsa y los coloca en mi sillón. Trae un muñeco

bebé, al cual coloca sobre el diván. Dice: “Son cosas de Leo” (el hermano). Toma un marcador marrón y con descontrol quiere pintar todo. Le digo que puede pintar sus cosas, no las del consultorio.

Sofía marca sus cosas con marrón. Pinta el interior de su caja, haciendo lo que ella llama “mamarrachos”. Coloca a los animalitos sobre la mesa. Canta, e incluye la palabra *porquería*. Sigue marcando con marrón los objetos de su caja. Le digo que el color marrón me hace acordar a la caca. Sofía marca un peluche y le dibuja la boca. Le digo: “¡Qué bueno! Tiene boca, ¡puede hablar!” (pienso en la diferencia con *Pepe el sapo*, que tenía la boca pegada).

Sofía le pinta el pelo y la cola y dice: “Quiere hacer pis”. Vamos al baño. En el baño le pinta el ombligo. Le digo: “¡Uy, tiene ombligo! Y le pregunto: “¿Sabés qué es el ombligo?” Me dice que no. Le cuento que es el nudo que se hace cuando se corta el cordón que unía al bebé con la mamá, que es el cordón por el cual el bebé se alimenta cuando está en la panza de la madre. Sofía baña al peluche y borra lo que pintó. Me pregunta: “¿Te gusta?” Le digo que sí, pero que también me gustaba que tuviese boca, cola, ombligo, pelo. Sofía chupa el agua del peluche.

Quinto OAL

Objeto analítico lúdico: Peluche con boca.

Problemática psíquica:

- Desarrollo de aspectos libidinales orales-anales.
- Disminución de componentes destructivos pulsionales.

Función analítica: Investidura de funciones y zonas libidinales.

Secuencia de los objetos analíticos lúdicos

Primer OAL: Pepe, el sapo.

Segundo OAL: Chiquelitu.

Tercer OAL: Bebé loco.

Cuarto OAL: Nena rota.

Quinto OAL: Peluche con boca.

Análisis de la secuencia de los objetos analíticos lúdicos

A partir de la secuencia de los diversos OAL, se puede reflexionar acerca de la problemática psíquica de Sofía y del impacto de la situación traumática. En este caso, el trauma hizo impacto en un terreno psíquico, en el cual se registraban angustias previas no elaboradas. Desde un procesamiento fusional oral-anal de dicha situación, quedaron ligadas las actividades propias de estas etapas (morder, ensuciar) con los aspectos destructivos asociados a la situación traumática (muerte, pérdida, abandono).

La desinvestidura brusca del vínculo de los padres absorbidos por el duelo con respecto a Sofía, generó intensas vivencias de abandono y produjo un incremento de los componentes destructivos pulsionales, asociados a la falta de ligaduras vinculares organizantes.

En cuanto a las transformaciones de los OAL, se observa el cambio entre *Pepe el sapo*, destruido por estar sucio y ser limpiado, en el cual predominan los aspectos destructivos pulsionales, y el peluche con boca, en el cual las zonas libidinales son investidas (boca, cola, ombligo) como lugares de intercambio vinculante.

3. Las intervenciones lúdicas

En la construcción del objeto analítico lúdico, el analizado muestra su gesto espontáneo y el analista realiza lo que denomino *intervención lúdica*.

El objetivo de dicha intervención será ubicar el gesto espontáneo dentro del universo lúdico. Desde esta perspectiva, un acto impulsivo puede ser transformado en objeto analítico lúdico, a partir de intervenciones adecuadas que pongan en juego sus potencialidades lúdicas. Quiero destacar un concepto desarrollado por Emilio Rodríguez, referido a lo que él denominó *interpretación lúdica*.³

A diferencia de la interpretación lúdica, en la intervención lúdica no se trata de una actitud mimética sino de favorecer el despliegue del gesto espontáneo del analizado. Pero más allá de las diferencias, se destaca en ambas ideas la posición activa del analista en relación con lo espontáneo expresado por el analizado. La posibilidad de realizar intervenciones lúdicas no excluye las interpretaciones referidas al contenido (pulsión, defensa, vínculo), pero considero que ciertos apresuramientos interpretativos pueden funcionar como obstáculo para el desarrollo de la experiencia analítica.

Me gustaría destacar que en una de mis relecturas del texto *Realidad y juego* de Donald Winnicott (1971/1982) encontré que algunas de sus intervenciones analíticas pueden ser pensadas como intervenciones lúdicas.

Transcribo a continuación el material clínico al que hago referencia: Se trata del caso de Diana. Winnicott se refiere a este diciendo: “En la descripción de este caso, como lo hice en el de Edmund, expondré lo que sucedió entre Diana y yo, y dejaré de lado el material de la consulta con la madre” (Winnicott, 1971/1982, p. 68).

“Los chicos juegan con mayor facilidad cuando la otra persona puede y sabe ser juguetona. De pronto acerqué el oído al osito que tenía en el bolsillo y dije ‘le oí decir algo’. Ella se mostró muy interesada. Yo continué diciendo: ‘Creo que necesita a alguien con quien jugar’, y le hablé del corderito lanudo que encontraría si buscaba en el otro extremo de la habitación, en el montón de juguetes que había debajo de la biblioteca” (Winnicott, 1971/1982, p. 69).

Las intervenciones lúdicas van creando de este modo un campo representacional intersubjetivo, que favorece el despliegue del gesto espontáneo como motor de la creatividad y del proceso de subjetivación.

4. Objetos lúdicos en el análisis con adolescentes y adultos

“Todo lo que diga sobre el jugar de los niños también rige, en verdad, para los adultos, solo que el asunto se hace de más difícil descripción cuando el material del paciente aparece principalmente en términos de comunicación verbal. En mi opinión, debemos esperar que el jugar resulte tan evidente en los análisis de los adultos como en el caso de nuestro trabajo con niños” (Winnicott, 1971/1982, p. 63).

3. Emilio Rodríguez se refiere a la idea de interpretación lúdica y dice al respecto: “La interpretación lúdica comienza con una toma de contacto directa y sensorial del material empleado por el niño. En este sentido, está orientado desde el medio de expresión no verbal y plástico hacia la comunicación verbal. Esquemmatizando, la interpretación lúdica consta de dos tiempos; en el primero el analista remeda el juego del niño y en el segundo, trasmite lo que ha comprendido verbalmente, pero haciendo complementariamente uso de los medios no verbales que el niño ha empleado”. Dicha actitud mimética favorecería la elaboración, y permitiría una mejor comprensión del material (Rodríguez, 1966, p. 135).

El objeto analítico lúdico en el psicoanálisis de adolescentes y adultos estaría constituido por representaciones lingüísticas o juegos de palabras, que como construcciones compartidas sirven para expresar, representar y elaborar determinadas problemáticas psíquicas.

“Himalaya o pozo”

Con un analizado adulto, el juego de palabras “Himalaya o pozo” era la representación lingüística creada en el diálogo analítico para referirnos a la autoevaluación superyoica exigente y cruel desde la cual medía sus logros: el no ser perfecto (escalar el Himalaya) equivalía al desastre, a la caída, a la ruina, al pozo. A partir de la referencia a este OAL, se podían hacer comprensibles analíticamente ciertos estados depresivos que atravesaba, que se presentaban como efecto de dicha autoevaluación superyoica.

“El filtro”

Era el modo en que se fue expresando/representando en el análisis con una adulta el proceso de desidentificación con una madre desbordada, impulsiva, que “no paraba”, que “no se podía callar”. El *filtro* representaba el registro de cambio psíquico, desde el cual ella podía “frenar” su propio hablar evacuativo (identificación materna), dando lugar a otro modo de circulación simbólica basado en el registro de la alteridad y la posibilidad de procesar/elaborar sus tendencias impulsivas.

“El camarero”

Me referiré ahora a un caso clínico presentado por el psicoanalista Antonino Ferro (2008) en su trabajo “Transformaciones en el sueño y personajes en el campo psicoanalítico. Reflexiones preliminares sobre las diferencias entre los modelos teóricos del psicoanálisis”. Cuando Antonino Ferro desarrolla el material clínico de Filippo, dice: “Partiendo de una separación cualquiera producida en el análisis, Filippo, ante su propia sorpresa, vuelve a adueñarse de residuos de sentimientos desconocidos por él, como la experiencia de haber sido enviado al exilio, el terror de que lo dejaran fuera de su casa, y el que les tenía a sus padres (y a sí mismo), como figuras que debían ser aplacadas. Así, ocupa la escena un personaje al que podemos llamar *el camarero*, que durante años les lleva todos los días a sus padres el desayuno a la cama, y que representa su actitud complaciente y a veces hasta servil (un *fantozzi*)”.

En este sentido, pienso que *el camarero* funciona como un objeto analítico lúdico, en tanto se trata de una representación creada en transferencia a partir del diálogo analítico, que representa un aspecto de la problemática del analizado.

Quiero destacar que mis propios OAL, creados en mi análisis –y las intervenciones lúdicas de mi analista, que posibilitaron dichas creaciones compartidas–, se constituyeron en ejes elaborativos para el desarrollo y consolidación de este trabajo de construcción conceptual.

5. Entrelazamientos conceptuales

“La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas.

El corolario de ello es que cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente de un estado en el que no puede jugar a uno en que le es posible hacerlo” (Winnicott, 1971/1982, p. 61).

Reflexionando con posterioridad al desarrollo de la idea de objeto analítico lúdico se fueron generando entrelazamientos con otros conceptos y desarrollos psicoanalíticos: Me referiré en especial a las ideas de S. Freud, D. W. Winnicott, A. Green y W. y M. Baranger.

Freud (1920/1979), al desarrollar el análisis del juego del *fort-da*, en su texto “Más allá del principio de placer”, dice: “Ahora propongo abandonar el oscuro y árido tema de la neurosis traumática y estudiar el modo de trabajo del aparato anímico, en una de sus prácticas más tempranas. Me refiero al juego infantil” (p. 14).

Luego de describir el tipo de juego del que se trata, dice: “La interpretación del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestar la partida de la madre. Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar” (Freud, 1920/1979, p. 15).

Al continuar analizando el valor de dicho juego, expresa: “En la vivencia era pasivo, era afectado por ella, ahora se ponía en un papel activo, repitiéndola como juego, a pesar de que fue displacentera” (Freud, 1920/1979, p. 16).

Destaca de este modo la importancia del juego como actividad psíquica que permite convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo resultó displacentero (Freud, 1920/1979).

Desde esta perspectiva conceptual, el OAL es creado a partir del interjuego simbolizante de la experiencia analítica.

Por su parte, D. W. Winnicott (1971/1982) vincula el juego con el espacio potencial y destaca el lugar fundante de los fenómenos transicionales y del gesto espontáneo, en tanto se constituyen en motores para el vivir creador.

En el texto *Realidad y juego* dice al respecto: “Para mí el significado del jugar adquirió un nuevo color desde que seguí el tema de los fenómenos transicionales y busqué sus huellas en todos sus sutiles desarrollos, desde la primera utilización del objeto o las técnicas transicionales, hasta las últimas etapas de la capacidad de un ser humano para la experiencia cultural” (Winnicott, 1971/1982, p. 63).

“El lugar de ubicación de la experiencia cultural es el espacio potencial que existe entre el individuo y el ambiente (al principio el objeto). Lo mismo puede decirse acerca del juego. La experiencia cultural comienza con el vivir creador, cuya primera manifestación es el juego” (Winnicott, 1971/1982, p. 35).

Me interesa remarcar también el lugar teórico-clínico que le otorga Winnicott a lo que él denomina “lo informe”: el tema referido a la “búsqueda de la persona”. “La persona a quien pretendemos ayudar necesita una nueva experiencia en un marco especializado. Dicha experiencia corresponde a un estado no intencional, a tildar, por decirlo así, los elementos de la personalidad no integrada. Esto lo llamé ‘lo informe’ en la descripción de casos” (Winnicott, 1971/1982, p. 81).

En este sentido, el OAL es creado en el espacio potencial del análisis, dando forma a “lo informe” y favoreciendo el despliegue subjetivante del gesto espontáneo del analizado.

W. Baranger y M. Baranger (1969) definen el concepto de *campo analítico* diciendo: “La situación analítica tiene que formularse, no como situación de una persona frente a un personaje indefinido y neutral, al final de una persona frente a sí misma, sino como situación de dos personas indefectiblemente ligadas y complementarias mientras está durando la situación, e involucradas en un mismo proceso dinámico. Ningún miembro de esta pareja es inteligible dentro de la situación sin el otro” (Baranger & Baranger, p. 129).

Dentro de este marco conceptual, ubico al OAL como parte de la dinámica del campo analítico.

Por su parte, Green (1996) realiza fecundos desarrollos en relación con la dialéctica pulsión-objeto. Dice en su libro *La metapsicología revisitada*: “Ahora bien, lo notable en la posición freudiana es que el proyecto metapsicológico va a centrarse en funciones, cuyo cumplimiento en un grado o en otro hará intervenir al objeto. Esto en suma equivale a decir que el objeto desempeña para la vida psíquica un papel equivalente al que cumplen el oxígeno o los componentes de la nutrición para la vida biológica, pero con la diferencia de que el objeto actuará en el sentido de la organización o desorganización de la vida psíquica en función de las propiedades inherentes a esta. Para Freud, la última palabra la tendrá siempre esta función propulsiva, que empuja, ocurra lo que ocurra, a investir nuevos objetos” (p. 35).

Ubicando al objeto como “revelador” de la pulsión, se refiere a la función *objetalizante*: “La función objetalizante cuya existencia yo postulo, consiste, como bien señaló Winnicott, no solo en ligarse a objetos sino también en crearlos. En crearlos, hallándolos; en hallarlos porque ya estaban ahí. En este aspecto el campo de lo objetalizable es infinito” (Green, 1996, p. 38).

En *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente*, afirma: “Puede decirse que una de las formas más logradas de actividad psíquica en relación con el afecto, es la génesis, diferenciación y consolidación de los procesos lúdicos” (Green, 1996/2005, p. 191).

Desde esta conceptualización, la construcción del OAL tendría una función objetalizante y favorecería el trabajo de representación y la creación de nuevos objetos; objetos creados a partir de procesos lúdicos desplegados en transferencia.

6. Objeto analítico lúdico y dialecto analítico

En un proceso analítico podrán construirse diversos OAL, a partir de los cuales se irá creando una especie de dialecto, en tanto dichas representaciones lingüísticas se transforman en “palabras clave” (Urribarri, 1998), que tendrán un sentido particular y conformarán un dialecto privado-compartido, coescrito en el espacio potencial del análisis.

Pienso que desde este “nuevo dialecto” se podrán retomar aquellos “gestos espontáneos desoídos o deformados” para que, a través de la construcción de los OAL, tengan la oportunidad de ser desplegados, dando forma a “lo informe” (Winnicott), pues de allí puede emerger lo más auténtico y genuino de cada sujeto.

Desde dicha “creación compartida”, es posible hacer comunicable/ representable en el diálogo analítico algo de esa “locura privada” (Green), para que pueda ser transformada en “espacio potencial creativo” (Winnicott).

Se trata de un dialecto creado en la mini sociedad analítica, desde el cual, evocando algo de las técnicas de reciclaje, lo “pasado” puede adquirir un “nuevo sentido”.

7. Conclusión

“Ahora examinaré un rasgo importante del juego, a saber, que en él, y quizás solo en él, el niño o el adulto están en libertad de ser creadores” (Winnicott, 1971/1982).

Enmarcado en el trípode de formación, como formalización metapsicológica y técnica de mi propia experiencia analítica, entrelazando mi trabajo clínico y mi formación teórica, fue tomando forma el concepto de *objeto analítico lúdico*.

Dicha idea se fue nutriendo y consolidando a partir del intercambio y debate con colegas, del estudio de la obra freudiana y postfreudiana, del diálogo analítico y el de las supervisiones. De este modo, los OAL propios y los de mis analizados se constituyeron en base y eje de construcción del trabajo de elaboración conceptual.

Resumen

La autora define y desarrolla el concepto de objeto analítico lúdico: se trata de objetos creados o contruidos en el proceso analítico, a través de los cuales se expresan, representan y elaboran diversas problemáticas psíquicas. Presenta dos casos clínicos de niños en los que analiza la creación y secuencia de objetos analíticos lúdicos que aparecen durante el proceso analítico. La autora amplía el concepto al psicoanálisis con adolescentes y adultos. Como apertura desde la técnica, define y desarrolla lo que denomina intervenciones lúdicas, que favorecen el despliegue simbolizante del gesto espontáneo del analizado. Desarrolla diversos entrelazamientos con otros conceptos psicoanalíticos. Liga la experiencia analítica, el juego y la creación; destaca el valor de sus propios objetos analíticos lúdicos creados en su análisis como eje para el trabajo de elaboración conceptual, en un movimiento de integración/consolidación analítica teórica y clínica.

Descriptores: Campo psicoanalítico, Juego, Objeto.

Abstract

A discovery – opening in clinical work and technique: The analytic play object

The author defines and develops the concept of a ludic analytical object, created-constructed during the analytic process and through which different kinds of psychological problems are expressed, represented and worked through. In two clinical examples with children she describes the analytical sequence of these ludic analytical objects created during each of the cases. She extends the concept to psychoanalysis with teen agers and adults. As a starting point, she defines and develops the idea of what she calls ludic interventions, whose aim is to favor symbolization and spontaneous gestures of the patient. Interactions with other psychoanalytical concepts are also commented. Relating analytical experience to playing and creating, she emphasizes the value of her own ludic analytical objects created during her own analytical experience as central in her capability to elaborate conceptually and to integrate theory with clinical experience.

Keywords: Psychoanalytic field, Play, Object.

Referencias

- Baranger, M. & Baranger, W. (1969). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Ferro, Antonino. (2008). Transformaciones en el sueño y personajes en el campo psicoanalítico. Reflexiones preliminares sobre las diferencias entre los modelos teóricos en psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 65(4).
- Freud, S. (1979). Más allá del principio de placer. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1920).
- Green, A. (1996). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba.
- Green, A. (2005). *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1996).
- Green, A. (2008). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rodrigué, E. & Tronquoy de Rodrigué, G. (1966). *El contexto del proceso analítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Urribarri, R. (1998). Sobre adolescencia, duelo y a posteriori. En Goijman, L. & Kancyper, L. (Comp.), *Clínica psicoanalítica de niños y adolescentes* (Colección de psicología integrativa, perspectiva interdisciplinaria).
- Winnicott, D. (1991). El juego del garabato. En Winnicott, D., *Exploraciones psicoanalíticas II*. Buenos Aires: Paidós (Trabajo original publicado en 1964-1968).
- Winnicott, D. (1982). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa (Trabajo original publicado en 1971).

El asunto sexual freudiano. Punto de encuentro y divergencia entre psicoanalistas y neurociencias

I. El sexo freudiano y los otros

“*Dans des cas pareils, c’est toujours la chose génitale. Toujours, toujours, toujours...*”¹ Estas parecen haber sido las palabras que Charcot, suspicaz, deslizó en el oído de Brouardel al finalizar un ateneo clínico en la Salpêtrière. Confidencia no tan secreta como para impedir que el joven Freud alcanzara a oírla, atento como estaba en 1885 a todo lo que decía su nuevo maestro. Así lo encontramos referido en su *Autobiografía* (Freud, 1925/1979f) y así también lo reproducen, entre muchos que han reparado en la famosa expresión, nuestros colegas franceses en el número que la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* (1984) le dedicara a “*La chose sexuelle*”.

¿Habrà sido este el primigenio *click* freudiano respecto de la *liaison* historia-sexualidad? Imposible y ocioso a la vez ponerlo en duda o afirmarlo como lo pretendería un historiador documentalista. Nos basta con considerarla una formulación convenientemente construida, con un núcleo de verdad material innegable, que nos resulta útil una vez más como marco de nuestras reflexiones. Si nos dejamos tentar por el afán cronológico, quizás haya sido el mismísimo Brouardel el responsable de haber transmitido a Freud que los “problemas de alcoba” bien podían tener la dignidad de un asunto de interés académico. Según relata el propio Freud (1886/1982a) en su *Informe sobre mis estudios en París y Berlín*, lo único que le interesaba hacer en la Salpêtrière, además de todo cuanto concernía a Charcot, era asistir a la morgue para presenciar las autopsias que realizaba el célebre forense. En 1913, en el prólogo que escribe para un libro de J. G. Bourke, recuerda algo que solía repetir Brouardel en aquellos tiempos y que le había impresionado tanto como para no olvidarlo más: “*Les genoux sales sont le signe d’une fille honnête*”² (Freud, 1913/1980b).

Resulta evidente que ya en esos tiempos Freud no tenía ojos solo para la minuciosidad y perspicacia de la descripción semiológica. Su admirado patólogo honraba con esa precisión en la observación la agudeza de la mirada clínica distintiva de la escuela francesa, cualidad que el joven médico vienés solía contrastar con la impronta fisiopatológica de la escuela alemana en la que se había

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

1. “En los casos como este se trata siempre de la cosa genital. Siempre, siempre, siempre...”

2. “Las rodillas sucias son el signo de una muchacha honesta.”

formado. En esos tempranos tiempos, Freud escuchaba tras lo oído que lo mórbido no era ajeno a los pormenores de la vida cotidiana y que los signos de la enfermedad cifraban un sujeto. Y ese sujeto freudiano nacido en cuna francesa será definitivamente de ahí en adelante un sujeto sexuado. ¿Cómo dar cuenta de este sujeto y de su pertinencia para la investigación y la operatoria clínica? El *asunto sexual* (preferimos este término al de *sexualidad*, como se lo nombra casi siempre de manera vaga e imprecisa) le pareció a Freud de ahí en más el camino apropiado para aproximarse al sujeto del psicoanálisis³.

A la hora de las memorias –seguimos con la *Autobiografía*–, recuerda estos primeros tiempos de definiciones sin disimular el móvil pragmático: “... era propicio a la concepción médica el hecho de que la sexualidad no fuera un asunto meramente psíquico. Tenía su lado somático...”, dice en una parte que tendremos la oportunidad de retomar más adelante (Freud, 1925/1979f). El asunto sexual es instituido tempranamente por Freud como piedra basal de su teoría del padecimiento psíquico, de la enfermedad mental en su amplio abanico de formas y variedades, a partir de su interés inicial y probablemente especial en el campo de las neurosis. Un campo, por otra parte, totalmente redefinido a partir de sus concepciones.

Hemos elegido este breve recorrido por lo que se ha denominado “los orígenes del psicoanálisis” para introducir el marco en el que queremos inscribir nuestra reflexión acerca del debate actual neurociencias/psicoanálisis⁴.

Si el encuentro Freud-Charcot se produjera hoy, casi 130 años después, ambos actores se encontrarían con un libreto que haría realidad sus sueños de una “ciencia del cerebro”. Espectadores de esta “secuela” queremos interesarnos en una mirada crítica de esta escena y para ello necesitamos una guía que nos asegure a cada paso que no hemos abandonado el territorio freudiano. Es por ello que adoptamos como pieza central, como el alma del armado teórico psicoanalítico que trenzará muchos otros cabos a su alrededor, a la *cosa sexual*. Alma al fin para explicar lo psíquico; alma-psique que no “cesará de no escribirse”, como lo ha dicho Lacan, inventor del modelo de los nudos, uno de los modelos que podemos llamar *científicos* más avanzados para atrapar el alma.

Sogas y nudos, cuerdas con alma nos guían en este territorio de frontera para el que Freud propusiera la cosa sexual como brújula, instrumento al que poco

3. Como bien se señala en el prefacio del mencionado número 29 de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, la expresión *sexualidad* empleada en el contexto psicoanalítico tanto puede aludir a la “práctica o conducta sexual” de una persona como a la “psicosexualidad” de la teoría. Como creemos que el lugar que el *goce sexual* ocupa en el corpus psicoanalítico no se agota en ninguno de estos términos, sino que los engloba y los excede en complejidad, preferimos usar *asunto sexual* o *cosa sexual* como denominaciones que nos parecen más afines con la “cosa freudiana”.

4. El Tomo XXII de las *Obras completas* de Freud (1887-1902/1956) es la versión de la correspondencia Freud-Fliess que utilizaré para estos fines. Es oportuno recordar que los originales de las cartas enviadas por Freud a Fliess fueron rescatados casi milagrosamente por M. Bonaparte, que se los compró a un librero berlinés (Reinhold Stahl) quien, a su vez, los había obtenido de manos de la viuda de Fliess. De las 284 cartas solo se publicaron 168. Esta selección obedeció a la paleta de escrúpulos que los editores alemanes consideraron razonable utilizar y que se trasladaron a la edición inglesa. Los autores, tanto de la censura como de la encomiable labor de recopilación de tan valioso documento (A. Freud, M. Bonaparte y E. Kris), dicen en el prólogo: “El autor del material contenido en este volumen no habría consentido la publicación de ninguna de sus partes”. Es sabido que Freud destruía todo manuscrito que no estuviese listo para la publicación y que las cartas escritas por Fliess no fueron una excepción. Resulta por lo menos curioso que los editores de la publicación alemana ejercieran su libertad para dar a luz lo que Freud no hubiera autorizado y, al mismo tiempo, censuraran lo que para su propia sensibilidad era “incompatible con la discreción profesional y personal” (Freud, 1887-1902/1956, pp. 15-17).

después bautizará “pulsión”. Un término ausente en el discurso de las neurociencias, seguramente por resultar mítico. Un término del que los psicoanalistas hacemos nuestro *shibboleth* y con el cual, a veces, obturamos el agujero que una y otra vez la pulsión rodea en la búsqueda de la satisfacción⁵.

No avanzaremos a ciegas, ingenuamente. No vamos a negar ni a desaprovechar la producción de saber que en estos 130 años tuvo lugar en el campo psicoanalítico. Sabemos, por ejemplo, que “el problema de la excitación sexual” que Freud planteara rigurosamente en 1905, en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905/1978b), es un problema no resoluble pero que ha logrado una notable resolución con el concepto de *goce*. El goce resuelve en ciertos términos articulables teóricamente lo no resoluble del asunto sexual, como la pulsión articula lo no articulable del inconsciente, de la realidad sexual del inconsciente. Hemos puesto en estos términos lo que Lacan formula para el deseo con el recurso de cierta retórica paradójica: “Que el deseo sea articulado es precisamente la razón de que no sea articulable” (el deseo nunca alcanzará una formulación definitiva en el discurso sino, en todo caso, una ética que le convenga). Continúa la cita: “(...) Entendemos: en el discurso que le conviene, ético y no psicológico” (Lacan, 1966/1985, p. 90).

Detengámonos en esta formulación, que resulta decisiva para la delimitación de los campos en cuestión.

Por el lado del psicoanálisis, que alguna vez supo promover la ilusión de un *yo autónomo*, dueño pleno de una lógica “razonable” del deseo sexual, el giro que le imprime a este escenario la propuesta de un comando ético del trámite que un sujeto pueda darle a su deseo, implica que el asunto sexual, el goce, pasa a ser comandado desde ese lugar que Freud llamó *superyó*.

Por el lado de las neurociencias, cabe formular también la pregunta sobre quién comanda el progreso de su deseo (de saber). ¿Un pensamiento autónomo ajustado a un método que garantiza una verdad alcanzable por el único esfuerzo del trabajo y la investigación? ¿O una metodología consensuada bajo la dirección de *otro* con rostro reconocible, al que algunos llaman “mercado” y otros, “corporaciones” (profesionales, industriales, etcétera)?

De todos modos, en ambos campos, si hay alguna garantía de “progreso” posible, esta proviene del des-cubrimiento de los “intereses” de los saberes dados por constituidos, es decir, del ejercicio de un pensamiento crítico nunca depuesto.

Comencemos entonces por decir que ambos campos reciben denominaciones que aluden a colectivos de saberes claramente heterogéneos. Tanto *psicoanálisis* como *neurociencias* refieren a campos disciplinares y discursivos que abren un abanico de complejidad que, *a priori*, parece imposibilitar cualquier cruzamiento conceptual. Muchos de los intentos de explorar/explotar esta articulación lucen excesivamente simplificadores. De allí la importancia de un alma que, al modo del hilo de Ariadna, nos ayude a regresar a nuestro territorio cada vez que sea necesario.

Neurociencias/psicoanálisis: ¿escenarios no superponibles de una misma obra? ¿Versiones o arreglos distintos de la misma partitura? ¿Lenguas diversas, no

5. Me refiero a cualquiera de las inclinaciones hacia uno u otro de los lindes fronterizos. Tanto da que sea una posición que reduce la pulsión al instinto y la cosa sexual al orgasmo (“a la Reich”), como su contraria, que propone una dirección de la cura analítica que apunta a una sublimación sublime (“a la Jung”).

traducibles, lanzadas a decir lo indecible de un objeto perdido? Sea como fuere, definen campos de trabajo que por momentos entran en conflicto teórico y práctico.

En ambos campos encontramos actores más o menos abiertos a un diálogo. En ambos campos, quienes se disponen a un intercambio esperan resultados dispares de dicho encuentro. En ambos campos encontramos partidarios de la fusión (creo que un poco más en el psicoanálisis). Esta fusión es para algunos del tipo del *yin* y el *yang*: un encastre perfecto (se ha creado el *neuropsicoanálisis*, a los efectos de sostener la promesa de estas delicias conyugales). En ambos campos también encontramos a los dialoguistas condescendientes, que practican la política del buen vecino pero encaramados en las alturas del balcón de la ciencia, desde donde se compadecen de los esfuerzos conjeturales de aquellos que –piensan– harían mejor en dedicarse a la filosofía o, por qué no, a la religión. En el extremo opuesto al de la fusión se encuentran los que plantean la más radical segregación de los *campos* (sic). Con nuestro compatriota Mario Bunge como abanderado, se puede suponer que son exclusivos del lado de las neurociencias, pero también los hay del lado del psicoanálisis⁶.

No encuentro mejor ejemplo del último caso que el de Allouch (1997), psicoanalista francés del que tanto hemos aprendido y del que seguimos aprendiendo gracias a su productividad inagotable. Sin embargo, su forma extrema de separar *ciudadano* de *psicoanalista* –mucho más radical aun que psicoanalista/psiquiatra o psicoanalista/psicólogo– lo lleva a considerar con Lacan que “solo hay analista en el acto analítico”, de una manera asombrosamente literal. El mismo Lacan, que eso dijo en su seminario de 1967-1968, también manifestó poco tiempo antes que se sentía, en tanto psicoanalista, “misionero del médico” (Lacan, 1966/1985). Esto es, que tenía cosas importantes que decir y que hacer respecto de una práctica que alguna vez había sido suya⁷.

Tal posición extrema del analista corre el riesgo de proponerle no ya una “profesión imposible” sino la “profesión de lo imposible”, aceptable como metáfora y no como la imposición de un *no-lugar* que muchas veces no es sino el lugar del cínico. No podrá acusarse a Allouch (1997) de no haber corrido los riesgos pertinentes a la hora de exponer su punto de vista. Sobre todo cuando lo hizo abordando temas socialmente muy sensibles, como fue el caso del analista brasileiro Leão Cabernite y su analizando Amílcar Lobo Moreira, a la sazón un médico implicado en actos de tortura en la época de la dictadura en su país.

Nos detendremos por el momento en este punto, con la esperanza de haber efectuado una demarcación suficiente. No vamos a internarnos en esta selva, machete en mano, para intentar desbrozar algún sendero. No es nuestro cometido por ahora y ello implica resistir la tentación de desarrollos muy atractivos. Investigar, por ejemplo, las implicancias que ha tenido en los primeros acercamientos de las neurociencias al psicoanálisis (Damasio, 2010; Kandel, 2007) que

6. Comentamos el *sic*: cualquiera sea la lógica de “lo puro” que se emplee y cualquiera la intención de una demarcación fronteriza impermeable, siempre habrá de enfrentarse el riesgo de sostener la propia posición en la suposición de una raza o de un pueblo “elegidos”.

7. Lo que se ha publicado como *Psicoanálisis y medicina* (op.cit.) corresponde a su intervención en una mesa redonda con ese título organizada por el Colegio de Medicina en la Salpêtrière, justamente el 16 de febrero de 1966. Lacan mantuvo una interlocución con la medicina y la psiquiatría en muchas oportunidades, como al año siguiente, cuando fue invitado por H. Ey al Círculo Psiquiátrico que dirigía, de donde surge el conocido luego como “Breve discurso a los psiquiatras”.

hayan tomado como referencia la versión norteamericana de éste último. O preguntarnos acerca de las razones por las que la exploración de esta frontera ha interesado tanto a quienes desde tiempo atrás se ocupaban de la cuestión psicosomática desde el psicoanálisis. Comprobar que, finalmente, en los últimos años no se han sustraído a este interés autores del campo lacaniano (Miller, 2002; Pommier, 2010; entre otros) y que, incluso, se han intentado colaboraciones “en pareja” como las de Magistretti y Ansermet (2007) y, entre nosotros, Alvano y Bauleo (2008).

El propósito de este trabajo es, en primer lugar, buscar los términos en los que aparece y se desarrolla el *factor sexual* en los orígenes del psicoanálisis, para comprender detalladamente los motivos que llevaron a Freud a formular su teoría química de la sexualidad y de las neurosis.

En segundo lugar, recorrer los diversos momentos y lugares de la obra de Freud en que expresó su esperanza –inevitable, lógica– de que fuera la biología, en su progreso, la que validara o no sus convicciones teóricas y clínicas; poder vislumbrar los motivos de esta ilusión freudiana, sostenida hasta el final de su vida, aunque con algunas variaciones a veces significativas.

Finalmente, localizar los momentos en que Freud parece vacilar respecto de esta certeza positivista y puede, de diversas maneras (antes, durante y después de 1920, año de la ruptura), tomar coraje para anunciar que su criatura no debía esperar la certificación del genoma humano para existir. Quiero decir, asumirse como un inventor: el padre de esa criatura.

El destino último de nuestro trabajo cae entonces por su peso: interrogarnos sobre si la moderna ciencia del cerebro y su dilecta hija en el campo de la medicina clínica, la moderna psicofarmacología, cumplen o no con aquella expectativa freudiana, no tan lejana en el tiempo como puede parecer. Pero eso es harina de otro costal y no será desarrollado en esta ocasión.

En 1925 Freud dice en su *Autobiografía* a propósito de su paradigma psicopatológico, que sostiene la división neurosis actuales/psiconeurosis (también conservado desde el principio al fin de su obra, y una de las piezas centrales del rompecabezas que intentamos armar):

“Esa formulación (neurosis actuales/psiconeurosis) satisfizo mis escrúpulos médicos. Esperaba haber *llenado una laguna de la medicina*⁸ (...)”.

Y continúa Freud: “También era propicio a la concepción médica el hecho de que la sexualidad no fuera un asunto meramente psíquico. Tenía su lado somático, se podría adscribirla a un quimismo particular y derivar la excitación sexual de la presencia de *determinadas sustancias*, si bien todavía desconocidas” (Freud, 1925/1979f, pp. 216-217).

En 1952 Henri Laborit descubre el primer psicofármaco (*serendipia*⁹ mediante), al comprobar los efectos tranquilizantes y antipsicóticos de la clorpromazina.

8. Todos los itálicos de esta página son míos.

9. De la *serendipia* dice *Wikipedia*: “Una serendipia es un descubrimiento o un hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta. También puede referirse a la habilidad de un sujeto para reconocer que ha hecho un descubrimiento importante aunque no tenga relación con lo que busca. En términos más generales se puede denominar así también a la casualidad, coincidencia o accidente” (Recuperado de <http://es.wikipedia.org/wiki/Serendipia>). La popular *chiripa* tuvo su lugar en el descubrimiento del valor psicofarmacológico de la clorpromazina, originalmente usada como antihistamínico.

*La hipótesis que ponemos a consideración en este trabajo es si la ciencia con este descubrimiento se encuentra en el trayecto de aquella formidable y utópica esperanza freudiana de dominar el factor sexual*¹⁰.

De allí en más, en el discurso médico no se hablará de *libido* sino de *esteroides sexuales*; no se recurrirá a términos como *voluptuosidad* o *goce* sino a las funciones plenamente objetivables del *núcleo accumbens*; no habrá más *compulsión* sino *craving* y el placer será desde ese momento una cuestión *dopaminérgica*. Pero no es un mero juego de palabras: creemos que la ilusión freudiana es retomada con más fuerza por el *otro contemporáneo*: la ilusión de la ciencia parece ser la de un dominio posible, autorizado y comercializable, prescriptible y eficaz, de sustancias moduladoras del factor sexual freudiano, que hoy se escribe 5-HT (“serotonina”)¹¹.

Seguidamente nos ocuparemos de revisar las principales referencias que se encuentran en la obra de Freud sobre el asunto sexual.

II. Esperando la sustancia

La gran cantidad de referencias que encontramos a lo largo de la obra de Freud sobre el tema que nos ocupa (el sustento que las ciencias biológicas aportan o aportarán en el futuro a su creación de un sujeto psíquico derivado de la realidad sexual del inconsciente) no son homogéneas en cuanto a la mirada con que se aproximan al asunto.

Podemos establecer un núcleo duro teórico compuesto por desarrollos clínicos, metapsicológicos y aquellos que el mismo Freud denominara “especulativos”, en cuyo seno se destacan especialmente sus proposiciones sobre el asunto sexual que podemos denominar *biologistas*. Este grupo de referencias es el más numeroso y sus componentes temáticos son:

- a) La teoría de la libido;
- b) La teoría tóxica de las neurosis;
- c) El dualismo pulsional, con su expresión psicopatológica (neurosis actuales/psiconeurosis) y su expresión metapsicológica (pulsiones de autoconservación/pulsiones sexuales);
- d) Las bases biológicas del dualismo pulsional (cuyo desarrollo más importante encontramos en *Más allá del principio del placer* (Freud, 1916-1920/1979e): pulsiones de vida/células somáticas, pulsiones de muerte/células germinales.

Es muy interesante la apreciación de Miller (2002) acerca de que la biología de Freud se ocupa de la vida pero no del cuerpo. Coincidimos en que la postulación

10. Con disculpas por lo enfático, sabemos que, obviamente, no se trata de una finalidad deliberada, consciente y mucho menos alcanzable, como lo saben los neurocientíficos serios. Los desarrollos que siguieron a este histórico evento de 1952 siguen construyendo un modelo de funcionamiento cerebral que no consigue evitar la elisión del factor sexual freudiano y sus diversas maneras de nombrarlo. Véase, por ejemplo, Damasio (2002).

11. Esquematizamos el problema, lo sabemos. También Freud advertía en *La sexualidad femenina* (1980c), como veremos luego, que el asunto biológico es complejo. Pero nos permitimos esta licencia para mencionar por primera vez al neurotransmisor sobre el que interviene la molécula que fuera bautizada *Prozac* por la industria farmacéutica, el primer psicofármaco que se propuso para curar la neurosis.

de una pulsión de muerte incluye un más allá de la vida de carácter simbólico, determinado por el lenguaje humano, que excede a la muerte como suceso natural. No obstante, no nos parece lo más adecuado hacer un corte entre *biología* y *biología freudiana* (“La biología freudiana no es la biología”) y proponer una suerte de “biología psicoanalítica” tal que será completada por Lacan, sobre todo con su concepto de *goce*, aun teniendo en cuenta su intención metafórica.

El biologismo freudiano se atempera en unas pocas referencias de tipo analógico, en las que utiliza la química o la biología como elemento de figuración comparativo de las ideas que quiere transmitir.

Y, por último, el grupo de comentarios que nos resulta más significativo se caracteriza por proposiciones y desarrollos en los que el pensamiento freudiano se suelta de la referencia biológica y no busca una garantía en el modelo científico vigente para la época o supuesto para el futuro. Estas afirmaciones y conceptos que llamaremos *rupturistas* nos permiten suponer que no era ajeno a Freud saber que estaba inaugurando una nueva *discursividad* y que, por lo tanto, no era imprescindible la aprobación de su método por el método científico. Decimos que “no le era ajeno”, lo que no implica que estuviera a disposición de su conciencia.

A continuación, nos dedicaremos a reseñar las principales referencias *biologistas* para tener una más justa medida de la expectativa que Freud depositaba en la ciencia como contexto de justificación de su descubrimiento del inconsciente.

La vía final común de los desvelos y las esperanzas freudianas es en todos los casos el “descubrimiento de una sustancia” o de un grupo de sustancias cuya actividad en el organismo diera sustento a lo que su “brujería metapsicológica” y sus especulaciones sobre la pulsión lo habían llevado a proponer. Hemos recordado más arriba la recapitulación que hace del tema en su *Autobiografía* (Freud, 1925/1979f), pero ya tenemos noticias de ello en la que suele considerarse primera nota oficial sobre el asunto sexual: la carta enviada a Fliess en mayo de 1894 conocida como “Manuscrito D”, una suerte de bosquejo para un libro que nunca fue escrito y que llevaría por título *Sobre la etiología y la teoría de las grandes neurosis*. El capítulo E de ese libro soñado se llamaría “El proceso sexual en el sentido de la teoría de la constancia” y uno de sus apartados, “Teoría de una sustancia sexual” (Freud, 1894/1982c).

No vale la pena que abundemos aquí en el tan reconocido poder de anticipación del genio freudiano respecto de los futuros avances de la neurofisiología en cuanto al papel de las sustancias (hoy llamadas neurotransmisores, neuromoduladores, neurohormonas, factores neurotróficos, etcétera), un vasto repertorio de moléculas más o menos complejas cuya participación en la actividad del sistema nervioso central la moderna neurobiología estudia en nuestros días. Freud solo llegó a conocer el descubrimiento de la hormona tiroidea y de las hormonas adrenales como fundamento de enfermedades endócrinas, y hace reiterada mención de ellas en sus escritos.

Pero así como el vector que podemos ver nacer en el “Manuscrito D” tiene una dirección hacia el futuro, también arroja hacia atrás la primera sustancia con la que el joven neurólogo Freud había tenido ocasión de experimentar: la cocaína. Este “desgraciado episodio” con la sustancia coca –como lo llama E. Jones en su biografía–, que había tenido lugar una década antes, había desembocado en la

escritura de varios trabajos neurocientíficos muy serios para la época y había sido sepultado mucho más por los exégetas y comentaristas –salvo algunas excepciones– que por el propio Freud. Mucho menos aún por el *sujeto sexuado Freud* que emergerá en el autoanálisis y especialmente en el sueño de la inyección de Irma¹².

En su presentación en sociedad de una nueva entidad clínica, la *neurosis de angustia* (Freud, 1895/1981a)¹³, va a sentar las bases de la teoría tóxica y a caracterizar otro componente de lo que hemos llamado “núcleo duro”: las *neurosis actuales* (NA)¹⁴. En este texto, en el punto E, define los componentes básicos de la etiología de la neurosis de angustia:

- a) Acumulación de excitación;
- b) La excitación es de origen somático;
- c) La cualidad somática es de naturaleza sexual;
- d) Hay una mengua de la participación psíquica.

Su tesis psicopatológica devenida clásica es la siguiente: “Al mecanismo de la NA hay que buscarlo en ser desviada de lo psíquico la excitación sexual somática y recibir, a causa de ello, un empleo anormal” (Freud, 1895/1981a, p. 108).

Hemos aquí ante una formulación freudiana de la *normalidad* para el sujeto humano, expresada en términos sencillos y contundentes, que en lo sustancial habrá de mantener. El exceso pulsional al que está condenado¹⁵ el humano deberá ser *empleado* (aplicado, investido, ligado) en aquello denominado “psíquico”. Lo psíquico se constituye a partir de representaciones recibidas desde el *otro auxiliar* y que permiten derivar esta “tensión sexual somática” a ese lugar que el *otro* habilita y sostiene en forma de trabajo, sublimaciones y esa descarga tan mal llamada “directa” de la relación sexual.

Al mismo tiempo le escribía a Fliess que suponía que algunos casos de migraña tenían una etiología sexual y que sus síntomas eran producidos por “agentes tóxicos”, lo que le permitía suponer que “también el estímulo sexual es químico” (Freud, 1895/1982d).

Son épocas de cambio en el interlocutor con el que Freud, a esa altura de su vida, necesitaba mantener una relación de dependencia –que no abusaremos en llamar “transferencial”–, en términos de soportar un lugar de saber supuesto sobre lo que él estaba buscando saber. Son épocas del pasaje Breuer/Fliess. Al mismo tiempo que sus investigaciones clínicas lo llevan a publicar junto al primero los *Estudios sobre la histeria* (1895) –que cumple con la ilusión del “Manuscrito D”–, pese a que ya en ese momento sus diferencias eran notorias e

12. El tema de la relación de Freud con la cocaína despertó mi interés hace ya casi dos décadas, como acontecimiento más decisivo de lo que se suele creer en la historia del psicoanálisis (Toyos, 1993). Y lo he mantenido a lo largo del tiempo, por ejemplo, en el estudio de las adicciones desde una perspectiva psicoanalítica (Toyos, 2010).

13. Ya esbozado en el llamado *Manuscrito B* del 8 de febrero de 1893.

14. En otras ocasiones, esta denominación de Freud para estas neurosis se encuentra traducida al español como “neurosis propiamente dicha” (Freud, 1916-1920/1979e) o “neurosis genuinas” (Freud, 1906/1978c), lo que quizás concuerde mejor con el sentido original.

15. Si le resultara fuerte la expresión *condenado*, remito al lector a una carta de Freud a Jones en 1914, poco después de su ruptura con Jung, donde le dice: “Aquel que prometa a la humanidad liberarla de la humillante sujeción sexual, sean cuales fueren las tonterías que se le ocurra decir, será considerado un héroe”.

insalvables (diferencias justamente en torno al papel del asunto sexual), ya estaba preparando la obra en la que diseñaba un “aparato neuronal” encargado de esa tramitación del exceso sexual hacia la *normalidad* de la acción específica.

El período que va entre 1887 y 1902 de la vida de Freud –entre sus 31 y 46 años– se destaca por el abandono de la cocaína, el comienzo del autoanálisis y la relación con Fliess, médico berlinés con quien toma contacto en el entorno de Breuer¹⁶. Es el tiempo en el que Freud se establece como “especialista en enfermedades nerviosas”. Sin duda, Fliess será el último interlocutor freudiano de carne y hueso que ocupó el lugar de “sujeto supuesto saber”. De allí en adelante Freud dialogará en esos términos con grandes hombres a través de sus obras y de los textos (Leonardo, Moisés, Darwin, Goethe, el presidente Wilson y el presidente Schreber, entre otros).

Este pasaje Breuer/Freud merece algunas reflexiones respecto del tema que nos ocupa. Es el pasaje de un representante de la ciencia médica oficial, con reconocimiento académico y social, a un representante de la “medicina alternativa” de la época, un personaje excéntrico según los parámetros de la normalidad regulados por el método científico y los parámetros de la normalidad psíquica para muchos (Lacan incluido, quien siempre se refirió a Fliess con un irónico desdén). Podemos considerar este pasaje de la medida científica de un Breuer a la desmesura fliessiana como un indicador del *empuje* hacia un territorio “paracientífico” al que sus propias investigaciones lo llevaban¹⁷. Empuje al que no sería abusivo agregarle “a la mujer”. El asunto sexual freudiano poco a poco se volverá más y más femenino en lo que tiene de opacidad y de misterio; el cuerpo ingobernable, que desborda los períodos matemáticos y astrológicos con los que Fliess intenta hacerlo calculable y que lo llevan al borde del delirio megalomaniaco. Ese cuerpo escurridizo es fundamentalmente sexuado y femenino.

Mientras duró la circunvalación del planeta Fliess, fueron muchas las direcciones que Freud recorrió en la búsqueda de su sustancia sexual:

- a) Mención de la agorafobia –ataque de pánico de nuestros días– y del papel de las glándulas endócrinas en la elaboración de sustancias endógenas (Freud, 1894/1982b).
- b) También en el *Proyecto* conjetura que existe una relación entre los “estímulos endógenos” y productos químicos (Freud, 1895/1981b).
- c) En la *Carta 42* (1896) propone el modelo de la tensión menstrual como prototipo de la acción de sustancias endógenas, producidas por un “órgano enigmático” que Fliess seguramente descubriría (Freud, 1887-1902/1956).
- d) Insiste en el tema en la célebre *Carta 52* (1896) con la curiosa idea, fiel a la bisexualidad fliessiana, de que existirían sustancias femeninas o de la aversión sexual y sustancias masculinas o del placer (Freud, 1887-1902/1956).

16. En el otoño de 1887 Fliess viaja a Viena para realizar cursos de perfeccionamiento, y es invitado por Breuer a unas clases de neurología que dictaba Freud. En el círculo íntimo de Breuer también conoce a la que sería su esposa, una joven vienesa paciente de aquel (Kris, 1956).

17. No puedo evitar la comparación con Jorge Luis Borges y su “pasaje” de Lugones a Macedonio Fernández.

- e) *Tres ensayos de teoría sexual*, publicado en 1905 y varias veces actualizado, es el texto en donde la teoría química alcanza su más alto nivel formal. Menciona a las hormonas sexuales, el papel de la tiroides y compara las neurosis actuales con la intoxicación y la abstinencia de alcaloides.

Es interesante lo que ocurre a partir de *Introducción del narcisismo* (1914/1979b), texto que va a complejizar la teoría pulsional de una manera que le llevará varios años desenmarañar –recién lo conseguirá en 1920. En medio de la disputa teórica con Jung, Freud necesita reafirmar el dualismo pulsional, única postura que le parece adecuada para enfrentar la amenaza *desexualizante* de la libido constituida por la versión “bajas calorías” que su admirado discípulo suizo proponía bajo la denominación “energía psíquica unitaria”. Es entonces cuando Freud buscará en la biología y en la naciente endocrinología el fundamento de esta tajante división entre “hambre y amor”.

En 1915 hace su presentación formal un elemento clave en esta historia, una suerte de referencia maestra para comprender a qué nos referimos cuando en psicoanálisis hablamos de *asunto sexual*, y clave también como mojón separador entre los campos del psicoanálisis y las neurociencias. Es un concepto al que Freud califica, no casualmente, como “fronterizo”: la *pulsión*¹⁸.

En *Pulsiones y destinos de pulsión*, su estudio más serio al respecto, vuelve a otorgar a la biología el lugar de fundamento objetivo: “(...) En general, me parece dudoso que sobre la base de la elaboración del material psicológico se puedan obtener indicios decisivos para la división y la clasificación de las pulsiones (...). Sería deseable que se los pudiera tomar de otro ámbito para transferirlos a la psicología. Lo que la biología dice sobre esto no contraría por cierto la separación entre *pulsiones yoicas* y *pulsiones sexuales*” (Freud, 1915/1979d, p. 120).

El dualismo pulsional que por diversos motivos es para Freud una premisa innegociable, y su supuesta base biológica asentada en la división entre células sexuales y células germinales –con su correspondiente correlato hormonal–, será de aquí en adelante el argumento sobre el que giran todas sus afirmaciones de corte *biologista*. La separación entre los campos de la biología y la psicología sostiene una suerte de “paralelismo terapéutico” en el que Freud parece embarcar al psicoanálisis. Esta postura tiene una fuerte inserción en los desarrollos que desde ese momento hasta nuestros días se han realizado en relación con la acción conjunta de abordajes psiquiátricos y psicoanalíticos en el campo de la clínica¹⁹.

Repasemos ahora algunos de los lugares en que esta delimitación va cobrando cuerpo y veamos cómo Freud va pensando el lugar específico del psicoanálisis:

- a) Retornando a la *Autobiografía*, a continuación de la mención que hicimos se refiere a que sería un “mal entendido” suponer que en las neurosis actuales

18. Esta particular tópica de la pulsión, ubicada por Freud en una suerte de “tierra de nadie”, en la frontera entre naturaleza y cultura, podría justificar el empleo por parte de Miller del oxímoron “biología lacaniana”.

19. Una gran mayoría de trabajos psiquiátricos y ensayos clínicos de terapéutica concluyen que los resultados de los “tratamientos combinados” (psicofármacos y psicoterapia) son superiores en cuanto a efectividad y eficacia a cualquiera de esos abordajes por separado. Ahora bien, es necesario aclarar que en casi todos estos trabajos *psicoterapia* es sinónimo de *terapia cognitivo-conductual*. Lo cual no es una “injusticia del destino” en mi opinión, sino, simplemente, el destino.

no hay “conflicto psíquico”. Lo que Freud afirma es que en estas neurosis hay un “componente sintomático” que no tiene origen psíquico ni es accesible desde lo psíquico (Freud, 1925/1979f, pp. 24-25).

- b) En el epílogo del *Caso Dora* dice que solo la técnica del psicoanálisis es psicológica y que es la teoría la que necesita saber acerca de las “bases orgánicas de la neurosis”, que son evidentemente químicas (Freud, 1901/1978a).
- c) En *Mis tesis sobre la sexualidad en la etiología de las neurosis* (Freud, 1906/1978c), texto en el que se encuentra la definición canónica y la delimitación más clara entre *neurosis actuales* y *psiconeurosis*, establece una diferencia entre *causación de la neurosis* (conflicto psíquico) y *naturaleza de la neurosis* (componente sexual-somático).
- d) En 1908 se suma *La moral sexual cultural*, que impone la sofocación pulsional y, por ende, colabora al efecto tóxico del asunto sexual (Freud, 1908/1979a).

En las *Conferencias* de 1916-1917, dispuesto a ser pedagógico, plantea propuestas contundentes. En la *Conferencia 25* vuelve sobre las bases biológicas del dualismo pulsional y, anticipándose a los desarrollos de 1920, acuña la conocida figura del individuo como “titular temporario de un fideicomiso que lo sobrevive”, la parte “germinal” del sujeto transportada por voluntad de ese *otro* que es “la especie” para Freud (1916-1917/1978e).

Pero es en la conferencia anterior, *El estado neurótico común* (1916-1917/1978d), donde todo lo que venimos reseñando encuentra su formulación más acabada. Dice allí que “el edificio de la teoría psicoanalítica [...] es en realidad una superestructura que está *destinada* a recibir su fundamento orgánico”. Así como lo recordara en su *Autobiografía* en 1925, ya en esta época Freud sabía que su edificio había cobrado una altura impensada dos décadas atrás, que desde sus orígenes inexcusablemente clínicos el psicoanálisis había recorrido caminos que –unidos por un propósito común como es “descubrir lo inconsciente en la vida del alma” – se internaban en cualquier terreno que se allanara a la aplicación de su método de investigación: “La historia de la cultura, la ciencia de la religión y la mitología, así como la doctrina de las neurosis”. Siguiendo esta dirección, que tal vez sea la máxima expresión de su “separatismo” entre ciencia y psicoanálisis, llega a decir Freud que las neurosis actuales deben ser “*abandonadas*”²⁰ a la investigación médico-biológica”. Propone que el desarrollo del psicoanálisis debe superar la estrechez de la doctrina de las neurosis que, finalmente, constituyen “un capítulo de la medicina como cualquier otro” (Freud, 1916-1917/1978d).

Para este Freud tan categórico, algo debe caer desde las alturas del edificio del que se ha asumido ya como arquitecto y constructor principal. Es el “destino” que así lo impone, es la “naturaleza del psicoanálisis” lo que decide dejar en manos de la ciencia y de sus artes particulares –por ejemplo, la medicina– lo que no puede ser otra cosa que el organismo corporal que se hace presente en el estado neurótico común, en lo actual de la neurosis. Resaltamos *abandonar*, un verbo que suena fuerte. Por un lado, su empleo denota una culpabilidad en

20. Itálicas del autor.

relación con un objeto que se ha considerado familiar y que se está dejando de lado. Ese objeto no puede ser otro que la esperanza en el fundamento biológico, una expectativa que resulta ya tan estrecha como lo sería suponer al psicoanálisis como especialidad médica. Pero, por otro lado, es un acto necesario para la fundación de un método de trabajo y una *discursividad* novedosos.

Este acto fundacional se vislumbra cuando, en la misma conferencia, va a considerar como una ciencia al psicoanálisis. Una ciencia que “no se caracteriza por el material que trata, sino por la técnica con la que trabaja”. Aquí da un paso más, un verdadero paso de sentido: un material común –el sujeto humano y sus producciones– es recortado por una técnica que, cualquiera sea ella, dejará por fuera “realidades objetivas” u “objetos reales” –diría Lacan–, *los realia* que alguna vez esperó de Fliess, que morarán para siempre en las afueras de su territorio. Aquí, como en otros pasajes de su obra –como el primer párrafo de *Pulsiones y sus destinos* (1915/1979d)–, Freud da un paso al costado del positivismo.

Uno de los objetivos que perseguimos con este trabajo es interrogar a un movimiento que, partiendo de las neurociencias, parece considerar que ellas constituyen la expresión actual de ese objeto real que ex-siste al psicoanálisis; una suerte de nueva versión de la vieja esperanza freudiana. Desde esta perspectiva, deberíamos los psicoanalistas advertir que la buena nueva de las neurociencias está tocando nuestra puerta para “completar” nuestra disciplina y nuestro trabajo, cuando no legitimarlo y darle estatuto y crédito institucional. Esta nueva versión de la añoranza freudiana se presenta como la oportunidad de hacer más inteligible el discurso psicoanalítico; más racional, más aceptable. Cuando su característica, su razón de ser, es justamente lo inaceptable por toda conciencia, por buena que esta sea. Esa es su dimensión ética.

Me cuento entre aquellos que consideran que ese llamado debe ser atendido, pero no sin antes examinar críticamente las razones de esta expectativa casi religiosa, como si se tratara de la llegada del mesías del psicoanálisis. Para estar en mejores condiciones de realizar esta tarea resta todavía recorrer otras expresiones freudianas que no se alinean con la dirección *biologista* de las que hemos recorrido hasta aquí.

Mencionaremos algunas consideraciones sobre este tema que, en una suerte de transición, van anunciando la ruptura.

Una muy temprana es *Arquitectura de la histeria*, donde compara las fantasías histéricas y paranoicas usando una analogía con la química, sin ninguna expectativa de convalidación (Freud, 1897, p. 240)²¹.

La más interesante de estas propuestas analógicas se encuentra en el trabajo de 1931, *Sobre la sexualidad femenina*. Luego de las consabidas referencias a los fundamentos biológicos de sus hipótesis y de dejar sentada una vez más su esperanza en la bioquímica, continúa Freud: “(...) Pero esta esperanza no parece menos ingenua que aquella otra, *hoy por suerte superada*, de descubrir bajo el microscopio sendos excitadores de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc. *Es que también en el quimismo sexual las cosas han de ser un poco más complicadas* (...). Ahora bien, para la psicología es indiferente que en el cuerpo

21. Es interesante consignar que en la traducción de Etcheverry de este manuscrito no aparece la palabra *análogo* sino “generado como automáticamente (por un camino químico)” (Freud, 1895/1982e). De este modo, el sentido es muy otro.

exista una única sustancia que produzca excitación sexual, o que sean dos o una multitud. El psicoanálisis nos enseña a contar con *una única libido*²², que a su vez conoce metas –y por lo tanto modalidades de satisfacción– activas y pasivas. En esta oposición, sobre todo en la existencia de aspiraciones libidinales de meta pasiva, está contenido el resto del problema” (Freud, 1931/1980c, p. 241).

Maravillosa articulación y presentación del asunto. Por un lado, Freud reconoce la “complejidad” del asunto sexual, incluso en el propio campo de la ciencia biológica²³. Las últimas investigaciones sobre el papel de las hormonas en diversas manifestaciones de la clínica psiquiátrica muestran que la separación entre hormonas sexuales y hormonas no sexuales es de poca o ninguna relevancia: todas las hormonas tienen acción sobre el cerebro (la única condición es que por su tamaño molecular puedan atravesar la barrera hematoencefálica) y viceversa (las neurohormonas la tienen sobre el territorio somático). Esto es parte de la “complejidad” del sistema, como lo muestra entre muchos otros el trabajo de Vemuri y Williams (2011) sobre la influencia de las hormonas sexuales sobre el estado de ánimo.

III. La naturaleza del asunto

No es ninguna novedad decir que 1920 es el año de la ruptura. El principio del placer es sepultado como principio rector del sujeto freudiano y eso determina que el asunto sexual pierda definitivamente la pista biológica. Definitivamente, la pulsión no busca el bien del sujeto.

En el capítulo VI de este texto refundacional del psicoanálisis (allí donde propone herramientas conceptuales decisivas en el futuro, como la pulsión de muerte, los nuevos principios que gobiernan la economía pulsional, Eros y Tántatos, el goce masoquista y otros), Freud (1916-1920/1979e) vuelve a referirse a la necesidad que ha tenido a lo largo de su obra de “tomar préstamos a la ciencia biológica”. Elogia sus “posibilidades ilimitadas” que juzga en un proceso de expansión sin límites a la vista. Sostiene su esperanza en que la biología pueda responder “alguno de los interrogantes que le planteamos”, pero no excluye la posibilidad de que no lo haga y de que incluso sus descubrimientos “derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis”²⁴.

Es el momento de la pregunta que divide las aguas: “¿Por qué tomarse trabajos como los consignados? ¿Por qué comunicarlos además?”. Y Freud responde estas preguntas de una manera asombrosamente ambigua: “Pues bien, es que no puedo negar que alguna de estas analogías, enlaces y nexos... *me parecen dignos de consideración*”²⁵ (Freud, 1916-1920/1979e, pp. 58-59). Una respuesta que se transforma en una suerte de misterio psicoanalítico que invocamos una

22. Los *itálicos* son míos.

23. Una fuente de las novedades científicas tan frecuentemente utilizada de manera simplista por la comunicación –con la colaboración de “expertos” más o menos ignorantes, más o menos especuladores–, pero nunca por quienes son realmente serios. Nos referimos a cosas como “el gen del enamoramiento”, “el centro del placer erótico”, “la sustancia de la depresión”, “las neuronas de la sociabilidad”, entre muchas otras etiquetas. Noticia de último momento, según el diario *La Nación* (Buenos Aires) del 27 de mayo de 2012: “(...) El 50% de la ideología puede estar en los genes”.

24. El reciente libro de G. Pommier (op. cit.) propone justamente lo contrario. Según este autor, las neurociencias “demuestran el psicoanálisis”.

25. Los *itálicos* son míos.

y otra vez a la hora de cada intervención *digna* de llamarse psicoanalítica: “Tome usted esto en consideración... tal vez sea digno de ella”. No hay intervención analítica que no ‘rompa’ con algo, y de esa ruptura y del arte de saber hacerla soportable, se puede abrir el paso a la *dignidad* de una verdad.

Encontramos evidencias de esta ruptura tanto antes como después de *Más allá del principio del placer*, texto donde Freud hace público el cambio radical de su pensamiento.

Una vez más, la correspondencia con Fliess nos permite vislumbrar los primeros indicios de contradicciones que Freud supo mantener en reserva, aunque no pudo impedir su traducción sintomática. Partimos de la carta que le envía el 2 de abril de 1896, aquella en que le manifiesta que lo considera su “cable a tierra”: “Me encanta comprobar que eres capaz de sustituir todos mis cabos sueltos por ‘cosas reales’ (*realia*)”. Se diría –con Lacan– que esperaba de Fliess una función de cuarto nudo y que, por lo tanto, temía que su ímpetu teórico amenazara su posibilidad de mantener un equilibrio intelectual. Pero sus confesiones al amigo no se detienen allí: “En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estoy a punto de realizar ahora, *cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología. Llegué a ser terapeuta contra mi propia voluntad*²⁶(...)” (Freud, 1887-1902/1956, pp. 195-196). Certeza de un pasaje con consecuencias –el “abandono” de la medicina–, junto con la conciencia de estar contrariando algo profundo de su ser en el camino de la construcción del psicoanálisis.

En la misma época se refiere, en el capítulo XXI del *Proyecto de psicología*, a su paciente Irma y su famoso sueño, en relación con el modo en que la “naturaleza sexual” de su neurosis histérica deviene consciente (Freud, 1895/1981b, pp. 387-388). Sabemos que en la conclusión del sueño esa forma de devenir consciente el asunto sexual en Irma es una fórmula química: la trimetilamina. Esta sustancia presente en el semen, de olor característico, es la misma con la que compara Freud el olor de las sales de cocaína en su no menos famosa –pero menos conocida– monografía *Über coca* y, por lo tanto, este sueño de Freud se constituye en un documento del fin de la experiencia personal y médica con esta droga. El asunto sexual concluye entonces en la escritura de una fórmula, un significante imaginario de la estructura edípica en la lectura de Lacan, quien dice que Freud de allí en adelante ya no se dirige a la comunidad médica (“ruptura”, “abandono”) sino a nosotros, los psicoanalistas (Lacan, 1954-1955/1978).

Es verdad que en ninguna de las interpretaciones freudianas del célebre sueño hay un despegue de la mirada *biologista*, y que es Lacan quien, en una no menos célebre introducción del registro simbólico en el relato clínico de su maestro, puntualizará esta ruptura con el discurso médico como un saber inconsciente para Freud. Pero sin duda algo de ello estaba en ciernes porque el *Proyecto* no es publicado y, en cambio, sí da a luz un aparato psíquico que trata de hacer inteligible la caudalosa novedad que significaban los sueños.

Así, encontraremos expresiones contundentes de la ruptura que pueden ser formuladas décadas después como en *Lo inconsciente*. Después de darle

26. Los itálicos son míos.

un lugar privilegiado al cerebro (“La investigación científica ha demostrado irrefutablemente que la actividad psíquica está vinculada con la función del cerebro, más que con ningún otro órgano”), de reconocer los avances desde el punto de vista de la complejidad en el funcionamiento cerebral (“Nos lleva un paso más adelante, aunque no podemos decir si ese paso es grande”), va a decir: “Pero todos los intentos realizados para deducir de estos hechos una localización de los procesos psíquicos, es decir, todos los intentos de concebir las ideas como almacenadas en células nerviosas y las excitaciones como siguiendo el curso de las fibras nerviosas, *han fracasado por completo*”²⁷ (Freud, 1915/1979d, citado por Kris, 1956, pp. 375-376). En el mismo texto metapsicológico, cuando se refiere a la continuidad o discontinuidad entre procesos psíquicos conscientes e inconscientes, dirá sobre la naturaleza de tales procesos que “(...) sus caracteres físicos se nos revelan por completo inasequibles; ninguna idea fisiológica, ningún proceso químico puede hacernos vislumbrar su *esencia*”²⁸ (Freud, 1915/1979c). Además de calificar su tan osado intento de un *Proyecto de psicología para neurólogos* con un categórico “fracaso”, suma ahora una dimensión ontológica (“esencia”) a las diferencias de aproximación psicoanalítica y de las ciencias naturales a los procesos psíquicos, lo que deberíamos trasladar al asunto sexual en psicoanálisis y a la naturaleza de la sexualidad en biología.

En esta misma línea, casi diez años más tarde defiende la delimitación estricta entre la medicina y el psicoanálisis con una posición epistemológica semejante a la que destacáramos en la *Conferencia 24*: “(...) Toda ciencia es unilateral (...). El punto de vista buscado (en psicoanálisis) solo se halla si uno pasa de la medicina al arte práctico de curar”. Rescata de la relación medicina/psicoanálisis su dimensión terapéutica. Sin embargo, cuando se refiere a su creación psicopatológica –la neurosis–, dice: “Ni en su apreciación ni en su tratamiento contribuyeron en nada –lo que se dice en nada– los estudios médicos” (Freud, 1926/1979g, pp. 216-217).

La dignidad del trabajo del analista radica en la dignidad del asunto sexual. Terminamos en este punto el recorrido por el trabajo de quien tuvo sobre sus hombros la inmensa tarea de abrir el surco del sujeto humano en tanto intervenido por ese asunto, en cierta medida acosado y en cierta medida afortunado por esta obligación de tener que saber hacer con el goce²⁹.

Dignidad de una clínica que no le escapa al asunto, como el joven Freud no le escapó a escuchar en cada uno de sus pacientes los latidos secretos de la pulsión, y les puso palabras.

“(…) Me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves y de ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado lo científico (...), la responsable de este resultado *es la naturaleza misma del asunto*” (Freud, 1895/1980a, pp. 174-175).

27. Los *italicos* son míos.

28. Los *italicos* son míos.

29. Adelantamos lo que nos parece la salida que encontramos con Lacan para el misterio a ser develado que nos dejara Freud: la herramienta del goce. En esta dirección pretendemos encaminar futuros desarrollos de nuestro trabajo.

Resumen

Dentro del marco de la relación de mutua interrogación entre las neurociencias y el psicoanálisis, el autor revisa con mucho detalle los momentos de la obra de Freud en los que manifiesta su esperanza en que las ciencias biológicas legitimen los planos del edificio psicoanalítico, del que progresivamente iba asumiéndose como arquitecto, o bien que lo echaran por tierra.

En una gran cantidad de textos, de los primeros hasta los últimos tiempos, Freud expresa que su teoría tóxica de las neurosis, su división entre neurosis actuales y psiconeurosis, su teoría pulsional, darán alguna vez la bienvenida al descubrimiento de una “sustancia” que les otorgará valor de verdad. No obstante, en otros lugares parece pensar que debe dejar de lado esa ilusión. Parece concebir que haya otro punto de vista diferente del positivismo para validar el psicoanálisis.

Por su lado, las neurociencias, en su impetuoso avance de las dos últimas décadas, ratifican que la realidad última de todos los procesos cerebrales es química, lo que le da la razón al Freud biólogo. El llamado “asunto sexual” es propuesto como un punto de encuentro decisivo para delimitar ambos campos, como lo son también los sueños, la memoria, la conciencia, etcétera. La necesidad de incorporar el concepto de goce responde al punto de ruptura entre ambos discursos.

Dice el autor: “La hipótesis que ponemos a consideración en este trabajo es si la ciencia con este descubrimiento se encuentra en el trayecto de aquella formidable y utópica esperanza freudiana de dominar el factor sexual”.

Descriptor: Sexualidad, Biología, Epistemología, Goce, Libido, Neurociencia, Neurosis actual, Pulsión, Sexualidad. **Candidato a descriptor:** Química.

Abstract

Within the relationship of mutual interrogation between neuroscience and psychoanalysis, the author examines several moments in Freud’s work when he expressed his hope that biological sciences would legitimize psychoanalysis, thinking of himself as its creator, or turn it into an old-fashioned discipline.

In a large number of texts, from early to late, Freud states that his “toxic theory” of neuroses, its division between actual neuroses and psychoneuroses and his drive theory, will eventually welcome the discovery of a “substance” that would grant them truth value. However, in other works he appears to deem necessary to set aside this illusion, seemingly assuming that there may be a non-positivist validation of psychoanalysis.

In turn, the neurosciences, in his impetuous advance of the last two decades, confirm that the ultimate reality of all brain processes is chemical, agreeing with Freud. The so-called “sexual affair” is proposed as a crucial meeting point for defining both fields, as are others (dreams, memory, consciousness etc.).

The need to incorporate the concept of “jouissance” responds to a breaking point between the two disciplines.

The author says: “The question we consider is: Can we think that the developments of science meets Freud’s great hope of dominating the ‘sexual affair’?”

Keywords: Sexuality, Biology, Epistemology, Jouissance, Libido, Neuroscience, Actual neurosis, Instinct. **Candidate to keyword:** Chemistry.

Referencias

- Allouch, J. (1997). *La etificación del psicoanálisis. Calamidad*. Buenos Aires: Edelp.
- Alvano, S & Bauleo, A. (2008). *Avatares de la clínica. Un proyecto de complementariedad entre neurociencia y psicoanálisis*. Buenos Aires: Mediciencia.
- Damasio, A. (2002). *El error de Descartes*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1956). *Obras completas* (Vol. 22). Buenos Aires: Santiago Rueda. (Trabajo original publicado en 1887-1902)
- Freud, S. (1978a). Análisis fragmentario de una histeria. El caso Dora. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 7, 99). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1978b). Tres ensayos de teoría sexual. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 7, 190-197). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1978c). Mis tesis sobre la sexualidad en la etiología de las neurosis. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 7, 269-270). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1906)
- Freud, S. (1978d). Conferencia 24. El estado neurótico común. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 16, 353-354). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917)
- Freud, S. (1978e). Conferencia 25: La angustia. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 16, 376). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1917)
- Freud, S. (1979a). La moral sexual cultural y la sexualidad moderna. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 9, 166-167). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908)
- Freud, S. (1979b). Introducción del Narcisismo. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1979c). Lo Inconsciente. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1979d). Pulsiones y destinos de pulsión. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 14, 120). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1979e). Más allá del principio del placer. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 18, 58-59). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916-1920).
- Freud, S. (1979f). Autobiografía. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 24-25). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- Freud, S. (1979g). ¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 20, 216-217). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1980a). Estudios sobre la histeria. Epicrisis de Elizabeth von R. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 2, 174-175). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Freud, S. (1980b). Prólogo a J.G. Bourke: Elementos escatológicos en las costumbres, los usos, las creencias y el derecho consuetudinario de los pueblos. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 12, 355). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1980c). Sobre la sexualidad femenina. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 21, 241). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1931).
- Freud, S. (1981a). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia". En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 3, 108). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Freud, S. (1981b). Proyecto de Psicología. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 3, 366). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Freud, S. (1982a). Informe sobre mis estudios en París y Berlín. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 1, 8). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1886)
- Freud, S. (1982b). Prólogo y notas a la traducción de J.M. Charcot "Leçons du Mardi" de la Salpêtrière. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 1, 173-174). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1894)
- Freud, S. (1982c). Manuscrito D. Sobre la etiología y la teoría de las grandes neurosis. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 1, 226). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1894)
- Freud, S. (1982d). Manuscrito I. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 1, 254). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895)
- Freud, S. (1982e). Manuscrito M. En Freud, S., *Obras completas* (Vol. 1, 294). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1885)

- Jones, E. (1981). *Vida y obra de Sigmund Freud* (Vol. 2, 165). Buenos Aires: Hormé.
- Kandel, E. (2007). *En busca de la memoria*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Kris, E. (1956). Estudio Preliminar. En Kris, E., *Los orígenes del Psicoanálisis* (27). Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Lacan, J. (1975). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En Lacan, J., *Escritos 2* (784). México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1978). El Yo en la teoría y la técnica psicoanalítica. El Seminario. En Lacan, J., *Libro 2* (237-243). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955)
- Lacan, J. (1985). Psicoanálisis y Medicina. En Lacan, J., *Intervenciones y Textos 1* (99). Buenos Aires: Manantial. (Trabajo original publicado en 1966)
- Magistretti, P. & Ansermet, F. (2007). *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*. Buenos Aires: Katz.
- Miller, J A. (2002). *Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo* (18). Buenos Aires: Colección Diva.
- La chose Sexuelle (1984). *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 29, 8. Paris: Gallimard.
- Pommier, G. (2010). *Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Toyos, N. (1993). "El psicoanálisis, ese allotrion fecundo...". *Revista de Psicoanálisis*, L(1), 135-156.
- Toyos, N. (2010). Trastorno de la sustancia: no sustanciar el goce. Una mirada psicoanalítica al problema de las adicciones. *Revista de Psicoanálisis*, LXVII(3).
- Vemuri, M. & Williams, K. (2011). *Actualización sobre estrógenos y progesterona como tratamiento de los trastornos del estado de ánimo en mujeres*. Recuperado de www.psychiatrictimes.com

Ciudades Invisibles



Caracas Caracas

Intro

Soy caraqueño, así no más. Caraqueño con ñ, como se dice limeño, porteño, santiagueño, panameño y hasta madrileño. Con la ñ de una lengua áurica consignada por España, quizás para aplacar las culpas y los resentimientos, a cambio de oro y perlas antaño desterradas, primer exilio sin retorno del que da cuenta nuestra Historia. Hasta aquí la filiación. Y no diremos pariseño, budapesteño y mucho menos osleño. Soy caraqueño. Para más señas, habitante de un espacio en el que la excepción no permanece ajena a la regularidad, porque aquí lo regular, lo cotidiano, es esa misma excepción. Aquí vivo, de aquí soy.

Track 1

Proponer que la práctica psicoanalítica es un derivado de la ciudad, así como de la vida privada –condición ésta sólo posibilitada cuando se la contrapone con el escenario público y común de las grandes aglomeraciones urbanas– resulta ser una obviedad que no merece el descubrimiento freudiano. ¿No es acaso la moral uno de los aspectos constituyentes del sufrimiento, moral que no es otra cosa que *urbanidad*? Decir ciudad es decir *psiudad*.

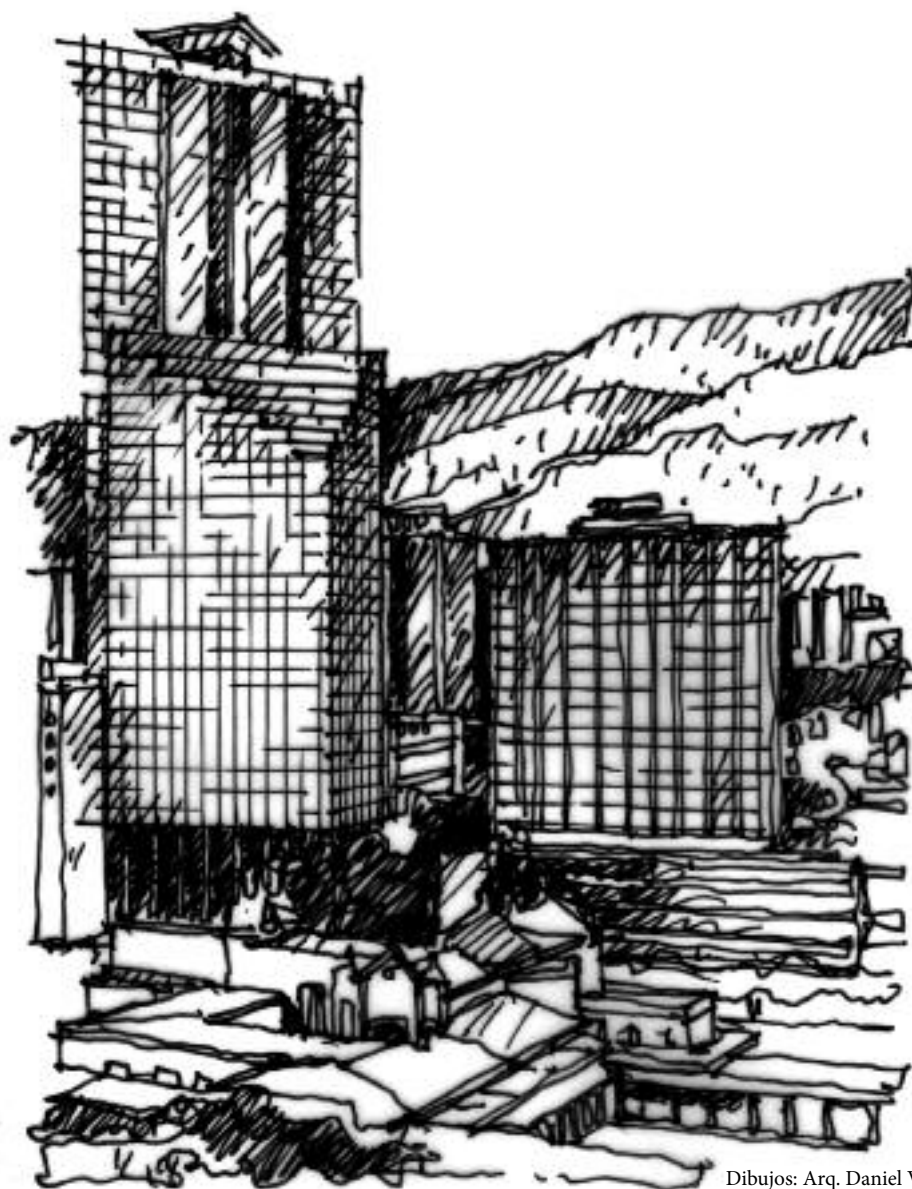
Track 2

¿Psicoanalizar en Caracas? Me retrotraigo a un 4 de noviembre de 2010, jueves, 7 a.m. para más señas. Siempre es Úrsula quien aguarda por mí en la entrada del consultorio.

No fue así ese día. El tiempo de su sesión transcurrió y ella no asistió. En tres años, viéndola tres veces por semana, por vez primera no hacía acto de presencia. A las 7:45 aguardo por Horacio, quien tampoco aparece. Sólo 10 minutos después recibo su llamada para hacerme saber que no llegará: su viejo y confiable asistente ha sido asesinado la noche anterior al salir de su oficina. Le robaron su motocicleta.

Horacio se ocupa de los arreglos funerarios. A las 8:30 a. m. y en un inusual alarde de puntualidad, aunque también sin venir, Cristina llama, perpleja, para decirme que no llegará. No encontró su carro en donde siempre lo estaciona. El desconcierto me embarga. Sé que no veré a Bárbara a las 9:15: me avisó personalmente la noche anterior. Su tarjeta de débito fue “clonada” y parte de sus ahorros han sido sustraídos. La imagino mientras espera ser atendida en el banco para introducir formalmente su denuncia. A las 10 sí atiendo a Mónica, quien se echa en el diván y prosigue con la narración del día anterior: su esposo continúa secuestrado y los negociadores, que prácticamente viven en su casa, insisten en una nueva artimaña: Mónica viajará en la noche hasta otra ciudad para entregar parte del pedido de los secuestradores en un movimiento, a todas luces, riesgoso. Ya son las 10:45 y, cara a cara, Manuel, abatido, insiste en continuar bajo procedimientos legales la recuperación de los edificios que le han sido expropiados por el Gobierno Nacional de manera intempestiva. Manuel es constructor.

* Sociedad Psicoanalítica de Caracas.



Dibujos: Arq. Daniel Villani.

Pienso que se trata de una infructuosa batalla perdida de antemano. A las 11:50, recostada en el diván y habiendo llegado con 20 minutos de retraso, Virginia maldice y despotrica de mil maneras lo de siempre: el tráfico que le imposibilita estar a tiempo para su sesión. Esta vez me amenaza: o le cambio su hora de los jueves por otra al final de la tarde, como la de los lunes o los martes, o sencillamente no vendrá más. Pienso que ni los lunes ni los martes Virginia

suele llegar a tiempo, pero prefiero callar y no hacerle alguna observación. Está colérica. Y sí. Desde el balcón del consultorio, que se abre a los pies de mi paciente, diviso, muy abajo, el noroeste de Caracas, donde los carros están prácticamente estacionados en la autopista; hacia el sur un nubarrón blanco asciende: son gases lacrimógenos, otra protesta. Repentinamente una pareja de exuberantes y ruidosas guacamayas interceptan mi mirada mientras

planean frente al balcón, siempre tan puntuales, tan cotidianas. El lunes siguiente sabré que Úrsula, mi primera paciente de la mañana, fue víctima de un secuestro *express* en el que la mantuvieron cautiva durante nueve horas hasta que sus familiares pagaron una copiosa suma para tenerla de vuelta.

Track 3

Ya a las 12:30 p.m. me encuentro almorzando en un pequeño *self-service* ubicado dentro del supermercado que frecuento, muy cercano al lugar donde trabajo. Mientras abro las bandejas de *sushi*, que cada vez vienen con menos *wasabi* –no sé qué secreta aversión tendrá por el picante el nuevo chef–, apunto, con cierto embeleso, la sucesión de hermosas mujeres que, vestidas todas con atuendos deportivos (las hay tenistas, maratonistas y hasta jinetas de salto ecuestre), muy maquilladas y sin ápice de sudor, hacen sus compras. Imagino

entonces una nueva categoría para nuestros archiconocidos concursos de belleza: desfile en traje de baño, traje de noche, traje típico y la nueva propuesta: desfile con carritos de supermercado. Sonríe. Poco, por supuesto; la mañana se impone. Súbitamente recuerdo aquella terca insistencia con la que Melanie Klein, mientras analizaba al pequeño Richard, se empeñaba en hacer surgir la realidad psíquica allí donde la guerra, con su apremiante y descarnada presencia, buscaba imponerse. Mujer inclemente, seguramente acertada, bruja tripera. Aun así, me pregunto cómo encarar una práctica inserta en una ciudad como Caracas, en la que los criterios de fin de análisis se solapan con la emigración recurrente de muchos pacientes, o en aquellas situaciones en las que agendar una cita para alguna figura notoria del ámbito político pasa por revisar cuál tendencia (tanto la política como la del pasaje al acto) posee quien viene antes o después de esa se-



sión. Porque así es mi Caracas: polarizada, maniquea y desarticulada. Allí mi colega, con las primeras lluvias de octubre y ante los múltiples derrumbes que taponaron la ciudad por el precario mantenimiento que se le hace, tuvo que pernoctar en su consultorio ¡con su paciente! (“*en esta ciudad te acostumbras a los desprendimientos / a los baches en el piso / a ver cómo caminan todos los cuerpos menos el propio*”)¹. O aquella otra colega que, en plena sesión junto a su analizanda, se vio interrumpida por ladrones que irrumpieron en su espacio y las dejaron amarradas e inmovilizadas mientras ellos hacían su trabajo. Y ante esto, en un recurso al humor que conjura la angustia, lo que cabe es imaginar a la paciente diciéndole a su analista: “Por cierto, acabo de recordar un sueño que tuve anoche. ¿Será que le comento?”.

Track 4

Sucede que con Caracas éste es uno de los vértices que da cuenta de su *actual* cualidad: el de la violencia y el desamparo. Y es que Caracas, así como suena de plural, porque no escuchamos decir Bogotá, ni Ciudades de México, ni Sao Paulos, ni Montevideos, ni Las Habanas –solamente Buenos Aires ha tenido el buen tino de pluralizarse en su nombre–, Caracas, repito, está en la percepción de sus habitantes. Aquí todo está por hacerse, por construirse. Y lo que antes, como bien señaló José Ignacio Cabrujas cerrando la década de los ochenta, era una cultura de la demolición (“*Porque así como hay personas que proclaman con orgullo pertenecer a un pueblo de grandes constructores, me atrevo a exhibir hasta con cierta jactancia, que provengo de un pueblo de grandes ‘derrumbadores’, un pueblo demolicionista que hizo del escombros un emblema*”)², en la que maravillosas edificaciones de arquitectura vasca o moderna, por hablar sólo de algunas, fueron destruidas para dar paso a construcciones carentes de sentido y coherencia con el entorno, se nos presenta hoy, en esta ciudad en la que poquísimas

obras públicas de envergadura han sido construidas en más de 15 años –sustrayéndonos calidad de vida y noción de ciudadanía en cuanto habitantes–, como un espacio en donde lo que aún queda en pie ha mutado su significación de un modo, cuanto menos, alucinado y alucinante. Los museos, los espacios públicos, los grandes hoteles y rascacielos, devienen las nuevas residencias de desatendidos damnificados –apodados “dignificados”; el colmo del ataque a la percepción–, validando, con esto, la consolidación de la anti-ciudad, sostenida en la espacialización de dos universos que no sólo se denuncian como divididos, sino que deben seguir así –según el discurso oficial–, separados e irreconciliables.

Track 5

Caracas es verde, verde como ninguna, arropada por el majestuoso cerro Ávila, fortaleza montañosa que la signa con su presencia indeleble. Verde profuso, desparramado y denso; valle fértil y generoso. *Natura* omnipresente de clima sosegado. Allí su gracia, también su desgracia. Y nos sentimos orgullosos, en nuestro caso, de tanto araguaney colorido o floreado apamate, y a nuestras calles, avenidas y urbanizaciones las reconocemos y nombramos por ese don natural: Los Jabillos, Los Caobos, Los Cedros, Las Palmas, Los Mangos, Los Samanes, Los Chaguaramos, Las Acacias. Y ante tanta naturaleza rebosante, se nos presenta su anverso, también *natural*. Los caraqueños somos transgresores de ley. Y nótese que no digo transgresores de *la* ley, sino *de* ley, como quien dice “plata de ley” para certificar que alguna prenda elaborada con el precioso metal posee la proporción correcta junto a la aleación que la compone. Y si Dostoievski argumentó que la ciudad es una tribu accidental, sabremos que transitar por Caracas será constatar que el carro de atrás hará sonar su corneta desafortunadamente al automóvil de adelante aunque el semáforo esté en rojo, porque si no viene vehículo

1. Del poemario *Gramática de piedras* (2011) de Ruth Hernández Boscán.

2. De la crónica “La ciudad escondida” (1988) de José Ignacio Cabrujas.

en la vía que sí tiene la luz verde, ¿pues qué sentido tiene permanecer frenado?; que las aceras, cuando las hay, serán para los motorizados, y eso cuando algún carro estacionado sobre ella lo permita; y que la venta de copias de películas o libros, que sin el consentimiento del titular de los derechos de autor circulan por doquier, estará a la mano en cualquier ostentoso centro comercial al lado de las últimas tendencias de marca que por momentos nos harán creer en la ilusión de que estamos en alguna gran capital. Porque Caracas, la que se vanagloriaba de ser sucursal del cielo, es hoy, si acaso, el tímido esbozo de aquello “[...] que nos pareció en algún momento cierto, pero sólo con la certeza del parecido”³. Vaya parodia de la modernidad (“La avenida / fue inaugurada ayer y hoy envejece / entre nuevos asfaltos que la ignoran / porque miles de palas y uniformes / no pueden detenerse, es necesario / que todo se haga joven de improviso / licuada la memoria en el cemento / el patio de la infancia subastado / a tractores sonámbulos que viajan / por el aire letal de nuestros sueños”)⁴. Y no son lejanos los días en que, en 4 horas 10 minutos, el *Concorde* aterrizaba en Caracas, vía París, con un notable, aunque desfalleciente, Jaques Lacan, que legó en este terruño su último seminario público y generó, entre otras cosas, un movimiento del que se perciben, todavía, importantes consecuencias. La misma Caracas que, ante la cruel persecución que aconteció en la Argentina de finales de los 70, acogió a Luis Hornstein, Diana Rabinovich o Hugo y Emilce Dio Bleichmar.

Track 6

Desplacémonos en el tiempo y hagamos transcurrir un año de aquella mañana de trabajo que narro al inicio de este texto, ahora no-

viembre de 2011. Hablaré de Mónica, de cómo soñó que dormía con su marido –ya sano y salvo después del secuestro–, y de cómo al abrir los ojos repentinamente –dentro de su sueño– se percató de la presencia, al otro lado de la cama, de un hombre corpulento y amenazante de quien supo que lo asesinaría a él –el marido–; observó con espanto la escena y temió que al gritar el crimen se consumase de modo irreversible. Mónica se despertó aterrada. Le sugerí a mi paciente que tal vez en ella cohabitaba, junto al deseo de cuidar y proteger a su esposo, tal como lo hizo hace un año cuando permaneció cautivo, deseos de agredirlo y no verlo más. Mónica sollozó calladamente para luego insinuar un tímido y añejo odio que reconoce haber sentido hacia su intocable padre, expresando de modo más abierto sus sentimientos de desprecio y rencor antaño sofocados. Descubriremos juntos, a partir de aquí, facetas inéditas de su experiencia subjetiva. Lo ha dicho, a su modo, Juan Villoro: “Sin movernos de sitio, hemos cambiado de ciudad”⁵. Recuerdo, mientras Mónica continúa hablando desde el diván, que en cinco meses fijará residencia en otro país. Y asumo, sin dejar de escucharla, que a Caracas, *mi* Caracas, la odio y la quiero como a ninguna otra ciudad.

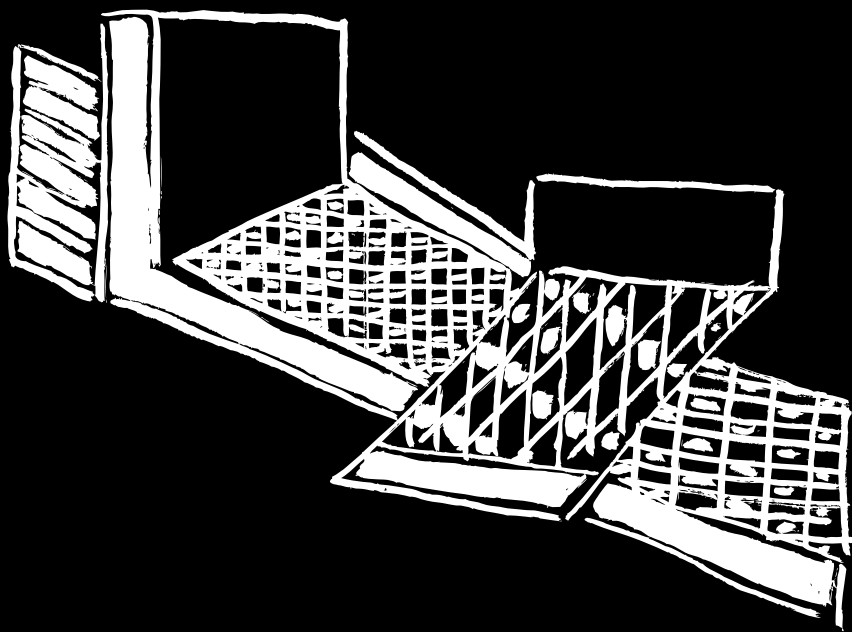
Referencias

- Boscán, R.H. (2011). *Gramática de piedras*. Caracas: Eclépsida.
- Cabrujas, J.I. (1999). La ciudad escondida. En: Lucca, R.A. (Ed.), *Cuatro lecturas de Caracas*. Caracas: Fundarte. Trabajo original publicado en 1988.
- Guardia, A.R. (1989). *Hacia la noche viva*. Caracas: FabriArt.
- Villoro, J. (2003). El eterno retorno a la mujer barbuda. *El Malpensante*, 47. Recuperado de http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=1780

3. De nuevo Cabrujas.

4. Del poemario *Hacia la noche viva* (1989) de Armando Rojas Guardia.

5. Del ensayo “El eterno retorno a la mujer barbuda” (2005).



Clásica & Moderna

Luisa Álvarez de Toledo: Una analista de *avant-garde*

I.

Todos aceptamos fácilmente la idea de que el psicoanalista es un experto en asuntos lingüísticos. No obstante, mucha agua ha corrido bajo el puente de la literatura psicoanalítica para que el artículo fundacional de Luisa Álvarez de Toledo, *El análisis del “asociar”, del “interpretar” y de las “palabras”* (1993) pueda leerse a la luz de las teorías del filósofo John Austin (1962) sobre los *actos de habla*.

Comparemos las posiciones de ambos pensadores:

“El hablar como actuación y fuera del contenido realiza la satisfacción de impulsos libidinosos, orales, anales, fálicos y genitales. El hablar, la palabra como forma de contacto, suple, reemplaza y realiza en el acto de hablar la primera forma de contacto con el objeto que es mamar, chupar” (Álvarez de Toledo, 1993).

Álvarez de Toledo refiere básicamente al hablar como acto destinado a la satisfacción pulsional. Desde otra perspectiva, al afirmar que el decir es hacer y no mera enunciación, Austin interpela una posición filosófica de larga tradición:

“Íbamos a considerar, se recordará, algunos casos y sentidos (...) en los que decir algo es hacer algo; o en los que porque decimos algo o al decir algo hacemos algo. Este tópico constituye un desarrollo (...) que cuestiona una vetusta suposición filosófica: la suposición de que decir algo (...) en todos los casos considerados, es siempre enunciar algo, y nada más que eso. No hay duda de que esta suposición es inconsciente y errónea” (Austin, 1962).

Con el propósito de delinear aproximaciones y discrepancias entre ambos autores, recapitularemos algunas ideas sobre los procesos de simbolización y su relación con el uso del lenguaje, cuestiones abordadas por Álvarez de Toledo en el trabajo arriba citado, así como en otro menos conocido, *Psicoanálisis de la comunicación verbal* (1962). Se ha afirmado reiteradamente que estos escritos contienen una notable aproximación, a la vez autónoma y parcialmente convergente, a la que sería años más tarde la preocupación de la pragmática lingüística:

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

la noción de *acto de habla* como un acontecimiento discursivo que va más allá del contenido de los enunciados, y que requiere para su apropiada interpretación la inclusión de un contexto¹.

II.

Las diferentes concepciones sobre el lenguaje, ya sea como organizador de la estructuración psíquica o como un elemento crucial de la comunicación, han recorrido en el psicoanálisis caminos con relativos acercamientos a las teorías lingüísticas. Sin embargo, no ha habido una formulación psicoanalítica sobre el lenguaje satisfactoriamente consensuada (Anzieu, 1981; Green, 1995, 1996). A grandes rasgos, es posible estimar que dichas teorías han influido sobre tres áreas cruciales del pensamiento y la práctica psicoanalíticas: 1) se han enunciado teorías acerca de la formación del símbolo, la constitución de los procesos simbólicos, la adquisición del lenguaje y las consiguientes perturbaciones en su *desempeño* (Chomsky, 1965)²; 2) se han planteado concepciones del lenguaje como función y/o estructura psíquica, así como explicado su papel en los procesos y mecanismos psíquicos; y, fundamentalmente, 3) se ha reflexionado sobre el lenguaje (el habla) como instrumento de trabajo, es decir, sobre sus usos y significados en el discurso terapéutico (Vinocur Fischbein, 1996, 2002, 2003, 2005).

Los trabajos fundacionales de Álvarez de Toledo, concebidos durante el apogeo de la influencia de Melanie Klein (1930) y su escuela en nuestra región, han sido precursores en la última de las áreas explicitadas, y no ajenos a las dos primeras. Sustentándose casi exclusivamente en una concepción del lenguaje y del simbolismo inspirada en la teoría kleiniana, incorporó aportes de Susanne Langer (1948) respecto del signo y del símbolo de raíz saussureana (De Saussure, 1916), a los que añadió algunas ideas de Jean Piaget acerca de los inicios del conocimiento en el niño. Advertimos también en sus textos la referencia freudiana de la perspectiva económico-libidinal y la visión estructural propia de la segunda tópica, con un evidente predominio del pensamiento kleiniano tanto acerca de las tempranas relaciones objetales como de las primitivas fantasías inconscientes, todas ellas teñidas de los peligrosos impulsos agresivos y hostiles frente al *self* y a los objetos, inherentes a las sucesivas etapas libidinales. Roles no menos cruciales juegan en el trasfondo de la interacción analizando-analista las ansiedades persecutorias y depresivas, al igual que los mecanismos defensivos de identificación proyectiva e introyectiva. A partir de ideas formuladas por Ferenczi, Kubie, Klein e Isaacs, Álvarez de Toledo sintetiza su conceptualización del proceso de simbolización a través de las palabras: 1) los órganos y las funciones corporales se proyectan sobre los objetos del mundo exterior; 2) este proceso trae como consecuencia una identificación proyectiva entre sujeto y realidad exterior, *actualizada a través de la voz y de las palabras*; 3) se produce una identificación por desplazamiento o sustitución; 4) el objeto cargado por las proyecciones y los desplazamientos es nuevamente introyectado y *su representación física adquiere el significado de símbolo*. Adhiere a la conceptualización postulada

1. Lamentablemente no nos es posible contar con el material clínico presentado por la autora al exponer su trabajo, dado que aparentemente nunca publicó el libro al que hace referencia en su *Nota preliminar*.

2. *Competence y performance* en términos de Chomsky (1965).

por Susan Isaacs (1948) acerca de los elementos corporalmente concretos de la experiencia total de percepción y fantasía que son parcialmente reprimidos, privados de su emoción, desexualizados e independizados en la conciencia de las ataduras corporales. Esto los transformaría en imágenes en el sentido de representaciones mentales de objetos externos reconocidos como tales. Estas imágenes afectan a la mente e influyen sobre los sentimientos, la conducta y la personalidad, en tanto se fundan sobre sus elementos asociados: somáticos, inconscientes y reprimidos. Consecuentemente, en la fantasía inconsciente los objetos a los cuales la imagen simboliza se considerarán como ubicados en el interior del cuerpo.

Puede objetarse que las anteriores formulaciones, suscritas por Álvarez de Toledo, confunden *fantasía inconsciente* (a la que se le adjudica un valor simultáneo de imagen y de representación mental) y *símbolo*, al no establecer una clara demarcación entre estos elementos pertenecientes a diferentes niveles de la función significante:

“Cuando se han analizado e interpretado las fantasías orales, se comprueba que, *al hablar, se realizan también fantasías anales, uretrales y genitales*. (...) Al analizarse el asociar y el interpretar, fuera de sus contenidos, *se comprueba que el acto que simboliza es para el inconsciente del analizado un hecho consumado*” (Álvarez de Toledo, 1993, p. 273)³.

Cabe preguntarse si en este caso sería una simbolización a través del acto de realizar fantasías primitivas o, contrariamente, de una operatoria análoga a la ecuación simbólica. El *hecho consumado* indica la ausencia de la distancia que la simbolización requiere entre la representación mental y el objeto al cual la referencialidad del hablar se dirige.

La autora insiste sobre el aspecto preedípico de la adquisición de la operatoria simbólica, una cuestión aún en debate.

“Al analizarse el hablar, tanto en el asociar como en el interpretar, *se ‘des-hace’ el proceso de simbolización que determinó la formación del lenguaje* (...). *Se vivencia la primitiva relación simbólica con los objetos y con el mundo*” (Álvarez de Toledo, 1993, p. 277).

No obstante, Álvarez de Toledo se preocupa por delinear una ontogénesis del proceso de simbolización del lenguaje, fundada en los aportes de Langer acerca de la formación de símbolos,⁴ para quien la utilización del sonido es la forma más primaria, rápida, activa y fácil de manejar en que la función simbólica puede realizarse⁵.

3. En casi todas las citas las itálicas están agregadas por la autora.

4. En su concepción resuenan las ideas de Freud expuestas en el Manuscrito L (Freud, 1897) sobre lo oído – uno de los componentes de las fantasías inconscientes.

5. Para Langer (1948) el hombre utiliza las señales provenientes de sus sensaciones, no solo para indicar cosas, sino también para representarlas. Considera que este es el proceso por el que los signos-señales se transforman en símbolos. El símbolo sustituye luego al objeto, en su ausencia pasada, presente o futura.

Es probable que las sensaciones auditivas provenientes del mundo externo o del mundo interno del propio sujeto, sean particularmente aptas para la estructuración de las fantasías primarias y para satisfacer de esta manera deseos orales frustrados (Ibíd., p. 278).

Álvarez de Toledo –aún siguiendo a Langer (1948)– también utiliza *señales* como equivalente de *signos* para elaborar sus ideas sobre la contratransferencia⁶:

“Las sensaciones y emociones contratransferenciales son *señales de los deseos, sensaciones y emociones (fantasías) del paciente* que estimulan al analista y despiertan en él, con la reactivación de sus fantasías primarias, la respuesta emocional necesaria” (Álvarez de Toledo, 1993, p. 280).

Un episodio clínico con un paciente que la conmina a que “le devuelva sus palabras” marca un avance epistemológico que acerca a Álvarez de Toledo a la posición de la filosofía del lenguaje corriente, sin abandonar el modelo de la actualización y la persistencia de las fantasías inconscientes como permanente fuente motivadora:

“Este hecho me permitió comprender que, al analizar ‘el hablar’, tanto en sus aspectos del ‘asociar’ como en los del ‘interpretar’, se podían *actualizar las fantasías inconscientes, con sus vivencias correspondientes (...)*. Comprendí *el valor concreto que tenían ‘el hablar y las palabras’, aparte y además del contenido que expresaban*” (Ibíd., p. 271).

Por consiguiente, lo que se comunica al hablar no constituye exclusivamente una representación de cosas en el mundo externo, o en el interno, escuetamente categorizables solo como verdaderas o ficticias. Precisamente fue Austin quien marcó los límites de las demandas positivistas hegemónicas en cuanto a desligar todas las expresiones declarativas o descriptivas de la clasificación *verdadero/falso*.

La alianza no intencional de Álvarez de Toledo con la concepción de Austin acerca del lenguaje se acentúa al reconocer lo que denomina “el valor concreto” del hablar y las palabras, lo que subraya la mutua implicación del paciente y el analista, ya sea como hablantes u oyentes en los actos de habla, y señala a la vez la importancia de tal situación en el diálogo analítico.

“Las asociaciones, el asociar, que unen al analizado con el analista, *son vividas profundamente como lo que aquél hace a, o con, su analista; y la interpretación, la expresión y actuación del analista en su relación con el paciente, será vivida por éste como aquello que el analista está haciendo o quiere hacer con él*, y que, además, es lo que el paciente quiere que haga

6. En un avance hacia una conceptualización semiótica (diferente de la de De Saussure (1916) sostenida por la autora), hasta sería posible reinterpretar su afirmación en los términos triádicos de C. S. Peirce (1998) respecto del signo. Las sensaciones y las emociones, la materia prima de las fantasías, entrarían en la categoría de la *primeridad*, como *cualisignos* e *íconos*. A través de un trabajo psíquico se lograría la *segundidad*, o sea, la emergencia de las fantasías que apuntan hacia esos significados primordiales, y el resultado son los *sinsignos* e *índices*. Si dichas fantasías se traducen a un código verbal (*representamen* o *signo*) y son comunicadas a un *intérprete* (es decir, se relatan al analista en la sesión), la *terceridad* adviene por medio del *interpretante lógico* o *final* (las asociaciones e interpretaciones, tanto del paciente como del analista) (Vinocur Fischbein, 2011).

el analista. (...) En un plano mágico, *la interpretación como actuación del analista completa la 'gestalt' de la fantasía primaria inconsciente que actúa en ese momento*" (Álvarez de Toledo, 1993, 272).

"Si el hablar en ese momento, independientemente del contenido, tenía el sentido de morder y destruir al analista, *este hecho para el inconsciente del analizado se ha consumado. De la misma manera la interpretación del analista tiene fuera de su contenido el valor de un acto que éste consume con el analizado*" (Ibíd., 273).

III.

Nos es conocida la visión de Wittgenstein (1953) de que la filosofía emerge del abuso del lenguaje, y sus problemas afloran ante su falta. Restablecer *un uso del lenguaje en el contexto adecuado* resuelve el problema. Es lo que Wittgenstein llama ocupar su lugar en el "juego del lenguaje". Esta actividad tiene notables similitudes con la práctica analítica: "El tratamiento que le da un filósofo a un problema es similar al tratamiento de una enfermedad" (Ibíd., p. 91e).

En el mismo período, John Austin lanza su teoría de los actos de habla como un revolucionario alegato frente a las ideas de la filosofía del lenguaje ideal⁷. Si bien hay un paralelismo entre ambos, ya que Austin (1962) considera que "el acto de habla total en la situación de habla total es el único fenómeno real, que en última instancia estamos comprometidos a dilucidar" (p. 147), su teoría debe tratarse como separada de la de Wittgenstein. Austin enfatiza la naturaleza pragmática, y no lógica, del lenguaje natural.

Afirma en su *Segunda conferencia*:

"Comencé llamando la atención, a manera de ejemplo, sobre *unas pocas expresiones lingüísticas simples del tipo que llamé realizatorias o realizativas*" (Austin, 1962).

Son expresiones lingüísticas o enunciados que no podrían calificarse como verdaderos o falsos. Su clásico ejemplo ha sido el "*sí, juro*" (desempeñar fiel y lealmente el cargo) formulado durante la ceremonia de asunción de una función. Al pronunciar estas palabras *estamos haciendo algo*: asumiendo un cargo.

Austin toma como punto de partida la oposición entre los enunciados con sentido, que representan un hecho, y aquellos que no lo representan, incluidos en la categoría de *sinsentido*. Se rebela contra tal categorización, que involucra una conceptualización restringida representacional del significado, y opone a ella no solo los enunciados no declarativos (órdenes, promesas, preguntas, etcétera) sino también las proposiciones éticas destinadas a manifestar emociones, influir sobre los otros y, más aún, las proposiciones epistémicas tales como "sé que...", "creo que..."⁸

7. Algunos de los lógicos que sostenían el estudio de los lenguajes formales y, a través de ellos, el lenguaje natural, fueron Frege, Russell, Carnap, Tarski.

8. A las que sin duda podríamos agregar las conocidas expresiones psicoanalíticas "parece que...", "usted piensa que...", "pienso que...". Aunque dichos enunciados describan de algún modo un hecho, las palabras *sé, creo, parece, pienso* indican además las circunstancias en que se formula la afirmación y/o la manera en que debe ser tomada.

En *How to do things with words* (1962), Austin intenta demoler sutilmente una visión del lenguaje que coloca las condiciones de verdad/falsedad como centrales para la comprensión, ignorando otros elementos no descriptivos que colaboran a ella. Analiza una serie de enunciados que gramaticalmente parecen afirmaciones, pero que no describen ni informan ni representan ningún hecho; tampoco son verdaderos o falsos, aunque sean perfectamente correctos. Su característica fundamental reside en que su ejecución o enunciación constituye la realización de una acción. Se denominan *realizativos* o *performativos*, en oposición a los enunciados *constatativos* que solo describen procesos⁹.

Austin distingue en todo enunciado (e incluye a los imperativos e interrogativos) un aspecto *locucionario* y un aspecto *ilocucionario*, que están casi siempre ligados¹⁰. El aspecto *locucionario* es lo que se dice a través del significado convencional de las palabras; es el contenido (proposicional). Un enunciado puede ser al mismo tiempo un *acto ilocucionario*. La enunciación de ciertas palabras puede significar hacer una promesa, una afirmación, una confesión, formular un mandato, una advertencia, una amenaza, etcétera. Es decir, son actos que se llevan a cabo al decir algo y que tienen cierta fuerza (convencional). Finalmente, al decir algo se ejecuta una acción o se busca causar un efecto sobre el oyente –confundirlo, persuadirlo, asombrarlo–, que no debe confundirse con la acción de pronunciar las palabras¹¹.

“A menudo, e incluso normalmente, decir algo producirá ciertas consecuencias o efectos sobre los sentimientos, pensamientos o acciones del auditorio (...). Y es posible que al decir algo lo hagamos con el propósito, intención o designio de producir tales efectos” (Austin, 1962, p. 101).

Llama a la realización de un acto de este tipo *perlocución*. Tal acto *perlocutivo* es específico de las circunstancias de emisión e incluye todos aquellos efectos que pueda causar un particular enunciado en una particular situación, tal como

9. Ej.: 1) *Bautizo a este niño Juan*. 2) *Os declaro marido y mujer*. 3) *Prometo que vendré*. 4) *El tribunal resuelve...* Decir 1, 2, 3, 4 en las circunstancias apropiadas es realizar el acto de bautizar a un bebé, consagrar un matrimonio, comprometer al hablante a realizar una promesa, efectuar una resolución institucional. Su verdad ya no es la de los constatativos, sino una verdad de instauración, lo cual no quita que se pueda errar. De acuerdo con la tipología de Austin, estos actos cumplirán con condiciones que denomina de *felicidad* o *infelicidad* según logren o no realizar las acciones correspondientes, si se ajustan a determinadas convenciones que enlazan las palabras a procedimientos institucionales.

10. El enunciado “acepto venir tres veces por semana” es una promesa, y como tal la comprendemos (piénsese si no en la valoración de *enactment* que puede otorgarse a ciertas condiciones de su incumplimiento). El enunciado “usted dijo la sesión pasada...” es una afirmación. Cada una de ellas tiene una dimensión *constatativa* y otra *realizativa*.

11. Hay un intento de Austin de caracterizar los performativos en términos lingüísticos. En condiciones estándar, un enunciado se instaura como afirmación, promesa, mandato o confesión mediante un verbo *realizativo* (*confesar*, *afirmar*, *prometer*, *ordenar*, *declarar*, etcétera) utilizado en primera persona, en presente, voz activa, modo indicativo. De inmediato surge la insuficiencia de esta caracterización, ya que en numerosos casos comprobamos que no es necesaria la presencia de un verbo performativo para que un enunciado adquiera valor de acto. Igualmente otra persona puede sustituir a la primera, otro tiempo y modo verbal al presente del indicativo (como en el ejemplo 4 del punto 8). Austin avanza aún más en su argumento, que si bien comienza con una teoría acerca de algunos enunciados performativos, especiales y peculiares, finaliza con una teoría general relevante para toda clase de enunciados. No existe ningún enunciado que no sea un acto de discurso y que no se presente explícita o implícitamente como tal.

la analítica, en la que las palabras pronunciadas pueden permitir integrar, asociar o recordar¹².

Las ideas arriba expuestas guardan una significativa consonancia con las formulaciones de Álvarez de Toledo, quien reconoce la intencionalidad latente en las asociaciones “libres”, y afirma que la actuación precede siempre al pensamiento y lo expresa en su verdadero significado total. En el acto de hablar, tal actuación se repite simbólicamente e integra su causa y su finalidad:

“Cuando los analizados realizan estos manejos verbales creen estar comunicando sus pensamientos. *En realidad están tratando de actuar sobre el analista para inducir una determinada interpretación positiva o negativa. En estas ocasiones el analista puede experimentar reacciones contratransferenciales* (irritación, fantasías de diversa índole, etc.)” (Álvarez de Toledo, 1993, p. 22).

Estas ideas también orientan sus premisas técnicas: interpretar primero el acto y no el contenido, aunque la interpretación inmediata requiera la interrupción de las asociaciones. Marca la diferencia entre interpretar lo que hace el paciente al hablar y la elaboración de la interpretación que remite a los contenidos. Igual discriminación, o disociación en sus términos, es planteada respecto del hacer y decir del paciente.

“En un primer momento, lo que el paciente hace y dice al hablar directamente con el analista, tanto como lo que refiere, *son elementos diferentes*, y es útil señalar esta disociación. *Pero al cabo de un tiempo, señalo al paciente, que, de alguna manera, con lo que dice o con lo que cuenta realiza el acto oral, anal, uretral o genital que estaba significando el hablar en ese momento*” (Ibíd., p. 286).

IV.

Si imagináramos un encuentro entre una psicoanalista (nada ajena a las preocupaciones filosóficas neopositivistas de los años 50) y un filósofo (crítico de los ejemplos ficticios de los empiristas lógicos), cabe interrogarse cómo hubiera transcurrido un diálogo entre ellos.

Las contribuciones de ambos autores fueron consideradas de avanzada a mediados del siglo XX, con crucial influencia sobre los desarrollos de sus respectivas disciplinas. Sin embargo, su impacto disminuyó décadas después.

En el terreno del psicoanálisis, el enfoque de Álvarez de Toledo sobre la comunicación verbal en el contexto específico de la sesión, sus efectos sobre la dinámica presente entre los dos miembros de la pareja analítica, su consideración del hablar como efector de las emociones ligadas a las primitivas fantasías inconscientes con independencia del contenido semántico de las palabras, junto con su visión de la implicación del analista en la conversación y en sus reacciones

12. Después de la muerte de Austin, la obra de J. Searle (1972) continuó desarrollando la teoría. Detalló las reglas que gobiernan la producción efectiva de los actos de habla y estableció la distinción entre *actos de habla directos e indirectos*. También afirmó que el acto de habla se cumple solo con su comprensión.

contratransferenciales, constituyeron un fundamento para posteriores teorizaciones, tales como las de Willy y Madeleine Baranger acerca de la situación analítica como campo dinámico, y las de David Liberman referidas a los estilos comunicativos, estas últimas ya netamente apuntaladas en aportes de la pragmática¹³.

Por otro lado, en el terreno de la filosofía del lenguaje, Austin advirtió que las diferentes funciones de las palabras no son necesariamente exclusivas, y que muchos enunciados pueden involucrar las tres clases de actos. Según Austin, la comprensión del fenómeno lingüístico implica considerar *el acto de habla total en la situación total, o sea, considerar los enunciados como productos emitidos por el hablante en determinada situación*, conceptos que ningún analista rechazaría, dado que están implícitos en su función de escuchar e intervenir diciendo lo apropiado, en el momento adecuado. Así como las palabras del sacerdote consagran el bautismo, o las del juez certifican el acto del matrimonio, las del analista producen efectos en el contexto de la sesión.

La filosofía legalista de Austin, en la que la palabra se torna en nuestra garantía, converge hacia una noción contractual de intersubjetividad:

“(…) Siempre es necesario que las *circunstancias* en que las palabras se expresan sean *apropiadas* de alguna manera. (...) Es menester que el que habla, o bien otras personas, deban *también* realizar otras acciones determinadas, ya sea ‘físicas’ o ‘mentales’ o aun actos que consisten en expresar otras palabras” (1962, p. 8)¹⁴.

También la noción de intersubjetividad está implícita en las postulaciones de Álvarez de Toledo cuando sostiene:

“Por debajo de la actuación consciente, tanto del analizado como del analista, las ansiedades paranoides y los temores persecutorios entre ambos están sincronizados, y los procesos de identificación proyectiva e introyectiva por parte de ambos son el fondo sobre el cual transcurre y se estructura la sesión” (Álvarez de Toledo, 1993, p. 269).

De haber podido mantener un diálogo, ambos hubieran manifestado escepticismo acerca de la posibilidad de lograr una comunicación plena. Para ninguno de ellos el lenguaje logra dar cuenta cabalmente de los estados de la mente como la tradición científica positivista insistía en corroborar. Posiblemente le hubiera resultado difícil a Austin aceptar la teoría pulsional como fuente promotora de conductas, ya que los pensamientos y emociones eran para él una cuestión enmarañada, pero quizá hubieran acordado en mostrar la falacia de una concepción habitual del lenguaje: la noción de que el hablante y el oyente se encuentran en una posición simétrica. Las interpretaciones del analista, al igual que un acto de habla ejecutado por cualquier otro hablante, restringen la supuesta libertad

13. Precisamente fue a partir de esta teoría de los actos de habla que se empezó a hablar de la dimensión pragmática de los enunciados, es decir, de la inserción del acto lingüístico en el contexto social dentro del cual se desarrolla la comunicación (Benveniste, 1971).

14. J. Searle (1979) también lo implica con sus reglas constitutivas y regulativas de la comunicación. Es decir: existe una convención social según la que hay reglas implícitas que instituyen y pautan el uso de las palabras. Proyectadas a la situación analítica, estas reglas también determinarían “el clima” del campo subyacente de la transferencia y la contratransferencia.

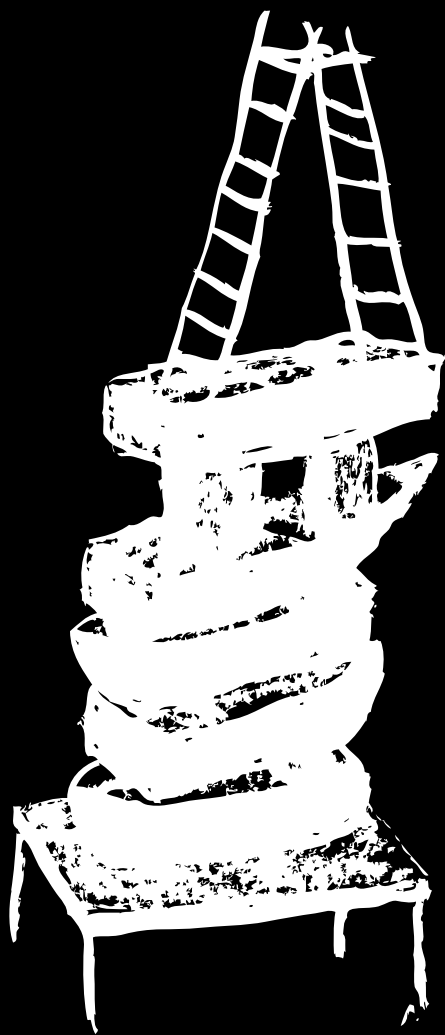
del oyente en el momento en que se pronuncian, tal como surge de indicaciones técnicas de Álvarez de Toledo arriba citadas.

Por último, ambos pensadores no solo hubieran debatido sobre las implicancias de los actos de habla, sino también acerca del estatuto de ciertas entidades metapsicológicas (las imágenes y las representaciones mentales de los objetos, sin olvidar la naturaleza de las fantasías inconscientes asociadas en sus sentidos a determinadas configuraciones libidinales), así como las categorías de lo abstracto y lo concreto.

Hasta es posible conjeturar que no hubieran dejado de abordar las dos quejas de Austin promovidas por los debates de su época sobre la percepción, los datos sensoriales y las cosas materiales. Austin rechazó la dicotomía *dato sensorial/cosa material*, no solo porque consideraba que estas nociones estaban imprecisamente definidas, y que algunas entidades no caerían en ninguna de ellas, sino porque además no habría en el argumento de la ilusión –a veces fusionada con la alucinación– nada que pudiese mostrar que lo único que percibimos directamente son los datos sensoriales. Según Austin, existen en la mente objetos internos de la percepción y ellos representan los objetos físicos externos, sin descartar el hecho de que pueden causar percepciones erróneas (*misperceptions*). Pero éste sería un tema para otro escrito...

Referencias

- Álvarez de Toledo, L. (1993). El análisis del “asociar”, del “interpretar” y de “las palabras”. *Revista de Psicoanálisis APA*, 11(3) y 50(2) (Trabajo original publicado en 1954).
- Álvarez de Toledo, L. (1962). Psicoanálisis de la comunicación verbal, *Acta Psiquiát. Psicol. Arg.*, 8(1), p. 16.
- Anzieu, D. (1981). *Psicoanálisis y lenguaje, del cuerpo a la palabra*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Austin, J. (1955 [1962]). En Urmson, J. O. (Ed.), *How to do things with words*. Oxford: Oxford University Press, 1971.
- Austin, J. (1959 [1962]). En Warnock, G. (Ed.), *Sense & sensibilia*. Oxford: Clarendon Press.
- Benveniste, E. (1971). *Problemas de lingüística general* (Vol. 1). Buenos Aires: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1966).
- Chomsky, N. (1965). *Aspects of a theory of syntax*. Cambridge: MIT Press.
- Freud, S. (1950 [1886-1899]). Draft L. *Pre-psychoanalytic publications and unpublished drafts*. SE 1: 248, London: The Hogarth Press, 1973.
- Green, A. (1995). *El lenguaje en el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1984).
- Green, A. (1996). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: EUDEBA (Trabajo original publicado en 1995).
- Isaacs, S. (1948). On the nature and function of phantasy. *Int. J. Psycho-Anal.*, 29(2) (Trabajo original publicado en 1943-1944).
- Klein, M. (1930). The importance of symbol formation in the development of the Ego. *Int. J. Psycho-Anal.*, 11(1), pp. 24-39.
- Langer, S. (1948). *Philosophy in a new key*. New York: Penguin.
- Peirce, C. S. (1867-93). *The essential Peirce. Selected philosophical writings* (Vol. 1). In Houser, N., Kloesel, C. (Eds.). (1992). Vol. 2 (1893-1913). Bloomington, IN: Indiana UP: Peirce Edition Project, 1998.
- Saussure, F. de. (1969). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada (Trabajo original publicado en 1916).
- Searle, J. (1972). *Speech acts*. Cambridge: Cambridge University Press (Trabajo original publicado en 1969).
- Searle, J. (1979). *Expression and meaning*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Vinocur Fischbein, S. (1996). Psicoanálisis y lingüística. Contactos e intercambios. Lo femenino – *Revista de Psicoanálisis APA*, 58(2).
- Vinocur Fischbein, S. (2002). Algunos posibles aportes del análisis del discurso en el contexto de la situación analítica (Trabajo inédito presentado en el XXIV Congreso de FEPAL, Montevideo).
- Vinocur Fischbein, S. (2003). Algunas reflexiones sobre el lugar del lenguaje y la expresión de los afectos en el campo analítico. En Cachay, J. (Ed.). *El triángulo de la comunicación* (pp. 199-227). Lima: Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima.
- Vinocur Fischbein, S. (2005). Psychoanalysis and linguistics: Is dialogue possible? En Lewkowicz, S. & Flechner, S. (Eds.). *Truth, reality and the psychoanalyst: Latin American contributions to Psychoanalysis* (pp. 97-124). Emma Piccioli General Editor, International Psychoanalysis Library. London.
- Vinocur Fischbein, S. (2011). The use of dreams in the clinical context. Convergencies and divergencies. *International Journal of Psychoanalysis*, 92, pp. 333-358.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical investigations*. Oxford: Basil Blackwell.



Extramuros

Una contribución del psicoanálisis a la salud colectiva: Protocolo de indicadores Clínicos de Riesgo para el Desarrollo Infantil²

Introducción

Desde la creación del psicoanálisis, Freud se dedicó a tejer articulaciones con otros campos del saber. Antropología, biología y educación son apenas algunas de las áreas con las cuales tal discusión se hizo presente incluso en los inicios de aquello que consideró un método de investigación de procesos mentales, una forma de tratamiento de los mismos y el conjunto de informaciones resultante (Freud, 1923), al que se puede sumar la dimensión de la ética (Azambuja, 2004; Sandler, 2012).

La articulación del psicoanálisis con otras áreas del saber se consolidó como una tradición tanto entre los psicoanalistas como entre los pensadores de otras áreas que recurren a él en su trabajo. A título de ejemplo, Tizard (1999) afirmó que la influencia de las hipótesis de Winnicott sobre el desarrollo infantil se extendió de la pediatría a otras áreas, con efectos benéficos en la práctica de las parteras, visitantes sanitarios y asistentes sociales.

En el presente trabajo, serán discutidas algunas contribuciones del psicoanálisis a la salud colectiva, caracterizada por Oliveira, Neto, Pinto,

Silva y Jorge (2010) “por la producción de conocimientos del proceso salud-enfermedad, reuniendo distintas disciplinas que lo abordan desde diferentes ángulos” (p. 282). Tales autores destacaron que, por un lado, la propuesta flexneriana³ de educación en salud agregó mayor contenido científico y precisión técnica al conocimiento; por otro, aportó una tendencia al tecnicismo que ha llevado a los profesionales de la salud a subestimar aspectos humanos sutiles y complejos que tienen influencia en el proceso salud-enfermedad, no contemplados por las especialidades. Dentro de las críticas dirigidas a los profesionales de la salud que se gradúan, la principal hace referencia al perfil profesional tecnocrático volcado al trabajo en instituciones privadas, con la consiguiente falta de preparación para lidiar con la complejidad de la salud en el ámbito público y colectivo (Guimarães & Silva, 2010).

Se nota, en tanto, la existencia de una sensibilidad para cambiar el cuadro enunciado encima. En una investigación realizada por Oliveira et al. (2010) con académicos de medicina, el 67,1% de los participantes resaltó la

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo; Psicólogas – Maestría del Programa de Posgrado en Psicología Escolar y Desarrollo Humano del Instituto de Psicología de la USP; Pediatra – Proyecto “Desenvolver” (Desarrollar) del Programa de Integración docente-asistencial de Embu/Universidade Federal de São Paulo (Unifesp).

1. Los autores agradecen a la Fundación de Ayuda a la Investigación del Estado de São Paulo (FAPESP), al Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq), a la Fundación Maria Cecília Souto Vidigal y a la Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior por los fondos en forma de becas y ayuda a la investigación que viabilizaron la realización de este trabajo.
2. Este trabajo ganó el Premio Comunidad y Cultura de la Federación Psicoanalítica de América Latina de 2012.
3. Para una discusión sobre el impacto del trabajo de Flexner sobre la educación médica remitimos al lector al texto de Lerner, Cullere-Crespin & Kupfer (2011).

importancia de las disciplinas de la salud colectiva en su curso, evaluándolas como bastante importantes o muy importantes; casi la totalidad de los entrevistados (90,7%) estuvo de acuerdo con su inserción en el currículo, evaluando sus contenidos empáticamente.

Según Ferreira Neto, Kind, Pereira, Rezende y Fernández (2011), teniendo un abordaje inicial centrado en el materialismo histórico y en las ciencias sociales, la discusión en salud colectiva se amplió a partir de la referencia a diversas concepciones de la subjetividad originadas en las ciencias humanas, con destaque para las escuelas de la filosofía y para el psicoanálisis. Según los autores, la creciente operación del Sistema Único de Salud en Brasil engendró discusiones en las cuales la noción de subjetividad asumió tres connotaciones asociadas entre sí: constitución política de los actores sociales para el proceso de reforma sanitaria, consideración por la dimensión de la intersubjetividad en el cuidado y en la gestión en salud (o sea, destaque para el hecho de que los profesionales de la salud no se relacionan con objetos sino con sujetos) y el incremento de la condición de autonomía de las personas involucradas.

Fleury-Teixeira et al. (2008) afirmaron que, desde los años 80, una corriente epidemiológica en salud colectiva comenzó a evidenciar “la presencia del eslabón psíquico en las cadenas de determinación social de la salud, demostrando también su creciente importancia en la contemporaneidad” (p. 2118). Los autores consideraron que existe una profunda asociación entre las condiciones psíquicas y las formas de interacción social, influenciadas por ordenamientos sociales y posiciones recíprocas de los individuos en la jerarquía social, lo que se constituye como el eslabón fundamental con inci-

dencia en las causas de las principales circunstancias patológicas de la contemporaneidad.

La propuesta de recuperación de la complejidad, que sirve de encuadre para el proceso de salud-enfermedad por medio de la interdisciplinariedad que compone la salud colectiva, la contribución de la noción de la subjetividad para el área y la preferencia dada a lo psíquico en el eslabón fundamental mencionado más arriba concuerdan con el abordaje teórico-clínico psicoanalítico, que cuenta con nociones tales como series complementarias (Freud, 1905, 1912, 1916, 1933) y coincidencia de vulnerabilidad (Mitrani, 2003). Tales nociones psicoanalíticas enuncian las influencias recíprocas que psiquismo, organismo y relacionamientos interpersonales tienen uno sobre el otro. Aún así, se observa una casi inexistencia de disciplinas de psicología o psicoanálisis en los cursos del área de la salud colectiva (Nunea et al., 2010).

En el presente trabajo, el protocolo de Indicadores Clínicos de Riesgo para el Desarrollo Infantil – Irdi (Lerner & Kupfer, 2008; Kupfer et al., 2008, 2009, 2010) será presentado como una contribución actual del psicoanálisis para la salud colectiva.

Presentación del protocolo Irdi

En la investigación realizada en el período entre 1999 y 2008 (con financiación del Ministerio de Salud, del CNPq y de la FAPESP), fue desarrollado por un grupo de especialistas,⁴ a partir del psicoanálisis, un instrumento (Irdi) compuesto por 31 ítems que expresan el estado de salud del bebé en el vínculo con sus padres en los primeros 18 meses de vida. Así, la ausencia de algunos de los ítems puede representar un riesgo para el desarrollo del niño. Se puede acceder a las bases psicoanalíticas

4. Grupo de expertos reunido por Maria Cristina Machado Kupfer, del Ipusp, para construir el protocolo de indicadores y para dirigir la investigación multicéntrica en sus diferentes centros. El grupo fue constituido por Leda M. Fischer Bernardino (PUC-Paraná), Paula Rocha y Elizabeth Cavalcante (CPPL-Recife), Domingos Paulo Infante, Lina G. Martins de Oliveira y M. Cecília Casagrande, de São Paulo, Daniele Wanderley, de Salvador, Lea M. Sales, da Universidade Federal do Pará, Regina M. R. Stelin, de la Unifor de Fortaleza, Flávia Dutra, de Brasília, Otavio Souza, de Rio de Janeiro, y Silvia Molina, de Porto Alegre, con la coordinación técnica de M. Eugénia Pesaro, coordinación científica de Alfredo Jerusalinsky y coordinación científica nacional de M. Cristina M. Kupfer.

de su fundamentación y los ítems componentes del instrumento en los escritos de Kupfer et al. (2009, 2010).

El Irdi fue empleado por pediatras previamente formados para tal aplicación (Lerner, Cullere-Crespin & Kupfer, 2011) en consultas en unidades básicas y centros de salud, a fin de detectar señales iniciales de problemas de desarrollo. El estudio utilizó un diseño de corte transversal seguido por un estudio longitudinal en una muestra de 726 niños atendidos en nueve ciudades brasileñas (totalizando 11 centros). Luego de tres años de seguimiento, los niños fueron evaluados para la identificación de trastornos psicológicos o psiquiátricos y fueron verificadas las correlaciones con los Irdi, que tuvieron significativa capacidad de predicción de riesgos de trastornos psíquicos del desarrollo infantil. Propuesto con el fin de ser utilizado en el ámbito de atención primaria en salud pública, el Irdi es inespecífico en cuanto al diagnóstico.

La aplicación del Irdi fue concluida en 2006. Una submuestra de 267 niños fue constituida. Al completar tres años de edad, esos niños fueron sometidos a un diagnóstico psiquiátrico y psicoanalítico, por medio de dos protocolos creados para ese fin: el guión para la evaluación psicoanalítica – AP3 y el guión para la evaluación psiquiátrica. A partir de los resultados de la evaluación psicoanalítica se elaboró una tabla de síntomas clínicos. Se definió enseguida el resultado clínico de la investigación: a) presencia o ausencia de problemas de desarrollo para el niño, o b) presencia o ausencia de riesgo para la constitución del sujeto. Las evaluaciones fueron finalizadas en 2007, estableciéndose el valor predictivo de los indicadores (Irdi) que habían sido aplicados de 0 a 18 meses de vida.

El análisis estadístico apuntó que el Irdi como un todo posee la capacidad de predecir problemas de desarrollo: un 70,3% (riesgo relativo = 1,75; IC95% 1,07-2,88) de los niños considerados casos (tuvieron dos o más indicadores ausentes) durante la evaluación en los 18 meses de vida presentaron problemas de desarrollo a los tres años.

Entre todos los indicadores, cuatro de ellos presentaron, aisladamente, capacidad de predicción del riesgo psíquico, medido por el riesgo relativo, estadísticamente significativo (Kupfer et al., 2008): Irdi-7: el niño utiliza señales diferentes para expresar sus diferentes necesidades (RR= 3,46; IC95% 1,19-10,07), Irdi-18: el niño extraña ante personas desconocidas (RR= 2,93; IC95% 1,49-5,73), Irdi-22: el niño acepta alimentación semisólida, sólida y variada (RR= 3,75; IC95% 1,37-10,28) e Irdi-30: los padres le colocan pequeñas reglas de comportamiento al niño (RR=4,19; IC95% 1,74-10,06).

Los siguientes conjuntos indicadores, luego del análisis estadístico factorial, tuvieron correlación significativa para predecir el riesgo psíquico:

- **En el rango de edad de 0 a 4 meses:** los cinco indicadores forman un factor único que es significativo para predecir el riesgo psíquico (RR=3,51; IC95% 1,10-11,17): Irdi-1: cuando el niño llora o grita, la madre sabe qué quiere; Irdi-2: la madre habla con el niño en un estilo particularmente dirigido a él (lo que denominaremos *madrés*); Irdi-3: el niño reacciona al *madrés*; Irdi-4: la madre propone algo al niño y espera su reacción; Irdi-5: hay intercambios de miradas entre el niño y su madre.
- **En el rango de 4 a 8 meses:** hay un factor que es significativo para predecir el riesgo psíquico (RR=2,50; IC95% 1,01-6,59) formado por los indicadores Irdi-6: el niño comienza a diferenciar el día de la noche; Irdi-7; Irdi-8: el niño solicita a la madre y hace un intervalo para esperar su respuesta; Irdi-9: la madre habla con el niño dirigiéndole pequeñas frases.
- **En el rango de 8 a 12 meses:** hay un factor que es significativo para predecir el riesgo psíquico (RR=5,01; IC95% 1,97-13,15) formado por los indicadores Irdi-16: el niño demuestra que le gusta o no alguna cosa y Irdi-22: el niño acepta alimentación semisólida, sólida y variada.

- **En el rango de los 12 a los 18 meses:** hay un factor que es significativo para predecir el riesgo psíquico (RR=1,99; IC95% 1,03-3,85) y también para predecir el riesgo para el desarrollo (RR=2,82; IC95% 1,45-5,45) formado por los indicadores: Irdi-23: la madre alterna momentos de dedicación al niño con otros intereses; Irdi-24: el niño soporta bien esas breves ausencias de la madre y reacciona a las ausencias prolongadas; Irdi-26: la madre ya no se siente más obligada a satisfacer todo lo que el niño pide y Irdi-30: los padres ponen pequeñas reglas de comportamiento al niño.

El Irdi se ha prestado a innumerables aplicaciones: algunos indicadores sirvieron de base para la construcción de los artículos “Desarrollándose con afecto” de la Caderneta da Criança (Cuaderno del Niño) reformulada en 2006 y adoptada por el Área de Salud Infantil (responsable por la financiación de la investigación mencionada, en asociación con la FAPESP) del Ministerio de Salud (Caderneta de Saúde, 2007).

Di Paolo (2010) verificó la capacidad del Irdi para predecir la calidad de vida a los seis años a partir de resultados obtenidos en el *Child Health Questionnaire* – CHQ-50, instrumento que presenta dos índices sumarios referentes a la condición física (aspectos funcionales) y a la condición psicosocial (aspectos relacionales). Los análisis indicaron que 28 (60,9%) niños presentaron puntaje satisfactorio para el índice físico (PhS), y 18 (39,1%), insatisfactorio para el mismo factor; 27 (58,7%) niños presentaron puntaje satisfactorio para el índice psicosocial (PsS), y 19 (41,3%), insatisfactorio para el mismo factor. De los 34 niños considerados, 58,8% presentaron índice satisfactorio, y 41,2% insatisfactorio para el bienestar físico; en relación al bienestar psicosocial, 67,6% de los mismos niños presentaron índice satisfactorio, y 32,4%, insatisfactorio. De los 12 niños considerados, 66,7% presentaron índice satisfactorio, y 33,3% insatisfactorio para el bienestar físico; en relación al bienestar psicosocial, 33,3% de los mismos niños presentaron

índice satisfactorio, y 66,7% insatisfactorio. Los resultados del análisis estadístico apuntaron que el Irdi tiene capacidad mayor para predecir la disminución en la calidad de vida relacionada al índice psicosocial ($p=0,049$).

Lerner (2011), utilizando un banco de datos con películas caseras de bebés que cuando niños tuvieron diagnóstico de retardo mental y de autismo, determinó la capacidad discriminadora entre autismo, por un lado, y retardo mental y normalidad, por otro de los siguientes elementos del Irdu: en el primer semestre, Irdi-5; en el segundo semestre, Irdi-5, Irdi-10: el niño reacciona (sonríe, vocaliza) cuando la madre o otra persona se dirige a él y Irdi-16; en el tercer semestre, Irdi-16, Irdi-29: la madre comienza a pedirle al niño que le nombre lo que desea, sin contestarse con apenas gestos e Irdi-30.

El protocolo Irdi es resultado de una perspectiva psicoanalítica no reduccionista, o sea, teniendo en cuenta contribuciones de los campos de la psicología del desarrollo y de la medicina. Se consideró que el desarrollo discurre de una articulación entre aspectos orgánicos e interactivos vividos por el bebé desde el comienzo de la vida.

Los indicadores que forman parte del protocolo son circunstancias recurrentes en el día a día de los padres y de los bebés en las que se expresan indirectamente operaciones psíquicas tales como incorporación, proyección, integración, división, fragmentación, rêverie. Para que el Irdi sea aplicado, los profesionales hacen un curso donde se hacen explícitas la ocurrencia de las operaciones psíquicas subyacentes a cada indicador y su importancia para el desarrollo. Dado el riesgo de que el Irdi sea tomado como una escala de pautas más a ser aplicada de forma meramente técnica, se da especial énfasis al sentido de su fundamento, esto es, de que el desarrollo requiere una relación personal y emocionalmente rica para ocurrir. La situación de aplicación de los indicadores debe intentar crear un ambiente donde los aspectos personales y la riqueza y complejidad emocionales compartidos por padres y bebés puedan ser expresados, comunicados, expuestos al trabajo con el pro-

fesional, que está, así, en posición de cuidador. El objetivo central del curso ha sido el uso del Irdi para la evaluación del desarrollo.

Presentación y discusión de viñetas de aplicación del Irdi

El Irdi ha sido aplicado en diversos contextos. Las viñetas presentadas a continuación se originan en algunas de las investigaciones conducidas por el grupo de trabajo del cual los autores forman parte. Algunas surgen de aplicaciones del protocolo hechas por profesionales de unidades básicas de salud – UBS (auxiliares de enfermería y agentes comunitarios – ACS del Programa de Salud de la Familia PSF) que asistieron al curso para utilizarlos con fines de evaluación. Esas aplicaciones son monitoreadas por algunos de los autores de este trabajo. Otras viñetas surgen de aplicaciones hechas por algunos autores de este trabajo en pacientes de puericultura del Hospital Universitario de la Universidad de San Pablo (HU) y en algún Centro de Atención Psicosocial Infantil – Capsi.

Ana es una auxiliar de enfermería acostumbrada a acompañar bebés y orientar a las madres. Siempre introduce en las atenciones informaciones relativas al amamantamiento cuando el niño es pequeño o sobre las caídas y accidentes domésticos cuando el niño es mayor y tiene autonomía. La profesional también enseña a las madres a realizar masajes en sus bebés (shantala). Ana realizó un curso para utilizar el Irdi y estaba aplicando la cuarta fase del protocolo cuando preguntó a una madre, cuyo puerperio estaba acompañando, si ella estimulaba a su hijo de 13 meses a nombrar los objetos (Irdi-29). La respuesta fue negativa. La aplicación continuó. En el final de la atención, el bebé apuntó a una lapicera que estaba en su mano y gesticuló, expresando su deseo de tomarla. Ana le dijo: “¿Es la lapicera lo que quieres, no? Entonces, habla l-a-p-i-c-e-r-a. Es l-a-p-i-c-e-r-a”. La auxiliar giró hacia la madre y le dijo: “¿Ves? Es así que hacemos cuando el niño pide alguna cosa”. Y continuó diciéndole a la madre que sería importante que incentivara al hijo de esa manera para mejorar su capacidad de comunicarse.

El objetivo del curso del que Ana participó no era proporcionar indicaciones de cómo dar orientaciones. Sus objetivos eran: sensibilizar a los profesionales sobre la importancia, en lo que se refiere a las funciones psíquicas y al desarrollo, de que el vínculo entre padres y bebés sea emocionalmente rico, vivido de forma que los padres se relacionen personalmente con el bebé, tomándolo también como una persona. Más allá de eso, se buscó capacitar a los profesionales para detectar señales de sufrimiento que se expresaran en ese vínculo. La escena relatada más arriba con Ana muestra que la sensibilización la llevó a utilizar una señal de posible sufrimiento como un elemento de orientación para la madre que acompañaba a su bebé. La naturaleza de la comunicación ocurrida con la madre no fue impersonal como acostumbraba ser en otras orientaciones que Ana hacía en su trabajo.

Mariana, auxiliar de enfermería, aplicaba la tercera fase del protocolo cuando la madre dijo que no daba alimentos sólidos (Irdi-22) al niño de 11 meses. Mariana le preguntó sobre la razón, y la madre le contó que tenía miedo de que el niño se atragantara. La profesional le explicó que el niño tenía capacidad para chupar el alimento y que solo así podría fortalecer su mandíbula. Le comentó que el niño ya debería comer arroz, frijoles, papilla de verduras, carnes trituradas y que era importante probar cosas diferentes de las que estaba acostumbrado para poder aprender a gustar de ellas.

En la aplicación de la cuarta faja del protocolo, el niño vino en compañía de su abuela. Cuando se le preguntó si el niño comía bien, la abuela dijo que sí y que, anteriormente, la madre solo le daba comida licuada, pero que recientemente había introducido papillas o alimentos cortados bien chicos. El niño lo aceptó bien, comiendo en el mismo plato de la madre y de la abuela, una costumbre cultural de la región de las afueras de San Pablo, de donde provenían.

La orientación hecha por Mariana contempló elementos personales de la madre al llevarla a expresar su miedo de que el hijo se atragantara, al mismo tiempo en que le mencionaba

la necesidad de que él pudiera probar las comidas que le fueran a gustar, permitiendo que la madre se apropiara a su manera de lo que le fue orientado. El compartir el mismo plato de la madre y de la abuela, elemento cultural de ligadura personal, familiar e íntima, refuerza la naturaleza personal del contacto con el niño, dándole la oportunidad de estar en una posición distinta de la que tenía hasta entonces, más de acuerdo con sus necesidades de desarrollo del momento.

Andrea es una ACS con gran involucramiento en el acompañamiento de bebés, siendo muy atenta a ellos y discutiendo las sutilezas que los indicadores del Irdi proponen. En una de las familias que visitó en compañía de la psicóloga supervisora, comentó la anotación del Irdi-12 (la madre apoya las iniciativas del niño, sin ahorrarle esfuerzo) como ausente. Al detallar su observación, a ACS se refirió a situaciones en que la madre entregaba todo en la mano del niño. Se acordó incluso de que, cuando nació el primer hijo de esa familia, esa tendencia materna pudo haber influenciado el retraso en el habla. Andrea comentó la asociación entre tales situaciones con la madre, que respondió que tenía dificultades para anticipar las realizaciones del niño. La postura educativa característica de las intervenciones de Andrea se vio relativizada en esa situación, escuchó a la madre antes de prescribir una acción e, incluso, por el hecho de que la intervención descrita se dio sobre fuerte transferencia con la ACS –evidenciada por el tono cariñoso entre ambas y por el conocimiento, por parte de la profesional, de buena parte de la rutina y del modo de cuidado de esa madre en relación a sus hijos. En la segunda aplicación del Irdi en la misma fase de ese bebé, el ítem 12 se había hecho presente.

Cuando a ACS Livia acompañaba una niña de un año con el auxilio de los indicadores de la cuarta fase, notó que el habla de la madre respecto a ítems asociados a la imposición de reglas (Irdi-26 e Irdi-30) parecía dudosa. Aunque pareciera que los mismos estaban presentes, se insinuaba que solo el padre de la niña

estaba encargado de esa función. Livia pedía ejemplos a la madre sobre situaciones de prohibición, para que ella hablara al respecto. La madre comentó, entonces, que la hija no le obedecía. Ella hasta le decía que no pero la hija no la tomaba en serio, parecía “pensar que es una broma”. Con el padre, como gritaba, obedecía. La intervención de Livia fue: “¿No será que tu también tomas ese “no” como broma, Graça?”. La madre se rió y estuvo de acuerdo. Continuaron conversando sobre el tono de ese “no” y sobre la posibilidad de que la madre le negara cosas a la hija, sin sentirse obligada a hacer todo lo que ella le exigiera. Permitiendo que aspectos personales de los padres surgieran, la dificultad de la madre con la imposición de reglas pudo ser trabajada por la ACS a partir de la investigación del indicador relacionado al asunto.

Durante una consulta pediátrica ocurrida en el HU, una de las psicólogas autoras de este trabajo hizo la aplicación del Irdi con la madre y Helio, un bebé de 54 días. La madre estaba bastante nerviosa y preocupada con el peso del hijo. El niño permaneció durmiendo la mayor parte de la consulta y despertó solo en la hora de ser examinado. La madre decía estar preocupada porque, cuando el bebé estaba por completar un mes, ella percibió que estaba sin leche. Helio lloraba mucho y llegó a ser internado por tres días en el hospital con problemas de alimentación y bajo peso. Se le preguntó a la madre si ella hablaba con el niño de una forma particularmente dirigida a él (Irdi-2, relativo al *madrés*). La madre respondió no tener el hábito de hablar con el niño en un estilo diferente, especialmente por estar muy nerviosa y pensar que el nerviosismo podía ser transmitido en el habla y afectar al niño. Se le preguntó si ese miedo tendría fundamento y se le respondió que es posible que el bebé sienta cuando la madre no está bien, subrayando que ese momento del habla dirigida al hijo es un momento de complicidad, de intercambio de afectos que pueden ser positivos o negativos. La pregunta que la madre le hizo a la psicóloga demostró que ella fue alcanzada por la atención que le

estaban dando a su dificultad con el bebé, de forma que confió y comunicó sus sentimientos. La madre contó, entonces, que al bebé le gustaba cuando el padre conversaba con él porque el padre era más tranquilo y le cantaba para que durmiera. Así acordaron que harían un seguimiento psicológico debido a las dificultades que sentía la madre.

En consulta con un pediatra del HU que ya había realizado un curso sobre el Irdi y sobre trastornos en la infancia, la madre de Emilia, entonces con 10 meses, buscaba despejar algunas dudas sobre la alimentación de la hija. El pediatra le preguntó qué estaba comiendo la niña (pregunta relacionada al Irdi-22), y la madre le dijo que comía papilla de frutas y algunas verduras trituradas en la batidora. El médico le pidió a la madre que comenzara a introducir frutas sin triturar y papilla de verduras sin pasar por la licuadora para que la niña comenzara a masticar los alimentos. En otro momento de esa misma consulta, el pediatra se dirigió a Emilia, que estaba con una ceja fruncida mirándolo seriamente, y dijo: “¿Estás enojada? ¿Por qué me estás frunciendo el entrecejo?” (comentario relacionado al Irdi-18: el niño extraña ante personas desconocidas). Esa escena muestra cómo los indicadores y la importancia dada al aspecto personal del vínculo fueron incorporados en la práctica clínica del pediatra.

Angelo fue encaminado hacia un Centro de Atención Psicosocial Infantil – Capsi a pedido de la guardería porque no se relacionaba con otros niños ni se vinculaba con la educadora. En la ocasión en que el Irdi fue aplicado, Angelo tenía 18 meses de edad y estaba en evaluación diagnóstica con sospecha de autismo. Mientras la psicóloga que aplicaba conversaba con su madre sobre el Irdi-24 (el niño soporta bien las breves ausencias de la madre y reacciona ante las ausencias prologadas), el niño estaba en el grupo terapéutico. La madre afirmaba que el hijo no reaccionaba ante su ausencia, pero en ese momento el bebé fue traído hasta ella porque estaba llorando sin consuelo en el grupo. Angelo miró a su madre, hizo una

pausa en su llanto y le extendió los brazos pidiendo upa. La madre lo acunó y el niño paró de llorar. La psicóloga preguntó qué pensaba la madre que acababa de suceder, y ella respondió: “Qué se yo... creo que estaba incomodado con alguna cosa y cuando me vio se calmó pero no creo que estuviera llorando porque sintiera mi ausencia”. Luego, Angelo fue para el piso y comenzó a andar por la sala. Apuntó a un armario e intentó abrirlo, pero estaba trancado. Inmediatamente, comenzó a llorar, y la madre le puso una mamadera en la boca. La psicóloga le preguntó: “¿Por qué Angelo comenzó a llorar?” La madre se sonrió y dijo: “Quería abrir el armario porque sabe que ahí hay juguetes”. Frente a eso, la psicóloga preguntó por qué le había dado una mamadera, a lo que ella sonrió sin ganas y respondió: “Claro, es que es tan difícil para mí oírlo llorar que preferí callarlo, pero así él nunca va a hablar, ¿no?” Aún en esa aplicación, la madre dijo que el hijo habla “ma” y “pa”, pero que ella no sabe si eso quiere decir “mamá” y “papá”, y por eso no asume que cuando dice “ma” la está llamando. La psicóloga dijo que, aún cuando inicialmente no fuera la intención de Angelo, ese “ma” puede convertirse en “mamá”.

En la semana siguiente, la madre solicitó conversar con la misma psicóloga, para decirle que, después de la charla que tuvieron sobre el desarrollo de Angelo, ella conversó con el marido y los dos cambiaron de actitud en relación al niño: “A la noche, le contamos cuentos, y ahora ¡él ya sabe contar hasta cinco!”. La aplicación del Irdi posibilitó que hubiese una conversación con la madre sobre la relación establecida con el hijo y sobre su desarrollo emocional, favoreciendo que se enriqueciera el vínculo padres-bebé.

La escena siguiente sirve para ilustrar que el uso del Irdi no se reduce a la aplicación del conocimiento sobre las funciones importantes del desarrollo infantil. Durante el seguimiento de un niño de un año por una ACS y por la psicóloga supervisora, ambas notaron la ausencia del Irdi-29 (el cuidador comienza a pedir al niño que nombre lo que desea, sin conten-

tarse solo con gestos). Según el relato de la madre, la hija acostumbraba señalar lo que quería o apenas hacer balbuceos. La madre conseguía entender y atenderla de esa manera, pues ya conocía sus gustos y su modo de comunicarse. A pesar de conocer y estar acostumbrada con las visitas domiciliarias, la madre no parecía estar muy cómoda con esa visita y hablaba muy poco. Cuando se le preguntó si no incentivaba a la hija a hablar, afirmó que aún la encontraba muy pequeña para eso. La psicóloga supervisora, entonces, intervino en el sentido de informarla sobre la importancia de ese incentivo, apostando al surgimiento del habla en la niña. La madre respondió con una pregunta, de manera muy seria: “¿Por casualidad usted es madre?” La psicóloga comprendió que la intervención parecía haber repercutido en la madre desautorizándola en su rol, imponiendo una forma de ser madre que para ella no tenía sentido. La falta de vínculo entre madre y supervisora, y la forma directa de la intervención pueden haber sido uno de los factores que llevaron a la situación impasse. En otras palabras, no se constituyó un ambiente continente a los aspectos personales en el que fuera incorporada la orientación de los cuidados de la madre y el bebé.

Discusión

Winnicott (2006) afirmó que la madre entra en una fase de la que comúnmente se recupera en las semanas y los meses que siguen al nacimiento del bebé, en donde, en gran parte, ella es el bebé y el bebé es ella. Y no hay nada de místico en eso. Al final de cuentas, ella también ya fue un bebé y trae con ella recuerdos de haberlo sido; tiene igualmente, memorias de que alguien cuidó de ella, y esos recuerdos pueden ayudarla o complicarla en su propia experiencia como madre (p. 4).

Las viñetas discutidas más arriba permiten pensar que la aplicación del Irdi puede auxiliar en los momentos en que la experiencia personal de la madre es vivida con dificultades. Winnicott (2006) argumentó que algunos procedimientos pueden constituirse como malos

tratos al ser una violación de la relación madre-hijo. Esto porque ambos precisan de tiempo y espacio para crear lo que puede estar potencialmente entre ellos, pero que requiere una construcción personal para ser instaurado. Delante de la pregunta: “¿Qué podemos hacer, si no somos capaces de instruir a las madres sobre esas cuestiones de procedimiento?”, sugiere el autor:

“Lo que podemos hacer como médicos y enfermeras es evitar interferencias. Se trata de algo realmente simple. Tenemos que saber cuál es nuestra especialidad y tenemos que saber exactamente de qué forma las madres realmente necesitan de cuidados médicos y de enfermería. Con ese conocimiento, fácilmente dejamos a cargo de la madre exactamente aquello que ella es capaz de hacer sola” (p. 56).

Podemos agregar que las interferencias a evitar son las realizadas de forma puramente técnica, debilitando la dimensión personal del vínculo entre padres y bebé. Nuestro conocimiento especializado debe ser sometido al cuidado del elemento personal existente en ese vínculo a fin de facilitar que los padres se encarguen de aquello de lo que son capaces. Lo que hemos visto es que la aplicación del Irdi ha ocasionado orientaciones realizadas en el panorama del celo del elemento personal existente en el vínculo de padres y bebés.

Ferreira Neto et al. (2011) afirmaron que la dimensión relacional de la subjetividad es una forma de contemplar la dimensión dialógica siempre presente en las prácticas de la salud, reconozcámoslo o no. Por eso, inmersos en la dimensión dialógica de la existencia, cabe a los profesionales de la salud crear puentes lingüísticos entre el mundo tecnocientífico y el sentido común, en el desarrollo de acciones de cuidado. Más allá de eso, las prácticas de cuidado trascienden a la acción de construir un objeto e intervenir sobre él, sea la enfermedad o el enfermo. Hay que considerar y construir proyectos sustentables ampliados,

que incluyan la comprensión de los “proyectos de felicidad, de éxito práctico de quien quiere ser cuidado” (p. 835).

En articulación con el psicoanálisis, podemos considerar que la circunstancia que permite la apertura para el seguimiento de la experiencia vivida bajo angustia representa la chance de éxito en ser cuidado (Figueiredo, 2009), al tiempo que la función de rêverie del profesional y la consecuente integración de los aspectos fragmentarios, idealizados y persecutorios de la persona asistida permiten que sean restituidos los aspectos buenos de la experiencia, llevando a la reconducción de sus proyectos de felicidad.

Jesus y Assis (2012) hicieron un análisis crítico de las diferentes nociones de acceso presentes en los modelos de organización de los sistemas de salud en Brasil. Destacaron que predominan las consideraciones burocráticas y asistencialistas en detrimento de la dimensión simbólica de la construcción social de las representaciones de salud-enfermedad que involucra profesionales y usuarios. Podríamos agregar que la circunstancia de la aplicación del Irdi puede contribuir en el sentido de proponer el acceso, en las prácticas de salud, a diferentes dimensiones eminentemente psíquicas investigadas por el psicoanálisis que actúan simultáneamente: la existencia de competencias e iniciativas del bebé para vincularse con los padres; la importancia de que los padres estén en condiciones de interactuar espontáneamente y personalmente con las competencias e iniciativas del bebé; la sensibilización del profesional de la salud sobre la importancia de esos aspectos en el desarrollo del bebé y de los padres, de forma de considerar el vínculo resultante como campo tanto de expresión de los sentidos vivenciados como de constitución de nuevos sentidos; la capacitación del profesional para detectar las señales de sufrimiento que pueden manifestarse en ese vínculo; el apoyo al profesional de la salud para tolerar el contacto con la inexorable y necesaria angustia involucrada en las interacciones con bebés y padres.

Muñoz-Sánchez y Bertolozzi (2007) señalaron la necesidad de trabajar en salud colectiva, con la noción de transdisciplinaridad, dado que la complejidad del objeto de la salud requiere diferentes aportes teórico-metodológicos, bajo pena de reducir las acciones a “tareas” puntuales, de carácter emergente, que no cambian la estructura de la cadena de casualidades. Vale enfatizar que la interpretación de la salud/enfermedad, más allá de apoyarse en los procesos de producción y de reproducción social, no debe desprenderse de la dimensión subjetiva, que habla de las representaciones/significados que los individuos atribuyen a hechos y a la vida en sí, o que acaba por reflejarse en los comportamientos y en las actitudes de las personas (p. 322).

El curso realizado y la aplicación del Irdi pueden llevar el conocimiento originado en la perspectiva teórico-clínica del psicoanálisis a tener ese efecto transdisciplinario en el campo de la salud, dada su contribución a la preferencia de la dimensión subjetiva y personal vivida en la red que involucra profesionales, padres y bebés.

Fleury-Teixeira et al. (2008) afirmaron que el activismo en promoción de la salud necesita contemplar el desarrollo de aptitudes personales: favorecer el desarrollo personal y social proporcionando informaciones, educación sanitaria y perfeccionando las aptitudes personales indispensables para la vida; la reorientación de los servicios de salud, de tal forma que trasciendan la mera responsabilidad de proporcionar servicios clínicos y médicos. Esos servicios deben tomar una nueva orientación que sea sensible y respete las necesidades culturales de los individuos (p. 2119).

Originado en la medicina y centrada en una actividad clínica, el psicoanálisis tiene hoy cómo construir diferentes formas de contribución al perfeccionamiento de aptitudes personales indispensables para la vida, lo que puede ser hecho reorientando los profesionales de la salud a ejercer sus especialidades en el contexto de sensibilización sobre los aspectos personales inexorables de las necesidades de quien es atendido.

Consideraciones finales

La aplicación del Irdi ha ocurrido en diversas instituciones de salud, como el UBS, HU y Capsi. En cada una de ellas, hay una manera particular de apropiación del instrumento por parte del equipo y de aplicación por parte de las psicólogas investigadoras. En las UBS, la aplicación ha sido realizada por ACS y auxiliares de enfermería que pasaron por un curso donde la complejidad de la interacción entre aspectos orgánicos y relacionales del desarrollo es considerada por el abordaje del psiquismo propuesto por el psicoanálisis y explicitada en situaciones cotidianas. El énfasis dado a lo largo del curso al sentido que tales situaciones cotidianas tienen en el entrelazamiento entre el desarrollo del niño y las relaciones establecidas con sus padres logra que el uso del protocolo Irdi no se reduzca a una mera repetición de una escala más a ser aplicada por el profesional, lo que puede ser ilustrado por la siguiente escena.

En una discusión ocurrida en uno de los encuentros del curso, uno de los autores de este trabajo advirtió: “El Irdi, así como cualquier instrumento del desarrollo, no sirve para culpar a la madre. ¿Cuál es el papel del profesional de la salud cuando las cosas no van bien?” La discusión avanzó hacia comentarios hechos por los profesionales acerca “de los padres que dan trabajo”, que se quedan “buscando en demasía a los profesionales, por cualquier cosa”. El coordinador del equipo que administraba el curso habló, entonces, que el ser humano cuando se siente incómodo puede reaccionar incomodando a otros. En el caso de los niños, que no saben hablar, eso quedaría aun más claro, pero también los adultos reaccionan de esta manera: “Un poco sabemos lo que nos incomoda, otro tanto no”. La intención era abordar expresiones de transferencia maciza de las familias con los ACS, muchas veces negativas, haciendo percibir que habría algo incomodando a la persona que, por no conseguir expresarse, haría una actuación involucrando al profesional de salud que le es más cercano. En las situaciones de las familias con sus bebés, sus dificultades también podrían aparecer de

esa manera, por medio de reclamos frecuentes. La respuesta de una ACS, entonces, fue: “Pero eso él no lo sabe, ¿no? ¿Eso no es inconsciente?”.

Siguió un pequeño alboroto, con risas y el espanto del equipo que daba el curso. Se comentó que los profesionales habían llegado al centro de la cuestión tratada en el curso para el uso del Irdi. En ese momento, todos quedaron muy interesados, lo que fue fácilmente observable por su postura.

Las viñetas demuestran que, luego del curso, los profesionales de la salud pasaron a utilizar el Irdi no solo como instrumento de evaluación, sino también como facilitador de la orientación de las familias. En el HU, se nota que la aplicación generalmente ocurre en la presencia del padre y de la madre, que van juntos a las consultas pediátricas, ocasión en que es posible observar la ocurrencia de muchos indicadores durante el examen y la conversación con el pediatra. En los Capsi, predomina mayormente la presencia materna, que va al lugar por una cuestión de tratamiento, pues un cuadro ya está instalado en uno de los hijos.

Así, mientras los padres que frecuentan el HU llevan su bebé a consultas de puericultura, las madres que llevan a sus bebés para que sean evaluados en los Capsi ya temen la posibilidad de riesgo de desarrollo. Esa situación exige que quien aplica el examen sea sensible al temor de los padres dando acogida y, simultáneamente, informaciones claras en cuanto al riesgo del niño.

La diversidad de lugares evidencia algunos beneficios proporcionados por la capacitación para el uso de los Irdi por parte del equipo que la recibe. El Irdi permite dar una significación a intereses y preocupaciones previos del equipo, una sistematización de observaciones que de otra manera quedarían sueltas y que pueden pasar a fundamentar el inicio de posibles tratamientos con bebés en riesgo. Para las familias, la aplicación y la consecuente orientación pueden servir como oportunidad de cuidado y acogida de su singularidad, representando una posibilidad de alivio en cuanto a algún temor de dificultad en el desarrollo evaluado como inexistente o del inicio del trabajo cuando alguna señal es detectada.

Resumen

El protocolo de Indicadores Clínicos de Riesgo del Desarrollo Infantil – Irdi es una contribución del psicoanálisis para la salud colectiva. Surge del principio de que el desarrollo ocurre en la articulación entre aspectos orgánicos e interactivos vividos por el bebé. Sus capítulos son circunstancias cotidianas en las cuales subyacen operaciones psíquicas. Se presentarán viñetas mostrando que la aplicación del Irdi propone acceso, en las prácticas en salud, a dimensiones eminentemente psíquicas investigadas por el psicoanálisis: competencias e iniciativas vinculares del bebé; condiciones parentales para interactuar de forma personal con el bebé; aumento de la sensibilidad del profesional para tales aspectos, de manera de considerar el vínculo resultante como campo de expresión de los sentidos vivenciados y de constitución de nuevos; capacitación del profesional para detectar señales de sufrimiento que pueden manifestarse en ese vínculo; apoyo al profesional de la salud para tolerar el contacto con la inexorable y necesaria angustia involucrada en las interacciones con bebés y padres.

Palabras clave: Psicoanálisis aplicado, Familia, Enfermedades, Síntomas.

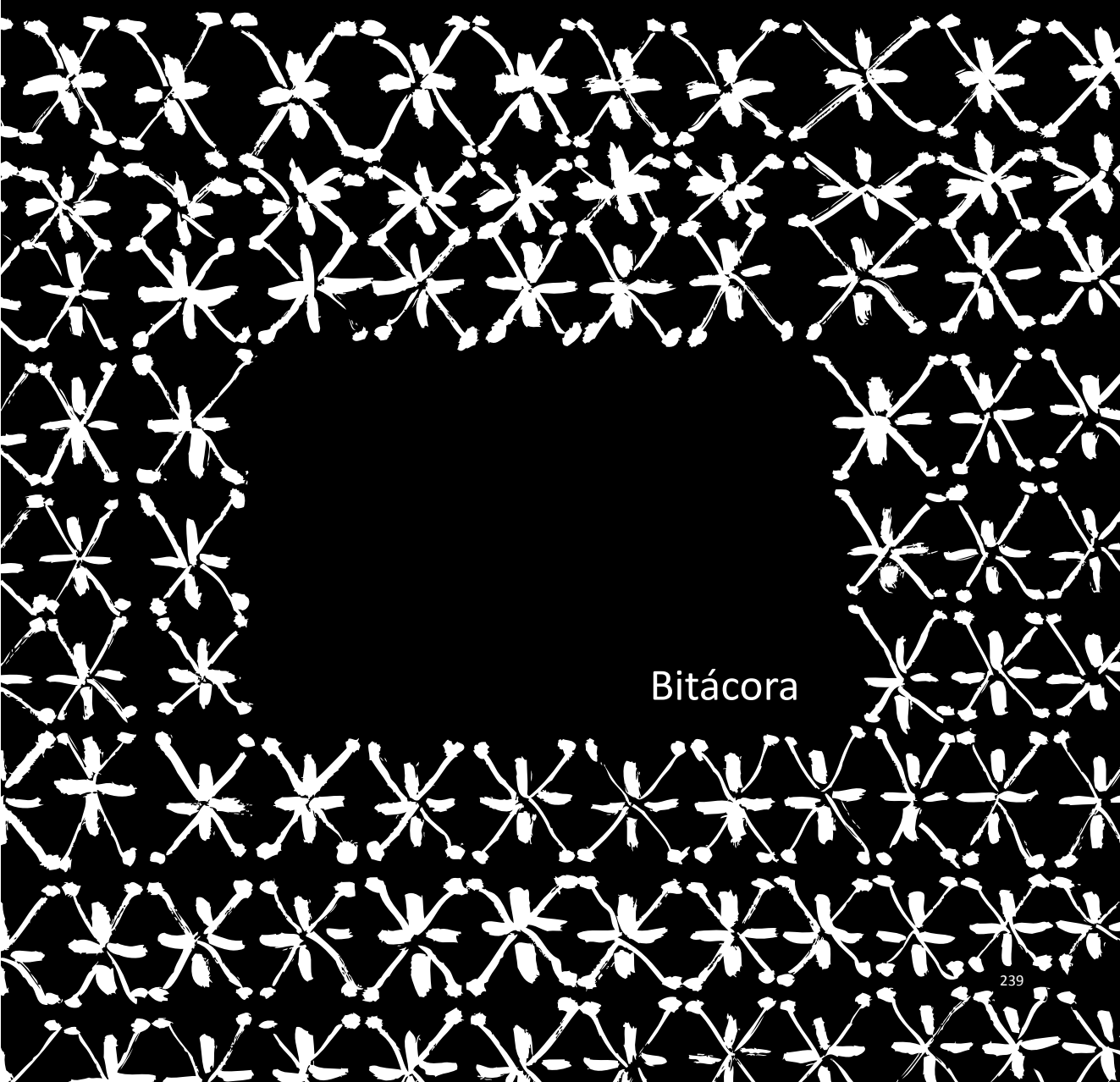
Abstract

The protocol of Clinical Indicators of Risk for Infantile Development is a contribution of Psychoanalysis for Public Health, considering development as an interaction between organism and relationships experienced by the baby. Its items are everyday circumstances with underpinning psychic operations that are core for development. Some vignettes will show that its use leads to psychic dimensions studied by Psychoanalysis: existence, in the baby, of competences and initiatives for bonding; importance of parents being in conditions of interacting in a personal way with the baby; increase of the sensitivity of health professionals for the importance of such aspects, as a manner of considering the resulting bond as a field of expression of meanings experienced and the possibility of building new ones; preparing professionals for detecting early signs of sufferance which might be expressed in such bond; support for professionals for tolerating the contact with the necessary anxiety involved among babies and parents.

Keywords: Applied Psychoanalysis, Family, Illnesses, Symptoms.

Referencias

- Azambuja, S.C. (2004). A ética da psicanálise: Uma iluminação freudiana. *Jornal de Psicanálise*, 37 (68), 143-150.
- Di Paolo, A.F. (2010). *Estudo exploratório dos indicadores clínicos de risco para o desenvolvimento infantil e da avaliação psicanalítica aos três anos para avaliar qualidade de vida e condição sintomática aos seis anos*. Dissertação de mestrado, Instituto de Psicologia da Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Ferreira Neto, J. L., Kind, L., Pereira, A. B., Rezende, M. C. C. & Fernandes, M. L. (2011). Usos da noção de subjetividade no campo da saúde coletiva. *Cadernos de Saúde Pública*, 27(5), 831-842.
- Figueiredo, L. C. M. (2009). *As diversas faces do cuidar*. São Paulo: Escuta.
- Fleury-Teixeira, P., Vaz, F. A. C., Campos, F. C. C., Álvarea, J., Aguiar, R. A. T. & Oliveira, V. A. (2008). Autonomia como categoria central no conceito de promoção de saúde. *Ciência & Saúde Coletiva*, 13 (Supl. 2), 2115-2122.
- Freud, S. (1980). Três ensaios sobre a teoria da sexualidade. En Freud, S., *Edição standard brasileira das obras completas de Sigmund Freud* (J. Salomão, trad., Vol. 7, pp. 129-251). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1980). A dinâmica da transferência. En Freud, S., *Edição standard brasileira das obras completas de Sigmund Freud* (J. Salomão, trad., Vol. 12, pp. 133-148). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1912).
- Freud, S. (1980). Conferência XXII: Algumas ideias sobre desenvolvimento e regressão – Etiologia. En Freud, S., *Edição standard brasileira das obras completas de Sigmund Freud* (J. Salomão, trad., Vol. 16, pp. 397-417). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1916).
- Freud, S. (1980). Dois verbetes de enciclopédia: Psicanálise e Teoria da Libido. En Freud, S., *Edição standard brasileira das obras completas de Sigmund Freud* (J. Salomão, trad., Vol. 18, pp. 287-307). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1980). Conferência XXXIII: Feminilidade. En Freud, S., *Edição standard brasileira das obras completas de Sigmund Freud* (J. Salomão, trad., Vol. 22, pp. 139-166). Rio de Janeiro: Imago. (Trabajo original publicado en 1933).
- Guimarães, D. A., & Silva, E. S. (2010). Formação em ciências da saúde: Diálogos em saúde coletiva e a educação para a cidadania. *Ciência & Saúde Coletiva*, 15(5), 2551-2562.
- Jesus, W. L. A. & Assis, M. M. A. (2012). Revisão sistemática sobre o conceito de acesso nos serviços de saúde: Contribuições do planejamento. *Ciência & Saúde Coletiva*, 15(1), 161-170.
- Kupfer, M. C. M., Jerusalinsky, A. N., Bernardino, L. M. F., Wanderlei, D. B., Rocha, P. S. B., Molina, S., Sales, L. M. M., Stellin, R. M. R., Pesaro, M. E. & Lerner, R. (2008). A pesquisa IrDI: Resultados finais. En Lerner, R. & Kupfer, M. C. M. (Org.). *Psicanálise com crianças: Clínica e pesquisa*. São Paulo: Fapesp/Escuta.
- Kupfer, M. C. M., Jerusalinsky, A. N., Bernardino, L. M. F., Wanderlei, D. B., Rocha, P. S. B., Molina, S., Sales, L. M. M., Stellin, R. M. R., Pesaro, M. E. & Lerner, R. (2009). Predictive value of clinical risk indicators in child development: Final results of a study based on psychoanalytic theory. *Revista Latinoamericana de Psicopatologia Fundamental*, 6, 48-68.
- Kupfer, M. C. M., Jerusalinsky, A. N., Bernardino, L. M. F., Wanderlei, D. B., Rocha, P. S. B., Molina, S., Sales, L. M. M., Stellin, R. M. R., Pesaro, M. E. & Lerner, R. (2010). Predictive value of clinical risk indicators in child development: Final results of a study based on psychoanalytic theory. *Revista Latinoamericana de Psicopatologia Fundamental*, 13, 31-52.
- Lerner, R. (2011). *Indicadores Clínicos de Risco para o Desenvolvimento Infantil IrDI: Verificação da capacidade discriminativa entre autismo, retardo mental e normalidade*. Tese de livre-docência, Instituto de Psicologia, Universidade de São Paulo, São Paulo.
- Lerner, R., Cullere-Crespin, G. & Kupfer, M. C. M. (2011). Formação de pediatras para detecção de riscos de transtornos de desenvolvimento: Da especialização à abertura para a constituição subjetiva da criança. En Conte de Almeida, S. F., Kupfer, M. C. M. (Org.). *A psicanálise e o trabalho com a criança sujeito*. Rio de Janeiro: Wak.
- Lerner, R. & Kupfer, M.C.M. (Org.). (2008). *Psicanálise com crianças: Clínica e pesquisa*. São Paulo: Fapesp/Escuta.
- Ministério da Saúde do Brasil (2007). *Caderneta da criança*. Recuperado el 4 de mayo de 2012 de http://portal.saude.gov.br/portal/arquivos/pdf/caderneta_crianca_2007_29.pdf
- Mitrani, J. L. (2003). Notes on some transference effects of the Holocaust: Unmentalized experience and coincidence of vulnerability in the therapeutic couple. *Israel Psychoanalytic Journal*, 1, 71-88.
- Muñoz-Sánchez, A. I. & Bertolozzi, M. R. (2007). Pode o conceito de vulnerabilidade apoiar a construção do conhecimento em saúde coletiva? *Ciência & Saúde Coletiva*, 12(2), 319-324.
- Nunez, E. D., Ferreto, L. E., Oliveira, A. L. O., Nascimento, J. L., Barros, N. F. & Castellanos, M. E. P. (2010). O campo da saúde coletiva na perspectiva das disciplinas. *Ciência & Saúde Coletiva*, 15(4), 1.917-1.922.
- Oliveira, J. A. A., Neto, F. J. M., Pinto, F. J. M., Silva, M. G. C. & Jorge, M. S. B. (2010). A transversalidade do conhecimento da saúde coletiva no currículo de medicina de uma escola médica pública: Relevância das disciplinas na formação dos alunos. *Revista Brasileira de Educação Médica*, 34(2), 278-283.
- Sandler, E. H. (2012). O plural no singular: Uma contribuição à reflexão sobre ética e psicanálise. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 46(1), 39-51.
- Tizard, P. (1999). Apresentação. En Winnicott, D. W. *Os bebês e suas mães*. São Paulo: Martins Fontes.
- Winnicott, D. W. (2006). *Os bebês e suas mães*. São Paulo: Martins Fontes.



Bitácora



Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo: Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente

André Green

Green se propone inventariar las ideas directrices de la práctica psicoanalítica contemporánea y debatirlas reteniendo lo esencial. Así, retoma los datos fundamentales relacionados con la interpretación actual de la práctica y la teoría, presentando los principales conceptos de su obra. El texto reflexiona acerca de la ubicación del saber psicoanalítico dentro del pensamiento contemporáneo. Visto retrospectivamente, Freud aparece como un precursor de las teorías de la complejidad. (Analia Wald)

**Buenos Aires:
Amorrortu, 2005**



Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia

Carlo Giznburg

El interés central expuesto en el libro radica en el método que propone el autor para la investigación historiográfica. El “paradigma indiciario”, de amplia repercusión en el ámbito académico, propone un conocimiento histórico basado en la recopilación e interconexión morfológica de huellas, rastros o síntomas. La investigación histórica acerca del paradigma indiciario, en sus relaciones con la orientación cuantitativa de las ciencias de la naturaleza, sienta las bases de un debate epistemológico de inquietante actualidad. (Silvia Acosta)

**Madrid:
Gedisa, 1989**



How to do things with words

J. L. Austin

El texto contiene las ideas finales expuestas por John Austin – una figura clave en el mundo filosófico contemporáneo– en sus clases y en un ciclo de conferencias (Universidad de Harvard) sobre temas candentes de filosofía del lenguaje: las *William James Lectures*. Contribuyó con su original análisis de las denominadas “expresiones realizativas” (*performative utterances*), la noción de fuerza ilocucionaria y su teoría de los Actos de Habla. Las ideas de Austin sobre la importancia del lenguaje ordinario, el carácter cooperativo de la investigación filosófica y la necesidad de una ciencia del lenguaje “liberada” del yugo de la filosofía hacen que esta obra no sólo posea atracción especial para aquellos interesados en la reflexión filosófica sobre el lenguaje, sino también en la comunicación, la semántica, la lingüística, la filosofía del derecho e incluso el psicoanálisis. (Susana Vinocur Fischbein)

**London:
Oxford University Press, 1976**



En busca de la memoria: El nacimiento de una nueva ciencia de la mente

Eric R. Kandel

Kandel, psicoanalista y neurocientífico, une los divididos campos de la neurociencia, la psicología y el psicoanálisis. Por sus trabajos sobre el aprendizaje y la memoria, recibió el Premio Nobel de Medicina junto a dos colegas. Esta nueva ciencia, la biología de la mente, tiene en cuenta los siguientes principios: mente y cerebro son inseparables; cada función mental es llevada a cabo por circuitos neurales especializados de neuronas, los cuales producen señales entre y dentro de dichas células tanto en los humanos como en organismos unicelulares y pluricelulares. Según Kandel, al comprender el cerebro humano desde su incorporación a la evolución de la especie, la biología de la mente sería la revolución del siglo XXI, así como la biología genética fue la revolución científica del siglo XX. (Liliana Novaro)

Buenos Aires:

Katz, 2007



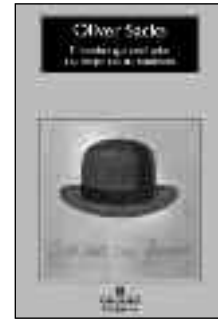
A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente

François Ansermet y Pierre Magistretti

Se trata de un texto que aborda la “intersección” entre psicoanálisis y neurociencias. Los autores, un neurocientífico y un psicoanalista, proponen un “encuentro” entre ambos discursos, a pesar de su inconmensurabilidad, y lo llevan al acto escribiendo este libro. Presentan articulaciones lúcidas y abren senderos para transitar este inquietante asunto, pero no se pueden privar, no pueden resistir la tentación del “paralelismo psicofísico”, verdadero canto de sirenas para los que navegamos estas aguas. Su propuesta más avanzada y sin duda atractiva es la serie huella mnémica-huella sináptica-huella significativa. Sin embargo, proponen puentes teóricos forzados e innecesarios para una política de buena vecindad científica. (Néstor Marcelo Toyos)

Buenos Aires:

Katz, 2006



El hombre que confundió a su mujer con un sombrero

Oliver Sacks

Impensables historias tienen asilo en sus páginas -extraordinarias y no exentas de humor-, acerca de un médico en búsqueda de alivio para sus pacientes. Son 20 relatos clínicos, agrupados bajo los títulos: “Pérdidas”, “Excesos”, “Arrebatos” y “El mundo de los simples”, donde los pacientes son definidos como “viajeros que viajan por tierras inconcebibles”, perdidos en el extraño y aparentemente irremediable mundo de las enfermedades neurológicas. El título alude a la agnosia visual de un paciente y nos enfrenta a esta pregunta: ¿qué relación hay entre el cerebro y los procesos mentales? (Verónica Ester Díaz)

Barcelona:

Anagrama, 2004



Pela mão de Alice: O social e o político na pós-modernidade

Boaventura Souza Santos

Sociólogo y director del Centro de Estudios Sociales de Coimbra, en este libro Souza Santos hace un análisis de las dimensiones sociales, políticas y culturales de los rápidos procesos de cambios de las sociedades contemporáneas. La pobreza extrema de gran parte de la población mundial, el empeoramiento de las desigualdades sociales, la degradación ambiental llevan el autor al pensamiento de que lo que está en crisis es el paradigma de la modernidad. (Liana Albernaz de Melo Bastos)

**São Paulo:
Cortez, 2003**



La sombra inmóvil

Antonio López Ortega

Se trata de un libro compuesto por relatos que dan cuenta de la sensación de vacío, de la muerte, de las contradicciones que conviven en una geografía que las aloja. Algunos en primera persona, se podrían considerar de tono autobiográfico y tienen como escenario a Caracas o, mejor dicho, a la vivencia que tiene de Caracas el narrador, cuando se reencuentra con ella. Dice López Ortega: “Al final uno aspira a tener un lector que comulgue con una propuesta discursiva que también implique algo de análisis.” (Osvaldo Canosa)

**Caracas:
Planeta-Seix Barral, 2013**

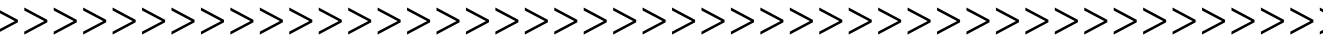


Passagens secretas: Teoria e técnica da relação intersíquica

Stefano Bolognini

Bolognini trata de la práctica psicoanalítica de modo vivo e incitante, abriendo espacios de sentido para las emociones mal elaboradas expresadas en la experiencia clínica. Propone que relaciones “intersíquicas” y “transpsíquicas” se dan desde las mucosas, “áreas de pasaje entre el adentro y el afuera, orientadas al intercambio...”. Pone énfasis en que estas aperturas dentro de un individuo buscan comunicación directa con el interior de otro individuo. Pasajes de una relación primaria que convoca al analista a ocupar su función elemental de contención, que precede el compartir. (Eloá Bittencourt Nóbrega y Wania Maria C. F. Cidade)

**São Paulo:
Casa do Psicólogo, 2013**



Serge Frisch

Psicoanalista, Sociedad Belga de Psicoanálisis. Expresidente de dicha sociedad y de la Federación Psicoanalítica Europea (EPF). sfrisch@pt.lu

Charles M.T. Hanly

Psicoanalista, Sociedad Canadiense de Psicoanálisis. Presidente de IPA en el período 2011-2013. Durante su gestión estimuló investigaciones acerca de la observación clínica en psicoanálisis. Entre sus contribuciones: *The problem of truth in applied psychoanalysis* (1992), *El psicoanálisis y los usos de la filosofía*, artículo para el libro *Ensayos en honor del Dr. Horacio Etchegoyen* (2000). cema.hanly@utoronto.ca

Moisés Lemlij

Psicoanalista, Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Es profesor en la Universidad de Lima, Perú. Ocupó cargos directivos en su propia institución, en FEPAL y en IPA. Entre sus libros se destacan: *Reflexiones sobre la violencia, Historia, memoria y ficción* y *Cara a cara: Entrevistas profanas*. sidea@chavin.rcp.net.pe

Rógerio Lerner

Psicoanalista, Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo. Tiene maestría, doctorado y libre docencia en el Instituto de Psicología de la

Universidad de San Pablo (USP), institución en la que es profesor asociado. Realizó posgrado en el Servicio de Psiquiatría del Niño y el Adolescente del Grupo Hospitalario Pitié-Salpêtrière y es fellow del College of Research Training Programme, University College London/International Psychoanalytical Association. Premio Comunidad y Cultura (FEPAL, 2012). rogerlerner@usp.br

Rodolfo Moguillansky

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Rector y docente del Instituto Universitario de Salud Mental de APdeBA. Ha impartido seminarios en las universidades de San Pablo, Complutense, de Santiago de Compostela, de Córdoba. Más de 300 artículos publicados. Es autor, coautor o compilador de 20 libros en distintos idiomas. Premios Bleger, Liberman, Storni y FEAP (Federación Española de Asociaciones de Psicoterapia). moguilla@fibertel.com.ar

Leopoldo Nosek

Psicoanalista de la Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo, de la que fue presidente (1993-1996). Presidente de FEPAL en el período 2010-2012. Fue editor de las siguientes publicaciones: *International Journal of Psychoanalysis*, *Revista Brasileira de Psicanálise* y *Re-*

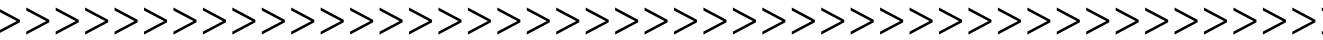
vista Latinoamericana de Psicoanálisis. Algunas contribuciones: *Trauma y cultura* (EPF, 2010), *Psicoanálisis y arte contemporáneo* (Docta, 2011), *Cuerpo e infinito: Notas sobre la genitalidad* (APU, 2011). nosek@terra.com.br

Fernando Orduz

Psicoanalista y presidente de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Integra el comité editorial de la revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Se ha desempeñado como catedrático de la Facultad de Psicología y de la Facultad de Arte de la Universidad Javeriana de Bogotá, así como de la Maestría en Psicología de la Universidad del Norte de Barranquilla. Ha publicado tres libros sobre el tema de la ciudad y ha sido director e investigador de Fundaurbana. orduzsolamente@hotmail.com

David Oubiña

Doctor en literatura, Universidad de Buenos Aires. Imparte clases en la Universidad del Cine y en la New York University en Buenos Aires. Perteneció al Consejo de Dirección de *Las Ranas* así como al Comité Editorial de *Cuadernos del Caimán*. Entre sus libros se destacan: *Filmología. Ensayos con el cine, El silencio y sus bordes, Modos de lo extremo en la literatura y el cine* (2011). doubinia@retina.ar



Lúcia Palazzo

Psicoanalista, Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro. Programa de Psicoanálisis e Interfaz Social-Propis, de SBPRJ. Integra la coordinación y redacción del programa de radio *Escutar e pensar* y *Per-guntar e pensar*, SBPRJ - radio del Ministerio de Educación y Cultura - MEC, desde 2003. Coautora de la colección *Para ler e pensar*, con los temas sentimiento, sexualidad y familia. lpalazzo@superig.com.br

Carlos Alberto Plastino

Primera formación en ciencias económicas. Maestría en ciencias políticas, maestría en teoría psicoanalítica, Universidad Federal de Rio de Janeiro. Asesor ad hoc de la Fundación de Apoyo a la Investigación del Estado de Rio de Janeiro. Libros y artículos sobre teoría psicoanalítica, paradigma de la modernidad y su crisis, y fundamentos antropológicos de las teorías políticas modernas. plastino@gmail.com

Rosa Resegue Ferreira da Silva

Médica pediatra. Doctorado por el Programa de Posgrado en Pediatría por la UNIFESP, en donde actúa como pediatra en la disciplina de pediatría general y comunitaria. Coordina el Proyecto Desenvolver (Des-

arrollar) del Programa de Integración docente-asistencial de Embu/UNIFESP desde 1995. rresegue@uol.com.br

Clara R. Schejtman

Psicoanalista y especialista en niños y adolescentes, Asociación Psicoanalítica Argentina. Magíster en psicología infantil, Universidad Bar Ilan, Israel; profesora adjunta de psicología evolutiva de posgrado y doctorado. Directora de programas de extensión para la comunidad en infancia vulnerable, Facultad de Psicología, UBA. Directora de proyectos de investigación en infancia – UBACyT (IPA). Entre sus publicaciones se encuentran: *Primera infancia, Psicoanálisis e investigación*. claraschejtman@gmail.com

Daniel Rodríguez

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Especialista en psiquiatría. Docente, miembro fundador y profesor consulto investigador en la Universidad Nacional de Lanús, Provincia de Buenos Aires. Ha sido director del Departamento de Salud Comunitaria de dicha universidad por más de 15 años. Sus artículos versan sobre psicoanálisis, salud y resiliencia. Es coautor del libro *La misteriosa desaparición de las neurosis*. dhrunla@hotmail.com

Patricia Saks

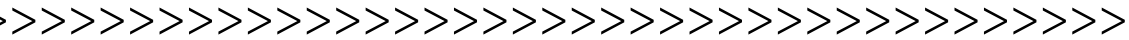
Psicoanalista. Miembro adherente, Asociación Psicoanalítica Argentina. Creó y desarrolló el concepto de “objeto analítico lúdico”. Primera mención en el Premio Anual Arminda Aberastury (APA, 2007) al mejor trabajo sobre psicoanálisis con niños y/o adolescentes, Premio Sigmund Freud (FEPAL, 2012). sakspatricia@yahoo.com.ar

María Teresa Reyes

Lic. en psicología y especialista en abordaje psicoanalítico en patologías psicosomáticas. Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Directora de la carrera de psicología de la Universidad de Belgrano. Profesora titular de varias cátedras universitarias en grado y posgrado. Docente y supervisora en hospitales, centros privados y en APA. Amplia participación en congresos y publicaciones de trabajos científicos. teresa.reyes@ub.edu.ar

Susana Vinocur Fischbein

Psicoanalista, especialista en niños y adolescentes, Asociación Psicoanalítica Argentina. Comisión de Investigación y Epistemología en Psicoanálisis, APA. Fellow RTP, IPA. Ex miembro del Clinical Research Committee; miembro del Conceptual Research Committee (IPA). Ticho Foundation Lectureship Award (IPA, 2009),



associate book review editor for LA, *IJPA*, comités de publicaciones (AEAPG, APA, FEPAL, *IJPA*). Publica sobre la interfaz psicoanálisis, semiótica y lingüística. *vinfisch@arnet.com.ar*

Jean Marc Tauszik

Psicoanalista en formación, Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Vicepresidente de OCAL (2010-2012) y secretario científico de OCAL (2012-2014). Coordinador del proyecto Pensamiento Psicoanalítico Latinoamericano, que reúne los escritos de más de 300 psicoanalistas. *jmtauszik@gmail.com*

Nathalia Teixeira Caldas Campana

Psicóloga. Con experiencia en acompañamiento terapéutico y observación de bebés. Se ha especializado en la Clínica de Pareja y Familia de PUC-SP y también es especialista en psicología de la niñez por el Departamento de Pediatría de la UNIFESP. Realiza, con beca de FAPESP, maestría en el Programa de Posgrado en Psico-

logía Escolar y Desarrollo Humano del Instituto de Psicología de USP. Premio Comunidad y Cultura (FEPAL, 2012). *nacampana@gmail.com*

Marcelo Toyos

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica Argentina. Psiquiatra, magíster en neuropsicofarmacología, Universidad Favaloro, Buenos Aires. Docente autorizado del Departamento de Salud Mental, Facultad de Medicina, UBA. Exjefe del Servicio de Psiquiatría, Hospital Thompson, San Martín, Buenos Aires. Coordinador de la Comisión Producción Escrita (APA). Escribe principalmente sobre la experiencia freudiana con la cocaína y sus consecuencias en el advenimiento del psicoanálisis, y el efecto placebo y las adicciones. *ntoyos@intramed.net*

Marcelo Viñar

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Exprofesor del Departamento de Educación Médica Continua,

Facultad de Medicina. Desde 1990 coordina un grupo de investigación de campo sobre adolescencia marginada y menores fuera de la ley. Fue presidente de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay y de la Federación Psicoanalítica de América Latina. Representante ante el Board de IPA. Autor de múltiples artículos y libros. *marcelo@belvil.net*

Analía Wald

Psicoanalista, Asociación Psicoanalítica Argentina. Profesora titular del seminario Clínica de Niños y Adolescentes en la Maestría en Psicoanálisis APA-USAL. Profesora adjunta en pregrado y posgrado. Coordinadora del Programa de Extensión Universitaria de asistencia clínica a niños y adolescentes con problemas de aprendizaje, cátedra psicopedagogía clínica, Facultad de Psicología, UBA. Investigadora en proyectos subsidiados por UBACyT, ANPCyT e IPA. *awald1963@gmail.com*

Calibán - Revista Latinoamericana de Psicoanálisis, es la publicación oficial de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), organización vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), que se edita regularmente, bajo el título de *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, desde 1994.

Su propuesta editorial tiene como finalidad favorecer la divulgación y el desarrollo del pensamiento psicoanalítico latinoamericano en su especificidad y promover el diálogo con el psicoanálisis de otras latitudes. Busca estimular la reflexión y el debate insertando las cuestiones pertinentes al psicoanálisis en los contextos científico, cultural, social y político contemporáneos. Su periodicidad es semestral.

Cada número incluirá en su contenido artículos en formato de ensayo, artículo científico, entrevista, reseña u otros que los Editores consideren pertinentes.

Los trabajos a publicar serán inéditos y redactados en español o portugués. Sin embargo, si a juicio de los editores son considerados de especial interés, podrán editarse trabajos que hayan sido publicados o presentados en congresos, mesas redondas, etc., citando lugar y fecha donde fueron expuestos originariamente. Podrán publicarse trabajos originales en otros idiomas que no cuenten con versiones en español o portugués.

En el caso de incluir material clínico, el autor tomará las más estrictas medidas para preservar absolutamente la identidad de los pacientes, siendo de su exclusiva responsabilidad el cumplimiento de los procedimientos para lograr tal finalidad o bien obtener su consentimiento.

Las opiniones de los autores de los trabajos o de las personas entrevistadas son de su exclusiva responsabilidad. Su publicación en *Calibán-Revista Latinoamericana de Psicoanálisis* no implica de modo alguno que sus editores compartan los conceptos vertidos.

Al momento de presentar su trabajo el autor deberá firmar un formulario de autorización por el cual cede legalmente sus derechos. Por dicha cesión quedará prohibida su reproducción escrita, impresa o electrónica, sin la autorización expresa y por escrito por parte de los editores.

Los trabajos presentados serán objeto de una evaluación independiente con características de “doble ciego”, por al menos dos integrantes del Comité Revisor de la *Revista* quienes podrán hacer recomendaciones tendientes a su eventual publicación. La evaluación se hará con criterios parametrizados y su eventual aceptación, rechazo o solicitud de cambios o ampliaciones constituyen la tarea

del Comité Revisor de la *Revista*, quien remitirá sus sugerencias al Comité Editor. Los editores definirán, en función de la pertinencia temática y posibilidades de la revista, la oportunidad de la publicación.

Los trabajos se enviarán por correo electrónico a **fepal@adinet.uy** y a **revista@fepal.org**.

La extensión de las presentaciones no deberá exceder las 8.000 palabras en formato A4, fuente Times New Roman tamaño 12 con interlineado a doble espacio. La bibliografía, que no será tomada en cuenta en la extensión máxima permitida, deberá ser la imprescindible y ajustarse a las referencias explícitas en el texto. Trabajos para secciones específicas de la *Revista* podrán tener especificaciones adicionales.

Los trabajos podrán ser redactados en español o portugués, según el idioma de su autor, y deberán enviarse dos copias del mismo con el mismo título: una deberá llevar el nombre del autor. Se adjuntará una breve descripción curricular y al pie de la primera página institución de pertenencia y dirección electrónica.

La otra con seudónimo y sin menciones bibliográficas que permitan eventualmente identificar al autor.

Se adjuntarán también un resumen en español o portugués, y otro, en inglés (en todos los casos), de las principales ideas del trabajo, redactado en tercera persona y de aproximadamente 150 palabras.

Se incluirán todos los datos de referencia de las publicaciones citadas, poniéndose especial cuidado de aclarar cuando se trata de citas de otros autores, y en que las mismas sean fieles al texto original.

La bibliografía y las citas bibliográficas se ajustarán a las normas internacionales de la *American Psychological Association*. Disponibles en **www.fepal.org**

Los descriptores deberán ser tomados del Tesoro de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Ver Tesoro. Disponible en **www.fepal.org**



Calibán

Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis



Exceso

Argumentos: Albernaz de Melo Bastos/
Canteros/Cassorla/Moguillansky/Reyes

Ciudades Invisibles: Caracas

El Extranjero: David Oubiña

Vórtice: Investigar en psicoanálisis

Clásica & Moderna: Luisa Álvarez de Toledo

Textual: Néstor García Canclini

Extramuros & Fuera de Campo:

Premios Fepal

Bitácora

